

Juliana González-Rivera

La invención del viaje

La historia de los relatos
que cuentan el mundo



Alianza editorial

JULIANA GONZÁLEZ-RIVERA

La invención del viaje

La historia de los relatos que cuentan el mundo

Alianza editorial

El viaje está por terminar, ¡oh, desventura!

SERGIO PITOL, *El viaje*

J'ai pitié de celui-là seul
qui se réveille dans la grande nuit patriarcale
se croyant abrité sous les étoiles de Dieu,
et qui sent tout à coup le voyage.

SAINT-EXUPÉRY, *Ciudadela*

En los ojos del perro se aleja el barco y comienza el viaje.
No hay llegada, viaja quien sabe irse.

PEDRO SORELA, *Historia de las despedidas*

La chaise est triste, hélas! Et j'ai lu tous les livres.
Fuir! Là-bas!
Fuir!

MALLARMÉ, *Brise Marine*

Índice

INTRODUCCIÓN

EL VIAJE COMO UNIVERSO

La gran metáfora
Viajero es el que busca
No hay viaje sin propósito
Un botín con muchos nombres
El camino como escuela
Los que parten por partir
No hay regreso
Viajar es crear

BREVE HISTORIA DEL VIAJE Y SU RELATO

La escritura del movimiento
El viaje en el origen de la narración
Del mar Egeo a la Guerra de las Galias
La Edad Media: peregrinos, mercaderes y embajadas
Descubrir América por haber leído a Marco Polo
Impostores, piratas, editores y científicos
El conocimiento no es completo sin el sentimiento
Del exilio al viaje inmóvil

¿UN GÉNERO EXHAUSTO?

SOBRE LAS FUENTES DE ESTE LIBRO

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN

Si usted no se ha movido nunca de su casa, alguien le contará del mundo. Quiénes son los masái, qué clima hace en Shanghái a mediados de abril, de qué color es el cielo del Cairo, cuál es el desayuno preferido de los suecos, lo fascinantes que son las montañas de la bahía de Halong al amanecer y lo enigmáticas que pueden ser las nubes a las tres de la tarde cuando empieza a llover sobre los Andes. Pero puede que usted haya viajado un poco. Aun así, serán otros los que le expliquen cómo son esos paisajes que no conoce y que quizá no vea nunca. Incluso si es un trotamundos, de esos que viven con la maleta siempre a medio hacer, serán quienes pasaron antes por los lugares que visita los que le cuenten historias de ese escenario en otro tiempo y circunstancias.

Quienes cuentan el mundo son los viajeros. Ellos han escrito el mapa de las cosmovisiones de todas las épocas, sus relatos han hecho imaginar desiertos, mundos helados, imperios y tierras prometidas. Ellos son culpables, por ejemplo, de la idea que en Occidente tenemos de la India, ese territorio tan real como mítico que imaginamos así desde que un navegante griego, seis siglos antes de Cristo, escribió sobre ella un relato poblado por grifos, unicornios, seres de un solo pie y un solo ojo. También fueron, en buena parte, responsables de la «Leyenda Negra» española en la Europa del Romanticismo, edificada en los tiempos de la Armada Invencible de Felipe II y luego reforzada por libros de viaje que repetían, uno tras otro, la imagen de país exótico de bandidos, mujeres fatales, corridas de toros y leyendas de moros y gitanos.

El mundo ha cambiado mucho desde Heródoto, pero todavía leemos relatos que nos hablan de los mismos paisajes que el griego describió en los nueve tomos de su *Historia*. Hace casi dos siglos que John Hanning Speke, Mungo Park, *sir* Francis Burton y el doctor Livingstone entraron en el corazón de África, pero aún hay sitio en las páginas de las revistas y las editoriales para

crónicas sobre Tombuctú y relatos de Zanzíbar al lago Victoria, que vuelven a descubrir las fuentes del Nilo para los lectores contemporáneos. Desde que el primer hombre se alejó de la tribu y regresó para contar lo que había al otro lado de la pradera, cada lugar se ha narrado cientos de veces y tiene tantas versiones como ojos lo han visto. Y hay tantos viajes como viajeros y teóricos. Pero son ellos los que nos han hecho creer en la utopía de un mundo abarcable, legible, que se puede resumir en unos miles de páginas. *La invención del viaje* trata de esa quimera. Y por eso este libro es, entre otras cosas, un mapa imposible, una aproximación a un todo que, por definición, no puede ser cartografiado. Sin embargo, he hecho el intento. Ahí empieza este viaje. Aunque, en realidad, fue mucho antes.

¿Dónde comienzan los viajes?, se pregunta un personaje de *Historia de las despedidas*. Saint-Exupéry, una noche arropado bajo un manto de estrellas en el desierto, dijo haber «sentido de golpe el viaje». Cees Nooteboom, en un hotel mugriento y anónimo en Mauritania, también bajo el cielo oscuro y la resplandeciente quietud del silencio y la noche, entendió que no era otra cosa que un viajero, uno que escribe y describe el mundo. Kapuściński tuvo la misma sensación al cruzar por primera vez la frontera de Polonia, donde había nacido, y desde entonces no dejó de moverse. Llamó a aquello «contagio del viaje», una especie de enfermedad incurable que le obligaba a seguir viajando, igual que Heródoto. Rilke siempre pensó que no le estaba permitido tener una casa, que lo suyo era vagar y esperar. Camus era un viajero de la «soledad poblada» de la ciudad y sentía el viaje en lo alto de Père-Lachaise, en París. Blaise Cendrars, camaleón, viajero, alquimista de su propia vida y siempre dispuesto a atender a la llamada de lo desconocido, decía que no aspiraba a escribir, ni a viajar, ni al peligro, sólo a vivir.

Se trata entonces de una elección. El viaje es una vida elegida en la que el único modelo a seguir es el del hombre libre. Se trata de conquistar una mirada propia y de renunciar a los simulacros. Pero eso implica muchas renunciaciones: se descarta la posibilidad de un domicilio fijo, de una vida al uso. Ya no habrá banderas para envolverse ni identidades únicas a las que aferrarse. Y se aprende muy rápidamente, por una especie de desarraigo crónico, que deja de existir la posibilidad de sentirse en casa en un único lugar. No hay regreso, no hay llegada. Viaja sólo quien sabe irse, como

explicó en un verso Pedro Sorela. El único equipaje es la vida y los sueños. Y en esa ruta hay peligros, permanente transformación. No hay forma de salir ileso de la lucha contra las fronteras, de la suerte de ver el mundo, del encuentro con los Otros. El viaje es una huella. El viaje es una herida. Y un trasegar que sucede en medio de una gran soledad.

Pero los viajeros están dispuestos a pagar el precio. Se enamoran de su condición y de su lugar en la periferia. Son conscientes de su suerte, de la maravilla que contemplan. Se saben privilegiados de ser actores de su propio espectáculo, de inventar su guion, decidir los escenarios y hacer de sí mismos el personaje que más les interesa. Es así como se ponen en camino y comienzan a escribir con su propio cuerpo, siguiendo la máxima de Stendhal, y aspiran a hacer con todo ello una obra de arte, a vivir en la literatura, en la imaginación, en la poesía. Y el viaje es su forma de respiración.

Por eso no hay más ruta que la nuestra, como dijo Siqueiros. Esa ruta empieza mucho antes de salir al camino y una vez en marcha existe, también, la tentación de detenerse. Como ese personaje del cuento de Mrozek que llega a un hotel en el que sólo pueden hospedarse viajeros que no viajan más y él piensa por un momento en quedarse. O la alegoría de Murakami en *After dark*, en la que tres hermanos escalan una montaña para elegir desde qué punto contemplarán el mundo. Sólo uno llega a la cima. Los otros se contentan con ver un trozo del paisaje.

Este libro es un viaje que comenzó hace muchos años en Medellín y me ha llevado a vivir en Madrid, Barcelona, Bogotá y Estocolmo, pasando por más de cuarenta países y cientos de pueblos y ciudades intermedias. Es una travesía que me ha confirmado que, como dice Rosi Braidotti, ser nómada no es no tener una casa, sino la capacidad de recrear tu casa en cualquier lugar¹. Este libro es una metáfora de mi propio viaje, de mi decisión de ponerme en camino. No salgo ileso. No hay regreso de la aventura en la que se ha embarcado mi cabeza. Lo termino, también como un viaje, a sabiendas de que nunca puede realmente terminar: hay resúmenes, omisiones, citas, pausas, encuentros, elipsis, despedidas y muchos pendientes. Y es la alegoría de cómo el viajero muere muchas veces en la ruta. Hay muchos que dejan el barco, algunos sin despedirse —igual que en el gran viaje de la vida—. Pero no importa. Ellos también me enseñaron, y esa parte del camino fue, por su

presencia, más llevadera.

Pero los que importan son los que están, y los que se quedan. Esos que nos ayudan a continuar en la ruta. Con los que dialogamos —el viaje es, al fin y al cabo, un sistema de diálogos—; aquellos que nos mantienen los ojos abiertos y su mano nos separa del suelo antes de resbalar. Ellos nos dan las bofetadas necesarias cuando el norte —o el sur— parece que se desvanecen. Son los que se quedan en puerto, aceptan con generosidad nuestras despedidas y esperan cada regreso. Saben que el viaje es búsqueda, pero nos acompañan sin preguntar qué es lo que estamos buscando. A ustedes, que saben quiénes son, infinitas gracias.

Yo he sentido de golpe el viaje no una, sino varias veces. Hace muchos años sobre el lomo de un caballo que galopaba a toda velocidad en una hacienda del Magdalena Medio colombiano. También en el avión que, a mis dieciocho años, me llevaba lejos de mis grandes amores porque yo lo había decidido así, en una especie de primera aspiración real a una vida en libertad. Y cómo no en una estación de policía en Alemania, un día infinito con su noche silenciosa y brillante, cuando me estrellé por primera vez contra una frontera.

La invención del viaje es un intento por comprender todas esas sensaciones, ese «sentir de golpe el viaje». Espero que a otros les ayude también en esa ruta que buscan. No es más que el comienzo. Sigo viajando².

¹ Braidotti, Rossi (2001), *Defining Travel: diverse visions*. EE.UU., University Press of Mississippi, p. XVI.

² Una parte de este texto, con modificaciones, fue publicado como columna en el periódico *El Mundo* de Medellín. 26 de marzo de 2015.

EL VIAJE COMO UNIVERSO

La gran metáfora

No existe, que sepamos, ninguna alegoría más poderosa: sinónimo de casi todo, el viaje tiene tantos significados que definirlo puede ser inagotable. Es metáfora de la vida, de la muerte, del conocimiento, de la escritura. «Para viajar basta existir», dijo Pessoa³, y viaje es el trabajo del artista o de cualquier creador, por el movimiento que va desde la idea a su marca material y hasta nuestras omnipresentes pantallas. Lo advirtió Don Quijote: «El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho»⁴.

El viaje es una idea. Estudiarlo como disciplina no parece posible⁵ porque se puede abordar desde muchas esferas y por su presencia en todas las dimensiones de la vida del hombre: significa aventura, conquista, movimiento, iniciación, búsqueda, peregrinación, huida, éxodo, partida, regreso, cruzada, descubrimiento, exploración, cambio, creación, nomadismo, colonización, extravío, migración, exilio, expedición científica, misión, utopía, viaje educativo y sentimental, embajada, comercio, ocio, vacaciones y turismo⁶.

Tampoco representa lo mismo para todos. Está condicionado por el género, la raza, la condición social, el nivel intelectual o la etnia⁷. Cada civilización le ha dado una definición. Por eso no es igual ir en barco que en transbordador, ser Jacques Cousteau que Cristóbal Colón o viajar por la Habana de Ernst Hemingway que por la de los recuerdos de Guillermo Cabrera Infante. Porque está claro que cambia las cosas atravesar la Antártida, el lugar más frío, seco y ventoso de la tierra, equipado con GPS, teléfonos satelitales y barritas hipercalóricas en el equipaje —así lo hizo Ben Saunders: 105 días de ida y vuelta al Polo Sur en 2001— que haberlo hecho como Robert Falcon Scott en 1912, con la ayuda de 34 perros y 19 caballos, un sextante y trineos con motores rudimentarios —también tecnología punta en los tiempos de esa expedición—.

La lista de ejemplos es infinita: el espermatozoide, tras un viaje, engendra la vida, y los mamíferos llegamos al mundo tras un desplazamiento desde el vientre materno: nacer es nuestro primer viaje. Viajan las partículas, la luz, los astros alrededor de su estrella y el tiempo, que es, «por sí mismo, un viajero sin reposo»⁸. También hay grandes migraciones en la naturaleza: el bacalao, desde las costas heladas del Mar de Barents; el salmón migra a aguas dulces a finales de la primavera, la mariposa monarca va de las montañas rocosas a hibernar en Michoacán y la tortuga verde da la vuelta al mundo aprovechando la corriente del Golfo. El antílope, a través del Serengueti; la ballena, del Polo Norte hasta el Caribe para aparearse, y las aves se mueven en función del clima. El gaviotín ártico anida en la Tundra, pasa el invierno en aguas antárticas y vuela de regreso a casa. Así disfruta de dos veranos al año y recorre cerca de ochenta mil kilómetros —la migración más larga entre los animales—. Y cuenta Bruce Chatwin en *Los trazos de la canción* que los peces migratorios emiten sonidos que atraviesan los cascos de los barcos y despiertan a los marineros⁹.

El *Homo sapiens* evolucionó en África, llegó al Cercano Oriente setenta y cinco mil años después y luego cruzó el estrecho de Bering; Darwin fue a Galápagos a bordo del *Beagle*, y también son viajes la carrera espacial y la llegada a Marte y a la luna. Existen travesías psicotrópicas, imaginarias, espirituales, oníricas e interiores. Hay desplazamiento en la exploración de los mares, los polos y en la gesta de alcanzar el Everest o cualquier montaña, así como en las cruzadas religiosas y en la conquista de un territorio. Viajero es el peregrino, el marinero, el pirata y el muerto que va al Más Allá. Unos van por tierra —a pie, en silla de posta, a lomo de camello, caballo, en tren—, y otros en globo, zepelín, parapente, cohete o en avión, cuando no en trasatlántico, piragua, submarino o a pulmón.

Se trata de una metáfora, pero también de un concepto, método y género narrativo: del catalán *viatge* y del latín *viaticum* —provisiones necesarias para la ruta—, deriva de *via*, camino. El término está emparentado con «jornada», *diurnata*, que en el Medioevo y parte del siglo XVI se utilizaba para referirse a lo que ocurría durante el día. También en la Edad Media, las peregrinaciones a Tierra Santa se llamaban *Itinerarium*, y ese era el nombre de la red de carreteras del Imperio romano: un listado de ciudades, calzadas y

paradas posibles a lo largo del camino¹⁰. La *Tabula Peutingeriana* o el *Itinerario de Antonino* eran mapas que se copiaban y vendían a los caminantes —antepasados de la *Lonely Planet* y la *Guía Michelin*—. E *Itineraria* eran los monolitos que contenían la lista de lugares y distancias a lo largo de las vías de la antigua Roma.

Pero viajar es, sobre todo, acción: movimiento. El francés Michel de Certeau definió el espacio como «un cruce de movilidades»¹¹. Cualquier recorrido implica desplazarse, y viajar es, precisamente, lo que hace posible esos cruces. La vida es lo que sucede mientras nos movemos. Ibn ‘Arabí, sabio árabe del siglo XII, escribe en *El esplendor de los frutos del viaje*: «El origen de la existencia es el movimiento. En ella no puede haber inmovilidad pues regresaría a su origen, que es la ausencia. Jamás cesa el viaje»¹². Así lo indicó Pascal: «nuestra naturaleza reside en el movimiento, la calma completa es la muerte»¹³. Por eso todos somos viajeros. Nómadas, como dice Cees Nooteboom: «experiencia» es un vocablo que deriva de la misma raíz que *pirata* (*peiran*, aventurarse) y ahí ya se intuye la noción de aventura¹⁴. No parece posible un viaje en la quietud, pero el antropólogo Marc Augé ha propuesto el viaje inmóvil, en el que, aunque hay desplazamiento físico, no se mueve la mente ni la imaginación¹⁵. Como dijo el filósofo Santayana, quizá la traslación sea la clave de la inteligencia, y de ahí que el viaje esté en la raíz de la ciencia, el progreso y el saber¹⁶.

El conocimiento viene del viaje. La historia de las ideas tiene muchas deudas con el desplazamiento: los seres humanos le debemos la fecundación que da origen a la vida y, al trasegar de los primeros homínidos, la evolución de la especie¹⁷. Esos hombres primitivos, de los tiempos de la última glaciación, que convivían con mamuts, rinocerontes lanudos y tigres dientes de sable, se movían por necesidad, por hambre o frío, y encontraron con esos periplos comida y refugio. Eran nómadas recolectores y vivían en función de la naturaleza. Su patria era la tierra entera, libre de estados y fronteras. Sobrevivir implicaba moverse y así poblaron los continentes y alcanzaron la condición de *Homo sapiens*¹⁸. Porque el viaje fue, desde el comienzo, algo natural, y sólo empezó a ser excepcional cuando el hombre se hizo sedentario. Pero una vez establecido volvió a moverse, impulsado por su espíritu de

aventura o por necesidades económicas, religiosas o políticas¹⁹.

Recorrer el mundo significa hacerlo más comprensible. Con el viaje elaboramos las primeras explicaciones metafísicas y a través de los mitos — cuyo protagonista es el héroe, un viajero— comenzamos a descifrar el entorno. Al viajar se conquista el espacio, descubrimos nuevos escenarios y se amplían las fronteras. La necesidad de movernos ha perfeccionado el transporte. Y la rueda, los primeros carruajes y la silla de postas bastan para comprender cómo el viaje ha sido trascendental en esa revolución de la que hacen parte el ferrocarril, el submarino, el coche y el avión.

Se dice que el hombre parte de la ignorancia y avanza hacia el conocimiento, metáfora que implica un recorrido que va de la antigua Grecia hasta la ciencia moderna. Platón, con su alegoría de la caverna del siglo V a.C., es uno de los primeros en aludir al viaje que hay que realizar para realmente Conocer, ese en el que saber es una peregrinación escalonada hacia las ideas del Bien y la Belleza.

Del viaje surge, a su vez, el método científico: Descartes abandonó sus estudios de letras apenas tuvo edad para alejarse de sus maestros: «Y resuelto a no buscar otra ciencia que la que pudiera hallar en mí mismo o bien en el gran libro del mundo, empleé el resto de mi juventud en viajar», escribió en *El discurso del método*. Visitó varios países y tras ese recorrido formuló una de sus primeras ideas revolucionarias: que los pueblos que tenían opiniones contrarias a las suyas no eran por eso bárbaros, sino también hijos de la razón. El filósofo se encerró en una pequeña habitación en Ulm, al sur de Alemania, y cuando acabó el invierno partió de nuevo: «... y en los nueve años siguientes no hice otra cosa que rodar por el mundo, procurando ser más bien espectador que actor en las comedias que en él se representan»²⁰.

Una de las metáforas más recurrentes de la filosofía es «el camino». Por eso resulta tan sugerente que Descartes fundara las bases del quehacer científico en el viaje, donde el «yo» y el mundo constituyen las únicas fuentes de conocimiento. El «yo» es fuente de certeza; el mundo, de experiencias²¹. Su método supone un recorrido de lo conocido a lo desconocido y demuestra que la fórmula para alcanzar el saber es indisociable del desplazamiento. El viaje es distancia y ruptura. Se trata de una nueva lógica de la ciencia que se traduce en irse, viajar para poder conocer. No basta con los libros²².

No sólo Descartes. Nietzsche, Rousseau y Voltaire también lo usaron como método, principio, fuente, objeto y sujeto del saber. Montaigne dijo en sus *Ensayos* (1580): «Conviene la visita a países extranjeros, no sólo para aprender las tendencias y las costumbres de esas naciones sino para rozar y limar nuestro cerebro contra los otros»²³. Montesquieu, para su teoría de la división de poderes y la redacción del *Espíritu de las leyes* (1748), utilizó un gran número de libros de viaje. La experimentación, el empirismo y la lógica inductiva tuvieron que ver con el desplazamiento, en tiempos de Bacon y Locke cuando los científicos fueron los marineros que salieron a estudiar la naturaleza desconocida. Y Adam Smith, en *La riqueza de las naciones* (1776), atribuyó a dos viajes el calificativo de «los dos sucesos más grandes e importantes que se registran en la historia del mundo: el descubrimiento de América y el paso a las Indias Orientales por el Cabo de Buena Esperanza»²⁴.

El profesor alemán Rainer Gruenter asegura que muchas de las ciencias naturales y culturales sólo son justificables como «ciencias de viaje»: las naturales no se entienden sin los viajes de los descubrimientos y las expediciones científicas y las ciencias de la cultura sólo pueden abordar sus objetos de estudio mediante visitas o estancias en los ámbitos de su investigación²⁵.

La historia de las ideas debe a los viajes el concepto de la estética del paisaje y de lo sublime, del exotismo y la alteridad, el fin del modelo creacionista, el cosmopolitismo, la etnología y la idea de la tolerancia hacia la diferencia²⁶. Y quienes se han ido han regresado siempre cargados de novedades revolucionarias. Si avanza la ciencia, avanza el viaje, y al contrario. Gracias a Juan Sebastián Elcano y Magallanes supimos que la tierra es redonda, y por las expediciones de la Condamine y Moreau de Maupertuis, que está achatada en los polos. Darwin formuló la teoría de la evolución de las especies a bordo de un pequeño bergantín con menos de treinta metros de eslora, y el ir y venir de viajeros ha transformado los sistemas de producción con la llegada de nuevos materiales y técnicas: la pólvora la trajeron los comerciantes a Occidente desde China; el alfabeto llegó a los griegos por los fenicios, Tales de Mileto importó de Egipto los conocimientos que fueron el germen de la filosofía occidental.

Los mercaderes fueron los primeros importadores de lo exótico, cuando

llevaron productos desconocidos de sus países y trajeron otros de vuelta. De Afganistán, desde las montañas del Pamir, llegó a Venecia el lapislázuli, una piedra semipreciosa que parecía un fragmento del cielo, y que fue bautizada como «azul ultramar» precisamente por su origen desde el otro lado del océano. Aquella roca transformó la historia del arte, y el azul se convirtió en el color de lo sagrado. De igual modo, por la expansión de las rutas de comercio, llegaron de Oriente cientos de especias que se usaron como pigmentos naturales —aquello hizo posible la aparición de los coloristas italianos a partir del Renacimiento— y de las colonias se importó también la cochinilla, un parásito del nopal del que se extraía el rojo carmín más apreciado por los pintores del viejo continente.

Los españoles revolucionaron la alimentación europea cuando trajeron de América la patata, el maíz, el cacao y el tabaco, como ya había sucedido en los tiempos de Alejandro Magno cuando los soldados macedonios volvieron de la cuenca del Indo con arroz, judías, pimienta, jengibre y azúcar. Incluso los japoneses deben su famosa tempura a los misioneros jesuitas del siglo XVI, que les enseñaron la clásica técnica del empanado portugués y español.

Los viajeros han transportado artefactos y medicinas, dibujado mapas, impulsado la navegación y la arqueología, formulado problemas filosóficos, difundido lenguas y relatado las costumbres del resto del planeta: ellos han cambiado la tierra²⁷. Por eso la historia del desplazamiento es la historia del mundo. Buena parte de los momentos estelares de la humanidad tienen algún viaje entre medias: las migraciones, la construcción de ciudades, las guerras coloniales y de independencia, el descubrimiento de continentes, la conquista del espacio. De ahí que el viajero y su actitud ante el mundo sean un reflejo de cada tiempo y, sus relatos, tesoreros y responsables de las cosmovisiones: durante siglos, geógrafos, cartógrafos y escritores dependieron del viaje para describir el resto del mundo a sus contemporáneos. Y por eso la escritura de viaje ha sido determinante en el origen de los géneros literarios: del poema épico al ensayo humanista, la novela, la picaresca, los cuadros de costumbres, el realismo mágico, los libros de caballería, la utopía y el periodismo²⁸.

El viaje ha influido en el pensamiento poético, la arquitectura y la imaginación artística: es posible que la devoción de los florentinos por la Madona y sus representaciones de la Virgen con el niño tengan origen en un

templo consagrado a Isis —la diosa egipcia que lloraba a Osiris—, cuya estatua habían visto en la plaza San Firenze y en Fiesole, y que los antiguos romanos habían llevado hasta allí²⁹. Tampoco se entiende la historia del arte sin el movimiento de los artistas. Las formas de representación de los egipcios —hieráticas, rígidas— determinaron el arte griego del periodo arcadio, donde las estatuas de los *kuros*, los atletas, parecían salidas de una tumba egipcia. La influencia llegó hasta los romanos, y se han encontrado representaciones del dios Horus con uniforme de centurión.

También en la baja Edad Media, explica Ernst Gombrich, el arte del Giotto influyó desde Italia hasta más allá de los Alpes, y las fórmulas de los pintores del Norte también tuvieron sus efectos en los maestros del sur, por ejemplo con la llegada del óleo, que había inventado Van Eyck en los Países Bajos. Las ideas y los artistas iban de un centro a otro, y nadie rechazaba una obra porque fuera «extranjera». Aquello generó un intercambio e influencia mutua cuyo resultado se conoce como el *estilo internacional*, que se llamó así precisamente porque los pintores y escultores del gótico, en el siglo XIV, viajaban³⁰. También los hombres del Renacimiento se desplazaron como pintores oficiales de las distintas cortes europeas —Leonardo en la casa Sforza de Milán, Tiziano en España con Carlos V, Rubens en Mantua, Amberes, España e Inglaterra, y es sabido que El Bosco cambió su estilo tras su paso por Venecia—. Velázquez aprendió en sus viajes a Roma la forma de representar las escenas bíblicas y mitológicas de forma auténtica, naturalista. Y siglos más tarde, los impresionistas fueron los primeros pintores que viajaron frecuentemente en tren, cuando en la segunda mitad del siglo XIX se expandió la red ferroviaria en Europa. Y no se entiende a Van Gogh sin su paso por París, Nuenen, La Haya, Aix-en-Provence y Auvers-sur-Oise³¹.

El viaje también cumple un papel esencial en la configuración de las razas. Los primeros hombres salieron de África y poblaron la tierra desde el valle del Nilo y el Sahara hacia Eurasia. Y hace cuatro mil años, los indoeuropeos primitivos entraron en contacto con otras culturas, entre ellas la semita —originaria de la península arábiga—, lo que luego dio origen al pensamiento europeo.

Incluso el poder tiene que ver con el desplazamiento. Los viajeros siempre tuvieron influencia en las esferas políticas y las cortes, y las fronteras se

delimitan tras la conquista y el control de territorios, las batallas territoriales y las migraciones. «La historia de la civilización es la de la movilidad», ha dicho Eric Leed, y también la de la creación de las patrias³². El concepto de nación y con él las identidades, los pasaportes, los pasos fronterizos, las literaturas nacionales y los relatos patrióticos vienen del viaje, que al mismo tiempo ha propiciado enemistades, fronteras y estereotipos. De esta relación viene, a su vez, la relevancia de los mapas, que Foucault definía como instrumentos de autoridad y poder. Con el control del territorio se maneja la economía, la política, las fronteras. Y en las guerras, el dominio de la cartografía es crucial para ganar batallas. Por eso «las guerras son viajes, viajes de naciones», como dijo con ironía Paul Morand, «por su papel capital en la relación entre los pueblos»³³.

La teoría del *orientalismo* demuestra el vínculo entre viaje, conocimiento y poder. En 1978, Edward Said aseguró que entre Oriente y Occidente ha habido siempre una relación de dominación, en la que los occidentales, a lo largo de los siglos, han forjado la imagen de un Oriente intolerante, fanático, exuberante, ignorante e inferior³⁴. Para los orientalistas, Occidente han reforzado ese imaginario a través de los libros de viaje, entre otros mecanismos, para mantener su hegemonía sobre esa parte del mundo.

La relación viaje-saber también está presente en la mitología. Los dioses poseían el conocimiento y los mortales debían superar pruebas y sufrimientos para salir de la ignorancia. Zeus condenó a Prometeo por robar el fuego de los dioses, símbolo del saber, y lo desterró a las montañas del Cáucaso —el exilio, una de las formas del viaje—. Otros viajeros mitológicos fueron Teseo, Perseo y Hércules, por sus viajes a los confines del mundo. A Hermes, los caminantes le hacían ofrendas antes de partir. Él era el escolta de los muertos hasta el inframundo y el guardián de las fronteras y el comercio. La hermenéutica se inspira en su trabajo como mensajero de los dioses y se le ha llamado padre de la comunicación: un símbolo del viajero que interpreta y traduce mensajes y culturas. Las historias mitológicas, de hecho, implican viajes en su mayoría: cada batalla, conquista, huida, rapto, caída o asentamiento tiene protagonistas en movimiento: Ícaro, Europa, Atlas, Poseidón, Caronte, Atalanta, Orfeo, Jasón, Dafne, Aquiles, Eneas o los protagonistas de la guerra de Troya. Y debemos a los mitos la idea del viaje al

«Más Allá».

Jesucristo y Mahoma fueron viajeros y Siddhartha recorrió el mundo antes de recibir la iluminación y convertirse en Buda —a la religión le debemos el concepto de *peregrinación*—. El cristianismo entró en la cultura grecolatina por los viajes de Pablo a Atenas: ese momento estelar en el que, desde el Areópago, el apóstol habló de un solo Dios verdadero a esa sociedad que creía en Afrodita y Apolo. Durante siglos, las órdenes religiosas viajaron en misiones de evangelización, y en Asia, según cuenta Frank Manuel, los jesuitas establecieron un diálogo con la ética y mística china, con Confucio y su filosofía, que luego importaron a Occidente.

Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, siendo ese el primer viaje de acuerdo con la tradición hebrea y cristiana. La Biblia recoge muchos otros desplazamientos: el destierro de Caín, el viaje de Noé durante el diluvio, los de Abraham o José y sus hermanos, el éxodo de Moisés y los israelitas hacia Canaán, la tierra prometida; los de los apóstoles, el de María embarazada que huye de Herodes y hace noche en Belén, donde nace el Mesías. También los reyes magos siguen la estrella de David y san Pedro y sus compañeros peregrinan para predicar el mensaje de Cristo, como se cuenta en los *Hechos de los apóstoles*. Jesús dice en el Evangelio: «yo soy el camino, la verdad y la vida», y esa será la metáfora de los católicos, la invitación a seguir la senda de Cristo. La iglesia incluso ha hecho santos a varios viajeros: san Roque — que huyó de la peste—, Santiago de Compostela —por su viaje para predicar el Evangelio en Hispania—, san Julián —el hospitalario—, san Cristóbal — quien cruzó al niño Jesús al otro lado del río y por eso es el protector de los viajeros y quienes atraviesan peligros—. San Rafael, en el santoral, comparte el título de guía de los viajeros —«San Rafael, llévanos con bien», reza la oración—, y santo Domingo de la Calzada debe su nombre y santidad a la construcción de un camino, un puente y un hospicio entre Burgos y Logroño.

La importancia del viaje se extiende por cada rama del pensamiento y cada cuestión política, religiosa, académica o creativa. Es la gran metáfora, pero sobre todo fuente de conocimiento. Y el hombre, para alcanzarlo, sale en su búsqueda. Ahí comienza la ruta.

Viajero es el que busca

Se define por su profesión, por la intención con la que parte, la época, sus cualidades o el resultado de su trasegar: puede ser un héroe como Don Quijote o Ulises, protagonista de travesías épicas, gestas de caballería, aventuras en altamar o los confines del mundo. Lo es el creyente que visita lugares sagrados, el misionero, el peregrino que busca expiar sus pecados. Otros recorren los pasos de sus ídolos: a Kafka lo buscan en Praga, a Joyce en Dublín y a García Márquez en Aracataca. Los turistas se sientan con Pessoa en el café A Brasileira de Lisboa y otros buscan a Tolstói en Yásnaia Poliana, en ese montículo que es su tumba sin nombre³⁵.

Hay quienes se desplazan para conquistar y someter: militares, guerreros, embajadores, espías y piratas. Otros son poetas, filósofos y artistas: Klee y Delacroix trajeron a Europa el color que los deslumbró en el norte de África, igual que Gauguin revolucionó la pintura con sus visiones del Caribe y la Polinesia. Turner se embarcaba para subirse a los mástiles y entender cómo pintar mejor las tormentas. Rubens viajó como embajador y diplomático entre las cortes de España e Inglaterra, internacionalizando su estilo por donde pasaba. Da Vinci fue de Florencia a Milán y a Venecia ofreciendo sus servicios como ingeniero militar y Caravaggio lo hizo huyendo de su condena de muerte.

Hay exploradores que se adentran en tierras remotas, como los conquistadores de América o los valientes que penetraron el corazón africano en el siglo XIX cuando todavía era un continente inexplorado. Existen *flâneurs* como Baudelaire, expertos callejeros de ciudades y paseantes urbanos como W. G. Sebald, Robert Walser o Enrique Vila-Matas. Unos recrean territorios sin haber estado allí —Kafka en *América*— y otros immortalizan lugares a su paso: el Marruecos de Paul Bowles o la Alejandría de Laurence Durrell; Pierre Loti lo hace con Oriente Próximo, Naipaul con la India; no entendemos El Congo sin Conrad y leemos a Chatwin para visitar Australia y la Patagonia.

Viajero es el científico: esos marineros del Siglo de las Luces que fueron hasta el Ecuador a comprobar si la tierra era una esfera perfecta o a Suramérica en la Expedición Botánica. Es el viaje de la antropología, la

sociología y la historia, el de etnólogos como Lévi-Strauss cuando estudiaba los indígenas en el Matto Grosso; el de aquellos que escribieron las primeras Historias Naturales y Geografías —como Plinio y Estrabón—; el de los astronautas que escriben *blogs* desde la estación espacial y cualquier nómada o los antiguos heraldos.

El exiliado y el inmigrante recuerdan su patria en la distancia y quienes realizan viajes forzados dan su testimonio cuando regresan: los exsecuestrados por la guerrilla en Colombia publican los diarios de su cautiverio igual que Primo Levi, Jorge Semprún y Shalámov relataron el horror de los campos de concentración. El regreso supone una suerte de resurrección, de vuelta al paraíso perdido, y el relato de las dificultades que supone estar de nuevo en casa.

El turista se desplaza por satisfacción personal e inunda ciudades como Venecia o Barcelona; el aventurero emprende escaladas, travesías o vueltas al mundo a pie o en bicicleta: su viaje recuerda al del héroe por el riesgo y la superación de obstáculos, y porque es valiente y temerario. Los hay por accidente y viajeros no viajeros, con itinerarios oníricos o alegóricos — Alicia, Gulliver—, y paseantes alrededor de su habitación como Xavier de Maistre, el conde francés que, en 1794, después de batirse en duelo, fue confinado 42 días en Turín, un encierro en el que escribió *Voyage autour de ma chambre*. Y hoy abundan los viajeros inmóviles, según la categoría de Marc Augé³⁶.

Unos van al infierno, como Ulises en la *Iliada*, y otros al paraíso, como Dante en la *Comedia*. Hay viajeros indirectos que experimentan el viaje por delegación, a través de los relatos de otros. Como en *El viaje*, el cuento de Pirandello, en el que Adriana Braggi viaja a través de las historias de su cuñado antes de emprender ella misma su periplo³⁷. O en *La luz difícil*, la novela del colombiano Tomás González, en la que un padre vive la angustia de la posible eutanasia de uno de sus hijos mientras éste viaja con su hermano de Nueva York a Portland por carretera³⁸. El que realizan los científicos al espacio a través de robots como el *Curiosity* también es indirecto, así como las misiones espaciales no tripuladas que envían imágenes de la atmósfera de Saturno.

Los periodistas, reporteros de guerra y corresponsales se desplazan para

informar: Hemingway, Graham Greene, Marta Gellhorn, Gerda Taro, Norman Lewis, Robert Kaplan, Jan Morris, Marguerite Higgins, Clare Hollingworth, Martín Caparrós, Enric González, David Jiménez o Paco Nadal. Muchos viven grandes viajes iniciáticos y hay millones de trotamundos. Unos se van para formarse y otros se convierten en viajeros ilustrados, cosmopolitas, escritores-viajeros o metaviajeros³⁹, que reflexionan sobre el acto mismo de viajar, leer y escribir el territorio, el tiempo y el espacio.

La vida como camino, *peregrinatio vitae*, que alude a la necesidad ontológica de movernos, define al hombre como *homo viator*, siempre en marcha. Lo dice el profesor Rockwell Gray: «La esencia del ser humano es ser un caminante»⁴⁰.

La actividad del viajero siempre ha estado asociada a la escritura, el conocimiento y la realización: «Dichoso quien, como Ulises, ha hecho un largo viaje», dijo en un verso el poeta francés del siglo XVI Joachim du Bellay. Budismo e hinduismo consideran que «no hay felicidad en quien no viaja»⁴¹, y Pompeyo el Grande, antes del Imperio romano, aseguró que vivir no es necesario, navegar sí.

Ulises es el prototipo del viajero en la cultura occidental. Ningún personaje es tan recurrente. Su odisea —con cantos de sirena, cíclopes, héroes que creen en el honor, la esposa que espera a su amado, el hijo que busca al padre, el caballo de Troya y el intento del protagonista por volver a casa— es rastreable en toda la historia de la literatura, desde Platón y Sófocles hasta Joyce, Borges o Susan Sontag. Porque como dice Alberto Manguel, toda historia, sea cual sea, es viaje o lucha. O ambas: «Toda gran obra literaria es o la *Iliada* o la *Odisea*», como escribió Raymond Queneau en el prólogo de *Bouvard et Pécuchet*⁴².

Odiseo es un modelo para Eneas, Jasón, Luciano, Simbad, Dante, Cyrano, Gulliver, Münchhausen, Ismael, Don Quijote y el capitán Nemo, porque encarna los valores que son, por excelencia, los del héroe: un hombre que prueba su fuerza física y mental lejos de su hogar, forjando así su carácter. Es el representante de una aventura individual, un conquistador nato —entre otras, de la libertad—, al mismo tiempo que un libertador. Incluso tomamos su nombre para designar cualquier viaje con algo de épica: «odisea»⁴³.

El viajero, casi por definición, ha sido respetado, popular, influyente. Sus

hazañas se han convertido en leyenda. A los comerciantes se les admiraba por las cosas exóticas que traían al regreso; a los supervivientes de un naufragio, por su resistencia a los castigos de la naturaleza; y a los peregrinos por la santidad que les confería su penitencia⁴⁴. Al viajero se le ha considerado valiente, triunfador, héroe y precursor. Un temerario. Se le admira por su arrojo, por esa materia especial de la que está hecho, por su audacia, determinación y liderazgo. Y porque sabe más, ha visto o vivido más que quienes deciden quedarse. Según Attilio Brilli, desde siempre, han ejercido una encendida fascinación en la comunidad sedentaria, por su desafío a lo desconocido y su abandono de las obligaciones cotidianas⁴⁵.

Si se ha dicho que el viaje es el alma del mundo, Dios ha de ser un viajero. O el viajero puede ser visto como un dios. Conrad lo plantea en *El corazón de las tinieblas*: «Los blancos, desde el nivel de desarrollo que hemos alcanzado, tenemos que parecerles (a los salvajes) seres sobrenaturales; nos acercamos a ellos con el mismo poder de una deidad»⁴⁶. Algo así es lo que intentan los protagonistas de *El hombre que pudo ser rey*, de Rudyard Kipling, que se hacen pasar por dioses entre las gentes de Kafiristán para medrar entre ellos y gobernarlos. Isak Dinesen aseguraba que los hombres blancos ocupan para los nativos el lugar que, en la mente de los blancos, tiene la idea de Dios⁴⁷. Y según Octavio Paz, los indígenas precolombinos vieron a los españoles de la conquista como seres sobrenaturales, básicamente porque no tenían categorías mentales para identificarlos⁴⁸. Alberto Porlan ilustra así la llegada de los europeos a América:

Usted está preparando un guiso de mandioca en el fogón de su choza. De pronto, escucha una algarabía de gritos y carreras en el exterior. Aparta el guiso del fuego y se precipita a la calle. La gente de la aldea está muy excitada y todo el mundo corre hacia la playa. Acaba de aparecer una nave alienígena enfrente de la aldea. Y es cierto. Allí delante, flotando sobre el agua, hay algo que nadie que usted conozca había visto antes de ahora: una especie de canoa inmensa, con alas blancas. Poco después, de la gran canoa se descuelga otra más pequeña que se llena de seres relucientes [...] Los alienígenas que pisan la playa son humanoides de piel tan blanca como el coco, con la cara llena de pelos y cuerpo recubierto de un material desconocido que hiere los ojos al recibir los rayos del sol⁴⁹.

Es probable que esa fuera la percepción de los aborígenes americanos cuando llegaron los conquistadores, un recibimiento que, de hecho, fue hostil en muy pocos casos, y esto dio origen a lo que se conoce como el mito del

*buen o noble salvaje*⁵⁰.

Dios o extraterrestre, el viajero suele estar emparentado con la figura del héroe, ligada a la virtud, la excelencia y el hacer correcto. Es a quien hay que emular, precisamente como a una divinidad, porque sus acciones son paradigma de la justicia y el valor. También Melquíades, el gitano de *Cien años de soledad*, representa esa idea del viajero casi sobrenatural, cargado de maravillas. Los artefactos que llevaba a Macondo eran vistos como prodigios, contribuyendo a esa imagen del viajero que, como Prometeo, busca los límites de la naturaleza y lleva consigo la idea del progreso.

Pero la historia ha demostrado que, además de desarrollo, el que viene de lejos puede traer destrucción. Es la otra cara del viajero: intruso, invasor o cuando menos engreído, imprudente, fabulador, mentiroso, exagerado, buscavidas, loco o vagabundo. En la Edad Media, la palabra «peregrino» incluso se asoció con aventurero botarate y sin oficio⁵¹. Y no son pocos los que los han criticado o se han burlado de su condición. Cervantes, a través de Alonso Quijano, parodió la figura del caballero andante. Con Gulliver, Jonathan Swift hizo sátira del viaje y los viajeros, de quienes dijo que tenían «aquella costumbre infernal de mentir, fingir, engañar y confundir»⁵².

En el siglo XVIII, Rudolf Erich Raspe, autor del Barón de Münchhausen — una obra que ridiculizaba las historias increíbles de los libros de viajes—, los retrató como embusteros patológicos. Voltaire, en *Cándido*, *Micromegas* y *Los viajes del escarmentado*, ironiza sobre las motivaciones para viajar y califica de mentirosos a todos los historiadores viajeros de la Antigüedad —salvo Tucídides, Jenofonte y Polibio—. Sorprende en William Hazlitt, escritor y viajero del siglo XVIII, su afirmación de que «no hay nada que muestre más cortedad de miras o el carácter caprichoso de la imaginación que el hecho de viajar»⁵³. Lao-Tse escribió en el *Tao Te Ching*:

Sin salir de la puerta se conoce el mundo / Sin mirar por la ventana se ven los caminos del cielo. /
Cuanto más lejos se sale, menos se aprende.

Lévi-Strauss también criticó el viaje en *Tristes trópicos*:

Odio los viajes y los exploradores [...] La aventura no cabe en la profesión del etnógrafo [...] hoy ser explorador es un oficio (cuyas) vulgaridades y trivialidades aparecerán transmutadas en revelaciones por la única razón de que el autor las santificó mediante un recorrido de 20.000 kilómetros⁵⁴.

Y Pessoa insinuó que viajar era casi un insulto a la imaginación: «¿Viajar? Si imagino, veo. ¿Qué más puedo hacer viajando? Sólo la extrema flaqueza de la imaginación justifica que uno se tenga que desplazar para sentir»⁵⁵.

Odiados o alabados, se han propuesto numerosas tipologías para definirlos. La fórmula más común distingue «viajero» de «viajante» y «turista». No es lo mismo *traveller* que *tourist* (en inglés); *voyageur* que *touriste* (en francés); *Reisender* que *Tourist* (en alemán); *viaggiatore* que *turista* (en italiano)⁵⁶. Al viajante lo mueve su trabajo, el comercio o los negocios, mientras que el turismo se asocia al placer. El viajero, en cambio, es un hombre libre, un ser singular. Como dice Javier Reverte, para él, moverse, es una necesidad vital:

Al viajero vocacional lo caracteriza una patológica ansiedad por largarse. Irse es su razón primera de ser. Y para irse siempre hay un pretexto. El destino del viaje, para el turista, es su razón principal. Para el viajero, el punto de destino es más impreciso: se trata de un pretexto⁵⁷.

El turismo es una actividad de grupo, ligada al capitalismo y al consumo. Al turista le importa el *dónde*; al viajero, el *cómo*. El turista no viaja, sólo cambia de lugar, mientras el otro vive en el camino. Es su antítesis: consume el viaje y experiencias placenteras. Concibe el mundo como parque temático, camina con mapas que guían su mirada y sabe que regresará a casa y compartirá las fotos con sus amigos⁵⁸. Lo dijo Paul Bowles en *El cielo protector*: mientras el turista se apresura a volver, el viajero se desplaza durante años de un punto a otro de la tierra; el primero acepta su cultura sin cuestionarla, mientras el otro la compara, asimila o rechaza⁵⁹. También Martín Caparrós: «Los turistas conforman una especie casi inmóvil por lo previsible de sus movimientos. Su viaje es circular, trayecto de ida y vuelta sin más llegada que el punto de partida»⁶⁰.

Al turista le gusta el grupo, como también explica Reverte, porque es una forma de arrojarse y protegerse contra los fantasmas del peligro. Demanda un alto grado de confort, le molesta sentir el riesgo de la aventura, se protege tomando todas las precauciones posibles. Y sólo al volver disfruta de lo que surgió de improviso, el peligro inesperado, la situación insólita. Es aventurero a la vuelta⁶¹. Pero aun cuando se dice que el turismo le quitó el aura al viaje, no es cierto: grandes viajeros siguen existiendo, al margen de las masas⁶².

Sin embargo, la abolición del obstáculo es la que al turista le impide

aproximarse al verdadero conocimiento que supone, desde Descartes y el método científico, dificultad, etapas, búsqueda y finalmente hallazgo. «El viaje necesita adiestramiento previo y debe alimentarse previamente con lecturas. El viaje es un acto trascendente y no una mera huida de la rutina», afirma el filósofo suizo Alain de Botton en *El arte de viajar*. Porque el viaje auténtico está emparentado con el del héroe, que implica superar retos y peligros. Como explicó Chatwin: *Travel*, viaje en inglés, es una palabra idéntica a *travail*, en francés: «labor física o mental», «trabajo», sobre todo de naturaleza dolorosa y opresiva, «esfuerzo», «penuria», «sufrimiento»⁶³. Son los obstáculos los que constituyen «la sal de los viajes»⁶⁴, por eso pertenecen al reino de la aventura. Es lo que propone Cavafis en *Ítaca*: «Cuando emprendas tu viaje a Ítaca / pide que el camino sea largo / lleno de aventuras / lleno de experiencias»⁶⁵.

Lo propuso Shackleton en el legendario anuncio de prensa con el que buscaba veintisiete compañeros para la que él llamaba «la última gran travesía terrestre pendiente», la conquista de la Antártida: «Se buscan hombres para viaje peligroso. Sueldo escaso. Frío extremo. Largos meses de completa oscuridad. Peligro constante. No se asegura el regreso. Honor y reconocimiento en caso de éxito».

La intensidad del trayecto, con sus accidentes, multiplica el valor de la meta⁶⁶. Cuanto más fácil resulta viajar, menor es la recompensa⁶⁷. La aventura es el terreno del héroe. Sin retos, peligros, el viaje se empobrece. En la aventura no hay normalidad ni terreno conocido. Hay exotismo, seres interesantes y lugares remotos. Todo es intenso. Y está presente la muerte, hay riesgo, amenaza⁶⁸. «Se viaja y se escribe quizá porque la aventura es la esencia de la narrativa»⁶⁹.

Pero existen otras tipologías⁷⁰. En *Nosotros y los otros*, Tzvetan Todorov propone diez arquetipos: el *asimilador*, que quiere modificar a los otros para que se le asemejen; el *aprovechado*, que pretende imponer su cultura sobre otros; el *turista*, que prefiere los monumentos a los seres humanos; el *impresionista*, que escribe, anota, pinta; el *asimilado* o inmigrante; el *exota*, que se maravilla ante la diversidad; el *exiliado*, que evita asimilar la nueva cultura en la que vive; el *alegorista*, que habla de un pueblo extranjero para discutir su propia cultura; el *desengañado*, que elogia su patria y concluye que el viaje no es necesario, y el *filósofo*, que observa las diferencias entre

culturas, descubre las propiedades, aprende y juzga⁷¹.

También Nietzsche, en *El viajero y su sombra*, distingue cinco grados entre quienes se desplazan. Los inferiores son los ciegos; luego están los que ven realmente el mundo. A otros les sucede algo a causa de esas observaciones. Les siguen los que llevan consigo aquello que han visto y aprendido y, por último, reconoce como seres «con un poder superior» a aquellos que después de haber vivido y asimilado el viaje, lo reviven en obras y hechos⁷².

Lawrence Sterne, precursor del viaje romántico y la literatura del «yo», dijo que los seres humanos se desplazan «por enfermedad del cuerpo, imbecilidad de la mente o imperiosa necesidad». Y propuso el *viajero sentimental*, que viaja por *besoin de voyager*. Él mismo se incluyó en esa categoría, que resultó revolucionaria: dio paso al viaje por el viaje, como una forma de la libertad⁷³.

Pero si hay que elegir un rasgo común entre todos los viajeros, es la búsqueda. Los define una inquietud: «Si es por buscar, mejor que busques lo que nunca perdiste», solía decirle su padre a Martín Caparrós. Pero «buscar, el qué», se pregunta el escritor⁷⁴. Todo viaje comienza con una pregunta, una abstracción o entelequia que supone que en algún lugar —por lo general lejano— existe una respuesta. El problema es que la pregunta nunca es clara e implica un esfuerzo de la imaginación. Ahí comienzan los viajes: antes que en el recorrido, en la cabeza de sus protagonistas. «Me contentaría con saber qué estoy buscando. Quizá en el camino lo consiga», escribe en *El interior*. Y en *Una luna*: «Viajar es, por supuesto, la confesión de una impotencia: ir a buscar lo que te falta en otros lugares»⁷⁵.

La búsqueda, con la huida, la curiosidad y la exploración, es inherente al hombre y, con él, al viaje. Implica carencia. Y el ser humano se mueve para intentar solventarla. «Caminante, ¿quién eres tú? [...] ¿Qué has ido a buscar?», se pregunta Nietzsche en *Más allá del bien y del mal*⁷⁶. El filósofo supone que viajero es *el que busca*. Ningún hombre ha sabido a ciencia cierta cuál es su lugar en el mundo, entonces se mueve. Como dijo Kafka a su amigo Gustav Janouch: «Cuando uno se desplaza a algún sitio, no hace más que viajar en pos de su propia naturaleza incomprendida»⁷⁷.

Por eso viajar se asocia a la actitud del filósofo. Para Rodrigo Castro, el viajero es sólo aquel cuyo periplo va más allá de la conquista de un paraje

indómito, quien es capaz de transformar las anécdotas de su aventura en un objeto filosófico de interés⁷⁸. Así, el viaje es una metáfora de la idea, como en la caverna de Platón, alegoría de la búsqueda del conocimiento desde el mundo sensible de las sombras hacia el inteligible de las Ideas. De ahí que las primeras preguntas —de dónde venimos, a dónde vamos después de la muerte, el origen del universo y el sentido de la vida— se vinculen con ese personaje que busca el saber y la verdad en «el libro de la naturaleza». Como dijo Montaigne, «no hay para el hombre ningún deseo más natural que el deseo de conocimiento. Probamos todos los medios que nos pueden llevar hasta él». Y uno de esos medios es el viaje⁷⁹.

Gilgamesh de Uruk es el primer representante literario del viajero que busca. Es el protagonista de la narración escrita más antigua de la que se tiene noticia (1400 a.C), un personaje que, según la mitología sumeria, era dos tercios dios y un tercio hombre. Todavía no hay consenso sobre si el poema está inspirado en una figura histórica pero, de haber existido, lo habría hecho en el siglo XXVII a.C. La historia cuenta cómo el rey Gilgamesh, en compañía de su amigo Enkidu, se embarcó en una serie de aventuras con las que pretendía alcanzar la gloria. Pero su compañero muere y el soberano, temeroso de correr su misma suerte, se empeña en buscar la inmortalidad:

Quien vio el abismo, fundamento de la tierra, quien conoció los mares fue quien todo lo supo; quien, a la vez, investigó lo oculto: dotado de sabiduría, comprendió todo, descubrió el misterio, abrió las profundidades ignoradas y trajo la historia de tiempos del diluvio. [Tras] viaje lejano, volvió exhausto, resignado. [Y] grabó en estela de piedra sus tribulaciones⁸⁰.

Esta epopeya, al ser la primera narración literaria escrita que conocemos, constituye el primer prototipo del viajero y su gesta. Desde entonces, el viaje implica mitos, aventuras, héroes y narración. Es, mucho antes que Ulises, la primera huella del arquetipo del viaje del héroe. Y hablar del viaje y de héroes implica hablar del mito.

Mythos significa «palabra», «discurso» y «conversación», «proverbio»⁸¹. Es la narración ancestral con la que el hombre intentó comprender aquello para lo que no tenía respuesta: el origen del universo y de la vida, las raíces del mal, el sentido del hogar, los padres, la muerte y las fuerzas de la naturaleza. Los mitos explican cómo algo se ha producido o ha llegado a ser,

gracias a las hazañas de seres sobrenaturales⁸², y ahí es donde aparece la figura del héroe. Esas preguntas esenciales están presentes en esas narraciones primigenias. Y las primeras respuestas. El mito está antes que la religión y la filosofía —o es la primera filosofía—, y por eso el trasegar en busca del saber hace del viaje mucho más que una metáfora: no se trata nunca sólo de una traslación en el espacio, sino búsqueda y cambio. Como dice el *Diccionario de símbolos*:

Estudiar, investigar, buscar, vivir intensamente lo nuevo y profundo son modalidades de viajar, equivalentes espirituales del viaje. Los héroes son siempre viajeros, es decir, inquietos. Viajar es una imagen de aspiración, dice Jung, del anhelo nunca saciado, que en parte alguna encuentra su objeto [...] El verdadero viaje no es nunca una huida ni un sometimiento, es evolución. Viajar es buscar⁸³.

El héroe es un viajero, y su viaje está en el centro de todos los relatos. Vladimir Propp lo explicó: «uno de los principios fundamentales del cuento es *el viaje*»⁸⁴. También Giambattista Vico y Lévi-Strauss estudiaron los patrones que se repiten en todas las historias, mitos, leyendas y cuentos populares, arquetipos que representan valores comunes en todas las culturas. En ese orden de ideas, Joseph Campbell desarrolló el patrón narrativo del viaje del héroe: *la partida, la iniciación y el regreso* como etapas esenciales, cualquiera que sea el relato. Y lo llamó *monomito*: la misma historia que se cuenta de forma variable —distintos personajes, escenarios o tramas— y que, sin embargo, se repite de forma maravillosamente constante en cualquier narración⁸⁵. En *El viaje de un escritor*, la biblia de los guionistas de Hollywood, Christopher Vogler resumió en doce puntos esas etapas que constituyen la estructura de todos los relatos:

La salida del héroe desde el mundo ordinario.

La llamada a la aventura.

Rechazo de la llamada.

Encuentro con un mentor, sabio o héroe con más experiencia.

Cruce del umbral: comienza la aventura.

Pruebas, aliados y enemigos.

Acercamiento a la cueva interior: la aproximación al peligro.

Odisea: la mayor crisis de la aventura, el calvario.

Recompensa: el héroe encuentra lo que busca, aunque aún le acechan peligros.

Camino a casa: la ruta de vuelta al mundo ordinario. Son pocos los héroes que se quedan en el mundo especial.

Resurrección: clímax. La prueba final que el héroe debe vencer antes de volver triunfante.

Regreso con el elixir: sea que vuelva o continúe un nuevo viaje, el héroe siente que comienza una

nueva vida. La recompensa puede ser el regreso⁸⁶.

Como el héroe es un viajero, el relato de viaje encaja en ese modelo. Y su figura evoluciona con el tiempo: no es lo mismo Gilgamesh o Ulises que el Marlow de Conrad, ni Egeria o la monja Alférez que Eileen Collins u Osa Johnson, la viajera a África. Se va haciendo más humano, más pragmático y mortal. Pero las etapas del recorrido —la partida, el tránsito y el regreso— terminan por definir al protagonista: en la partida encuentra sus motivaciones, los motores que lo impulsan a irse. En el tránsito desarrolla su historia, obtiene lo que ha ido a buscar o se decepciona; también es donde tiene lugar la instrucción, el aprendizaje que narrará luego. Al regreso, trae consigo la recompensa, o no, porque se vio obligado a volver con las manos vacías. Y hay quienes no regresan nunca.

No hay viaje sin propósito

Desde que existe el hombre hay constancia del viaje. El ser humano parte con un fin utilitario, se mueva en una topografía física, imaginaria o interior⁸⁷. El desplazamiento siempre es para algo: para comerciar o descubrir, instruirse o colonizar, buscar lo exótico, descansar, conocer o mirarse dentro. Según Paul Theroux, el viaje es fuga y búsqueda por partes iguales:

El deseo de viajar es una cualidad intrínsecamente humana: las ganas de movimiento, para satisfacer tu curiosidad o apacentar tus temores; para cambiar tus circunstancias vitales y transformarte en un forastero; para hacer un amigo; para apreciar un paisaje exótico; para aventurarte en lo desconocido; o para dejar testimonio⁸⁸.

Caminar es «transformar la espera en esperanza: el hombre necesita alejarse y retornar, para gozar del placer de la distancia y la emoción de la aproximación, una especie de rito sagrado»⁸⁹.

Las motivaciones se han transformado con el tiempo. Cada momento histórico responde, en líneas generales, a una forma de viaje —la contemplación romántica en el siglo XIX o el turismo en el XX, por ejemplo— y la época define la moral y el pensamiento del viajero, lo que le fascina o

rechaza, su forma de pensar y ver el mundo. Esas causas del viaje han evolucionado de la necesidad a la búsqueda de la libertad, explica Eric Leed: para los antiguos, el viaje era una explicación mítica, una prueba de los dioses o del destino, cuando no una obligación, una experiencia temporal en la que los viajeros eran puestos a prueba y salían transformados tras adquirir habilidades y sabiduría. El viaje se valoraba según el grado de sufrimiento y sacrificios del recorrido, y el héroe tenía que estar a la altura de la proeza no sólo física, sino también moral. El ejemplo es Ulises⁹⁰.

En la Edad Media, el viaje cambió. Los peregrinos visitaban Tierra Santa en busca de purificación y los caballeros demostraban su destreza y carácter durante sus aventuras —ellos son uno de los primeros modelos del hombre libre—. Más tarde vinieron los descubrimientos —de América, Australia, los mares del Sur— seguidos de las expediciones científicas y las descripciones pormenorizadas de la naturaleza. Pero el viaje como auténtica expresión de la voluntad comienza a finales del siglo XVIII. Sterne propuso el viajero sentimental y los escritores se sintieron identificados: habían perdido la fe en los datos como única fórmula de alcanzar la verdad y dejaron de viajar al extranjero sólo para instruirse. Lo suyo era la contemplación, el periplo interior, la búsqueda de lo sublime, la subjetividad, la exaltación del pasado, de los sentidos, o el simple deseo de marcharse a otro sitio. Con ellos comenzó el viaje romántico, y el *Grand Tour* —el viaje como forma de perfeccionamiento personal y formación que estuvo de moda en el siglo XVIII entre la joven burguesía europea— fue sustituido por «el viaje por el viaje», que derivó poco a poco en el desplazamiento como forma de placer privado. Así, el siglo XIX fue el de los albores del turismo, y el viaje moderno, de algún modo, aún conserva aquella búsqueda de la libertad y de individualismo que se manifiestan en las ganas de partir, la independencia que da el movimiento y el placer de sentirse autónomo⁹¹.

Hay tantos motivos como viajeros. Pero esas causas, siempre utilitarias, se pueden resumir en cuatro categorías: la búsqueda de una recompensa, de instrucción, del placer o de escapar.

Un botín con muchos nombres

El conocimiento es una de las recompensas que persigue el viajero, pero quien sale de viaje también busca perfección, paraísos, fama, purificación, vida eterna. No existe el viaje sin propósito, aunque en *Las flores del mal* Baudelaire defina como «verdaderos» sólo a los «viajeros que parten por partir»⁹². Porque incluso el vagabundeo del *flâneur* o las vacaciones del turista buscan descanso, contemplación, penitencia o placer en lo desconocido. Y aun los románticos del viaje por el viaje tenían su compensación en el goce estético y en la escritura que era, a fin de cuentas, su objetivo.

Unos buscan y otros encuentran⁹³. La historia del viaje está llena de recompensas anheladas: el vellocino de oro, el Santo Grial, las Indias orientales, el Dorado, la tierra prometida o la reconquista de un paraíso perdido. El viajero, casi por definición, sueña con alcanzar una tierra de promisión que puede ser terrenal —playas y paisajes de leyenda, territorios de abundancia— o espiritual —el cielo, el Nirvana, La Meca o cualquier tierra santa—. La recompensa se asocia a superar un obstáculo, a la aventura y la conquista de territorios o bienes materiales. Incluso tiene que ver con objetos mágicos como los de los cuentos populares y la mitología —en *El señor de los anillos*, Frodo sale de la Comarca para destruir el anillo en la montaña de Mordor—. Esa búsqueda es, muchas veces, un «rito de paso».

Para Ulises, el premio a su odisea era volver a casa. Para Jasón y sus compañeros, la piel del cordero alado. El asno de Apuleyo quería recobrar su humanidad. Yambulo dijo haber encontrado la Isla del Sol, igual que san Brandán y Mandeville el paraíso. Colón quería volver a España tras alcanzar la ruta más corta hasta las tierras del gran Khan y los conquistadores y piratas lucharon por un botín que incluía tierras, súbditos, oro e incluso mujeres⁹⁴. Gilgamesh fue al fondo del mar por la planta de la inmortalidad. Dante soñaba con Beatriz. Marlow buscó a Kurtz en el corazón de las tinieblas. Amelia Earhart, la primera travesía aérea alrededor del mundo. Los peregrinos, la purificación. Jane Goodall, la protección y defensa de los chimpancés. Don Quijote, «eterno nombre y fama»⁹⁵. Eneas, tras la guerra de Troya, quiso

hacerse con un lugar para asentarse y recomenzar; Ahab, vengarse de la gran ballena blanca.

La riqueza motivó a corsarios como Francis Drake, Anne Bonny y Mary Read —las únicas mujeres piratas conocidas del siglo XVIII—, así como la gloria a los marineros de la primera y la segunda era de los descubrimientos. En aquel tiempo, cuando ingleses, portugueses y españoles se disputaban el dominio de los mares y las rutas comerciales, los marineros buscaban el beneplácito de sus reyes para partir en expediciones que, además de mapas, seguían leyendas ancestrales que hablaban de tierras de promisión y gestas de nobles caballeros. La muerte y la enfermedad fueron por lo general el precio a pagar por sus tripulaciones —*El Dorado* no es tan fácil de encontrar, después de todo—, pero otros consiguieron fama, fortuna y bautizaron los mares y la tierra: Núñez de Balboa, el Pacífico; Magallanes, el estrecho que lleva su nombre; Elcano completó la primera circunvalación al globo tras la muerte del capitán de la nave *Vittoria*, y Cook, en el *Endeavour* y el *Resolution*, certificó la existencia del «gran continente sur», Australia, además de cartografiar Nueva Zelanda. Colón hizo el mayor hallazgo, pero por casualidad y más bien huyendo de su modesto rango social, para ascender en la nobleza.

«Se fue pensando en regresar con alguna prestancia, que es el propósito de todos los que se van», dice un personaje de *La novia oscura* de Laura Restrepo⁹⁶, frase que resume esta motivación que está presente incluso en los inmigrantes que hoy ven como recompensa la posibilidad de alcanzar una nueva tierra de promesas para huir de la violencia que azota sus países o tener ventura económica. Los latinoamericanos que emprenden el sueño americano, los subsaharianos que se dejan la vida en pateras para llegar a Europa, los millones de refugiados que produce la guerra de Siria o los expatriados por la crisis de este comienzo del siglo XXI representan esta búsqueda que hoy tiene que ver también con el desarraigo y el anhelo del regreso. Igual que en el pasado, cuando los primeros ingleses viajaron a Norteamérica con la idea de la tierra de la libertad; otros siguieron la fiebre del oro en California o Canadá —como Jack London—; o los españoles de los siglos XVI y XVII que iban a la América colonial por iguales motivos. Como explica Clara Lida en *El fin de un sueño*, ahora son los latinoamericanos quienes sueñan con Europa y atraviesan el Atlántico en dirección contraria a la de las carabelas, paquebotes

y buques de vapor que durante cinco siglos llevaron a miles de españoles al Nuevo Mundo⁹⁷.

Pero hay otras recompensas, como la sabiduría —«el barco ballenero fue mi Yale y mi Harvard», escribió Melville⁹⁸—, y en los tiempos de Montaigne el viaje era curativo, medicinal —el francés hizo su periplo europeo en busca, sobre todo, de termas para aliviar sus cólicos nefríticos—. Desde el Renacimiento, el viaje era prescrito por los médicos, y sus cualidades terapéuticas se recomendaban a los artistas y a quienes sufrían de mal de amores. Robert Burton, bibliotecario de Oxford del siglo XVII, escribió en su *Anatomía de la melancolía* (1621) que viajar era el remedio para las depresiones causadas por la vida sedentaria: «Para esta dolencia [la melancolía] no hay nada mejor que cambiar de aire, vagabundear en una y otra dirección»⁹⁹.

El Romanticismo transformó el fin terapéutico en algo mítico, exaltó la huida sin motivo y propuso el viaje como fuente de juventud¹⁰⁰. Luego, en los siglos XIX y XX, la recompensa que antes se asociaba al avance de la ciencia y el saber comenzó a ligarse a una idea chauvinista de la exploración, un afán por descubrir tierras, conquistar cumbres y plantar banderas en lugares remotos —los polos, las alturas, la luna— por prestigio individual, nacional o sed de notoriedad¹⁰¹. El viaje se ha convertido además en una gesta deportiva. Ben Saunders, quien ha hecho el viaje polar a pie más largo de la historia —casi 2.900 kilómetros, el equivalente a 69 maratones—, ha dicho que no se siente un explorador sino un atleta. O Rosie Swale Pope, quien completó en 2007 la vuelta al hemisferio norte corriendo, tras pasar por Alaska, Canadá, Rusia y Siberia, una gesta que tardó cuatro años en completar. Ellos son símbolo de un viaje cuyo premio pueden ser medallas, la superación de un reto personal o los titulares de prensa.

El camino como escuela

Para comienzos del siglo XVII, el viaje era una metáfora consolidada del camino del conocimiento. La portada de *La gran restauración* de Francis

Bacon, ilustrada con un barco atravesando las columnas de Hércules —el estrecho de Gibraltar, que entonces representaba los límites del saber—, demuestra cómo el viaje era símbolo de educación y modernidad¹⁰². Y es que Bacon, padre del empirismo, consideraba las estancias en el extranjero parte fundamental en la formación de los jóvenes. En su ensayo *Of Travel* formuló una serie de consejos para que el recorrido resultara provechoso: recomendaba llevar un diario, no quedarse demasiado tiempo en un mismo lugar, leer libros o guías del país visitado, rodearse de anfitriones locales —no de compatriotas—, aprender un poco el idioma y, al volver, mantener vivo el viaje como ejercicio intelectual, pero sin alardear de la experiencia ante los conocidos¹⁰³.

También John Locke entendió el viaje como la etapa más importante de la educación. El filósofo inglés tenía una biblioteca llena de libros de viajes, asociaba la importancia de leer estos libros a la de estudiar historia y geografía —escribió una *Historia de la navegación*— y su obra está llena de analogías, metáforas y episodios del mundo de los viajes¹⁰⁴. En *Pensamientos sobre la Educación*¹⁰⁵, señaló las ventajas del viaje educativo, entre ellas aprender de lenguas extranjeras y adquirir sabiduría y prudencia para la vida. Y para que el recorrido fuera útil, recomendaba viajar sólo cuando se alcanzara la madurez suficiente para no necesitar un tutor y cuando el joven estuviera preparado para ver, en el país de destino, aquello digno de estudio y atención¹⁰⁶.

Consejos como los de Locke y Bacon eran parte de los manuales del *Ars apodemica*, del Renacimiento y los albores de la Edad Moderna, textos que entre 1500 y 1800 instruían sobre el arte de viajar y cómo poner luego por escrito el conocimiento adquirido —muchos recomendaban reportar lo aprendido con la fidelidad y precisión con la que un comerciante lleva su contabilidad¹⁰⁷—. Ese intento de sistematizar lo que se había escrito hasta entonces se convirtió en una auténtica metodología del desplazamiento. Los manuales del buen viajero se contaron por cientos y sirvieron al periplo cultural de personajes como Montaigne, Montesquieu, *sir* Philip Sydney, Rabelais, Thomas Hobbes o John Milton, quienes viajaron por Europa a entrevistarse con embajadores, aristócratas y artistas en salones en los que se discutía de política, arte, música y filosofía. El viaje cultural tenía un objetivo

epistemológico, y entonces había que dar una vuelta al mundo civilizado para poder considerarse culto.

La proliferación de los manuales continuó hasta bien entrado el siglo XVIII. Fueron fundamentales para configurar la sociedad ilustrada y la base del que ha sido el viaje de formación por excelencia: el *Grand Tour*, el recorrido con fines educativos que estuvo de moda, primero, entre los jóvenes ingleses de finales de 1600 y luego entre los hijos de las familias adineradas del continente y de los países europeizados de América —Simón Bolívar, padre de la Independencia en Colombia y Venezuela, viajó varias veces a Europa como parte de su formación, donde se dice que incluso pudo haber sido testigo de la coronación de Napoleón como emperador—.

En principio, se trataba de un largo recorrido por Francia, que entonces era el centro cultural del mundo y luego el circuito incluía Suiza, Italia, Alemania y los Países Bajos. La expresión *Grand Tour* apareció por primera vez en el prólogo de una famosa guía de viaje de 1670 —*The Voyage of Italy*, del jesuita Richard Lassels—, y desde entonces fue sinónimo de las estancias para observar la naturaleza y los sistemas políticos, económicos y sociales de los Otros¹⁰⁸.

El *Tour* formaba parte de la educación de los burgueses y aristócratas que luego serían estadistas, diplomáticos y funcionarios en sus países, y por eso debían conocer los vestigios del Renacimiento y el arte europeo, escuchar cierta música y codearse con sus pares en las naciones vecinas. Este viaje alcanzó su apogeo alrededor de 1770, prefiguró el viajero ilustrado del siglo XVIII e impulsó los ideales de la Razón. Se trató, de nuevo, de una visión instrumental del viaje, en este caso como fuente de ideas útiles para las reformas que comenzaban a implantarse en la Europa de la Ilustración¹⁰⁹.

Jean-Jaques Rousseau, heredero de esa tradición apodémica, fue uno de los defensores del viaje ilustrado. En el *Emilio*, abogó por los viajes para estudiar, no sólo piedras y plantas, sino a los hombres y sus costumbres, y aseguró que viajar era la obligación del científico porque, en su opinión, «el abuso de los libros acaba con la ciencia». La lectura, según decía, sólo sirve para «aprender a hablar mucho de lo que no se conoce» y para formar «presuntuosos ignorantes, platonos de quince años que filosofan sobre Egipto y las Indias a cuenta de haber leído a Paul Lucas o a Tavernier». Pero recorrer

países tampoco es suficiente. Hay que saber viajar:

Hay muchas personas a las que viajar instruye menos que los libros, porque ignoran el arte de pensar, porque en la lectura su espíritu está guiado al menos por el autor, y porque en sus viajes no saben ver nada por sí mismos.

El francés estaba convencido de que el viaje conviene a muy pocas personas. Criticaba a quienes viajaban sólo por viajar —«esos son errantes, vagabundos»—, y a los que lo hacían para educarse pero sin tener claro el objeto de su instrucción. Consideraba que el viaje provechoso era aquel en el que se estudiaban el gobierno, los ciudadanos, las relaciones civiles y las leyes, mucho más que ruinas, anticuarios y bibliotecas. Aconsejaba vivir una temporada en el extranjero, pero aseguró que, aunque cada nación tiene su propio carácter, no es necesario recorrer el mundo para conocer los seres humanos: «quien ha comparado diez pueblos, conoce a los hombres, como el que ha visto a diez franceses conoce a los franceses. Los hombres se parecen tanto que no vale la pena estudiarlos por separado»¹¹⁰.

De este modo Rousseau inauguró la etnología sin saberlo, según dijo Lévi-Strauss en 1962¹¹¹. Y eso fue lo que hizo el autor de *Tristes trópicos*: buscar, en distintas culturas, esa unidad invariable que permite conocer al ser humano, fundando así la antropología moderna. El viaje del etnólogo es un ejemplo contemporáneo de los viajes de instrucción, igual que el Erasmus, el programa de movilidad de los universitarios europeos.

Ese binomio viaje-conocimiento que hoy aceptamos con naturalidad, seis siglos antes de Cristo era apenas una buena intuición. Y uno de los primeros en tenerla fue Heródoto. Nacido en el siglo V a.C., es más padre de la etnología que Rousseau. Las investigaciones para los nueve volúmenes de su *Historia*, una obra monumental que escribió con el deseo de que «el tiempo no borrara los hechos de los hombres»¹¹², lo llevaron a conocer buena parte del que era entonces el mundo conocido. Ryszard Kapuściński lo llama antropólogo, reportero, etnógrafo, historiador:

Heródoto quiere conocer el mundo y sus habitantes, conocerlos para luego describirlos [...] Es el primero en clamar que todas las culturas deben ser aceptadas y comprendidas, y que, para comprender una, antes hay que conocerla. ¿En qué se diferencian las unas de las otras? Pues, sobre todo, en las costumbres. Dime cómo te vistes, cómo te comportas, qué costumbres tienes, a qué dioses adoras y te diré quién eres¹¹³.

Él intuyó que el conocimiento se adquiere a través de la experiencia y comprendió la importancia de ser testigo de la historia —*Patren Historiae*, lo llamó Cicerón—. Viajó solo, vivió entre los bárbaros¹¹⁴ y no dejó nunca de moverse para constatar con sus propios ojos lo que había oído decir sobre los Otros. Los suyos fueron viajes de instrucción, quizá movido por la curiosidad, su propio deseo descubridor o el viaje como placer y búsqueda de lo exótico.

Los que parten por partir

Todo viaje tiene lugar, antes que en el camino, en la imaginación. La curiosidad, esa cualidad que Ortega y Gasset definió como la plena vitalidad del espíritu y que los griegos entendían como un síntoma de juventud, hace que el hombre se inquiete por lo que hay «más allá». El deseo de cruzar la frontera nos caracteriza. Melville, en su ensayo *Viajar*, alude a esa primera pregunta filosófica ligada al placer del camino:

En el solitario macizo montañoso de Greylock se encuentra un profundo valle llamado «The Hopper», amplia y reverdecida región olvidada en el corazón de las colinas. Supongamos que una persona nacida en dicho valle no conozca nada de lo que se encuentra más allá, y que un día decida escalar la montaña: ¡con qué emoción contemplaría el paisaje desde la cima! Le apabullaría y hechizaría tanta novedad. Este tipo de experiencia refleja el principal placer de viajar. Cada hogar es una suerte de «Hopper» que, por seguro y agradable que sea, aísla a sus habitantes del mundo exterior¹¹⁵.

La felicidad de partir y la atracción de lo desconocido han sido siempre causa y motor. El territorio de la aventura está lleno de peligros posibles, pero una vez en ruta los miedos desaparecen y comienza el disfrute, se trate de un paraíso con mar azul y palmeras o de un suplicio como el ascenso al K2. Incluso el nómada se recrea en su errancia y disfruta de recrear su casa en cualquier lugar.

Cuando un hombre se siente atrapado en su vida cotidiana, sale a buscar experiencias fuera de la rutina. El filósofo Paolo Scarpi dice que la *fuga* y el *regreso* son inherentes a todo viaje. La fuga es el deseo del viajero de desprenderse de su ambiente familiar y abandonar su yo primitivo, mientras que la vuelta trae consigo una vida nueva, una renovada visión del mundo. El viaje permanente con fines escapistas puede ser incluso un rasgo obsesivo¹¹⁶.

Pero el primer deseo es simplemente el de *ver* y Petrarca fue uno de los precursores del viaje moderno, incluso antes que Montaigne.

Impulsado únicamente por el deseo de contemplar un lugar célebre por su altitud, hoy he escalado el monte más alto de esta región, que no sin motivo llaman Ventoso.

Así comienza su *Asenso al Mount Ventoux* (1336), sólo para disfrutar del paisaje. En una época en la que se viajaba por motivos religiosos —las peregrinaciones—, políticos —las embajadas— y militares —las cruzadas o las disputas de territorio—, Petrarca es uno de los primeros en formular una concepción laica del viaje, de enorme modernidad, que antecede en varios siglos a los románticos del viaje por el viaje. El italiano se echa a la montaña con su hermano y la subida supone un gran esfuerzo. Busca atajos, pero encuentra caminos cada vez más difíciles. Y cuando alcanza la cima del Hijuelo, extasiado por el escenario sin límites que contempla desde lo alto, por las nubes bajo sus pies y la vista de los Alpes, reflexiona sobre el recorrido que ha realizado, interior, del espíritu. Así propone dos ideas que entonces eran visionarias: que la meta del viaje no es la cumbre, sino el camino, y que el recorrido es un método de autoconocimiento: «no hay por qué buscar en el exterior lo que se puede hallar dentro de sí»¹¹⁷.

Tuvieron que pasar casi quinientos años para que otros escritores volvieran a viajar como él. La máxima «Oh vida y viaje, cuán bellos sois» de finales del siglo XVIII resume hasta qué punto viajar fue, en el Romanticismo, una forma de vida ideal¹¹⁸. Europa estaba en plena expansión colonial y el mundo, de pronto, se había hecho más ancho y accesible. Los viajeros empezaron a dejar atrás el *Grand Tour* y a viajar sólo para recoger datos. El afán naturalista y científico no dejó de existir, pero se sumó a ello contemplar y comprender el mundo desde la sensibilidad. El placer de los sentidos desplazó las descripciones minuciosas de la naturaleza. Y el viaje fue la forma que encontraron los románticos para romper su insatisfacción con un mundo que encontraban vacío. Recuperaban la emoción a través de la visita a paisajes exóticos y vestigios del pasado. Hombres de ciencia como Rousseau y Humboldt empezaron a hablar del viaje como placer y no como necesidad. Y en los textos de Lord Byron, Nerval, Mary Shelley, Gertrude Bell o Merimée se nota la dicha ante el paisaje, pasión estética y búsqueda interior¹¹⁹.

Los exploradores, a caballo entre la ciencia y la aventura, también lo hacen por disfrute. La llamada de lo exótico y lo desconocido la han sentido siempre los aventureros. Todos los que se adentran en territorios vírgenes y lejanos — islas, continentes, los confines del mundo—, comparten la curiosidad y el placer descubridor, además del gusto (y la vanidad) de ser los primeros en llegar a un lugar al que no tiene acceso la mayoría¹²⁰.

Marco Polo representa a este aventurero, con sus viajes al lejano Oriente en el siglo XIII. O Ibn Battuta, quien entre 1325 y 1350 recorrió más de ciento veinte mil kilómetros a pie, desde su Tánger natal hasta China —la caminata más larga de la que haya noticia—. En la Edad Media, Pero Tafur y Ruy González de Clavijo pertenecieron a esta especie de los trotamundos. Y luego los exploradores de África: el doctor Livingstone cruzó el continente de Este a Oeste y predicó el Evangelio en esa tierra todavía inexplorada —todavía en 1841 se le llamaba el «continente misterioso»—. Richard F. Burton fue el primer europeo en entrar en las ciudades prohibidas de La Meca y Medina — se disfrazó de árabe para conseguirlo—; James Bruce fue el primero en entrar en el corazón africano, Mungo Park exploró el río Níger y Speke descubrió las fuentes del Nilo. Y Shackleton, que buscaba 27 compañeros para su viaje a la Antártica, recibió cinco mil solicitudes para formar parte de la tripulación del *Endurance*.

Hay cientos de exploradores y exploradoras: Richard Byrd fue el primero en sobrevolar la Antártida en 1926 y en alcanzar los 90 grados latitud sur —al llegar allí gritó: «¡Desde este lugar, el Norte en todas las direcciones!»—. Isabel Barreto fue la primera en obtener el cargo de almirante en el siglo XVI y se le apodaba «la reina de Saba de los mares del sur» por participar en varias expediciones por el océano Pacífico. Roald Amundsen conquistó el Polo Sur y Robert Peary el Norte, aunque su hazaña se ha puesto en duda. En 1934, William Beebe, en su batisfera (una bola de acero con ventanas de cuarzo fundido y láminas para absorber el CO₂) alcanzó el fondo marino, en una época en la que el límite eran los sesenta metros que podían bajar los buzos. Edmund Hillary fue el primero en coronar la cima del Everest en 1953 y Junko Tabei, japonesa, logró la misma hazaña como mujer en 1975. Alexandra David-Néel fue la primera europea en entrar en la antigua ciudad prohibida de Lhasa en el Tíbet y Freya Stark en atravesar el desierto arábigo.

El deseo de adentrarse en territorio inexplorado y la atracción por la diversidad han llevado al hombre a su encuentro con «los Otros», con lo que se ha denominado «alteridad»:

Ese momento crucial en el pensamiento moderno en que, gracias a los grandes viajes de descubrimiento, una humanidad que se creía completa y acabada recibió de golpe, como una contrarrevelación, el anuncio de que no estaba sola, de que era una pieza en un conjunto más vasto, y que para conocerse debía contemplar antes su irreconocible imagen en ese espejo¹²¹.

Nos definimos en relación con los demás. Ellos son el referente y una forma de comprensión. Se trata del encuentro o descubrimiento del Otro para la construcción o descubrimiento de uno mismo¹²². Es decir: el viajero narra a quienes son distintos a él y a su cultura, los describe, pero al mismo tiempo, en su escritura, refleja su propio pensamiento y el de su época: se retrata. Quizá por eso salimos en busca de lo ajeno: para comprendernos mejor. El viaje para *ver* es otra expresión de la búsqueda del saber. Por eso el pensamiento moderno debe al viaje el concepto de *extranjeridad*. Hay un «ellos» y un «nosotros», un local y un foráneo en cuanto alguien pisa un territorio que no es el suyo. Ambos se ven en ese espejo que es el Otro —somos extranjeros cuando otros nos ven—, y la percepción que cada uno tiene de sí mismo depende de cómo es observado¹²³.

Hoy ese encuentro ocurre, sobre todo, en el turismo. El auge de la clase media, la globalización y las aerolíneas de bajo coste han convertido el viaje en industria y fenómeno de masas, mucho más cerca del placer que de la instrucción, aunque muchos viajeros contemporáneos tengan la idea de que se «culturizan» porque van a París a ver la Mona Lisa, conocen las maravillas del mundo o pasan un par de días entre los masáis en el Serengueti.

Los romanos fueron los primeros en tomar vacaciones —las familias adineradas iban en carruaje a la Galia o a los países del Danubio alrededor del siglo II—, pero el turismo propiamente dicho surge en el siglo XVIII, gracias a la mejora de las vías en Europa, a que aparecen los hoteles turísticos y comienza la industrialización de las ciudades. Ya en las primeras décadas de 1800 se vendían excursiones, estadías en balnearios y viajes en ferrocarril, pero es tras la Segunda Guerra Mundial cuando el turismo cobra fuerza en Europa y Estados Unidos, cuando la clase obrera empieza a tener vacaciones y

se popularizan los coches y la aviación comercial¹²⁴ ¹²⁵. A ello se suma la globalización que ha hecho que los lugares que antes estaban reservados a exploradores y aventureros hoy estén al alcance de cualquiera. África, territorio de personajes como el doctor Livingstone, la baronesa Blixen o Denys Finch Hatton, se va convirtiendo en un destino para parejas en safaris de luna de miel, y hay tantos turistas que los leones del Serengueti sufren de depresión porque carecen de la soledad que en otro tiempo disfrutaron. Y en aquellos parajes remotos en los que todavía no hay turismo masivo —los polos, el espacio, el fondo del mar—, ya se intuye el cambio. Se planean vuelos comerciales a la Estación Espacial, hay una base en la Antártica con bares y hamburguesas y el Everest está al alcance de todo aquel dispuesto a pagar alrededor de cincuenta mil dólares —ya el gobierno de Nepal considera regular la escalada de discapacitados, principiantes y menores de 18 años—. Incluso James Cameron, el director de cine, se ha puesto el traje de explorador para bajar en el submarino *Deepsea challenger* a las Marianas, el punto más profundo del océano a once kilómetros de profundidad. Así, de Petrarca al director de *Titanic*, el impulso aventurero, la curiosidad y el deseo de partir han llevado al hombre a conquistar los límites. Pero otros han tenido menos suerte y han sido forzados al camino.

No hay regreso

El viaje, queda claro, es inherente al hombre. Según Pascal, esa incapacidad del ser humano de permanecer en reposo en una habitación es la causa de las desgracias del mundo. En *Los trazos de la canción*, Chatwin se pregunta si esa necesidad de movernos tiene que ver con un impulso migratorio instintivo, como el que tienen las aves en otoño, y asegura que no hay acción más natural que caminar: es la única actividad que hacemos al ritmo de los latidos del corazón¹²⁶. También lo dice Percy Adams: «Quizá la naturaleza del hombre, de todas las naciones, sea estar inquieto, errar»¹²⁷. «Partir es vivir», escribe Manu Leguineche¹²⁸. Y Hans Christian Andersen, en una carta de 1856, alude al deseo del viaje:

La nostalgia del hogar es un sentimiento del que muchos saben y se quejan; yo, por el contrario, sufro de un dolor menos conocido, y su nombre es «nostalgia del afuera». Cuando la nieve se derrite, las cigüeñas llegan y los primeros barcos de vapor zarpan, me asalta punzante comezón de partir¹²⁹.

En *Moby Dick*, Ismael anhela hacerse a la mar. Dice que se embarca cuando se posa en su alma un día húmedo y lluvioso, cada vez que se sorprende deteniéndose, a pesar de sí mismo, sumándose al cortejo de un entierro cualquiera, y si necesita disipar la melancolía:

Esos viajes son para mí el sucedáneo de la pistola y la bala. En un arrogante gesto filosófico, Catón se arroja sobre su espada; yo, tranquilamente, tomo un barco. No hay nada de asombroso en esto. Pocos lo saben, pero casi todos los hombres, sea cual fuere su condición, alimentan en un momento esos sentimientos que me inspira el océano¹³⁰.

Los viajes de Andersen y Melville, aunque surgen de una imperiosa necesidad vital, son voluntarios. Para otros, partir responde a su condición de exiliados. «Desterrados hijos de Eva», reza la *Salve* cristiana. Su viaje es un trasegar entre un «valle de lágrimas»¹³¹. Hay millones que huyen, buscan algún tipo de salvación o redimir sus pecados. Adán y Eva simbolizan el viaje como castigo, tras ser expulsados del Edén. Caín, por matar a su hermano, también recibe una condena: «Vivirás errante y serás fugitivo en la tierra» (Génesis IV, 12). El viaje será su penitencia y desde entonces se asocia la descendencia de Adán al imaginario del despatriado. De hecho, es común que al viajero se le acuse de apátrida. Si se va y niega su origen —se dice que es como «negar a la madre»— lo tildan de traidor e ingrato.

Desde el cristianismo primitivo, la peregrinación fue penitencial. Los criminales eran obligados a mendigar por los caminos para ganarse la salvación y los peregrinos vieron en sus travesías una senda para purificarse, una vía de santidad. Para ellos, la recompensa era además ver un sudario, un trozo de la cruz de Cristo o los restos de los mártires y santos. También en la Edad Media, el papa Gregorio el Grande definió a los cristianos como un *populus peregrinus* en busca de su patria, aunque aquello se entendía como un rechazo de este mundo y no como un viaje en sí: los peregrinos (el pueblo cristiano) estaban en el exilio y añoraban volver a su hogar (la promesa del paraíso). La peregrinación, además, es una forma de imitar la vida de Cristo como forastero, representado en el episodio de Emaús¹³².

Abraham, Moisés y los israelitas que huyeron de Egipto por el mar Rojo lo

hicieron por obligación. También el judío errante, que le negó agua a Jesús durante el viacrucis y por eso fue condenado a errar hasta el regreso de Dios a la tierra. La idea de expulsión del paraíso y el anhelo de volver representan un castigo, divino u ordenado por tiranos y poderosos: los dioses obligan a Gilgamesh a emprender su aventura. Yambulo fue desterrado de la Isla del Sol y la cólera de Poseidón fue la razón de las desventuras de Ulises. Ovidio fue desterrado por Augusto, el primer emperador romano, a las costas del mar Negro en Rumanía, tras escribir *El arte de amar*, y nunca dejó de negar su inocencia como se lee en sus *Cartas del Ponto*. En el 593, la poeta griega Safo de Lesbos, décima musa según Platón, fue exiliada en Siracusa a causa de las luchas aristocráticas que involucraban a su familia. Y Aristóteles se refugió en Calsis para no ser víctima de una oleada de nacionalismo.

Para muchos, «el viaje es un fragmento del infierno», según reza un proverbio de Mahoma. Como Simbad, quien tras naufragar tuvo que instalarse en una tierra de exilio en la que añoraba a Bagdad y soñaba con volver. De hecho, en la Antigüedad se viajaba sobre todo por necesidad económica o social, pero siempre pensando en regresar: «El viaje fundacional en la literatura griega es siempre un viaje de retorno, un *nostos*. Ulises puede viajar por parajes extraordinarios, pero nunca existe la posibilidad de que uno de éstos se convierta en un “nuevo mundo”»¹³³.

El motor es la nostalgia y el deseo de volver, que ha sido históricamente un privilegio. Por eso no es casual que algunos viajeros visitaran el mundo de los muertos. Desde las primeras escrituras, el Hades es un símbolo; morir, un lugar común. Es una etapa de purificación y tránsito en la que la muerte es real o simbólica. En la antigua Grecia, Orfeo bajó al infierno a liberar a Eurídice. Heracles fue hasta allí para capturar al guardián de tres cabezas, el can Cerbero. Teseo y Pirítoo, para raptar a Perséfone, la reina de los muertos, y Hermes entraba y salía como guía de las almas. Es un tema que se repite porque «el Viaje al Más Allá es la empresa definitiva del héroe mítico», como explica Carlos García Gual:

Es la aventura por excelencia, la que aguarda al Elegido, la que sólo él puede cumplir. Ese Más Allá es el mundo negado a los mortales de condición efímera, es el ámbito vedado que queda en la otra orilla, el mundo de los dioses y de los muertos, de los espíritus, los fantasmas y las hadas. Pero el Héroe, que desafía los límites, debe arrastrar esa aventura¹³⁴.

Sísifo es otro ejemplo. Para él, como todos los forzados a partir, se trata de una prueba, un castigo: una condena de los dioses que lo obliga a empujar todos los días una roca hasta la cima de una montaña, y la piedra, una vez arriba, vuelve a rodar cuesta abajo. En *El mito de Sísifo*, Albert Camus lo describe como un ser consciente de que nunca alcanzará su objetivo, pero para quien el esfuerzo de llegar a la cima basta para llenar su corazón¹³⁵ (la idea de Petrarca de que el viaje no está en la meta sino en el camino)¹³⁶. A Sísifo se le asocia con la lucha del hombre por el saber, pero su condena se debe a su intento de regresar al mundo de los vivos al lado de su esposa.

Todo viaje tiene un componente de añoranza de otro espacio, otra gente, circunstancia o época. Como dijo Pedro Sorela:

Tiene que ver con la nostalgia que produce el viaje [...] eso que produce un barco, un avión cruzando la raya del alba a la entrada del trópico, una carretera de noche [...] El viaje no tiene que ver ni con el punto de partida y menos con el de llegada, sino con esa seguridad de que va a ser posible¹³⁷.

Esa es una nostalgia poética. Pero quienes son forzados a partir viven una melancolía más radical. Cruzan fronteras por razones políticas o económicas, en busca de una vida mejor. Huyen de la pobreza, de tiranías, regímenes totalitarios o van contra su voluntad a campos de concentración, secuestrados o víctimas del tráfico de personas. Esos viajes por necesidad dan origen al concepto de «diáspora», un término que se empleó a finales del siglo XIX para designar las comunidades judías dispersas por el mundo y que hoy se usa para cualquier colectivo étnico, religioso o nacional que se establece fuera de sus fronteras naturales.

Para los viajeros forzados, como dice Melville, «el corazón siempre regresa con gusto, olvidando el peso de las ansias y las preocupaciones»¹³⁸. Esa añoranza suele marcar su escritura, en la que construyen una versión idealizada de su lugar de origen: quieren conservar la memoria del país que han dejado atrás y hacen de su obra un territorio muchas veces mitificado. Escribir es una forma de conservar la identidad. La narrativa que da cuenta del anhelo del regreso tiene origen en los *Nostoi* griegos, los poemas del ciclo épico troyano que cantaban las peripecias para volver a casa de Agamenón, Menelao y demás héroes de la guerra de Troya —tradición a la que pertenece la *Odisea*—. La estela que seguirá Eneas. Se trata de «la maldición del viaje y

la condena a no pisar sede firme y habitual. “Afortunados vivid, oh vosotros, a quienes la suerte ya se os cumplió”. Dice Eneas. “Ya conseguisteis la paz, no tenéis que surcar mar alguno”»¹³⁹. Y lo que no se suele decir es que la vuelta casi nunca es posible. «No hay regreso», dice el Tao, incluso todo regreso es una ida. La partida suele implicar sufrimiento, desgarró, desprendimiento, y el camino de dificultades y aprendizaje supone la transformación inevitable de quien se ha ido¹⁴⁰.

Hay quienes proponen que de todas las formas de desplazamiento sólo una merece en sentido estricto el nombre de *viaje*: aquella en la que existe el deseo de retorno, porque de lo contrario se trataría de emigración, vagancia, *Wanderschaft* o nomadismo. Pero no es cierto. Viaje es todo desplazamiento, se vuelva o no al punto de partida. Más aún: viajero es aquel que se mueve de un modo permanente y nunca regresa de forma definitiva¹⁴¹. Porque la experiencia del desplazamiento lo hace otro: héroe, príncipe, conquistador, experto, filósofo, poeta, inmigrante, expatriado o simplemente viajero. El recorrido pone a prueba su identidad, lo transforma, construye un personaje de sí mismo y forja una nueva condición en los bordes de varias culturas. Y esa mezcla no es problemática cuando está lejos, pero cuando regresa suele suponer un choque frontal.

Axel Gasquet explica que, al irse, el viajero sufre una especie de muerte civil. En la partida —más si es obligatoria— se separa de su núcleo social y pierde su lugar en la comunidad, que al volver casi nunca recupera. Por eso hay una relación simbólica entre la muerte, la partida y el regreso: quien se va pierde sus certezas, relaciones e identidad. «La partida del viaje forzado está más próxima a la muerte física que a la muerte civil»¹⁴². Pero lo que el viajero pierde en adaptación lo gana en lucidez, dice Gasquet. Al estar fuera, observa de lejos el lugar del que proviene y mira también con distancia aquellos que visita. La marcha rompe con su lugar en el mundo, y la vuelta no restablece el equilibrio anterior. Nunca se llega al mismo sitio, aunque el puerto no haya cambiado. Expatriado, forastero o extranjero, lo sigue siendo al volver¹⁴³.

Esa transformación hace que corra el riesgo de no ser reconocido por su entorno, que desconfíen de su relato o lo miren como intruso en su casa. Les pasó a Ulises, Ibn Battuta, Darwin y Colón. Marco Polo regresó cuando habían

pasado 24 años desde su partida y tuvo que convencer a sus familiares de quién era. Dice la leyenda que bajo las ropas harapientas, tras coger un cuchillo y rasgarlas, cayeron diamantes, esmeraldas, rubíes, topacios y zafiros. Aun así, nadie creyó aquello que contó que había visto en la ruta. Tampoco tomaron en serio a Don Quijote cuando recuperó la cordura, y muchos dudaron de los testimonios del horror de los sobrevivientes de los campos de concentración. No creyeron al protagonista de la caverna de Platón ni a Sócrates cuando regresó a la *polis* —para no padecer el exilio como castigo, prefirió la cicuta—. Y Zarathustra fue incomprendido al regresar de la montaña: el pueblo lo ignoró y se burló de su mensaje. El retorno se convierte en derrota: no es posible volver a ser el mismo. «El “yo” que inició el viaje ha muerto mil veces en la ruta. El viaje es cruel y despiadado y no existe posibilidad alguna de regresar»¹⁴⁴. En *El infinito viajar*, Claudio Magris se refiere a esa dificultad que supone la vuelta:

Viajar, pues, tiene que ver con la muerte, como bien sabían Baudelaire o Gadda, pero también es diferir la muerte, aplazar lo máximo posible la llegada... Viajar no para llegar sino por viajar, para llegar lo más tarde posible, para no llegar posiblemente nunca¹⁴⁵.

Quizá lo fundamental del viaje es que es un punto de no retorno, como dijo Baudrillard. Esa es la clave. Ese instante crucial y brutal que revela que el viaje no tiene final, que no hay ninguna razón para que termine¹⁴⁶.

El choque del regreso genera una sensación extraña, pasmosa. Milan Kundera la compara con esa extrañeza que se siente ante una pareja que, en otros tiempos, fue la nuestra: «Sólo el retorno al país natal tras una larga ausencia puede revelar la extrañeza sustancial del mundo y de la existencia»¹⁴⁷. Volvemos sólo para comprobar que nos hemos marchado. Los psicoanalistas hablan del «síndrome de Ulises» —el deseo de volver—, pero el regreso es darse cuenta de que el territorio abandonado ya no existe. Ahí está la ruptura, un desarraigo casi siempre irreconciliable. Le pasa a Marlow tras El Congo:

Me encontré de regreso en la ciudad sepulcral donde me molestaba la vista de la gente apresurándose por las calles para sacarse un poco de dinero unos a otros, para devorar sus infames alimentos, para tragar su insalubre cerveza, para soñar sus insignificantes y estúpidos sueños. Se entrometían en mis pensamientos. Eran intrusos cuyo conocimiento de la vida era para mí una irritante pretensión, porque yo estaba seguro de que era imposible que supieran las cosas que yo sabía. Su conducta, que era

simplemente la conducta de individuos vulgares ocupándose de sus negocios con la certeza de una perfecta seguridad, era ofensiva para mí [...] No tenía ningún deseo especial de ilustrarles, pero me resultaba bastante difícil contenerme y no reírme de sus caras, tan llenas de estúpida importancia¹⁴⁸.

Bruce Chatwin tampoco se sentía capaz de instalarse en Londres ni de renunciar a su vida nómada: «¿Qué podría hacer en Londres? ¿Participar en mezquinos almuerzos remilgados? ¿Vivir en un bonito apartamento? No. No. No me sentaría nada bien»¹⁴⁹. No hay regreso para el capitán Nemo, quien acoge al profesor Aronnax en el *Nautilus* con la condición de no volver a tierra firme¹⁵⁰. Gulliver, al volver a casa, no consigue soportar el olor ni la presencia de su esposa y sus hijos¹⁵¹. William Hazlitt dijo:

Viajar procura sensaciones que no pueden disfrutarse en otros sitios, pero ese placer es más momentáneo que duradero puesto que, al volver, no se comparten las referencias con los que se han quedado en casa. El viaje no encaja con las formas de vida cotidiana, suspende el contacto con los amigos y transforma al que se ha ido. Luego exclama melancólico: ¡Ah, si en algún lugar pudiera tomar prestada otra vida para pasarla después en casa!¹⁵².

Por eso tantos viajeros deciden no regresar. Muchos cultivan la nostalgia y prefieren reescribir su territorio desde lejos, como hizo Roberto Bolaño con México o Solzhenitsyn con Rusia. Arriesgan tanto su identidad que casi siempre la pierden. Porque como dijo Descartes: «El que emplea demasiado tiempo en viajar acaba por tornarse extranjero en su propio país». Pero la extranjería es una herramienta de entendimiento: al conocer las costumbres de otros pueblos se puede juzgar las del propio con más acierto, «y no creer que todo lo que sea contrario a nuestros modos es ridículo y opuesto a la razón, como suelen hacer los que no han visto nada»¹⁵³. Se trata, una vez más, del viaje como fuente de conocimiento. Dante, en la *Comedia*, recuerda ese anhelo del viaje en Ulises, que no fue paliado por el placer del regreso:

[...] ni las dulzuras paternas, ni la piedad debida a un padre anciano, ni el amor mutuo que debía hacer dichosa a Penélope, pudieron vencer el ardiente deseo que yo sentía de conocer el mundo y las costumbres y los usos de los humanos, y así, me lancé por el abierto mar sólo con un navío y con los pocos compañeros que nunca me abandonaron [...] «¡Oh, hermanos, no os neguéis a conocer el mundo inhabitado que se encuentra siguiendo el curso del Sol! Pensad en vuestro origen: no habéis nacido para vivir como brutos, sino para alcanzar la virtud y la ciencia.» Con esta corta arenga infundí en mis compañeros tal deseo de continuar el viaje, que apenas los hubiera podido detener después^{154 155}.

En definitiva, no hay regreso total al hogar y la redención del viajero sólo

es posible con la muerte simbólica¹⁵⁶.

Esa imposibilidad de volver parece chocar con la filosofía del «eterno retorno», según la cual todo regresa. Si el pasado es infinito, todo lo que sucede pudo haber sucedido. Y pasa igual con el futuro: todo puede repetirse. Por eso, para Nietzsche, toda verdad es curva, y el tiempo, un círculo¹⁵⁷. Aunque quizá no es una contradicción. Tal vez «eterno retorno» significa «eterna partida». Un constante ir y venir, como Heráclito cuando dijo que el sol es nuevo cada día y que no es posible bañarse dos veces en el mismo río. Cambia el río y el viajero, que siempre están en movimiento. Al parecer, Virgilio fue el primero que aplicó en la literatura ese principio lineal: su protagonista nunca regresa; siempre parte¹⁵⁸.

Entonces todo vuelve, pero para irse de nuevo. Como escribe José Saramago en su *Viaje a Portugal*, el viaje no termina: «Cuando el viajero se sentó en la arena de la playa y dijo: “no hay nada más que ver”, sabía que no era así. El fin de un viaje es sólo el inicio de otro. Siempre. El viajero vuelve al camino»¹⁵⁹. También Ismael: «El fin de un viaje peligroso y largo es sólo el comienzo de otro viaje, y cuando este segundo viaje termina empieza el tercero, y así sucesivamente por siempre jamás»¹⁶⁰. El viajero ha perdido su lugar en el mundo. Es consciente, en el fondo, que vivir es eso: «Venimos a la tierra sabiendo que al final tenemos que partir. Él simplemente se adelanta»¹⁶¹.

El viaje siempre recomienza, siempre ha de volver a empezar [...] Viajar sintiéndose siempre, a un tiempo, en lo desconocido y en casa, pero a sabiendas de que no se tiene, no se posee una casa. Quien viaja es siempre un callejeador, un extranjero, un huésped; duerme en habitaciones que antes y después albergarán a otros, no posee la almohada en la que apoya la cabeza ni el techo que le resguarda. Y así comprende que nunca se puede poseer verdaderamente una casa, un espacio recortado en el infinito universo¹⁶².

Si el viajero encontrara su casa, dejaría de viajar. Cess Nooteboom lo confirma con su biografía:

Hace mucho tiempo, cuando aún no podía saber lo que sé ahora, opté por el movimiento, y más adelante, cuando ya sabía mucho más, comprendí que este movimiento me permitía encontrar la calma indispensable para escribir, que el movimiento y la calma, en cuanto unión de contrarios, se equilibran mutuamente [...] En palabras de Ibn 'Arabi: «En cuanto ves una casa, te dices: aquí me quedo. Pero, nada más llegar, ya la estás abandonando para partir de nuevo»¹⁶³.

Rilke le dijo a un joven poeta: «¿Comprende que sería una infidelidad si yo hiciera como si ya, completamente satisfecho, hubiera encontrado lugar y patria? No me está aún permitido tener casa, no me está permitido morar. Lo mío es vagar y esperar»¹⁶⁴.

Ir y volver, o irse sin posibilidad de regreso, asocian el viaje con distintas trayectorias: el ascenso, el descenso; el viaje circular y en línea recta. Como explica Magris, el viaje circular es el tradicional, clásico, edípico y conservador: como el de Joyce, cuyo Ulises vuelve a casa. Es el de aquellos que atraviesan el mundo y regresan, si bien a una casa muy diferente de la que dejaron. «Ulises vuelve a Ítaca, pero Ítaca no sería tal si él no la hubiera abandonado para ir a la guerra de Troya.» Pero este viaje ha sido relevado por uno rectilíneo: «un camino sin retorno hacia el descubrimiento de que no hay, no puede haber un retorno. Es el viaje nietzscheano de los personajes de Musil, que procede siempre hacia delante, hacia un malvado infinito, como una recta que avanza titubeando hacia la nada»¹⁶⁵. Descartes también se refirió al viaje lineal: recomendaba a los viajeros extraviados no vagar dando vueltas sino caminar lo más derecho posible, hacia un sitio fijo, sin cambiar de dirección, pues de este modo, si no llegan a donde quieren ir, por lo menos acaban en alguna parte en la que probablemente estarán mejor¹⁶⁶. Xavier de Maistre, en su *Viaje alrededor de mi habitación*, escribe que hay que seguir la pista a las ideas al modo del cazador que persigue la presa sin seguir un camino determinado: «por eso, cuando viajo por mi cuarto, difícilmente sigo una línea recta»¹⁶⁷. Y Zarathustra, que hablaba de la curva del tiempo, veía en el ascenso la forma de alcanzar la verdad:

Tú, Zarathustra, has querido ver el fondo y el trasfondo de todas las cosas: por ello tienes que subir por encima de ti mismo, arriba, cada vez más alto hasta que puedas ver a tus pies las estrellas [...] Para ver muchas cosas es necesario apartar la mirada de uno mismo: esa dureza necesita todo escalador de montañas¹⁶⁸.

También, antes, Schopenhauer:

La filosofía es un elevado sendero alpino al que sólo se puede acceder siguiendo una escarpada y pedregosa vereda llena de punzantes cantos rodados; se asciende por ella [...] y en medio de semejante atmósfera, tan pura como refrescante, nuestro excursionista ve ya el sol aun cuando ahí abajo reme todavía la negra noche¹⁶⁹.

El viaje de Dante consistía en el ascenso desde el último círculo del infierno hasta el séptimo cielo y el protagonista de la caverna de Platón asciende desde el reino de las sombras hacia el mundo de las Ideas. Pero Gilgamesh, Enoc y Ulises encontraron el aprendizaje en el descenso: al fondo del mar, al inframundo o al centro de la tierra, como los personajes de Julio Verne. Descender puede ser incluso una categoría social, como en *Down and out in Paris and London*, de George Orwell, un libro que, según dice en la última página, debe leerse como un diario de viaje¹⁷⁰.

Esas direcciones también las apuntó Propp en su *Morfología del cuento*, cuando explica que el objeto de las búsquedas se suele encontrar en un reino «diferente», que puede estar muy lejos en línea horizontal, o a gran altura o profundidad¹⁷¹ Michel Butor escribió: «hay viajes en los que el camino de regreso es exactamente inverso al de ida, y otros en los que se quiere ver más, por lo que se elige otro camino de vuelta»¹⁷². Esas direcciones se relacionan, a su vez, con el viaje horizontal de la Ilustración, el de la búsqueda de las grandes leyes de la naturaleza (navigaciones, expediciones científicas); y el del Romanticismo, vertical, elevado, que se asocia a las cumbres y las montañas, símbolo de la búsqueda trascendental, de lo sublime y la belleza¹⁷³. En el viaje moderno, el tren o el coche son desplazamientos horizontales, mientras que el del globo fue vertical: «una perspectiva inédita que permitía a los viajeros y a los artistas contemplar gentes y paisajes desde un punto de vista real y superior a la vez, simultáneamente objetivo y distanciado»¹⁷⁴.

Sea cual sea la trayectoria, hay dos puntos invariables: la «búsqueda» como motor y la «experiencia» como resultado. Quizá la escritura o cualquier otra forma de creación no sólo dan cuenta de la transformación que supone la ruta, sino que son el medio que tiene el viajero para recuperar su lugar en el mundo.

Viajar es crear¹⁷⁵

No está claro cómo alguien se hace viajero. Humboldt sentía una atracción inexplicable hacia lo desconocido, lo que los alemanes llaman *Fernweh*,

añoranza de lugares lejanos; a Melville lo influyó el grabado de una cacería de ballenas que trajo su padre de Europa, cuando era importador de artículos de regalo. Los viajes de Stendhal comenzaron con la salida de su tierra natal, Grenoble, que despreciaba por provinciana, y luego se convirtieron en parte indisoluble de su vida por la belleza que encontró en Italia: el arte y el paisaje de Milán, Roma, Nápoles y Florencia; pero también de las italianas. A Mary Kingsley, las historias que le había escuchado a su padre sobre países lejanos la hicieron salir de Inglaterra. A Pedro Sorela lo marcó su primera travesía del Atlántico, a los once años, entre Barcelona y Cartagena de Indias. Philip Haore se hizo viajero porque casi nace en el agua y por una ballena que pintó su abuelo en su bañera, cuando era niño; y a Bruce Chatwin la duda infantil sobre un trozo de piel de dinosaurio lo llevó a la Patagonia.

Pero el viajero necesita dar testimonio y debe elegir cómo hacerlo. Viaje, gesta y emoción siempre han estado unidos y, antes que los historiadores, fueron ellos quienes trajeron la noticia —por voluntad propia o por encargo— de hazañas, hechos históricos y la belleza o el horror. La literatura y la creación artística han inmortalizado a los viajeros y ello establece una relación indisoluble entre el texto y el viaje. Como explica Nieves Soriano, no hay viaje sin escritura, porque sin ésta no queda constancia de aquél:

Para que el viaje quede instaurado como tal es necesaria la prueba de aquellas andanzas, desde un cuaderno de bitácora hasta las impresiones de un viajero solitario [...] es con la escritura de sus conocimientos e impresiones como se permite, aludiendo a términos de Marx, la acumulación de saber¹⁷⁶.

Es cierto: ya en la Grecia clásica relatar una gesta era casi tan importante como el hecho en sí, porque sabían que sin la narración sería olvidada. Sólo tenemos noticia de viajes y epopeyas —incluso de quienes fracasan— cuando existe un soporte textual de la experiencia¹⁷⁷. Y se puede ir más lejos. La grafía no sólo es literaria: puede ser una foto, un vídeo, una pintura —Goethe dibujando en sus paseos, Humboldt en el Chimborazo, Van Gogh en el Sena o bajo el sol de la Provençe, Caspar David Friedrich en el paisaje alemán— o la música, como Mendelssohn componiendo la obertura de *Las Hébridias* tras su paso por la gruta de Fingal en la costa norte de Escocia o Antonín Dvořák escribiendo *La sinfonía del Nuevo Mundo* cuando desembarcó en Nueva York.

Pero ¿quién cuenta la aventura?: ¿un narrador?, ¿un periodista?, ¿un científico?, ¿un artista?, ¿un impostor? «Si se le corta en dos, no se encuentra de un lado un viajero y de otro un escritor, sino dos mitades de un escritor viajero»:

Tienen una audacia fuera de lo común, respiran un raro aire de libertad... Ellos han aceptado la eventualidad de ser «otros». Su odisea singular —la del desplazamiento, del movimiento físico...—. Les llamamos soñadores, pero son sobre todo utopistas, convencidos de que lo mejor de sí mismos está en «otro sitio», en el gran salto a lo desconocido¹⁷⁸.

Hablamos de un eterno inconforme, que siempre busca: «Creo que he viajado siempre para cerciorarme de que lo que busco tampoco estaba allí», dice el poeta José María Parreño¹⁷⁹. O Baudelaire: «Yo pienso que seré feliz en aquel lugar donde causalmente no me encuentro»¹⁸⁰. El viajero es incapaz de permanecer inmóvil y no tolera bien un domicilio único. Algunos padecen eso que el poeta de *Las flores del mal* llamaba «el horror al hogar», y todos llevan la marca del *Kalevala*: «Fuego interior... fiebre de trashumancia». Para ellos no existe un lugar en el que puedan estar sin aburrirse. Como dijo Whitman: «Soy un vagabundo en viaje perpetuo»¹⁸¹, o como escribió Kerouac *En la carretera*: «No hay ninguna parte sino todas partes»; se trata de «rodar y rodar bajo las estrellas»¹⁸².

El viajero es alguien que quiere ver las cosas, no oír hablar de ellas —así se definió Martha Gellhorn¹⁸³—; es aquel que deja de girar en torno a una única biografía y hace del movimiento una parte indisoluble de su vida. Lucha por dejar de ser aquello que se le ha impuesto: una nacionalidad, una condición, un destino. «El viaje es una celebración implícita de la libertad», dice Paul Fussell¹⁸⁴. Por eso su vida es cambio, evolución y aprendizaje, nunca reafirmación. No se trata sólo de tierras y paisajes, sino del propio «yo» con el que se encuentra en la ruta, la experiencia interior. Él materializa eso que Baudrillard llamaba la verdadera pregunta: ¿qué tan lejos podemos llegar en la búsqueda de significado?¹⁸⁵. O, como dice Carrión en su homenaje a Burton Holmes, viajamos por la necesidad de la distancia, para mirarnos mejor en la lejanía.

En su condición destacan la errancia y el extravío. Si viajero es el que busca, es además el que está perdido. No sabe a dónde lo llevará su trasegar

porque no va a alguna parte, simplemente va. El que lo sabe es un visitante, un turista. El viajero no admite ningún camino ya trazado ni meta preestablecida. Lo decía con sorna Lawrence Sterne: «Debe haber en ello una fatalidad, pues lo cierto es que rara vez llego a donde me propongo»¹⁸⁶. También Alexandra David-Néel: «El camino sólo me parece atractivo cuando ignoro a dónde me conduce»¹⁸⁷. Ellos buscan otras rutas. Como pioneros, contribuyen a formar la mirada de aquellos que les siguen los pasos.

El escritor-viajero acepta la posibilidad de ser otro, y se convierte, por lo general, en extranjero. «Quiero ser un viajero, no un emigrante», dijo Saint-Exupéry en *Carta al General X*¹⁸⁸. Quien emigra lleva su identidad consigo, su estancia lejos es forzosa y su país natal es su única patria. Para el viajero, en cambio, su vida puede estar en cualquier parte del camino. Y en ese desarraigo particular, sabe que a la vuelta todo será distinto, que puede incluso no volver. Acepta dejar de ser de un lugar, pertenecer a un único espacio, estar ligado a un solo paisaje y unido a un pasado determinado. Es la conciencia y la voluntad de una vida con espacio para varias biografías.

Esa capacidad de disfrutar lo foráneo, sin miedo a dejar sus referentes, lo convierten en un ciudadano del mundo. Como Stendhal: gran europeo igual que Montaigne, el viaje fue para él una necesidad vital, hizo de Italia su patria por elección y su epitafio —«*Arrigo Beyle, milanese*»— demuestra hasta qué punto no conoció de fronteras ni nacionalismos. Edith Wharton cruzó 66 veces el Atlántico antes de morir, y eligió Francia como su patria por adopción, donde vivió treinta años. José Martí y Rubén Darío en América son símbolo de la escritura como parte de la búsqueda de la identidad. Théophile Gautier, después de su viaje por España, sintió su Francia natal como una tierra de exilio. A los veinticuatro años, Susan Sontag ya había vivido en cinco ciudades y dos países diferentes —cumplió cuarenta en China, cincuenta en Francia, sesenta en Sarajevo— y eligió Nueva York para vivir precisamente por ser una ciudad de extranjeros. Sterne se refería a Inglaterra como su «patria chica». Stevenson dijo en *The Silverado squatters*: «*We all belong to many countries*»¹⁸⁹. Chateaubriand vio en el viaje un lugar de exilio voluntario. Mallarmé hablaba de la insuficiencia de las patrias. Y Joseph Addison, el inglés a quien se considera el primer periodista, aseguró: «Soy un danés, un sueco o un francés en diferentes ocasiones, o más bien me imagino

como el antiguo filósofo que, al preguntarle de dónde era, contestó que era un ciudadano del mundo»¹⁹⁰.

Ya no por voluntad sino por obligación, a Pedro Salinas su vida errante lo convirtió en un «nómada profesional en estado mental de viajero permanente»¹⁹¹. Jorge Semprún escribió en *El largo viaje*: «No tengo acento, he borrado cualquier posibilidad de que me tomen por extranjero. Ser extranjero se ha convertido, de alguna manera, en una virtud interior»¹⁹². Él fue tan español como francés y europeo, toda su obra está escrita en el idioma de Flaubert —salvo sus memorias¹⁹³— y nunca pudo entrar en *l'Académie Française* porque su DNI era deliberadamente español. Danilo Kîs fue medio judío, medio húngaro, medio serbio, medio montenegrino. Hablaba alemán, ruso, francés, húngaro y serbio, y no tuvo un lugar en el mundo hasta que entró en la carrera de letras. «El único país del que me siento nativo y habitante es la literatura»¹⁹⁴, dijo al llegar a París con cuarenta y cuatro años este escritor centroeuropeo sin patria.

Heródoto también fue, antes que viajero, un exiliado. Tuvo que huir a la isla de Samos porque su familia se oponía al tirano de Halicarnaso, su ciudad natal, y ahí comenzaron sus viajes¹⁹⁵. Se sabe que temía al provincianismo y al moverse comprendió, como Descartes siglos más tarde, que los pueblos eran muchos, únicos, y no por diferentes, inferiores. Esto lo convierte en el primer cosmopolita consciente de serlo. Kapuściński asegura que el griego fue el primero en descubrir y valorar la naturaleza multicultural del mundo. Y, como tantos cosmopolitas, un mestizo: es probable que su padre no fuera de Grecia, pero su madre sí, por lo que creció entre varias culturas. Y al final de su vida se instaló lejos, en el sur de Italia¹⁹⁶.

La vida de Petrarca fue «una aventura del espíritu, un viaje a la historia a través de los libros. En él, ese sentirse extranjero en su patria, un exiliado, un inquieto viajero en la brevedad de la vida, el hombre de fe y el hombre de ciencia, el moderno y el antiguo, siempre caminaron de la mano»¹⁹⁷. Sergio Pitol aludía constantemente a su cosmopolitismo. En Georgia, contaba en *El viaje*, se irritaba con el nacionalismo de sus anfitriones, entonces les citaba a Thomas Mann y su idea de ciudadano del mundo, y cuando hablaban de pureza de sangre él alababa el mestizaje, les recordaba que Pushkin era mulato y

brindaba por él¹⁹⁸. A Martín Caparrós —que ha vivido en Madrid, París, Nueva York y Barcelona— los países le parecen inventos poco interesantes y asegura que su patria está frente a su ordenador.

De Heródoto a Agatha Christie, los viajeros son cosmopolitas, incluido el propio Cervantes encarnado en Don Quijote, que se negó a mencionar su lugar de origen en La Mancha. Este es un rasgo común entre los cronistas hispanoamericanos de hoy: muchos viven a caballo entre Europa, Estados Unidos y Suramérica, como Daniel Alarcón, Juan Gabriel Vásquez o Rodrigo Fresán, una cualidad que heredan de los modernistas de finales del siglo XIX¹⁹⁹. «Todos los buenos autores pertenecen, más allá de la etiqueta de las escrituras nacionales, a una geografía más imaginaria que física, una zona hecha de palabras asumidas a través de la lectura y la escritura», escribió Milan Kundera²⁰⁰. O como dijo Goytisolo: «Los grandes creadores gozan del privilegio de la extraterritorialidad»²⁰¹.

Ese cosmopolitismo hace muy difícil encerrarlos en etiquetas nacionales: su escritura se suele caracterizar por una ausencia de fronteras y por una vocación universal. Su patria puede estar en cualquier sitio. «Tengo la vaga sensación de que estas montañas son mi hogar [...] conozco esta montaña porque soy de esta montaña [...] No existen las fronteras para el hombre»²⁰², escribió Peter Matthiessen. También Stevenson: «*There is no foreign land; it is only the traveller that is foreign*»²⁰³. El teólogo Hugo de San Víctor ya alababa la *extranjería* en el siglo XII:

El hombre que encuentra que su patria es dulce no es más que un principiante; aquel para quien cada suelo es como el suyo ya es fuerte, pero sólo es perfecto aquel para quien el mundo entero es como un país extranjero²⁰⁴.

Quizá la ausencia de fronteras es la definición de la escritura de viaje. Es lo que la caracteriza. Hablar de «escritura nacional», aquí, tiene menos sentido que en ningún otro sitio. De hecho, la narrativa moderna y la novela heredaron del relato de viaje su vocación internacional. En el mundo antiguo, explica Percy Adams, viajeros-historiadores como Estrabón se preocupaban por todo el Mediterráneo y por lo que había más allá de sus límites conocidos. En la Edad Media, las obras de Marco Polo y Mandeville tuvieron un carácter continental. Las cartas de Colón y Vesputio fueron traducidas inmediatamente

a montones de lenguas. Las colecciones de libros de viaje no favorecían la literatura de ninguna nación; todos los escritores entre los siglos XVII y XVIII se leían entre sí y la influencia entre unos y otros ha sido demostrada. Había entonces un enorme intercambio de ideas y libros en Europa, y los lectores conocían mucho más que ahora a los autores de otras latitudes. Incluso los leían en su lengua original. Por eso Voltaire dijo en 1748: «veo entre todas las naciones una correspondencia mutua; Europa es como una gran familia»²⁰⁵.

En *Testigos del mundo*, Juan Pimentel alude a la vocación internacional del relato de viaje en el Siglo de las Luces, el primer gran momento de cosmopolitismo que fue consecuencia, entre otros factores, de la literatura de viaje, la expansión comercial y la popularización del saber. Ser cosmopolita —seña de identidad del hombre de la Ilustración (un ideal ensalzado por Rousseau y Kant)— se alimentaba con los textos de los escritores viajeros, que describían los rincones alejados del planeta y familiarizaban a los lectores con regiones, hechos y pueblos que desconocían²⁰⁶. De ahí que la literatura de viaje sea la más internacional de las escrituras²⁰⁷.

Los viajeros amplían las fronteras al contar el mundo. «La noticia de la lejanía se le confía al viajero», dijo Walter Benjamin²⁰⁸, incluso antes de que aparecieran la escritura y los libros. El viaje estuvo en las narraciones orales primigenias, en los relatos de los primeros exploradores y las cacerías que aparecen en las pinturas rupestres, así como en las relaciones de los navegantes, las hojas comerciales y las correspondencias, en las guías, los mapas, las novelas, biografías, carnets, poemas, pinturas y canciones.

Pero la escritura es la que, en definitiva, hace al viajero «viajero». Que haga de su viaje creación es lo que lo diferencia de los turistas y otros hombres y mujeres del camino. El desplazamiento es una promesa de escritura, y uno de sus placeres está en evocarlos, en la posibilidad de plasmar su experiencia. Incluso, en los diccionarios, «viajero» es «el que escribe el viaje». El suyo es un acto creativo en varias vías: cuando viaja, cuando se inventa a sí mismo y cuando lo cuenta. Porque como dice Pimentel, viajar ha sido siempre un acto asociado a la creación (a la fundación de imperios o ciudades, al ensanchamiento del mundo, al descubrimiento de nuevos lugares y hechos), pero el momento culminante del viajero como creador de algo propio llega con el relato. Es entonces cuando se hace autor, cuando la geografía de

los lugares visitados se convierte en su obra²⁰⁹.

Por eso los textos de los viajeros rara vez se parecen, a pesar de que se mueven por una ética común: «escribir para viajar y viajar para escribir, y de paso contar el mundo»²¹⁰. El suyo es el placer estético e intelectual del desplazamiento. «¿Qué sería del viaje sin un libro que avive su llama y prolongue su huella?», se pregunta Michel Le Bris. O como escribió Butor: «Yo viajo para escribir, no sólo para encontrar temas, materias y materiales, como aquellos que van a la China o a Perú para escribir conferencias o artículos de periódico. Para mí viajar es escribir y escribir es viajar»²¹¹.

Algunos recrean su paso por los lugares —Bill Bryson lo hace en las antípodas, Alexandra David-Néel en Oriente, Patrick Leigh Fermor de Holanda a Estambul— pero otros desconfían de esa aproximación: «los problemas son los que me interesan», dice Martín Caparrós. «Si yo viajo a Sri Lanka a investigar sobre la pedofilia, lo que importa no es que yo haya viajado. La literatura de viajes consiste en que alguien cuenta cómo pasó por ahí. No me gustaría asimilarme a eso. Quiero acercarme a los problemas, no escenificar desplazamientos.» Aun así, todos coinciden en el atractivo que tiene el viaje como terreno de creación, de descubrimiento. Viaje y escritura parten de la misma raíz, la curiosidad; ambos constituyen el sentido de sus vidas y son un marco infinito de libertad y expresión. Viajar es crear:

Viajar comparte con el arte una parte de su esencia, porque el arte y el viaje ahondan en lo que no se sabe, buscar terrenos ignorados, inventan una forma de ver el mundo [...] por eso muchos de los grandes espíritus del arte han sido primero grandes viajeros²¹².

Viaje y escritura son sinónimos para los escritores-viajeros, su vida y obra se confunden —no son comprensibles la una sin la otra—, y por eso se trata de creaciones autobiográficas casi por definición. Como explicó Saint-Exupéry, la máxima es «escribir con el propio cuerpo»²¹³. Eso que Walter Benjamin llamaba «la huella del narrador que queda adherida a la narración»²¹⁴. O Stendhal cuando aseguraba que vivir la vida como una obra de arte era condición indispensable para escribir una²¹⁵. Nootboom dice que la biografía de los autores no hay que buscarla en las estatuas, ni en sus casas o sus tumbas, sino en sus escritos²¹⁶. Y Stefan Zweig definió al viajero Casanova como un «poeta de su vida»²¹⁷.

Pero, aunque viajan para escribir y escriben para viajar, no hay que confundir su intención de escritura con una escritura con intención. La literatura viajera, dice Fabre, da testimonio del mundo, trata de entender los fenómenos de la identidad, el fundamentalismo, la injusticia. No se trata sólo de evocar el aroma de las especias, sino también de «denunciar». Le Clécio, gran conocedor de las sociedades indígenas, ha pasado tiempo con los emberás. Se cuida de no edulcorar su forma de vida, de idealizarlos, pero les presta su voz para defender su cultura amenazada²¹⁸. Philip Hoare hace lo mismo con las ballenas. Caparrós recorre el mundo en torno a los grandes temas contemporáneos: el hambre, el cambio climático, la inmigración o el tráfico de personas, comprometido al modo de Voltaire o Zola, haciendo «uso del capital simbólico del artista para intervenir en la cosa pública, para pensar en público»²¹⁹.

Si denuncian, no lo hacen para acusar sino movidos por el deseo de comprender y dar testimonio. Están preocupados por la libertad y toman partido por el hombre²²⁰. Como dijo Kazantzakis, su amor por la libertad es tal que se niegan a aceptar la esclavitud del alma, aunque se les ofrezca a cambio el paraíso: como Odiseo, que renunció a la inmortalidad que le ofrecía Calipso porque aquello suponía suspender su viaje²²¹. También Saint-Exupéry: toda su obra está marcada por un aire de libertad, y esa preocupación se dibuja en un pasaje de *Tierra de los hombres*, cuando el escritor, destinado como piloto de guerra en África, reúne dinero para liberar a Bark, un viejo esclavo del desierto. Entonces escribe: «aquello contribuía a devolverle su dignidad de hombre [...] sería menos feliz que con nosotros en el desierto. Pero tenía derecho a ser él mismo, entre los suyos»²²².

Los viajeros son testigos de su tiempo y salen de sus fronteras para contarlo. Herederos del empirismo y el humanismo, reconocen la importancia de su testimonio y eso los diferencia:

Al turista le ofrecen un menú con dos opciones: visitar restos del pasado humano —ruinas, museos, monumentos varios— o escenarios actuales de la naturaleza —vistas, playas, paisajes—; me gustaría creer que los viajeros quieren saber qué hacen, aquí y ahora, los hombres. El viajero, caramba, sería un humanista²²³.

Quien viaja para crear se vale de la subjetividad del poeta, la ficción del

novelista, la pesquisa antropológica, la voz del cronista, la documentación y el contexto del historiador, la fidelidad del periodista al hecho real, la curiosidad sociológica y científica, la conciencia del testigo, el compromiso del corresponsal y la mirada singular del artista. Es un narrador: aquel que parte de la experiencia, suya o ajena, y la transmite a aquellos que reciben su historia. Cada viajero es un mundo y la escritura de viaje es, en consecuencia, tan amplia como el mar que navegaba Ulises. Esos seres poco corrientes, extraviados, temerarios, valientes, trashumantes y vagabundos ensanchan los horizontes de la tierra y el conocimiento, invitan a soñar y mantienen vivo el interés y curiosidad por lo que pasa más allá de nuestra casa. Suya es la historia real o la ficción con la que creemos conocer a los Otros. Sus relatos han dibujado la tierra, han inventado el mundo.

[3](#) Pessoa, Fernando (2010), *El libro del desasosiego*. Tenerife, Ediciones Baile del Sol, p. 186.

[4](#) Cervantes, Miguel de (2012), *Don Quijote de la Mancha*, tomo II. Madrid, Cátedra, p. 246.

[5](#) Parece imposible. Sin embargo, Michel Butor propuso en 1972 la *iterología*, la ciencia de los viajes, para estudiar desde múltiples enfoques las distintas formas del desplazamiento, su importancia y evolución. Butor, Michel (1972), «Le voyage et l'écriture», en *Romantisme. Voyager doit être un travail sérieux*, vol. 2, n.º 4. París, Flammarion, pp. 4-19.

[6](#) Lucena Giraldo, Manuel y Pimentel, Juan (eds.) (2006), *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 20 y 31.

[7](#) Roberson, Susan L. (ed.) (2001), *Defining Travel: diverse visions*. EE.UU., University Press of Mississippi, p. XIV.

[8](#) Le Bretón, David (2015), *Elogio del caminar*. Madrid, Siruela.

[9](#) Chatwin, Bruce (2005), *Los viajes. En la Patagonia. Los trazos de la canción, ¿Qué hago yo aquí?* Barcelona, Ediciones Península, pp. 505-506.

[10](#) Del Prado Biezma, Francisco Javier, «Viajes con viático y viajes sin viático», en *Revista de Filología Románica*, n.º extraordinario 4 (2006): «El arte de viajar y sus aventuras». Madrid, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, p. 19.

[11](#) Certeau, Michel de (1996), *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. México, Universidad Iberoamericana, p. 129.

[12](#) Arabi, Ibn (2008), *El esplendor de los frutos del viaje*. Madrid, Siruela, p. 60.

- [13](#) Cit. en Chatwin, *op. cit.*, p. 389.
- [14](#) Nooteboom, Cees (2002), *Hotel nómada*. Madrid, Siruela, p. 213.
- [15](#) Augé, Marc, «El viaje inmóvil», en Manuel Lucena Giraldo y Juan Pimentel Juan (eds.) (2006), *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, p. 11.
- [16](#) Santayana, Jorge (1964), «Filosofía del viaje», en *Revista de Occidente*, II Etapa n.º 21, España, p. 276.
- [17](#) Un viaje favoreció el desarrollo de la vida en la tierra. Los científicos coinciden en que pudo ser un meteorito el que trajo, entre la roca y el polvo, la materia necesaria para que la vida que surgió en el agua pudiera construir un ADN y la membrana necesaria para formar tejidos y reproducirse. ¿Y si fue la vida misma la que vino en ese meteorito? Cf. Zimmer, Carl (2005): «How and Where Did Life on Earth Arise?», en *Science Magazine*, vol. 309, n.º 5731, EE.UU., p. 89.
- [18](#) El proceso en el que el hombre primitivo llega a sus primeras ideas (domestica el fuego, desarrolla el lenguaje o perfecciona herramientas) es más complejo que el trasegar. Sin embargo Peter Watson, en la *Historia de las ideas*, explica cómo su condición de nómada —viajero— y cazador juegan un papel crucial en su desarrollo. Cf. Watson, Peter (2006): *Historia de las ideas*. Barcelona, Crítica, pp. 33-117.
- [19](#) Bordonada, Ángela (1995), «Literatura de viajes. Presentación», en *Compás de letras: literatura de viajes*. Monografías de literatura española. Madrid, Servicio de publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, p. 7.
- [20](#) Descartes, René (2011), *Discurso del método*. Madrid, Ciro Ediciones.
- [21](#) Ferrero, Jesús (2011), «Prólogo y notas», en *Discurso del método*. Madrid, Ciro Ediciones, pp. 82-83.
- [22](#) Mora, Teresa, «Viaje, utopía e insularidad en el *Discurso del método* de Descartes», en Fernando Calderón Quindós y Pablo Javier Pérez López (coords.) (2009), *Viajes, literatura y pensamiento*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, pp. 114 y 118.
- [23](#) Montaigne, Michel de (2007), *Los ensayos*. Madrid, Acantilado, p. 194.
- [24](#) Smith, Adam (1983), *La riqueza de las naciones*, t. II. Barcelona, Orbis, p. 43.
- [25](#) Gruenter, Rainer (1992), «El príncipe viajero: el príncipe Hermann Pückler-Muskau en Inglaterra», en *Sobre la miseria de lo bello*. Barcelona, Gedisa, pp. 97-108.
- [26](#) Calderón Quindós, Fernando (2009), *Viajes, literatura y pensamiento*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones, p. 9.
- [27](#) Vargas-Hidalgo, cit. en Belenguer Jané, Mariano (2002), *Periodismo de viajes. Análisis de una especialización periodística*. Sevilla, Comunicación Social Ediciones y Publicaciones, p. 20.
- [28](#) Cf. Adams, Percy G. (1983), *Travel literature and the Evolution of the Novel*. Lexington, The University Press of Kentucky.
- [29](#) McCarthy, Mary (2008), *Piedras de Florencia*. Barcelona, Ariel, p. 40.

[30](#) Gombrich, Ernst (1995), *Historia del Arte*. Reino Unido, Phaidon Press, pp. 212-215.

[31](#) Se sabe que Van Gogh, al comienzo de su estancia en Arlés, tituló uno de sus primeros retratos femeninos *La Mousmé*, un nombre que sacó de su lectura de *Madame Chisanthème*, del viajero Pierre Loti.

[32](#) Leed, Eric (1991), *The mind of a traveler: from Gilgamesh to global tourism*. New York, Basic books, p. 4.

[33](#) Cit. en Monmany, Mercedes (2010), «El sueño de la serpiente», en *ABC*, 31 de julio, p. 6.

[34](#) Said, Edward (2002), *Orientalismo*. Madrid, Debate, pp. 20-25.

[35](#) Si es fácil rastrear los pasos de un artista en una ciudad eso puede significar que éste no fue un viajero. No se encuentra a Stendhal en Grenoble ni a Saint-Exupéry en Lyon. Tampoco a Stevenson en Escocia, a Cendrars en Francia o a Casanova en Venecia, aunque lo intenten las guías turísticas.

[36](#) El viajero inmóvil es el que, antes de viajar, ha visto en fotografías, en televisión y en Internet lo que va a visitar, y la realidad tiene que parecerse a esas imágenes para no desilusionarlo. Cuando viaja, pasa mucho tiempo haciendo fotos para ver, al regreso, lo que hubiera podido contemplar si no hubiera estado detrás de la cámara. No viaja para descubrir sino para reconocer, y su viaje empieza cuando vuelve, cuando está otra vez inmóvil. Se trata del papel que juegan las imágenes y las reproducciones en nuestra percepción del mundo: cada día es más difícil salir de nosotros para ir hacia los Otros, incluso mediante la imaginación. Viajar es complejo, incluso de forma inmóvil, y puede ser que estemos condenados a una forma de soledad pasiva, a una inmovilidad sin viaje. Augé, Marc, «El viaje inmóvil», 2006, p. 11.

[37](#) Pirandello, Luigi (2012), *El viaje*. Madrid, Nórdica.

[38](#) González, Tomás (2011), *La luz difícil*. Bogotá, Alfaguara.

[39](#) «El metaviajero no va, regresa. O cuando va por primera vez, es tal la información previa que posee, que en su experiencia hay menos conocimiento que reconocimiento. El viaje se da en paralelo al de los viajeros precedentes, como siempre; pero por vez primera el marco semiótico está sobresaturado de textos y lenguajes.» Carrión, Jorge (2007): «Del viaje: penúltimas tendencias», en *Quimera*, Jordi Carrión (coord.), *Metaviajeros*, p. 33.

[40](#) Cit. en Roberson, *op. cit.*, p. XI.

[41](#) «No existe la dicha para el hombre que no viaja. El mejor de los hombres se convierte en pecador cuando vive en compañía de otros hombres. Porque Indra es el amigo del viajero. ¡Vagabundead, pues!» —Aitareya Bráhmata—. Y dice Buda: «No podéis discurrir por el camino antes de haberos convertido en camino mismo». Cf. Theroux, Paul (2012), *El tao del viajero. Enseñanzas de vidas en la carretera*. Madrid, Alfaguara, p. 11.

[42](#) Queneau cit. en Manguel, Alberto (2010), *El legado de Homero*. Barcelona, Random House Mondadori.

[43](#) Hulme, Peter y Youngs, Tim (eds.) (2002), *The Cambridge companion to travel writing*. Reino Unido, Cambridge University Press, p. 2.

[44](#) Fernández-Armesto, Felipe (2010), «La imaginación es la clave», en *Revista Muy Historia*, n.º 30. Madrid, p. 7.

[45](#) Brilli, Attilio (2006), *El viaje a Italia. Historia de una gran tradición cultural*. Madrid, Antonio Machado, p. 19.

[46](#) Conrad, Joseph (2002), *El corazón de las tinieblas*. Madrid, Alianza Editorial, p. 95.

[47](#) Dinesen, Isak (2011), *Memorias de África*. Madrid, Alfaguara, p. 359.

[48](#) Paz, Octavio (2001), *Vislumbres de la India*. Barcelona, Seix Barral, p. 96.

[49](#) Porlan, Alberto (2010), «Antes estaba yo», en *Muy Historia*, n.º 30. Madrid, pp. 72-73.

[50](#) Colón alabó a los indígenas y este es uno de los orígenes del mito, ese con el que Rousseau, Voltaire y otros describieron las virtudes del ser humano en estado de naturaleza: su libertad, bondad, felicidad y autosuficiencia. La idea de que el hombre es bueno pero la sociedad lo corrompe, un concepto todavía en discusión.

[51](#) Brilli, *op. cit.*, p. 20.

[52](#) Swift, Jonathan (1999), *Los viajes de Gulliver*. Madrid, Unidad Editorial, p. 278.

[53](#) Hazlitt, William (2010), *Ir de viaje*. Palma, José J. de Olañeta Editor, p. 42.

[54](#) Lévi-Strauss, Claude (2010), *Tristes trópicos*. Barcelona, Paidós, p. 24.

[55](#) Pessoa, *op. cit.*, p. 186.

[56](#) Belenguer, Mariano (2002), *Periodismo de viajes. Análisis de una especialización periodística*. Sevilla, Comunicación Social Ediciones y Publicaciones, p. 24.

[57](#) Reverte, Javier (1997), «El viaje como creación», en *Revista de Occidente*, n.º 193, p. 40.

[58](#) Rubio, Pilar, «Nuevas estrategias en la narrativa de viajes contemporánea», en Manuel Lucena Giraldo y Juan Pimentel (eds.) (2006), *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, p. 247.

[59](#) Bowles, Paul (2006), *El cielo protector*. Barcelona, Seix Barral.

[60](#) Caparrós, Martín (2004), *Larga distancia*. Buenos Aires, Seix Barral, p. 229.

[61](#) Reverte (1997), *op. cit.*, p. 40.

[62](#) Hoy se dice que «todos somos turistas, incluso en nuestra propia ciudad». Jorge Carrión habla ya del «postviajero», consecuencia de la banalización del viaje en el siglo XXI.

[63](#) Chatwin, *op. cit.*, p. 421.

[64](#) Brilli, *op. cit.*, p. 147.

- [65](#) Cavafis, Constantino Pedro (1999), *Antología poética*. Madrid, Alianza Editorial.
- [66](#) Manguel, Alberto (2010), *El legado de Homero*. Barcelona, Random House Mondadori, p. 213.
- [67](#) Campbell, Morag (2003), *Escribir literatura de viajes*. Barcelona, Paidós, p. 18.
- [68](#) Rivas Nieto, Pedro Eduardo (2006), *Historia y naturaleza del periodismo de viajes*. Madrid, Miraguano Ediciones. p. 29.
- [69](#) Cf. Tadié, Jean Yves (1989), *La novela de aventuras*. México, Fondo de Cultura Económica, p. 7.
- [70](#) El filósofo Vladimir Jankélévitch distingue «aventurero» —para quien la aventura representa un estilo de vida— de «aventuroso» —que vive el viaje como un medio para el lucro—. Adrien Pasquali los clasifica por oposición: el viajero real contra el viaje de la lectura, el erudito de *chambre* y el escritor que viaja. El profesor José Ángel García de Cortázar los clasifica entre «viajeros de ida»: exiliados, repobladores, entre otros; «viajeros de ida y vuelta»: soldados, mercaderes, embajadores, reyes, mensajeros; y «viajeros a todas y ninguna parte», «que no se sabe si van o vienen. Ignoran qué harán mañana, salvo que seguirán en el camino».
- [71](#) Todorov, Tzvetan (2003), *Nosotros y los otros*. México, Siglo XXI Editores, pp. 386-396.
- [72](#) Nietzsche, Friedrich (2006), *El viajero y su sombra*. Madrid, EDAF, p. 102.
- [73](#) Sterne, Laurence (2008), *Viaje sentimental*. Madrid, Funambulista, pp. 22-24.
- [74](#) Caparrós, Martín (2014), *El interior*. Barcelona, Malpaso, p. 13.
- [75](#) Caparrós, Martín (2009), *Una luna*. Barcelona, Anagrama, p. 16.
- [76](#) Nietzsche, Friedrich (2003), *Más allá del bien y del mal*. Madrid, Alianza Editorial, p. 258.
- [77](#) Kafka cit. en Silva, Lorenzo (2000), *Viajes escritos y escritos viajeros*. Madrid, Grupo Anaya, p. 110.
- [78](#) Castro, Rodrigo (2008): «Filósofos y Viajeros. El Pensamiento como Extravío», en *Astrolabio, Revista internacional de filosofía*, n.º 6, pp. 1-12.
- [79](#) Montaigne (2007), *op. cit.*, libro XIII, p. 1589.
- [80](#) Silva Castillo, Jorge (2006), *Gilgamesh o la angustia por la muerte*. Barcelona, Kairós, p. 47.
- [81](#) Negre Rigol, Montserrat (1992), «El lenguaje de los mitos», en *Thémata, Revista de Filología*, n.º 9, Servicio de Publicaciones Universidad de Sevilla, p. 257.
- [82](#) Eliade, Mircea (1985), *Mito y realidad*. Madrid, Editorial Labor, p. 12.
- [83](#) Cirlot, Juan Eduardo (2007), *Diccionario de símbolos*. Madrid, Siruela, p. 463.
- [84](#) Propp, Vladimir (2001), *Morfología del cuento*. Madrid, Akal, p. 142.
- [85](#) Campbell, Joseph (1972), *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. México, Fondo de Cultura Económica, p. 11.

- [86](#) Vogler, Christopher (2002), *El viaje de un escritor*. Barcelona, Robinbook, p. 46.
- [87](#) Soriano, Nieves (2009), *Viajeros románticos a Oriente. Delacroix, Flaubert y Nerval*. Murcia, Servicio de Publicaciones Universidad de Murcia, pp. 25-26.^[1]_[SEP]
- [88](#) Theroux, Paul (2012), *El tao del viajero. Enseñanzas de vidas en la carretera*. Madrid, Alfaguara, pp. 7 y 15.
- [89](#) Augé, Marc (1998), *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*. Barcelona, Gedisa, p. 64.
- [90](#) Gasquet, Axel, «Bajo el cielo protector: hacia una sociología de la literatura de viajes», en *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid, CSIC, p. 52.
- [91](#) Leed, Eric (2001), «The Ancients and the Moderns: from suffering to freedom», en *Defining Travel: diverse visions*. EE.UU., University Press of Mississippi. pp. 7-11.
- [92](#) Baudelaire, Charles (2007), *Las flores del mal*. Madrid, Edimat, p. 249.
- [93](#) El profesor Juan F. Villar Dégano asegura que los viajeros que buscan predominan hasta la Ilustración, y que priman los que encuentran desde la Ilustración hasta nuestros días. Cf. Villar Dégano, Juan Felipe: «Paraliteratura y libros de viajes», en *Compás de letras: literatura de viajes. Monografías de literatura española*. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, p. 29.
- [94](#) Las mujeres fueron una de las causas de emigración a la América recién descubierta. Muchos conquistadores hablaban de la promiscuidad de las indias y su lubricidad. Además, tener hijos con ellas significaba multiplicar los súbditos y aliados a la Corona. Algo similar sucedió varios siglos más tarde en la conquista de África.
- [95](#) Cervantes, *op. cit.*, tomo I, p. 116.
- [96](#) Restrepo, Laura (2005), *La novia oscura*. Madrid, Alfaguara, p. 95.
- [97](#) Lida, Clara E. (1992), «El fin de un sueño», en *Historia General de la Emigración Española a Iberoamérica*, tomo I, Madrid, Historia 16, p. 732.
- [98](#) Melville, Herman (2010), *Moby Dick*. Barcelona, Random House, p. 164.
- [99](#) Cit. en Chatwin, *op. cit.*, p. 395.
- [100](#) Wolfzettel, Friedrich, «Relato de viaje y estructura mítica», en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui (coords.) (2005), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*. Madrid, Akal, p. 15.
- [101](#) Fernández-Armesto, Felipe (2010), «La imaginación es la clave», en *Muy Historia*, n.º 30. Madrid, p. 8.
- [102](#) Shapin, Steven (2000), *La revolución científica: una mirada alternativa*. Barcelona, Paidós, p. 40. La cita también en Pimentel, 2003, *op. cit.*, p. 275.
- [103](#) Bacon, Francis (1625), «XVIII: Of travel», en *The essays or counsels, civil and moral*. Project

Gutenberg 2009, ebook n.º 575.

[104](#) Pimentel, Juan, «La esfera imperfecta. Mediciones y circunnavegaciones del globo en el s. XVIII», en Fernando Calderón y Pablo Javier Pérez López (coord.) (2009), *Viajes, literatura y pensamiento*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, p. 13.

[105](#) Locke, John (1986), *Pensamientos sobre la educación*. Madrid, Akal, p. 271.

[106](#) Los jóvenes de la época viajaban con un preceptor, un *cicerón* que, aparte de supervisarle y guiarle en el país de destino, era casi siempre quien redactaba los cuadernos de viaje del tutelado. También podía ser un sirviente o paje, como el de Montaigne, que fue quien escribió buena parte de los diarios del filósofo en Italia.

[107](#) Ejemplo de estos manuales es el *Méthodus Apodémica* de Theodor Zwinger (1577); Henrick Rantzau lanzó en 1608 un libro con idéntico título, así como la obra de Vincenzo Coronelli, que contenía también consejos y recetas.

[108](#) Brilli, *op. cit.*, p. 51.

[109](#) Bravo, Juan (2006), «Stendhal viajero: memorias de un turista», en *Revista de Filología Románica*, n.º Extra 4. *La aventura de viajar y sus escrituras*. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, p. 189.

[110](#) Rousseau, Jean-Jaques (1985), *Emilio*. Madrid, Edaf, pp. 520 y ss.

[111](#) Con motivo del 250 aniversario del nacimiento del padre del *Contrato social*, el francés recordó en Ginebra estas palabras de su antecesor: «Cuando se quiere estudiar a los hombres hay que mirar cerca de uno; pero para estudiar al hombre hay que aprender a mirar a lo lejos: hay que empezar por observar las diferencias para descubrir las propiedades».

[112](#) Heródoto (2000), *Historia*, tomo I-II. Madrid, Gredos.

[113](#) Kapuściński, R. (2006), *Viajes con Heródoto*. Barcelona, Anagrama, p. 96.

[114](#) *Bárbaro*, para Heródoto y sus contemporáneos, era todo aquel que no fuera griego. El término lo usaron también los autores clásicos para designar los pueblos fronterizos con el Imperio romano.

[115](#) Melville, Herman (2011), *Viajar*. Madrid, Gadir, p. 13.

[116](#) Cit. en Wolfzettel, *op. cit.*, p. 13.

[117](#) Petrarca, Francesco (2000), «Subida al Monte Ventoso», en *Manifiestos del Humanismo*. Colección Nexos, Barcelona, Península, pp. 25-35.

[118](#) Gruenter, *op. cit.*, p. 98

[119](#) Pérez López, Pablo Javier, «Viajeros de lo sublime», en Fernando Calderón y Pablo Javier Pérez López (coords.) (2009), *Viajes, literatura y pensamiento*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, pp. 131-158.

[120](#) Suelen pasar a la historia los primeros en llegar. Pero algunos lo intentan primero y desaparecen en el intento. Cf. Wright, Ed (2008), *Lost Explorers: Adventurers Who Disappeared Off the Face of the Earth*. Sydney, Murdoch Books. Balkan, Evan (2008), *Vanished! Explorers Forever Lost*. Alabama, Menasha Ridge Press.

[121](#) Lévi-Strauss (2010), *op. cit.*, p. 410.

[122](#) Augé (2006), *op. cit.*, p. 14.

[123](#) Roberson, *op. cit.*, p. XVIII.

[124](#) Dos fenómenos resultan fundamentales para entender las vacaciones contemporáneas: el alpinismo, que aglutinó el turismo de esquí en invierno, y el turismo de playa, que fue el gran totalizador de las vacaciones veraniegas de la mayor parte de la población, sobre todo europea. Cf. Bote Díaz (2006), «Sociedad, viajes y globalización: de Elcano al turismo espacial».

[125](#) Bote Díaz, Marcos, «Sociedad, viajes y globalización: de Elcano al turismo espacial», en Fernando Carmona Fernández y José Miguel García Cano (eds.) (2006), *Libros de viaje y viajeros en la literatura y la historia*. Universidad de Murcia, Servicio de publicaciones, pp. 57-69.

[126](#) Chatwin, *op. cit.*, p. 388.

[127](#) Adams, Percy G. (1983), *Travel Literature and the Evolution of the Novel*. Lexington, The University Press of Kentucky, p. 69.

[128](#) Leguineche, Manu (2007), «Prólogo», en Cristina Morató (2010), *Viajeras intrépidas y aventureras*. Barcelona, Plaza y Janés.

[129](#) Anderson cit. en Theroux, *op. cit.*, p. 13.

[130](#) Melville (2010), *op. cit.*, p. 37. Melville (2010), *op. cit.*, p. 37.

[131](#) Del Prado Biezma, *op. cit.*, p. 19.

[132](#) Spaccarelli, Thomas D., «La ideología de la peregrinación», en *Revista de Filología Románica*, n.º extraordinario 4 (2006), «El arte de viajar y sus aventuras». Madrid, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, p. 122.

[133](#) González, Joan (2008), «La dialéctica “viejo mundo” “nuevo mundo”. Observaciones sobre la significación ontológica del *homo viator* moderno», en *Heidegger y los relojes*. Madrid, Encuentro, p. 215.

[134](#) García Gual, Carlos (1981), *Mitos, viajes y héroes*. Madrid, Taurus, p. 26.

[135](#) Camus, Albert (2008), *El mito de Sísifo*. Madrid, Alianza Editorial.

[136](#) Con este ensayo Camus desarrolla su teoría del hombre absurdo —o filosofía del absurdo—, en la que el ser humano, como Sísifo, sabe del sinsentido de su vida, condenada a la repetición y al fracaso, donde el único antídoto es la creación.

- [137](#) Sorela, Pedro (1997), «Invitación al viaje», en revista *Quimera*. Mayo/julio. Barcelona, p. 133.
- [138](#) Melville (2011), *op. cit.*, p. 14.
- [139](#) Cristóbal López, Vicente, «La “Eneida” de Virgilio, un viaje entre Troya y Roma», en *Revista de Filología Románica*, n.º extraordinario 4 (2006), «El arte de viajar y sus aventuras». Madrid, Servicio de Publicaciones UCM, pp. 85-100.
- [140](#) A pesar del privilegio que supone ver y conocer, viajar nunca ha sido del todo placentero. Hubo un tiempo en el que había que hacer un testamento antes de partir, e históricamente quien sale se enfrenta a lo desconocido, a la incomodidad, los posibles asaltos, las esperas, pérdidas de equipaje, choque de culturas, cansancio, melancolía, temperaturas extremas, expectativas insatisfechas, el tedio, los pasos fronterizos y la enfermedad. Brilli, Attilio (2006), *El viaje a Italia. Historia de una gran tradición cultural*. Madrid, Editorial Antonio Machado, pp. 79-82 y 101.
- [141](#) No hay regreso para el viajero. Dice mucho que la palabra «turismo» se emparente con la voz *torno* (del latín *tornus* y del postverbal francés *tour*; vuelta, paseo) —lo que sugiere un circuito cerrado—, mientras que el término «viaje» viene de «camino», «carretera», «calle», acepciones que sugieren una acción abierta. El viajero se sitúa sobre un camino en una dirección que no necesariamente implica retorno (Belenguier, 2002). También la palabra *tour*; empleada con la expresión *faire un tour* (dar una vuelta), tiene un matiz de ligereza y frivolidad (Del Prado Biezma, 2006 «Viajes con viático y viajes sin viático»).
- [142](#) Gasquet, *op. cit.*, pp. 31-66.
- [143](#) *Idem*.
- [144](#) Castro, *op. cit.*, pp. 10-11.
- [145](#) Magris, Claudio (2008), *El infinito viajar*: Barcelona, Anagrama, p. 10.
- [146](#) Baudrillard, Jean, «América», en Susan L. Roberson (ed.) (2001), *Defining Travel: diverse visions*. EE.UU., University Press of Mississippi, pp. 132-152.
- [147](#) Kundera, Milan (1994), *Los testamentos traicionados*. Barcelona, Tusquets.
- [148](#) Conrad, *op. cit.*, p. 129.
- [149](#) Chatwin, *op. cit.*, p. 265.
- [150](#) Verne, Julio (2000), *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Madrid, Rialp, p. 46.
- [151](#) Swift, *op. cit.*, p. 268.
- [152](#) Hazlitt, *op. cit.*, pp. 50-52.
- [153](#) Descartes, *op. cit.*, p. 17.
- [154](#) Dante (1999), *Divina comedia*. Madrid, Unidad Editorial, p. 89.
- [155](#) Volver a marcharse estaba en su destino. En el Canto XI de la *Odisea* Ulises visita el Hades, donde Tiresias le dice que después de volver a Ítaca seguirá viajando. Cf. Manguel, Alberto (2010), *El legado*

de Homero. Madrid, Debate, p. 34.

[156](#) Wolfzettel, *op. cit.*, p. 19.

[157](#) Nietzsche, Friedrich (1993), «Así habló Zarathustra», en *Nietzsche: Vida, pensamiento y obra*. Colección grandes pensadores. Madrid, Planeta DeAgostini, pp. 143-221.

[158](#) Manguel (2010), *op. cit.*, p. 59.

[159](#) Saramago, José (2010), *Viaje a Portugal*. Madrid, Alfaguara.

[160](#) Melville (2010), *op. cit.*, p. 104.

[161](#) Fabre, Cédric (2003), *Écrivains-voyageurs*. Paris, ADPF: Association pour la diffusion de la pensée française. Ministère des Affaires Étrangères, p. 19.

[162](#) Magris, *op. cit.*, p. 12.

[163](#) Nooteboom (2002), *op. cit.*, p. 15.

[164](#) Rilke, Rainer Maria (2007), *Cartas a un joven poeta*. Madrid, Hiperión, p. 291.

[165](#) Magris, *op. cit.*, p. 14.

[166](#) Descartes, *op. cit.*, p. 33.

[167](#) De Maistre, Xavier (2007), *Viaje alrededor de mi habitación*. Madrid, Funambulista.

[168](#) Nietzsche (1993), *op. cit.*, p. 145.

[169](#) Schopenhauer cit. en Pérez López, Pablo Javier: «Viajeros de lo sublime», en Fernando Calderón Quindós y Pablo Javier Pérez López (coords.) (2009), *Viajes, literatura y pensamiento*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, p. 154.

[170](#) Orwell, George (2001), *Down and out in Paris and London*. Londres, Penguin Books.

[171](#) Propp, *op. cit.*, p. 67.

[172](#) Butor, Michel (1972), «Le voyage et l'écriture», en *Romantisme. Voyager doit être un travail sérieux*, vol. 2, n.º 4. París, Flammarion, pp. 10 y 16.

[173](#) Pérez López, *op. cit.*, p. 142.

[174](#) Romero Tobar, Leonardo (1995), «El viaje vertical: globos aerostáticos y costumbrismo», en *Compás de letras: literatura de viajes. Monografías de literatura española*. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, p. 156.

[175](#) Este capítulo, con modificaciones y algunos otros párrafos del libro, fue publicado en la revista española *Altair* en abril de 2015 bajo el título *Nace un viajero. Búsqueda, patria y escritura*. Cf. González-Rivera, Juliana (2015).

[176](#) Soriano, Nieves (2009), *Viajeros románticos a Oriente. Delacroix, Flaubert y Nerval*. Murcia, Servicio de Publicaciones Universidad de Murcia, p. 29.

[177](#) Borges, en *Del culto a los libros*, planteó el dilema entre la palabra oral y escrita, recordando a aquellos personajes que renegaron de escribir o no escribieron: Alejandro Magno, Jesucristo, Pitágoras, Sócrates o incluso Platón, quien teorizó contra la escritura. Sin embargo, sus historias y enseñanzas se preservan porque otros lo hicieron por ellos. Cf. Borges, Jorge Luis (1985), «Del culto a los libros», en *Otras inquisiciones*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 110-116.

[178](#) Fabre, *op. cit.*, pp. 4-5.

[179](#) Parreño, José María (1999), *Viajes de un antipático*. Madrid, Árdora, p. 10.

[180](#) Baudelaire cit. en Chatwin, *op. cit.*, p. 392.

[181](#) Whitman cit. en Morrilla, Loa S. (2002), *32 maneras de escribir un viaje. Las claves para tratar un viaje literariamente*. Barcelona, Colección escritura creativa, Grafein Ediciones, p. 11.

[182](#) Kerouac, Jack (2009), *En la carretera*. Barcelona, Anagrama, p. 47.

[183](#) Gellhorn, Martha (2011), *Cinco viajes al infierno*. Badalona, Altair, p. 35.

[184](#) Fussell, Paul (2001), «Travel books as literary phenomena», en *Defining Travel: diverse visions*. EE.UU., University Press of Mississippi, p. 106.

[185](#) Baudrillard, *op. cit.*, p. 59.

[186](#) Sterne, *op. cit.*, p. 125.

[187](#) David-Néel cit. en Morató, Cristina (2010), *Viajeras intrépidas y aventureras*. Barcelona, Plaza y Janés.

[188](#) Saint-Exupéry, Antoine de (2000), *Carta al General X*. Barcelona, Círculo de lectores, p. 199.

[189](#) Stevenson, Robert L. (2007), *The Silverado squatters*. Massachusetts, Applewood books, p. 329.

[190](#) Addison, Joseph (1972), *The Spectator*, n.º 69. cit. en Pimentel, Juan (2003), *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*. Madrid, Marcial Pons, p. 249.

[191](#) Bou, Enric (1996), «Introducción», en Pedro Salinas, *Cartas de viaje 1912-1951*. Valencia, Pre-Textos, p. 15.

[192](#) Semprún, Jorge (2004), *El largo viaje*. Barcelona, Tusquets, p. 102.

[193](#) *Federico Sánchez se despide de ustedes y Adiós luz de veranos*. La obra de Semprún se inscribe en lo que George Steiner llama *unhousedness* para aludir a escritores que escriben en un idioma que no es el suyo, como Beckett, Conrad o Nabokov.

[194](#) Forn, Juan (2014), *Una tumba para Danilo Kís*. En *Página 12*: <http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-241231-2014-03-07.html>. Fecha de consulta: 12 de agosto de 2016.

- [195](#) Schrader, Carlos (2000), «Introducción», en Heródoto: *Historia*. Madrid, Gredos, p. XVIII.
- [196](#) Kapuściński (2006), *op. cit.*, p. 96.
- [197](#) Brillì, *op. cit.*, p. 29.
- [198](#) Pitol, Sergio (2000), *El viaje*. Barcelona, Anagrama, p. 130.
- [199](#) Carrión, Jorge (2012), *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*. Barcelona, Anagrama, pp. 35-36.
- [200](#) Kundera, Milan (2005), *El telón, ensayo en siete partes*. Barcelona, Tusquets, p. 43-73.
- [201](#) Goytisolo, Juan (2009), «El dulce señuelo de la inmortalidad», en *El País*, 31 de agosto.
- [202](#) Matthiessen, Peter (1998), *El leopardo de las nieves*. Madrid, Siruela, p. 277.
- [203](#) Stevenson (2007), *op. cit.*, p. 360.
- [204](#) San Víctor cit. en Todorov, Tzvetan (1987), *La conquista de América*. México, Siglo XXI, p. 259.
- [205](#) Adams, Percy G. (1980), *Travelers and travel liars 1660-1800*. Toronto, Dover Publications, p. 236.
- [206](#) Pimentel, Juan (2003), «Impostores y testigos: verosimilitud y escritura en las relaciones de viaje», en Javier Moscoso, José Barona y Juan Pimentel (eds.), *La Ilustración y las ciencias. Para una historia de la objetividad*. España, Universidad de Valencia, p. 249.
- [207](#) Adams (1980), *op. cit.*, p. 236.
- [208](#) Benjamin, Walter (1998), «El narrador», en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. Madrid, Taurus, p. 113.
- [209](#) Pimentel, Juan (2006), *El día que el rey de Siam oyó hablar del hielo: viajeros, poetas y ladrones*, en M. Lucena Giraldo y J. Pimentel (eds.), *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid, CSIC, p. 94.
- [210](#) Fabre, *op. cit.*, p. 29.
- [211](#) Butor, *op. cit.*, p. 4.
- [212](#) Reverte, Javier (1997), «El viaje como creación», en *Revista de Occidente*, n.º 193, pp. 40-41.
- [213](#) Saint-Exupéry cit. en Sorela, Pedro (2006), *Dibujando la tormenta. Faulkner, Borges, Stendhal, Shakespeare, Saint-Exupéry. Inventores de la escritura moderna*. Madrid, Alianza Editorial, p. 347.
- [214](#) Benjamin (1998), *op. cit.*, p. 119.
- [215](#) Stendhal cit. en Sorela (2006), p. 347.
- [216](#) Nootboom, Cess (2007), *Tumbas: de poetas y pensadores*. Madrid, Siruela, p. 17.

[217](#) Zweig, Stefan (2008), *Tres poetas de sus vidas*. Barcelona, Planeta.

[218](#) Fabre, *op. cit.*, p. 26.

[219](#) Carrión, Jorge (2014), «Nadie puede estar cerca de Borges. Sarmiento, en cambio, sí era humano», en *Jotdown*, 16 de febrero.

[220](#) Fabre, *op. cit.*, p. 26.

[221](#) Kazantzakis, Nikos (1973), *Report to Greco*. Londres, Faber & Faber, p. 440.

[222](#) Saint-Exupéry, Antoine de (2000), *Tierra de los hombres*. Barcelona, Círculo de lectores, pp. 105-118.

[223](#) Caparrós (2014), *op. cit.*, p. 62.

BREVE HISTORIA DEL VIAJE Y SU RELATO

La escritura del movimiento

No existe la escritura inmóvil. Es imposible. Se mueve la idea, da vueltas en la cabeza del escritor, su marca se imprime en el papel o la pantalla, la acción se desplaza, camina en el tiempo. No hay acción en la quietud. Ni siquiera morir es un verbo estático, a pesar de que la muerte es ese momento en el que el tiempo y el espacio son insustanciales para el protagonista²²⁴. El tiempo es la imagen móvil de la eternidad, dijo Borges²²⁵. O Nooteboom: «todo se mueve, menos el silencio y la oscuridad»^{226 227}.

Si la escritura es movimiento, es necesariamente viaje. Clarice Lispector dijo: «Quiero escribir un movimiento puro»²²⁸. Victor Hugo, en *Hojas de otoño*, hablaba de la poesía como «un viaje hacia las tierras desconocidas del verbo»²²⁹, y César Aira definió el viaje como un *ready made* narrativo: viajar es un relato antes de ser un relato, un cuento que empieza en la partida y termina con la idea del regreso²³⁰. El viaje es acción —movimiento— y para que haya acción tiene que haber un cambio. El viaje es el registro de esa variación²³¹.

Todo relato es un viaje, un suceso en el espacio: los relatos hacen el viaje antes, al tiempo y después que los pies lo ejecutan, dijo Michel de Certeau²³². De ahí que la analogía resulte siempre tan natural: la escritura es un viaje, viajar es escribir y leer es viajar. Alberto Manguel lo explica:

Viajar es un acto narrativo. Pasar de un lugar a otro cruzando espacios que no conocemos es, en cierto modo, hacer literatura: al fin y al cabo, una de nuestras más antiguas metáforas declara que el mundo es un libro. El viajero construye historias a partir de lo que ve y escucha y siente, y atribuye a sus partidas y llegadas las características de una primera y de una última página. Las personas con las que se encuentra se convierten en personajes de su historia; a veces es el viajero el protagonista, a veces son los otros. Paso a paso, el viajero descubre y también inventa su narración²³³.

El viaje está en el centro y el origen del acto mismo de escribir, en Uruk

hace cerca de siete mil años, con los sumerios. El hombre manipula el tiempo y el espacio cuando escribe, porque así hace posible la comunicación entre quienes están en otro lugar o viven en épocas distintas. Escribimos para los que están lejos. También para los que vendrán después de nosotros²³⁴. Como escribió Saint-Exupéry: «no es la distancia la que sirve para medir la lejanía»²³⁵.

El viaje es espacio y tiempo. De ahí que se trate asimismo de una medida: es la representación por excelencia del reloj, hacia delante o hacia atrás —decimos que viajamos en el tiempo— y metáfora inevitable del camino de la vida. El viaje lo cruza todo y por ende su relato. Y esa condición multidisciplinar complica su estudio: por «escritura de viaje» podemos entender cualquier texto donde haya un desplazamiento, o en el que éste sea el marco o eje principal. Pueden ser los diarios o apuntes de un viajero —como los de Montaigne en Italia, Suiza y Alemania—, autobiografías, relaciones —las de los cronistas de Indias o de los misioneros jesuitas entre los siglos XVI y XVIII—, viajes narrados por el protagonista o contados de oídas en tercera persona. Hay cartas —las de Colón, Lord Byron, George Sand o Mary Wortley Montagu—, guías, itinerarios y travesías ilustradas con dibujos, mapas o fotografías; reportajes objetivos y versiones aproximadas; blogs, ensayos, folletos turísticos; *vlogs* de *youtubers* trotamundos y cuentas de *influencers* en redes sociales que ganan millones de seguidores con imágenes de destinos y su paso por ellos.

El relato de viaje se cruza con el poema narrativo, la novela de vagabundeo, el ensayo impresionista, científico y experimental, las colecciones de aforismos. También con la literatura del mar —de piratas, naufragios, islas desiertas—, con la crónica, el reportaje y el perfil, la biografía y autobiografía, el *carnet*, la bitácora, la reflexión artística y la écfrasis, la historia, la novela de aventuras y de aprendizaje²³⁶.

Se trata de un marco de enorme plasticidad: los escenarios son infinitos, igual que los encuentros, imprevistos, conflictos y soluciones. Además, su esquema de *partida, tránsito y regreso*, basado en el arquetipo del héroe, hace que casi cualquier texto termine emparentado con el viaje y por eso está presente en toda la gran literatura universal. Incluso cuando parece que no —como en *Madame Bovary*, las novelas de Agatha Christie, Edith Wharton,

Stendhal, los ensayos de Susan Sontag, Juan Villoro o la poesía modernista—, esas obras tienen tras de sí autores viajeros, protagonistas de grandes viajes o cuya vida no se explica sin ellos: ¿es comprensible Cendrars sin sus viajes? ¿Primo Levi sin los campos? ¿Salinas sin el exilio? ¿Stendhal sin Italia? ¿Isabella Bird sin sus expediciones como primera mujer de la Royal Geographical Society? ¿Marguerite Yourcenar sin la vida errante con la que imitó a su padre, y sin Grecia, su patria espiritual? Incluso Flaubert es incomprensible sin su viaje a Oriente, que fue para él un laboratorio de escritura. Vida y obra se confunden. Si Roland Barthes afirmó que la historia de un novelista es la historia de un tema y sus variaciones, éste es el caso por definición de los viajeros.

El viaje en el origen de la narración

Hablar del relato de viaje es contar la historia de la verosimilitud. No podía imaginarlo Homero, pero Ulises —el taimado Odiseo, el de los mil tropos y hábil en ardides²³⁷—, el que ideó el caballo de Troya, engañó al cíclope Polifemo e intentó engañar a la diosa Atenea disfrazado de mendigo—, es el principio de una polémica que hasta hoy no se detiene. En la corte de los feacios, el marinero contó su odisea, una historia en la que había un poco de verdad y otro tanto de mentira. Pero cuando terminó de contar, el rey Alcínoo alabó su narración: «no eres charlatán ni farsante. Hay belleza en tus palabras y es noble tu pensar»²³⁸.

Ahí comenzó una doble actitud frente a los viajeros: unos los tildan de mentirosos e impostores. Pero otros, como el rey feacio, ven nobleza en Odiseo y en los que, como él, cruzan los mares y la tierra: encuentran en sus palabras belleza y verdad —Aristóteles alabó a Homero por esa capacidad²³⁹— y privilegian la noticia del mundo que traen consigo por encima de sus imprecisiones.

En esta polémica se funda la defensa de la ficción como fuente de conocimiento y método para comprender al hombre y su entorno. Es el antiguo problema de la verdad, ese viejo dilema que se remonta a los tiempos en que

Aristóteles y Platón discutían sobre la mimesis y la capacidad del poeta para representar la realidad o, en su defecto, imitarla. Por eso no es casual que los filósofos de Atenas partieran de la *Odisea*, un texto de viaje, para esta discusión²⁴⁰.

¿Puede el arte calcar la vida? O, por el contrario, ¿toda imitación es imperfecta?²⁴¹ En *Un humilde reproche* (1884), Stevenson desarrolló esta idea en su alegato contra *El arte de la ficción* de Henry James:

Ningún arte puede imitar la realidad [...] La literatura, cuando imita, no imita la vida sino al discurso [...] Ningún arte puede competir con pasiones y enfermedades que consumen y matan; con el sabor del vino, la belleza de la aurora, el ardor del fuego o la amargura de la separación y de la muerte [...] La vida es monstruosa, infinita, ilógica, abrupta y conmovedora; una obra de arte, en comparación, es agradable, finita, independiente, racional, continua y mutilada²⁴².

El doble carácter del texto de viaje, que por un lado provee información pertinente y veraz y por otro utiliza las técnicas de la literatura para contar la realidad, lo inscribe en esa discusión. Se sabe que tiene valor como testimonio, que es búsqueda, exploración, método científico y fuente de conocimiento. Al relato de viaje se le reconoce dentro de la historia y la geografía. Pero la verdad del narrador viajero nunca es completa. Esa idea late en la teoría general del relato de viaje y tras la lectura de cualquier libro del género. En ocasiones engaña a propósito, como quienes escriben sobre vueltas al mundo sin haber salido de su casa —Daniel Defoe, por ejemplo—, o aquellos que inventan bestiarios y relatos poblados de seres maravillosos, tierras prometidas, pájaros que nacen de los árboles, unicornios, plantas milagrosas, gigantes y aborígenes que viven cientos de años. Pero otras veces miente o propone un equívoco sin intención. El prejuicio, la exageración, el desconocimiento, las barreras idiomáticas, el encuentro con el Otro —la alteridad— y las dificultades físicas propias de todo desplazamiento son algunas de las trampas que lo llevan a contar una media verdad.

Esa condición fronteriza, paraliteraria, híbrida, escindida entre la vivencia y el arte de la ficción, ha hecho difícil defenderlo como género documental desde sus inicios, así como su clasificación y tipología: esto lo pone en el origen de la verosimilitud, pero también del periodismo, la crónica y la información. Porque mito, relato real y fantasía nacieron juntos. Se constituyeron, en las primeras narraciones humanas, como sucesos paralelos,

indivisibles. Mito y viaje fueron uno desde las más tempranas explicaciones cosmogónicas, en las que el héroe era el protagonista del relato de lo desconocido. El mito, explica Mircea Eliade, aunque hoy parezca un relato ficcional, para los primeros hombres «no es una fábula, ni una invención, ni ficción, sino historia verdadera. Verdadera porque es sagrada, ejemplar, significativa»²⁴³. Es información. Los mitos eran fragmentos de su vida espiritual y lo sagrado era real. Por eso el mito no ofrecía dudas sino, por el contrario, una fuente de certezas. «No era algo falso, sino una concentración de la verdad», dice Doris Lessing²⁴⁴. Y como el héroe —un viajero— es el protagonista del mito, el mito y el relato de viaje, desde el principio, caminan juntos²⁴⁵.

Entretanto, tuvo que haber un primer hombre que fue más lejos que el resto de su tribu. Ese explorador, al alejarse de los límites conocidos, encontró un paisaje que nadie había visto. Descubrió plantas, animales y quizá otro grupo de hombres iguales a él, lo que supuso el primer contacto con la alteridad. Luego regresó con los suyos. Les contó lo que había visto y dio noticia de la lejanía. Se comportó como un reportero: el primer periodista fue ese viajero. Sin embargo, es posible que exagerara o añadiera datos de color o de misterio a su relato para cautivar la atención de quienes lo escuchaban.

El relato del viajero está en la esencia del reportaje. Y en el origen de la ficción narrativa, puesto que el viajero animaba a una audiencia somnolienta con detalles inventados que adornaban sus vicisitudes²⁴⁶.

Así, la información surge a la par que la ficción y la fábula, que fueron añadidos simultáneos, no posteriores.

El viaje fue una inspiración obvia para las más tempranas narraciones orales prehistóricas que incluían cacerías, ascensos a montañas, travesías fluviales en balsas primitivas o expediciones a tierras lejanas [...] La aventura real podía tender a la exageración, el embellecimiento o la fabricación completa de historias fantásticas que hoy llamamos ficción y consideramos una de las manifestaciones principales de la literatura imaginaria²⁴⁷.

El relato de viaje como fuente de información aparece en las primeras escrituras de la humanidad. Las tablillas mesopotámicas contenían indicaciones sobre lugares y también noticias necesarias para la estabilidad del Imperio. En tiempos asirios, entre los siglos VIII y VII a.C., tablillas de arcilla con sobres del mismo material, decorados con el sello real de

Asurbanipal, circulaban por un innovador sistema de carreteras reales que permitían el tránsito eficaz de la información. Eran necesarios algunos días para que ese correo urgente viajara de un lugar a otro, desde la capital hasta los límites del imperio. Y si el mensaje era particularmente delicado, se enviaba con un emisario de confianza que hacía todo el recorrido custodiándolo.

También en los papiros y grabados de los templos egipcios se han conservado narraciones de itinerarios reales e imaginarios. Como el cuento del marinero náufrago, escrito durante la XIIª dinastía del Egipto faraónico (dos mil años a.C.), que narra la historia de un navegante que, como luego Simbad y Robinson Crusoe, desembarcó en una isla de promisión tras ser el único sobreviviente de una tormenta en altamar²⁴⁸.

En Egipto no había profesión más digna que la del escriba. En la *Sátira de los oficios* —obra didáctica del Antiguo Egipto—, se ve cómo se valoraba esta profesión más que ninguna otra por el hecho de transmitir el saber:

Es la mejor de las profesiones / haré que tú ames a los libros más que a tu madre / no hay nada más útil que los libros [...] Compartir el conocimiento es el mayor de todos los llamados. No hay nada como ello en el mundo²⁴⁹.

Es probable que los egipcios fueran los primeros en documentar los viajes, precisamente a través de los escribas. Allí nació uno de los primeros exploradores de quien conocemos su nombre: Hirjuf, un oficial del 2300 a.C. que viajó en nombre del faraón Pepi II para investigar los territorios más allá de las cataratas del Nilo, de donde trajo flora y fauna desconocida, además de un pigmeo. Realizó cuatro grandes expediciones a lo largo de su vida, comerciando con oro, marfil, incienso y ébano, así como en misiones diplomáticas en nombre del soberano, viajes que están escritos sobre su tumba. Él es probablemente el protagonista del primer documento en el que se narra con cierta extensión la experiencia de un viaje real.

Otro itinerario famoso en el Antiguo Egipto es el viaje a Punt, un territorio a doce mil kilómetros de Tebas del que no se ha podido saber con certeza su ubicación pero que probablemente se hallaba en la costa africana sobre el Índico, un supuesto paraíso lleno de marfil, ébano, oro, mirra y otros materiales preciosos, además de monos y enanos —una especie de antepasado

de la Leyenda del Dorado—. Varios faraones enviaron misiones allí desde el 2500 a.C. —Sahura, Pepi II, Mentuhotep III—, pero la más famosa tuvo lugar en el reinado de Hatshepsut cerca del año 1496 a.C., de la que queda registro gráfico y literario en las paredes del templo de Deir-el-Bahari, narración en la que los expedicionarios dan cuenta de sus hallazgos. Y quienes tomaron su testimonio fueron los escribas, informadores que trasladaban los hechos reportados a los archivos. Por esto, esos registros de viaje tienen, todos ellos, un carácter documental²⁵⁰.

Pero la información no sólo proviene de travesías reales sino de la explicación de lo desconocido. En la Antigüedad, el relato de viaje se emparentaba con el hecho de morir, una de las principales preocupaciones humanas. Porque si la vida es sinónimo de viaje, también la muerte, o por lo menos el tránsito hacia ella. Cuando alguien fallece se suele decir: «que tenga un buen viaje», y casi todas las culturas interpretan la muerte como un paso a otro mundo, viaje a un «Más Allá» que puede ser paraíso, Nirvana, cielo, pero también infierno, Hades o mundo de los muertos. Es un tránsito que requiere preparación y cuidado —uno de los signos evolutivos que hace al hombre hombre es que empieza a enterrar a sus muertos— y por eso se han encontrado frutos y víveres en las tumbas primitivas. Por eso los egipcios inhumaban a sus muertos con mimo, los vikingos soñaban con las valquirias en su viaje al Valhala y los griegos ponían el óbolo —una moneda de plata— en la boca o los ojos de los difuntos, para pagar a Caronte el cruce de la laguna Estigia. También es la razón por la que la reina Puabi se enterró con veinte sirvientes y todo tipo de joyas y ajuares, entre ellos un arpa para amenizar el viaje, y por la que el emperador chino Qin Shi Huang construyó su tumba en Xi'an con un ejército de siete mil guerreros de terracota.

El viaje requiere una guía —las valquirias lo son, igual que Caronte e Hypnos, Hermes y Tánatos—. De ahí que una de las primeras manifestaciones del texto de viaje sean indicaciones sobre el tránsito entre ambos mundos. Por ejemplo, el famoso *Libro de los muertos* que los egipcios se llevaban a la tumba y que era una auténtica guía de viaje a la vida eterna. Era muy extenso —algunos ejemplares conservados en papiro tienen hasta cuarenta metros— y también muy caro, pero los egipcios, incluso de las clases más bajas, pagaban por él, a los escribas, casi la mitad del salario anual de un campesino. Para

ellos era fundamental enterrarse con él, porque las fórmulas que contenía, que se escribían asimismo en las paredes de las tumbas, los sarcófagos, las vendas de la momia y el ajuar, eran las que les permitían alcanzar el Más Allá. Sin ellas, la persona sufría una segunda muerte. El sacerdote recitaba las primeras fórmulas del libro durante la ceremonia fúnebre, con la que el difunto comenzaba el viaje al inframundo a bordo de la barca solar del dios Ra, de Oeste a Este, en el sentido de la puesta y nacimiento del sol²⁵¹.

Hay escenas del libro de los muertos que se reproducen en la Biblia, como aquella del *Éxodo* en la que Dios convierte en serpiente el bastón de Aarón, el hermano de Moisés, frente a los ojos del faraón que debe permitir la salida de los israelitas de Egipto. El *Libro de los muertos* es, antes que los códices medievales para peregrinos a Santiago de Compostela y Jerusalén, el verdadero antecedente de las guías de viaje. Contenía procedimientos e indicaciones sobre cómo comportarse en el inframundo y sortear sus peligros, del mismo modo que la *Lonely Planet* explica a sus lectores cómo sacar un visado, qué vacunas son necesarias y *tips* para sobrevivir al calor y los mosquitos.

No sólo los egipcios escribieron guías para el mundo de los muertos. Los Hititas de Asia Menor, contemporáneos de los faraones, también tenían fórmulas para lo que denominaban «el gran viaje del alma». Y los griegos usaron los *textos órficos*, versos escritos en laminillas de oro que luego ponían en la mano, el pecho o la boca del fallecido, igual que el óbolo para Caronte. Todos contenían referencias al otro mundo, indicaciones sobre su geografía, saludos a los dioses infernales y deseos de felicidad para el alma del difunto²⁵². Y como el *Libro de los muertos*, esas laminillas también son guías del Más Allá. Una de ellas reza:

Hallarás, a la izquierda de la mansión de Hades, una fuente, y cerca de ella, erguido, un árbol ciprés. Allí, al bajar, las ánimas de los muertos se refrescan. ¡A esa fuente no te allegues de cerca ni un poco! Pero más adelante hallarás, de la laguna de Mnemosine, agua que fluye fresca. Y a su orilla hay unos guardianes. Ellos te preguntarán, con sagaz discernimiento, por qué investigas las tinieblas del Hades sombrío. «¿Quién eres? ¿De dónde eres?» Y tú les dirás absolutamente toda la verdad²⁵³.

Es probable que estos textos procedan del *Descenso a los infiernos*, atribuido a Orfeo, el gran narrador, poeta y músico de la Antigüedad, quien también era viajero, no sólo como tripulante de la nave *Argo* junto a Jasón,

sino al infierno, a donde bajó para recuperar a su esposa Eurídice, que murió por una picadura de serpiente el día de su boda. Pero Orfeo fracasó en su intento de traerla de vuelta a la vida, como también fracasó Gilgamesh. Los sumerios inventaron la escritura y, en tablillas de arcilla, con ideogramas cuneiformes, contaron la historia de ese héroe —dos tercios divino y un tercio humano—, inspirado en el rey de Uruk, un personaje histórico que fue transformado en un ser legendario por la imaginación popular. Se presume que vivió en el 2700 a.C, y que fue el constructor de las murallas de Uruk (hoy entre Bagdad y Basora), además de responsable de su desarrollo urbanístico.

La primera versión data del segundo milenio antes de Cristo, alrededor del 1400 a.C. El estado sumerio había desaparecido y los literatos mesopotámicos, para no perder aquel legado cultural, se dieron a la tarea de poner por escrito todas las tradiciones orales de su época. Fue así como crearon una versión estándar del *Poema o epopeya Gilgamesh*, en la que recogieron todas las ideas fundamentales de la leyenda y los datos históricos, al tiempo que dejaron de lado todo aquello que no coincidía con la imagen del héroe que querían presentar. Es decir, que no sólo recopilaron, tradujeron y ordenaron los elementos de las tablas sumerias, sino que construyeron una obra nueva, una creación literaria en toda regla, estructurada en once tablillas con nuevos elementos que afectaron el fondo y la forma del personaje real²⁵⁴. Cambiar la historia o añadir fragmentos era una práctica habitual en la época. Gilgamesh no fue la excepción. Y esa versión estandarizada del poema se encontró en las ruinas de la biblioteca de Asurbanipal, en Nínive —la más grande e importante de su época—, escrita en babilonio estándar, un dialecto del idioma acadio que sólo se usaba precisamente para fines literarios.

El poema de Gilgamesh no sólo es la primera narración de la historia que responde al esquema *introducción, nudo, desenlace*, sino el primer registro del arquetipo del héroe y del viaje, y contiene muchos de los elementos que se repetirán en toda narrativa posterior: un protagonista heroico con un compañero de viaje, seres con poderes sobrenaturales, la búsqueda de un objeto mágico y de derrotar la muerte, la visita al inframundo, pruebas con dioses y monstruos en el camino, castigos, recompensas y prodigios²⁵⁵. Gilgamesh es el primer relato escrito de ficción, pero también histórico:

En las brumas de la protohistoria, mitos y leyendas [como la de Gilgamesh] recogían la memoria de

hechos reales y de situaciones sociales que se interpretaban como signo y reflejo de los acontecimientos del mundo sobrenatural, íntimamente mezclado con el humano en los tiempos primordiales. Por eso no se pueden tomar las leyendas como fruto de ficción pura²⁵⁶.

Es un texto que habla de la búsqueda de gloria e inmortalidad —Gilgamesh no quiere morir como su compañero, y busca la fuente de la eterna juventud—, pero que al mismo tiempo retrata el viaje como vía de aprendizaje y formación; destaca la importancia del compañero de aventuras y del viajero como un hombre que se transforma, como ser superior, redentor, en permanente anhelo de recompensas exteriores e interiores. Y así como el *Libro de los muertos* tiene ecos en la Biblia, también Gilgamesh. El episodio del diluvio aparece antes en el poema mesopotámico que en el texto cristiano, con Utnapishtim y su esposa, a quienes el dios Enlil premia con la inmortalidad después de salvarse, en un arca, de las lluvias que cubren la tierra por la cólera de un ser superior. La Epopeya contiene asimismo instrucciones precisas para el viaje al Más Allá. La tablilla XII habla del descenso al inframundo:

Si bajas al Infierno, has de respetar mis instrucciones: no revistas ropa limpia, los espíritus de los muertos te reconocerían como extraño; con aceite de frasco fino no te unjas [...] no alces el garrote en el Infierno, los fantasmas se espantarían; no beses a tu esposa que amas ni golpees a tu esposa que detestas²⁵⁷.

Estos ejemplos revelan el carácter informativo que tienen los textos de viaje desde su origen. Todos, además de relatar aventuras con peligros y recompensas, se escinden entre lo demostrado —hechos históricos y acontecimientos reales— y lo que luego será añadido por la imaginación de los autores: la fantasía. En el caso de Gilgamesh, los literatos babilónicos sacrificaron la historicidad del personaje para ajustarlo al héroe que querían presentar. Y ésta será una constante que no ha cesado hasta hoy: hazañas reales combinadas con subjetividad e imaginación.

Pero como dice Alberto Manguel, la *Epopeya de Gilgamesh* y los relatos del antiguo Egipto son nuestra prehistoria. Homero y sus poemas son el comienzo de todas nuestras historias²⁵⁸. Es en Grecia y Roma donde tiene lugar la verdadera fundación del relato de viajes en nuestra cultura y, con él, la narración de la aventura, el exotismo, los naufragios, ataques de piratas y las gestas por amor.

Del mar Egeo a la Guerra de las Galias

Los antiguos griegos eran entusiastas de la libertad y el conocimiento. Eran grandes guerreros, pero también hedonistas y amantes de la belleza. El suyo era un espíritu caracterizado por la curiosidad y el deseo de exploración, y comprendían el mundo desde la filosofía y el viaje. Fue el tiempo del Mediterráneo y el de los grandes relatos de marineros y conquistadores: ellos gestaron la épica, la epopeya y escribieron las primeras geografías junto a los primeros relatos utópicos, momento de esplendor de grandes narradores, aedos y poetas.

Pero entonces viajar era difícil y estaba reservado a los pocos intrépidos que se arriesgaban a la aventura. Como cuenta Carlos García Gual, salir de Grecia era enfrentarse a lo desconocido, tratar con gentes bárbaras que no hablaban el mismo idioma y tenían costumbres peculiares; una lejanía que, según la creencia general, estaba poblada de criaturas bestiales, monstruos y maravillas. El itinerario debía trazarse sobre el terreno, a medida que el viaje progresaba en esos espacios incógnitos. Por eso a los antiguos griegos les encantaban los relatos de viaje, porque eran muy pocos los que podían conocer de primera mano esos lugares remotos. Era un género popular, sobre todo cuando narraban aventuras extremas en tierras desconocidas, y cuando aportaban noticias de gentes, países extraños, fauna exótica y flora pintoresca. «A través de esas noticias los griegos fueron imaginando y descubriendo el mundo»²⁵⁹.

Hubo relatos testimoniales, de quienes narraron sus periplos, hazañas e investigaciones, y otros que pertenecen al terreno de la literatura, la epopeya y la utopía. Pero estos últimos no eran sólo ficción sino «narración y exégesis de hechos reales», amalgama de datos con fantasía, según explica Jorge Ordóñez-Burgos:

La poesía griega tenía giros y alcances muy ricos. Por ejemplo, las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas, o las mismas obras homéricas eran consideradas en la Antigüedad y en el Medioevo guías serias en el renglón de historia y geografía de Asia y Europa. En la poesía se plasmaba el hambre de descubrimiento de los griegos. Sus pesquisas iniciaban en el medio silvestre hasta alcanzar la investigación sobre la esencia del Ser²⁶⁰.

Como los exploradores eran pocos, únicos testigos de la lejanía, sus

historias no se podían verificar. Distinguir entre lo verídico y lo fantaseado no era fácil, al menos para sus primeros receptores. Abundaban los mitos e ingredientes fabulosos, y sólo el tiempo y la aparición de nuevas noticias fue depurando la veracidad de los textos²⁶¹.

La *Odisea* es el punto de partida y ya no dejará de ser referente. Ulises, su protagonista, no es un personaje mitológico sino, como Gilgamesh, rey, héroe, un sabio que carga consigo, igual que el de Uruk, una leyenda. Él también ha ido al mundo de los muertos, tiene más habilidad y poder que los hombres corrientes, pero comparte su condición de mortal. A partir de su figura, que se remonta al siglo VIII a.C., toda historia será, en sí misma, una odisea. Viaje y escritura ya no dejarán de ir juntos. Con él, la épica se aleja del recuento de batallas y muertes heroicas y deriva hacia la narración de viajes y aventuras²⁶². Ulises es un narrador que cuenta su travesía y vuelve a casa más sabio. Desde entonces en Occidente, el relato de viaje se pondrá casi siempre en boca del protagonista, en primera persona como recurso de verosimilitud, escindido entre la ficción y la realidad. Porque Ulises es astuto, diestro en trucos, un hábil mentiroso, pero igualmente es un narrador de historia verdadera:

El lector de la *Odisea*, que puede seguir las andanzas del héroe más allá que el rey feacio, sabe que Odiseo no siempre es veraz [...] ¿cuándo cuenta la verdad y cuándo miente Odiseo? Cuando relata hechos tremendos, fabulosos, increíbles, Odiseo está diciendo la verdad. Cuando refiere sucesos verosímiles, como raptos de niños por piratas fenicios, por ejemplo, está fabricando una mentira. Lo más fantástico es auténtico y, en cambio, lo verosímil merece nuestras sospechas²⁶³.

«Lo real no es necesariamente lo verosímil», como decía Maupassant. Se ha intentado situar en escenarios reales el itinerario de Odiseo; se especula si Calipso moraba en la bahía de Nápoles o si el rey de Ítaca siguió un antiguo periplo fenicio. Pero lo cierto es que ni siquiera sabemos si su autor, Homero, existió.

Pero aquí no importa tanto la verdad o la mentira del relato como la verosimilitud que se funda con él. Es una narración que participa de ese carácter utilitario, de guía, que tiene la escritura de viaje desde el comienzo. La *Odisea* se estudió en Grecia durante siglos. La memorizaban los niños y se recitaba en festivales públicos, como «una especie de “Biblia” panhelénica, una “enciclopedia” del saber mítico y arcaico»²⁶⁴. También Alberto Manguel

explica que los poemas de Homero eran textos canónicos que ofrecían una visión cosmopolita de los dioses y los héroes; la referencia con la que se contrastaban verdades documentales:

Los historiadores argumentaban que las leyendas eran versiones, más o menos exactas, de hechos reales. Estrabón, por ejemplo, sostenía que la *Odisea* se había escrito con el fin de enseñar geografía: «Debemos disculpar a Homero por incluir elementos fantásticos en sus relatos, porque su finalidad era informar e instruir». Por otra parte, los filósofos afirmaban que las leyendas eran alegorías que ocultaban una especie de clave poética. Los estoicos, en particular, utilizaron a Homero para ilustrar y dar validez a su discurso [...] Para unos y otros Homero era la referencia inevitable [... Y] las numerosas escuelas de arqueólogos, siguiendo a los primitivos historiadores griegos, creyeron que las historias eran ciertas y que Homero había descrito acontecimientos y escenarios con precisión iluminadora²⁶⁵.

El viaje de Homero es información no sólo porque fuera objeto de estudio en las escuelas sino porque configura nuestra cosmovisión de la Grecia de entonces, aunque contenga visos fantásticos.

Como Ulises, en Grecia y luego en Roma habrá muchos narradores viajeros, unos con fines científicos, otros que poblaron sus relatos con seres y hechos maravillosos. Entre ellos Apolonio de Rodas, quien narró las aventuras de Jasón y sus 53 compañeros en la nave *Argo* para buscar el vellocino de oro, un texto influenciado por Homero en el que reaparecen personajes como Alcínoo, Circe y los feacios. Investigadores han conseguido trazar la ruta de la nave, lo que indica que se basa en información geográfica verídica.

A esta época debemos también la aparición de la utopía. Platón fue el primero en recrear la historia de una sociedad ideal. El filósofo ubicó la Atlántida más allá de las Columnas de Hércules, una supuesta civilización que desapareció en el fondo del mar tras un terremoto y una gran inundación. Yambulo, comerciante de la Antigua Grecia, es asimismo padre de los relatos utópicos. Su historia narra una estancia de siete años en la Isla del Sol, un paraíso de clima perfecto, árboles frutales, animales exóticos y nativos hermosos y fuertes, dotados, entre otras particularidades, de lenguas bífidas con las que podían hablar con dos personas al mismo tiempo e imitar el canto de los pájaros. Algunos han identificado la isla con Sri Lanka, Sumatra o Bali²⁶⁶, pero lo cierto es que el texto no se conserva y se conoce por alusiones en autores como Diódoro. También es el origen de la novela de viajes, en la

línea de *Cyrano de Bergerac*, *Robinson Crusoe* y *Jonathan Swift*, aunque su historia, además de fábula, estuviera cargada de información real y hechos históricos.

Luciano de Samósata es otro autor de la amplia biblioteca de viajes de entonces. Su obra *Relatos verídicos* (siglo II d.C.) fue una de las primeras en criticar abiertamente a los viajeros por su tendencia a contar mentiras. Luciano fue caminante, profesor y orador; escuchaba historias que luego adobaba con su imaginación. Se burló de Ctesias de Cnido, que fabuló sobre la India; de Yambulo, por escribir fantasías sobre el océano; de Ulises, por inventar «numerosos prodigios ante los bobos de los feacios», e incluso parodió el motivo del viaje al Más Allá. No les reprochaba las mentiras que encontraba al leerlos, sino que se sorprendía de que pensarán que sus ficciones iban a pasar inadvertidas. Por eso él mentía sin remordimiento. Escribió, por ejemplo, que había llegado en barco a la luna y que había sido testigo de una guerra del emperador del sol. Anotó en sus primeras líneas: «en una sola cosa seré veraz: en decir que miento»²⁶⁷.

Él mismo aseguró que su objetivo era entretener. Pero, al criticar y desmentir a sus colegas, es posible que también tuviera una intención moralizante. Como explica García Gual, sus ficciones encierran una preocupación constante por encontrar la verdad, tanto en las costumbres y hábitos sociales como en los modos de escribir la historia: «Poco inventa Luciano», asegura el helenista: «es alguien que ve la literatura como instrumento didáctico y ocupación seria; una de las primeras defensas de la literatura de ficción»²⁶⁸.

Luciano también es autor de *Lucio o el asno*, una metamorfosis que luego retomó Apuleyo en el *Asno de Oro* (siglo II d.C.), un relato en el que se cuentan los incidentes de un viajero convertido en burro y cuyo recorrido es un peregrinar hasta que recupera su aspecto humano. Y aunque parece un viaje fantástico, la obra incluye momentos biográficos del escritor. Así, el viaje tiene un fondo real: los periplos de Apuleyo durante su formación, por lo que es posible que haya más datos reales que ficticios²⁶⁹. El autor también estaba influido por Séneca y los estoicos, que concebían el viaje como metáfora de la vida, por eso su obra se reconoce como antepasado de la picaresca.

La *Eneida*, basada en los arquetipos de la *Odisea*, es otro viaje lleno de

paralelismos con el de Ulises: Eneas huye de Troya, ya destruida, recibe ayuda de dioses y reyes hospitalarios, recorre tierras míticas, viaja al infierno y finalmente, en lugar de regresar a casa, funda Roma. Virgilio la escribió por indicación de Augusto, para glorificar el comienzo del Imperio, y por eso está en el origen de los relatos fundacionales, los que glorifican el nacimiento de la patria.

A pesar de su ficción, estos textos contienen altas dosis de realidad. Fundan, para la literatura occidental, la construcción verosímil del relato. Como explica Francisco Gómez Espelosín, contar un viaje se convirtió en coartada narrativa perfecta, que otorgaba actualidad y credibilidad a las ficciones y utopías, al ubicarlas en lugares remotos, pero dentro de esquemas geográficos conocidos. Los griegos, y luego los romanos, localizaron los mitos que hasta entonces se habían desarrollado en escenarios indefinidos o abstractos, como el océano o los puntos cardinales. A partir de entonces, ningún relato de viaje se libró de la «literaturización», el embellecimiento y la mentira²⁷⁰.

Eso no significa que no hayan tenido el deseo de informar, moralizar o proponer nuevos modelos de sociedades. De hecho, son tan abundantes las ficciones como los relatos testimoniales. Hannón, por ejemplo, fue un explorador cartaginés que vivió cerca del siglo VI a.C. El breve informe que redactó de su periplo por la costa africana fue grabado en una tablilla que colocó en el templo de Baal a su regreso. Su obra se conoce como el *Periplo de Hannón*, donde el viajero cuenta que zarpó de Cartago con sesenta barcos y 30.000 personas para establecer colonias con fines comerciales. Una especie de «Vasco Da Gama *avant la lettre*»²⁷¹. El *Periplo del Mar Eritreo*, el *Periplo del Pseudo Escilax* y el *Periplo del Ponto Euxino*, también de esta época, cuentan noticias sueltas, puntuales y diversas: nombres de pueblos costeros, indicaciones geográficas, puertos, ríos y notas sobre sus pobladores.

Herederero de esos reportes, Hecateo de Mileto es el autor del primer tratado geográfico conocido, escrito hacia el año 520 a.C. Titulado *Períodos o Viaje alrededor del mundo*, es un texto del que sólo se conservan muy pequeños fragmentos —casi trescientos—, pero su contenido se conoce porque Heródoto y Diódoro lo citaron en sus páginas. La obra contenía una versión muy primitiva del mapa de la tierra, y es una enumeración de ciudades

o pueblos de la ribera del Mediterráneo que él mismo había visitado, narrados al modo de la geografía descriptiva, una especie de periodismo de viajes fundacional donde se traían noticias de lo visto durante una expedición. «Esto dice Hecateo de Mileto: Escribo lo que considero verdad; las historias de los griegos me parecen ridículas». Así comienza una de sus obras, lo que da cuenta de su afán de distinguir mitología de historia.

Ese deseo de información surgió, según explica Carlos Schrader, en la región de Jonia en la época arcaica, en lo que se llamó la *Segunda colonización*, un periodo en el que los griegos empezaron a ponerse en contacto con otros pueblos. Se asentaron en territorios conquistados, abandonaron las tierras de sus antepasados y por eso necesitaron, en esos nuevos escenarios, reafirmarse, reconstruir su historia y afianzar sus tradiciones. Esto dio origen a las *genealogías*, en las que las familias aristocráticas emparentaban a sus miembros con héroes famosos, y a los *relatos fundacionales*, que constituían la «historia patria» de las nuevas ciudades.

Pero un nuevo afán explorador nació con la *Tercera colonización*, entre los siglos VIII y VI a.C., esta vez con fines más prácticos: mientras iban entrando en contacto con regiones más alejadas, los griegos necesitaron informarse mejor de las peculiaridades de cada terreno, sus puertos, accidentes geográficos y distancias, de la flora, fauna, recursos naturales y habitantes. Así surgieron los logógrafos —historiadores y cronistas anteriores a Heródoto, entre ellos Hecateo, Cadmo y Dionisio—. Ellos fueron los primeros en escribir en prosa las genealogías y los relatos de fundación de las ciudades, así como los textos de carácter geográfico y de etnografía: los *periplos* y los *logoi o descripciones de la tierra* eran manuales que, además de detallar lugares, se detenían en las costumbres y aspectos destacables que iban encontrando²⁷². Fueron obras que surgieron para cubrir una necesidad: si bien Anaximandro y Hecateo habían esbozado los mapas de la tierra conocida hasta entonces, los marineros necesitaban textos cada vez más detallados para orientarse. Y estos periplos se fueron sofisticando, cada vez con más historias que acompañaran las observaciones, distancias, cabos, corrientes, vientos, peligros y sitios de aprovisionamiento.

Sobre el océano, de Píteas, es uno de ellos. El texto no ha llegado hasta

nosotros y sólo se conoce por alusiones de otros autores. Píteas nació en Masalia (actual Marsella) y se supone que partió a finales del siglo IV a.C. hacia los mares y tierras del norte de Europa. Su obra es un *Periplo*, y se presume que circunvaló la península ibérica, llegó a Gran Bretaña, navegó las costas septentrionales del mar Báltico y llegó hasta Thule, una región que podría ser Islandia o Noruega. Todas esas zonas eran desconocidas por los griegos. Pudo haber sido incluso el primer explorador del Polo Norte, pero personajes como Polibio y Estrabón se empeñaron en desacreditar su relato y lo calificaron de «falacias sin fundamento»²⁷³.

Escílax de Carianda es «el primer autor griego que concibió la India como una tierra de maravillas»²⁷⁴, un territorio que todavía ejerce fascinación. Hecateo y Heródoto mencionaron su viaje, y contaban que había sido enviado por Darío al Indo porque era uno de los exploradores del que tenía más garantías de que decía la verdad. A este periplo se remontan los seres fabulosos que han poblado desde entonces los relatos sobre la India, «esos monstruos que volvemos a encontrar en otros autores, como el Pseudo Calístenes y los bestiarios medievales: los pigmeos, esciápodos (hombres de un solo pie), macrocéfalos (de cabeza gigante) y trogloditas»²⁷⁵. Ctesias de Cnido fabuló también sobre ese país. Nacido en Circa entre el 450-398 a.C., fue médico del Rey Artajerjes II en Persia, y escribió *Indiká*, la obra que lo hizo famoso, pero se le tenía por fabulador y poco digno de crédito. Parece que no viajó hasta allí, sino que recogió historias curiosas de esos territorios en la corte persa, donde vivió diecisiete años al servicio del monarca²⁷⁶. Un relato hecho de oídas e imaginación.

Pero el principal heredero de todos estos narradores testimoniales es Heródoto. Se le ha llamado padre de casi todas las ciencias relacionadas con el viaje: la historia, la antropología, la etnografía, el periodismo, la crónica y el reportaje. Fue un viajero griego de carne y hueso —no hecho de letras y mito, como Gilgamesh o Ulises— y su fama se mantiene, entre otras razones, porque su texto no se extravió, a pesar de que han pasado veintiséis siglos. Nació en Halicarnaso alrededor del año 480 a.C., un momento estelar en la cultura universal: murió Buda, nació Confucio y, cincuenta años más tarde, apareció Platón. Fue el tiempo de las expediciones y la navegación; de Sócrates, Pericles y Sófocles, de quien fue amigo. Fue el cronista de su época:

viajó por Egipto, Fenicia, Mesopotamia (Babilonia), Persia, la región de la actual Ucrania, la zona del Mar Negro y toda la Magna Grecia, Sicilia y el Mediterráneo occidental. Visitó la mayoría de las islas y regiones del mar Egeo y Asia Menor, es decir, todo el mundo conocido de la época. Y esos viajes dieron lugar a su *Historia*, la primera obra en prosa que se ha conservado íntegra hasta nuestros días. Esos nueve volúmenes comienzan diciendo:

Esta es la exposición del resultado de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso, para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros —y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento— queden sin realce²⁷⁷.

Heródoto piensa a escala planetaria, explica Ryszard Kapuściński: quiere escribir la historia de la humanidad, y por eso dedica toda su vida a buscar respuestas: «¿Por qué los hombres no paran de enzarzarse en guerras? ¿Qué causas aducen? ¿Qué pretenden al desencadenarlas? ¿Qué razones los guían? ¿Qué piensan? ¿Qué objetivo persiguen? Preguntas y más preguntas, ¡una retahíla interminable!»²⁷⁸. El griego sale de viaje con esos interrogantes, como un periodista. En su método, en sus inquisiciones, está la clave de su obra. No es un turista, sino alguien que se desplaza trabajando.

Su *Historia* está llena de hechos reales; sin embargo, también cuenta de oídas, alude a historias de segunda mano, reproduce leyendas y cae en la tentación de narrar lo monstruoso y pintoresco, incluso cuentos sin confirmar. «Heródoto conoció personalmente las tierras mediterráneas, entrevistó a otros viajeros, verificó las fuentes, relató anécdotas, incluso mitos, y escribió al final un libro que es un viaje-novela-historia»²⁷⁹. Por eso es el precursor de la literatura de viajes. Y aunque antes hubo otros que narraron sus expediciones (los logógrafos o los viajeros egipcios), él se basó en una experiencia movida por su naturaleza curiosa, no en desplazamientos por necesidad, y cada cosa que contaba no era tanto práctica como pensada para informar y seducir al auditorio.

Porque Heródoto, más que escritor, era orador: componía sus líneas para ser escuchadas, y en el año 456 a.C., con veintiocho años, leía en público, en los Juegos Olímpicos, las últimas noticias de sus viajes. Es posible que así se ganara la vida y se costeara las siguientes travesías: contando sobre la lejanía

de ciudad en ciudad. Para él era muy importante llamar la atención y suscitar curiosidad, y por eso en sus relatos abundan narraciones para seducir y conmover. De hecho, su *Historia* comienza contando raptos famosos de mujeres, una especie de autor plegándose a las reglas del mercado: «para venderla, la historia tiene que ser interesante, debe contener algo picante, algo que cause sensación, un suspense. Y relatos en torno a raptos de mujeres cumplen estas condiciones a la perfección»²⁸⁰. Adaptarse a las reglas del mercado perdura hasta hoy.

El griego exageró, incluyó leyendas y, como Truman Capote muchos siglos más tarde, quiso reproducir los sentimientos de los protagonistas. A propósito de Jerjes, dijo: «Entonces tuvo el rey gran miedo»²⁸¹. Heródoto no podía saber si el rey persa estaba atemorizado, como tampoco estaba Capote en el sótano de los Clutter para asegurar si el padre sentía rabia, dolor o angustia al enfrentarse al asesino de su familia. Ambos se las ingenian para dar verosimilitud y plasticidad a sus escenas, de la forma más vívida posible — por esta razón, *Historia* se sitúa también en el origen de la novela—. Es verdad que intercaló datos de color con algunas leyendas, pero lo cierto es que casi siempre se abstuvo de hacer comentarios y se limitó a dar la información que consideraba necesaria:

Heródoto no se contenta con lo que alguien le ha dicho, sino que procura comprobarlo todo, contrastar las versiones oídas, formarse una opinión propia [...] Viaja para comprobar: «Allá en Menfis oí de labios de los sacerdotes de Hefestos lo que acabo de contar... pero, no satisfecho con ello, hice mis viajes a Tebas y a Heliópolis con la mira de informarme [...] Informándome cuan detenidamente fue posible, he aquí lo que averigüé como testigo ocular hasta la ciudad de Elefantina»²⁸².

Su trabajo está más cerca del periodismo que de la historiografía. Su texto comienza con relatos míticos, pero no hay que olvidar que todavía para los griegos el mito era parte de la realidad y su historia residía en la épica, las gestas de sus héroes legendarios. Sin embargo, a partir de Heródoto, la comunicación de lo real empezó, poco a poco, a ocupar el lugar de aquellas narraciones fantásticas. Él es el puente entre los viajes míticos y los históricos. De nuevo, convive la narración verídica con lo fantástico. Y la dicotomía entre lo real-maravilloso y lo maravilloso-real es, desde entonces, el denominador de la crónica viajera en todas sus manifestaciones.

Incluso lo pintoresco que incluye en su texto está justificado. Como explica

Edmundo O’Gorman, la palabra *Historia*, a la que hace referencia su título, aludía no a lo probado sino a lo aparente —por eso Tucídides, su sucesor, preocupado por transmitir sólo lo real, la descartó para su obra²⁸³—. Es historia porque, en griego, el término tiene que ver con «información» y «averiguación», con el «resultado de una investigación»²⁸⁴, pero hoy lo llamaríamos periodismo porque el objetivo era relatar hechos a sus contemporáneos: «que más tarde estos relatos fueran utilizados por la historia u otras ciencias no determina que cuando se escribieron fueran textos históricos. Todavía en aquel tiempo no lo eran»²⁸⁵. Según el autor de *Viajes con Heródoto*, quizá «inquisiciones» o «investigaciones» hubieran sido términos más adecuados para su título, para plasmar la intención del autor:

De lo contrario, se había encerrado en archivos a fin de escribir una obra académica —como hicieran luego los científicos—, pero él se había propuesto descubrir, conocer y describir la historia *in statu nascendi*, cómo los hombres la creaban día a día y a qué se debía que a menudo tomase el rumbo contrario al que ellos deseaban [...] Siempre empezaba por un viaje. ¿Y no hacen lo mismo todos los reporteros? ¿Acaso ponernos en camino no es lo primero que nos viene a la mente? El camino es la fuente, el tesoro, la riqueza. Sólo de viaje el reportero se siente él mismo, a sus anchas [...] emprende nuevas expediciones por su curiosidad por el mundo, el deseo de estar *allí*, ver todo *aquello* a cualquier precio y vivirlo en carne propia²⁸⁶.

En una época en la que todavía no existía la noción de capítulo ni libro, en la que los textos se consignaban en rollos de papiro y muchos eran escritos para ser escuchados, el mundo, el viaje y la historia empezaron a contarse como crónica, pero también como media verdad. Así se fundó también la narración cronológica no lineal, en la que el viajero va intercalando a su aventura las historias de otros personajes que se encuentra y comparte con él una parte de la ruta.

Heródoto tuvo varios sucesores. Tucídides fue el primero, apenas veinte años menor (460 a.C.) y antítesis de su forma de escribir y concebir la historia: propuso que en la narración de hechos reales todo debía corresponder a la verdad, aunque su método fue especulativo y no empírico como el de Heródoto. Para él lo importante no era registrar los hechos en orden cronológico, sino formular hipótesis sobre lo sucedido a partir de la interpretación. Se preciaba de que su técnica era diferente a la de los poetas —«que siempre adornan y exageran»— y a la de los logógrafos, que «escriben más para divertir y agradar que para decir la verdad». Más que divertir o

halagar a sus contemporáneos, pretendía escribir verdades para la posteridad. Tucídides comenzó a escribir *La guerra del Peloponeso* cuando se iniciaron las hostilidades, como si fuera un reportero cubriendo la guerra mundial. Pero su trabajo no se limitaba a reportar los acontecimientos, sino que los explicaba a la luz del devenir histórico de Grecia, de su pasado y posibles implicaciones. Esto es lo que hace de él un precursor de la Historia como género.

Heródoto fue cronista. Tucídides, historiador. Y el reportero fue Jenofonte: viajero, aventurero, militar, hoy se incluye su *Anábasis* entre los grandes reportajes de la historia²⁸⁷. Nació cuando Heródoto tenía cincuenta años, alrededor del 530 a.C. Y tras una vida extraordinaria, relató la expedición de los llamados «diez mil griegos» que, al servicio de Ciro el Joven, intentaron derrocar al rey Artajerjes. Venía de una familia acomodada de Atenas, por lo que recibió una educación señorial. Admirador y amigo de Sócrates —no su discípulo—, no fue filósofo porque no tenía talla de pensador sino una inclinación innegable a la guerra y la aventura²⁸⁸.

Fue un viajero-guerrero-informador: cuenta Montes de Oca que cuando decidió enrolarse en el ejército de Ciro, Sócrates se lo reprochó, pero como sabía que no podía frenar los impulsos de un joven ávido de viajes, le dejó partir. En aquella expedición no fue «ni general, ni oficial, ni soldado», sino que iba «como curioso, con el propósito de narrar sus vicisitudes, a la manera de un corresponsal de guerra». Luego, tras la muerte de Ciro y el asesinato de todos sus estrategas, los griegos le eligieron entre sus generales. Esto fue lo que contó en la *Anábasis*, pero no se limitó al recuento de las batallas. Fue un hombre de letras, al tiempo que un hombre de acción²⁸⁹.

En *La retirada de los diez mil*, como también se conoce la obra, hay exotismo, color local, detalles sobre paisajes, flora, fauna y las costumbres extrañas de los pueblos que la expedición encuentra a su paso. El escritor relata el periplo de los soldados por la estepa hasta la antigua Persia, cómo cruzaron el Éufrates mojándose hasta la cintura, sus técnicas de supervivencia vendándose los ojos con un trapo negro para evitar ser cegados por la nieve o yendo descalzos por las noches para que las sandalias no se les quedaran congeladas y así no morir amputados porque las correas se les pegaban a los pies²⁹⁰. También describe frutos que los griegos desconocían —como los

dátiles— y bebidas extrañas para ellos como la cerveza espesa. Como un reportero de guerra, cuenta las vivencias desde una perspectiva personal para darle vida al relato y procura mantener, todo el tiempo, el interés del lector. Por eso está más cerca de Heródoto que de Tucídides: «Es parcial, falsea hechos, muchas veces no distingue entre lo secundario y lo esencial. Cree en los sueños, los prodigios y la intervención de los dioses en los asuntos humanos. Suele moralizar y le deleita referir anécdotas»²⁹¹. Es cronista más que historiador.

Pero sabemos que escribió su libro también para reivindicar su papel en la historia, puesto que algunos miembros de la expedición habían narrado la campaña militar sin tener en cuenta sus méritos. Quizá fue por esto, para disimular la apología que hacía de sí mismo, que la publicó primero con seudónimo y escrita en tercera persona (siendo posiblemente el primer narrador en utilizar este recurso de verosimilitud en la historia de la prosa). Pero aun haciendo apología de sí mismo —se representó como el único de los generales griegos que reunía todas las cualidades que un jefe debía tener: energía, capacidad de mando, rapidez de reflejos, bondad, justicia, piedad, compañerismo y buen carácter²⁹²—, la *Anábasis* quería informar y ser didáctica. Como explica Carlos Variás, «Jenofonte intenta ofrecer un modelo ético de conducta, a la par que un modelo social. Solamente tergiversa los hechos en las referencias que aluden a sí mismo, con vistas a defender y engrandecer su actuación, pero en todo lo demás recoge fielmente lo sucedido durante el itinerario de «los Diez Mil». En lo esencial, y también en el detalle»²⁹³. En última instancia, la *Anábasis* son «las nostalgias de un hombre de acción»²⁹⁴, de sus hazañas, pero también de su peripecia vital, que concluyó en el exilio, lejos de Atenas, y fue en ese destierro donde escribió su testimonio.

Alejandro Magno vendrá un siglo después. Con él, una época de conquistas que abrió horizontes nuevos y desconocidos para los griegos, una expansión sólo comparable con la del descubrimiento de América²⁹⁵. El mundo conocido se hizo más amplio, con regiones de las que, hasta entonces, sólo se tenían noticias vagas y poco fiables. Alejandro no sólo fue un gran militar sino un apasionado de la ciencia y el saber. Educado por Aristóteles, llevó en sus expediciones cronistas y geógrafos, ingenieros, arquitectos, botánicos y

steppers —hombres que contaban los pasos mientras viajaban para poder juzgar la distancia de sus recorridos²⁹⁶—, y otros entrenados en distintas disciplinas capaces de recoger todo aquello que fuera útil para el avance del conocimiento. Las noticias de esas campañas se redactaban en versiones oficiales o en relatos compuestos *a posteriori*: obras tan diversas como tratados zoológicos y botánicos, las historias escritas por Ptolomeo, Aristóbulo o Nearco, y las de corte más mitológico, recuentos de maravillas que otros utilizaron luego como fuente de información²⁹⁷.

En aquel tiempo estaban de moda los relatos de los confines de la tierra. Los autores se inspiraban en su experiencia, pero también en los textos de sus predecesores, a su vez cargados de imaginación. Ya entonces se reafirmaban y se desmentían entre sí: cada uno aseguraba que la suya era la versión más verdadera. Como Nearco, uno de los oficiales de Alejandro, que navegó desde el Indo hasta el golfo pérsico al mando de la flota del macedonio. Él, como otros autores, sabía que sólo un conjunto de descripciones de carácter estrictamente geográfico o etnográfico carecían de interés para un público amplio. Consciente de esta limitación, reelaboró un texto literario, en el que adornó la monotonía de las largas y tediosas jornadas en el mar con aventuras que seguían los viejos modelos del género: con ninfas, bestias atacando y grandes hazañas²⁹⁸. Sin embargo, en el texto quedaron indicios del itinerario real, de un gran conocedor del mar y la navegación. Hablaba del curso de los vientos, de los intérpretes a bordo, de los puertos de partida y aprovisionamiento. Nearco era consciente de su situación privilegiada como espectador de los confines del mundo, por lo que siguió la tradición de describir el *modus vivendi* de pueblos exóticos en comparación con los usos y costumbres griegos, mencionó fenómenos naturales y, cómo no, su encuentro con seres monstruosos que a veces no eran más que ballenas^{299 300}.

Los autores estaban empeñados en seducir al gran público. Y en esa línea escribió también Calístenes de Olinto, el jefe de los cronistas oficiales de Alejandro, el hombre que recomendó Aristóteles para la tarea de relatar la campaña del macedonio contra los persas, y a quien le debemos todas las leyendas en torno al conquistador: fue el primero en decir que Alejandro era hijo de Zeus. Su misión fue similar a la de los gabinetes de prensa modernos³⁰¹: además de relatar las hazañas del gobernante, sus escritos eran

una forma de propaganda política. Por eso su obra está llena de verdad y ficción, y bajo la apariencia de la biografía del gran conquistador macedonio lo que hay es un relato de un héroe casi mítico, protagonista de grandes gestas y rodeado de seres pintorescos: hombres peludos, hombres palo, sin cabeza, de pies invertidos y fieras tremendas como el odontotirano (un rinoceronte descomunal), serpientes voladoras, hormigas gigantes y árboles parlantes. Según él, Alejandro bajó al fondo del mar en una bola de cristal y subió a los cielos en un carro tirado por grifos³⁰².

La paradoxografía hace parte de esta tradición de textos testimoniales o científicos acompañados de imaginación y fantasía. Fue un género que se desarrolló en Grecia tras las conquistas de Alejandro, y consistía en listas de noticias curiosas en las que se anotaba todo lo que a los griegos les merecía el calificativo de «asombroso» o «fuera de lo común». Se practicó hasta finales del siglo III a.C.; una literatura centrada en recoger *mirabilias* (curiosidades fantásticas o monstruosas, milagros o prodigios) y a cuyo margen se escribían pequeños relatos y razonamientos científicos. Los últimos avances de la ciencia y los datos más novedosos llegaban al público no especializado a través de estos catálogos³⁰³ —un antepasado del realismo mágico—. Y ese contenido se recogía viajando. Por eso la paradoxografía es otro precedente de la literatura de viajes: con ella los griegos accedieron a las maravillas de países remotos y a las costumbres y forma de vida de sus pobladores³⁰⁴. Fue un género que nació con carácter de investigación y ciencia, para comprender mejor la naturaleza y sus fenómenos, pero también eran textos cercanos al entretenimiento, pues el público, ávido de estas noticias pintorescas, los consumía para satisfacer su curiosidad, también porque estaban lejos del lenguaje complejo de la ciencia y los tratados de historia. Además, se deleitaban con los detalles fantásticos que les recordaban los mitos antiguos.

Pausanias fue otro griego viajero, geógrafo e historiador. Recorrió los países de la costa mediterránea, navegó el Nilo y visitó el mar Muerto antes de escribir su *Descripción de Grecia*, una obra del siglo II d.C. en la que además de recoger información de libros anteriores, usó sus propios recorridos y las entrevistas que le hizo a personas que habían visitado lugares que él no había visto. Pausanias tuvo una amplia credibilidad por la exactitud de sus descripciones de monumentos y paisajes. Evitó historias que no le

parecían dignas de crédito, pero tampoco dejó de incluir leyendas e historias pintorescas para hacer de su obra algo más que un simple itinerario. Dos elementos componen su texto: los *logoi* —la historia, las reflexiones, los mitos— y los *theorémata* —todo lo que se puede ver, los lugares que describe—. De los primeros es sólo transmisor —depende de las fuentes orales y escritas— y de los segundos, testigo. Es preciso, pero no es un historiador. Los relatos están inspirados por los lugares y los monumentos. Es un «cronista» que emplea distintas disciplinas para construir su obra y recurre a supersticiones y fenómenos maravillosos, del mismo modo que lo ha hecho siempre el relato de viaje³⁰⁵. Su texto fue utilizado por los viajeros de la época para orientarse y conocer los lugares que visitaban, y participó del género de la *Periégesis* o periplos, antecesores del periodismo de viajes. Estas guías se multiplicaron en Roma. Las *Estaciones de Partía*, por ejemplo, escrito por Isidoro de Cárax, describía el recorrido de las caravanas desde Siria hasta la India.

Hay, entonces, tres tipos de textos: *geografías*, como las de Hecateo; *las guías, itinerarios y periplos* como el de Nearco, y un tercer grupo de *textos «científicos»*, en los que los hombres de ciencia consignaban el resultado de las investigaciones, muchas de ellas producto de sus viajes. Entre ellos, Eratóstenes y Ptolomeo, autores de geografías sólo superadas por Newton en el siglo XVII; Hiparco, astrónomo e inventor de la geometría, y Polibio, autor de la *Historia general*: pasó siete años en África, donde fue testigo de la tercera Guerra Púnica y también recorrió parte de la península ibérica. Estrabón pertenece a este grupo de geógrafos e historiadores. Gran viajero, pasó varios años en Roma y afirmaba haber ido «desde Armenia en Oriente a Cerdeña en Occidente, y desde el Ponto Euxino (mar Negro) al Norte, hasta las fronteras de Etiopía al Sur»³⁰⁶. Los diecisiete tomos de su *Geografía*, escrita en el siglo I d.C., han llegado completos hasta nosotros, una obra en la que estudia la naturaleza no sólo como científico sino como filósofo y literato. En ella afirmaba: «los héroes más sabios son aquellos que visitaron muchos lugares y vagaron por el mundo»³⁰⁷, pero decía también que «todo hombre que cuenta sus viajes es un mentiroso»^{308 309}.

Este periodo, que empieza con Ulises en el Mediterráneo, termina con Julio César en *La Guerra de las Galias*. Guerrero, político, aristócrata y literato, incluso autor de un poema titulado *El viaje* que se ha perdido, fue un hombre

adelantado a su tiempo. Vivió en una Roma en la que viajar no estaba tan extendido como en Grecia y, más que de exploración, el suyo fue un tiempo de conquistas y comercio. Los viajes eran campañas militares o de intercambio de mercancías, expediciones en búsqueda de recursos y alianzas. En Roma vivían campesinos y soldados, y ser marinero era un rango inferior. En ese contexto, César fue un hombre moderno. Se le suele atribuir la invención del periódico y del diario de sesiones, al crear las *Acta diurni populi romani*, una lámina de bronce que, por orden suya, se publicaba todos los días en distintos lugares cercanos al Foro. Al comienzo, contenía información legal y edictos, pero luego incluyó noticias de sociedad como bodas, nacimientos, muertes, sucesos y rumores de interés general. Como gobernante, era consciente de la importancia de influir en la opinión pública a través de la información, e incluso llegó a inventar algo parecido a una «rueda de prensa»³¹⁰.

En su relato de *La Guerra de las Galias*, su objetivo no fue tanto informar sobre las nuevas tierras como contar su gesta bélica y justificarla. Un texto propagandístico en el que se refería a sí mismo en tercera persona para engrandecer su figura —como Jenofonte—, y que enviaba por entregas a Roma para influir en el pueblo y sus copartidarios, para abonar el terrero de su carrera política, en la que terminó siendo ídolo de multitudes. Su prosa fue tan hábil que sedujo a los más intransigentes, por su «absoluta veracidad, una calculadísima objetividad y una tajante sencillez», tanto que no parecía escrita por él sino por alguno de sus subalternos, con un estilo sencillo, sin formas rebuscadas ni adornos, estilo que luego le alabó Cicerón³¹¹.

Es así como en Grecia y Roma se fundaron el reporterismo, la historia y la geografía. El relato de viaje se situó en el origen de la narración informativa y con él se esbozaron las características de lo que será la novela, el periodismo y otras disciplinas interpretativas como la antropología. Y es significativo que sean textos de viaje, tanto fabulosos como testimoniales, los que aporten, desde esos primeros tiempos, el color, la mezcla de leyendas populares con opinión, la ubicación de las historias en territorios desconocidos y el uso de la primera persona, como Ulises, pero también de la tercera, como Jenofonte y Julio César, como recursos de verosimilitud.

A partir de entonces, el viaje será una metodología para la indagación y conocimiento del mundo, pero también metáfora de la existencia humana y

empresa moral. La narración épica será propaganda, y la intertextualidad y la descripción recursos indispensables para el viajero. Los testimonios fundan la crónica como género informativo-literario, instauran los métodos que luego serán los del reportero y, con ellos, los narradores comenzarán a preocuparse por seducir al público, lo que hoy sigue siendo parte innegable del mercado editorial. Yambulo, Platón y Apuleyo fundarán la utopía y la picaresca, y obras como las de Calístenes y Nearco, al mezclar verdad con fantasía, serán las primeras narraciones noveladas de la realidad. Se inaugura la novela de la experiencia. La tierra comienza a ampliar sus fronteras y esos nuevos horizontes, aunque remotos e inaccesibles para la mayoría, empiezan a formar parte del imaginario común, «territorios por donde los héroes y los viajeros deambulaban con plenas garantías de credibilidad»³¹². Las noticias del mundo empiezan a traerlas los viajeros. Desde entonces, no han dejado de hacerlo.

La Edad Media: peregrinos, mercaderes y embajadas

Roma ha caído. Grecia no es lo que era. El centro del mundo se traslada a Constantinopla y el Imperio bizantino gobierna el mundo desde finales del siglo IV. Es el tiempo de las invasiones bárbaras y los primeros choques de civilizaciones, de los navegantes del Norte y los señores del feudalismo; Europa ha entrado en un letargo y Oriente y Occidente se han desconectado, un vínculo que tardará mucho en ser restaurado. Constantino ha dado libertad de culto a los cristianos; hay misiones y embajadas, pero también guerras santas y, con ellas, caballeros cruzados que empiezan a fabricar su leyenda. Los comerciantes se lanzan al intercambio en nuevas tierras; los árabes, a la conquista del mundo. El mar está poblado de aventureros y vikingos que surcan ya no el Mediterráneo —hasta entonces el territorio de los relatos—, sino los mares del Norte. Mientras tanto, geógrafos y caminantes de todas las civilizaciones recorren a pie miles de kilómetros hacia el Este y el Oeste.

En ese escenario, muchos escriben sobre sus desplazamientos. El comercio, la evangelización, las campañas militares y la peregrinación son los principales motivos del viaje en la época. Viajan los reyes, cancilleres y mensajeros. Hay cortes itinerantes, juglares, caballeros andantes, sabios, vagabundos e incluso herejes, mendigos, truhanes y ladrones que recorren los caminos³¹³.

Son tan distintos los personajes que se desplazan que los registros del viaje en la Edad Media son muy diversos: las guías para mercaderes y peregrinos —llenas de datos útiles e información, como los *periplos* griegos— conviven con los relatos de los peregrinos a Tierra Santa, a Santiago y a Roma, que eran crónicas de color sobre las experiencias del camino. Hay relatos de cruzadas y conquistas —una mezcla entre recuento histórico y narración—, relaciones de embajadores y misioneros, obras biográficas, testimoniales y también travesías inventadas, que aportaban algunos datos reales, pero recreaban itinerarios de viajeros ficticios.

Casi todos fabulan a partir de la experiencia viajera, pero como explica Sofía Carrizo, esa carga ficcional no era voluntaria sino, más bien, una

exigencia de la realidad. Los autores no querían mentir, pero el material que manejaban, la realidad misma, los desbordaba. Querían aportar todos los datos posibles sobre la lejanía, pero terminaban por mezclar crónica con imaginación³¹⁴. Porque más que inventar bestiarios con seres extraños o maravillosos, lo que hicieron fue tratar de compaginar la realidad exuberante que encontraban en tierras remotas con el imaginario que otros libros de viaje habían forjado desde la Antigüedad en sus cabezas y las de sus contemporáneos.

En el período que se conoce como Alta Edad Media, del siglo V al X d.C., los testimonios no hay que buscarlos en la Europa continental sino en territorio escandinavo, celta y normando, así como en China y el mundo árabe. Las sagas y poemas épicos de los pueblos nórdicos —Dinamarca, Noruega, Suecia, Islandia— cuentan, a través de viajes y aventuras, historias de conquista, saqueo, comercio y exploración. Muchos querían conocer las hazañas de los grandes navegantes vikingos —del nórdico antiguo *vik*, «los que provienen de los fiordos»— y de los varegos, suecos comerciantes, piratas y viajeros del mar. Ellos se expandieron del siglo I al XII, al Oeste por los mares del Norte y al Este por los ríos de Rusia. Sus hazañas y asentamientos en Groenlandia, Islandia, Inglaterra y posiblemente en Norteamérica han llegado hasta hoy gracias a la tradición oral. Mariano Belenguer explica que quienes contaban esas historias épicas eran los *sagnamadr*, compositores de sagas. La *Saga de Grettir*, la *Saga de Nial* o la *Saga de los Groenlandeses* son las más conocidas, con la de *Erik el Rojo*, que cuenta cómo un vikingo sueco conquistó Vinland, un territorio que se identifica con Terranova y el golfo de San Lorenzo, hoy Canadá, de donde tuvo que huir por la ferocidad de los indios³¹⁵.

Saga quiere decir «lo dicho, lo contado», y casi siempre trata de viajes, exilios y conquistas³¹⁶. Los *sagnamenn* eran informadores, y su función era relatar a sus contemporáneos los hechos del pasado o del presente inmediato. Eran historiadores de sí mismos, viajeros, huéspedes gratos en todo el continente. Ellos contaron al mundo lo que sucedía en esas tierras nórdicas, según Prampolini, de un modo objetivo, sobrio y con versiones cuidadosamente ponderadas³¹⁷. Un método casi periodístico, antecesor de la información moderna: eran relatos épicos de viajes que buscaban configurar las leyendas y las tradiciones de su pueblo, dar fama a los expedicionarios y

asombrar al público³¹⁸. *Saga* significa también «historia», en sus dos acepciones: como registro objetivo y metódico de los hechos (en inglés, *history*) y como relato a menudo inventado y por lo general agradable (en inglés, *story*). Cuando alguien se iba al extranjero, a su regreso estaba obligado a hacer un informe de lo que había visto en los otros países. El público le oía con atención y su lenguaje era sobrio y preciso³¹⁹. Y hacían un recuento detallado de las maravillas con las que se topaban con el ánimo de convencer a otros para que también se hicieran a la mar en busca de tierras y tesoros³²⁰. Querían cautivar a la audiencia, igual que Julio César o Heródoto.

La famosa *Navegación de San Brandán* pertenece a esta tradición. También se conoce como *Viaje a ultramar* o *Navigatio Brendani*, y cuenta la leyenda de un monje irlandés del siglo V que, tras siete años de un periplo de leyenda, alcanza el paraíso. La historia describe las islas por las que el fraile y sus diecisiete compañeros atraviesan el océano, pobladas de seres extraños, como aves que cantan himnos religiosos. Los viajeros celebran misa al lomo de una ballena, otros mueren en la ruta. Y curiosamente, cuando el monje alcanza por fin el paraíso, da media vuelta y regresa a casa.

La historia tuvo una enorme difusión entre los siglos X y XV, y llegó a ser una especie de *best seller* del que circularon un centenar de manuscritos con la versión completa en latín, y unos cincuenta resúmenes, plagios y versiones³²¹. El texto recoge la tradición ya para entonces antigua de la búsqueda del paraíso, una idea que en la Edad Media está presente en las narraciones más conocidas: Marco Polo y Mandeville incluirán su propia versión de la Tierra Prometida, incluso en las guías de peregrinos subyace la idea de la salvación del alma a través del camino. San Brandán también se suma a la historia de la alegoría y el género utópico, esa búsqueda de la sociedad ideal que inauguraron Platón y Yambulo, la misma que luego desarrollan Tomás Moro y Campanella. Y se emparenta con los bestiarios y *mirabilias*, comunes en los relatos de la Europa medieval.

Los chinos también escribieron numerosos textos de viaje en esos primeros siglos del medioevo. Dominaban la Ruta de la Seda, habían perfeccionado sus técnicas de navegación y vivían una era de prosperidad desde la dinastía Han (siglo III), un periodo en el que expandieron sus territorios a base de campañas militares y nuevas rutas comerciales. Luego hubo casi tres siglos de

decadencia, pero con la llegada de la dinastía Tang, a partir del año 618, vino una nueva edad dorada para la economía, la cultura y las artes en ese extremo del mundo. Habían sofisticado sus barcos, en especial con la invención de los compartimentos estanco, y salieron en expediciones por Asia Occidental y la costa africana. Fue también el tiempo de la expansión del budismo, en el que monjes y embajadores, que eran nómadas, viajaban por el imperio y sus tierras vecinas.

Fa Xian fue uno de los primeros peregrinos budistas que narró sus desplazamientos, alrededor del año 400. Recorrió India, Nepal y Sri Lanka, y su libro se traduce como *Fo guo ji: Expediente de los reinos budistas, contados por el monje chino Fa Xian, de sus recorridos en la India y Ceilán en busca de los libros de la disciplina budista*. Xuanzang le siguió los pasos. En el año 629, peregrinó desde Xi'an hasta la India, tras un sueño que lo convenció de ir hasta allí. La dinastía Tang había prohibido los viajes al extranjero, pero él, dispuesto a hacerlo a cualquier precio, convenció a los guardias de la frontera para que lo dejaran salir. Cruzó el desierto del Taklamakán, pasó por Turfán, escapó de ladrones, se entrevistó con reyes y visitó monasterios. Llegó a Uzbekistán, a Samarcanda, atravesó las montañas del Pamir en Afganistán y, como su antecesor, se detuvo en Dunhuang, en Mogao —en las famosas cuevas de los Mil Budas—, donde los peregrinos oraban para cruzar con vida las arenas de Gobi y daban gracias por las bondades de la travesía. Todo esto lo contó en su crónica *Viaje a Oeste*, donde menciona las imágenes de bandidos convertidos al budismo que hay en las paredes de esas cuevas y los ídolos gigantes que lo descrestaron. Y los textos que llevó de la India a China, a su regreso, a los que consagró el resto de su vida sedentaria, fueron la base del budismo chino y alimentaron su expansión³²².

Como ellos, muchos describieron las regiones remotas conquistadas por los chinos e historias de la Ruta de la Seda. También testimonios de peregrinos que visitaron Occidente y de emisarios ante los mongoles, el recuento de misiones diplomáticas y cuadros de costumbres de países que les resultaban exóticos.

Pasó lo mismo en el mundo árabe. Desde la muerte de Mahoma en el 632 hasta el siglo VIII, los árabes fueron la cultura dominante desde la península

arábica hasta la ibérica, el norte de África y Asia central, llegando a los confines de la India. Se preocuparon por exportar sus hallazgos científicos y culturales, las artes y las letras, así como el islam. El comercio, el espionaje y la pesquisa científica también fueron un motor para sus desplazamientos, y todo ello propició una era de esplendor para los libros de viajes. En ese tiempo se escribió el cuento de *Simbad el marino*, ese personaje de fábula que es el prototipo del viajero y del hombre ávido de experiencias³²³. Como Yambulo, Ulises y el marinero egipcio, desembarca tras un naufragio en una tierra que lo acoge. Y aunque lleva una buena vida en el lugar, sueña con volver a Bagdad.

Se trata de una ficción que recoge la tradición de la literatura de naufragios, que se inspira en la *Odisea* y en la biografía que Calístenes escribió de Alejandro Magno, pero Simbad incluye muchas historias orales que contaban navegantes reales como Solimán, un mercader de Basora que, según contó Julio Verne, partió del golfo Pérsico en el siglo IX y llegó hasta la China, un viaje en el que se topó con un gran cachalote, al que los tripulantes intentaron espantar con una campana, un tiburón con otros dos tiburones dentro y una ribera del mar con grandes trozos de ámbar gris³²⁴. Y también Zheng He, un militar, marinero y explorador musulmán al servicio de los chinos que navegó siete veces el océano Índico en el siglo XV. Al viajero se le conocía también como Ma Sambao, de donde viene, posiblemente, el nombre de Simbad³²⁵.

En ese mundo árabe también hubo textos de viaje administrativos, escritos por las misiones diplomáticas. Como había rivalidades entre los califatos de Córdoba, Bagdad y El Cairo, cada príncipe enviaba embajadores para procurarse alianzas, y luego recibía los reportes de esos funcionarios que, desde la lejanía, escribían para informarle. Eran resúmenes y relatos sobre la historia y la etnografía de los pueblos que iban a ser conquistados o con los que convenía mantener relaciones³²⁶. Estos informes, aunque no se pueden llamar periodísticos —no estaban destinados al gran público—, son un antecedente del oficio porque informaban sobre tierras lejanas³²⁷.

Pero en la época había obras más eruditas, con tendencia a la divulgación científica, como la de Al Idrisi, viajero, filósofo, cartógrafo y geógrafo. Cuenta Pedro Eduardo Rivas Nieto que su libro más conocido, *Las*

recreaciones del que aspira a recorrer el mundo, aún asombra a los estudiosos por la precisión con la que describió el valle del Níger más de 650 años antes que el explorador británico Mungo Park, corrigió errores de la obra de Tolomeo y detalló con acierto las costas mediterráneas, persas y árabes. Además, se adelantó tres siglos a la proyección Mercator con su representación plana de la superficie curva del planeta³²⁸.

Quienes viajaron para adquirir conocimientos en los epicentros del saber del momento, como París, Toledo o Montecasino, produjeron geografías universales, cosmografías, enciclopedias y crónicas. De hecho, es fascinante la historia de esos viajes para el intercambio de saberes entre intelectuales árabes y europeos, gracias a los cuales regresó, por ejemplo, el *Corpus Aristotelicum* a Occidente —la obra de Aristóteles—, y se tradujeron los tratados de medicina y anatomía de grandes galenos como Avicena o Averroes. Para entonces, la biblioteca de Bagdad era más grande que la antigua de Alejandría, y mientras en Toledo había seiscientos mil manuscritos, en la Universidad de París, la más grande de la Europa de entonces, sólo cuatrocientos volúmenes.

También existieron las *rihlas*, relatos de viaje muy similares a los de hoy, llenos de actualidad, pensados para ser útiles y atractivos a los lectores, antecesores de la crónica y el reportaje. Aparecieron en el siglo XII con los árabes occidentales que peregrinaron a La Meca o viajaron a Bagdad, Damasco y El Cairo. La *rihla* más conocida es *A través del islam*, escrita en el siglo XIV por Ibn Battuta, un marroquí que, con veintiún años, salió de su Tánger natal para realizar su primera peregrinación a La Meca. Pero vencido por la curiosidad, por el puro placer que encontraba en viajar, tardó veinticuatro años en volver, después de recorrer 120 mil kilómetros. Es quizá el viajero que ha abarcado más distancia sin la ayuda de medios de transporte modernos: de Túnez a China, de extremo a extremo del mundo musulmán, incluidas Mali y Tombuctú. Viajó solo, «sin compañero con cuya amistad solazarse» y su máxima era no pisar dos veces el mismo camino. Battuta llegó a decir: «Viajar te deja sin palabras, pero después te convierte en un escritor»³²⁹.

Túnez y Alejandría fueron sus primeras paradas. Luego Egipto, donde lo cautivaron las obras faraónicas y las tierras fértiles del Nilo. De Jerusalén

alabó la mezquita de Omar, su cúpula dorada, y viajó a Irán e Irak con un grupo de peregrinos persas. Bagdad le pareció una vieja gloria venida a menos, devastada por los mongoles y otras invasiones bárbaras. Transitó por la Ruta de la Seda, visitó Persépolis (hoy Irán) y volvió a La Meca varias veces. Recorrió en barco las costas africanas (Mombasa, Mogadiscio, Zanzíbar y Tanzania). Navegó al golfo Pérsico —se enrolaba en caravanas o misiones que encontraba—, y allí quedó fascinado por la pesca de perlas en Omán. Estuvo en Turquía y Crimea, en tierras del Imperio mongol y Constantinopla, adonde acompañó a una de las esposas del Gran Khan. Pasó siete años en la India, enamorado de su rareza y suntuosidad. Y ejerció de juez y diplomático del sultán, quien lo envió a China como embajador. Pero ese viaje resultaba tan difícil —cuenta que en el camino unos bandidos asesinaron a todo su séquito— que se sospecha que quizá no llegó hasta allí, entre otras cosas porque sus descripciones de la tierra del Khan no son tan prolijas como las de otros destinos. Luego emprendió su regreso. Vivió en los tiempos de la peste negra, visitó Damasco, Siria y Palestina, volvió por cuarta vez a La Meca y llegó por fin, un cuarto de siglo después, a su país natal, pasando antes por Argelia y Cerdeña, a bordo de un navío catalán. Pero nada más llegar, el Sultán de Fez lo hizo partir de nuevo, esta vez a Mali, un viaje que extendió hasta Tombuctú. Battuta visitó también la península ibérica, Málaga, Marbella y Granada, y fue sólo al volver, antes de morir, cuando dictó sus viajes a un granadino, Ibn Yuzavy, por encargo del gobernante que quería conservar su testimonio para la posteridad³³⁰.

Escribió su crónica a modo de episodios, en los que fue ensartando historias al hilo de sus desplazamientos. Fue minucioso en el detalle, se permitió alguna exageración —dijo que los pescadores de perlas pasaban una hora bajo el agua— e incluyó leyendas y datos asombrosos para deslumbrar —como las costumbres de los yoguis en la India o las mujeres que se inmolaban con sus maridos—. Esas anécdotas, casi todas reales, le valieron el título de mentiroso entre sus contemporáneos. Pero a Battuta, como a Jenofonte, Nearco y Julio César, no se le debe calificar de fabulador. Tampoco de historiador, por su falta de método, rigor o deseo de explicar los asuntos del pasado o el presente inmediato. Él fue más bien un reportero de la vida en horizontes lejanos. Además, aunque libros como el suyo, o como *Las mil y*

una noche, estuvieran cargados de imaginación, aquello se debía a errores de apreciación o equivocaciones no necesariamente voluntarias, porque como explican Arbós y Fanjul, resulta imposible concebir que un viajero se permitiera bromear o inventar cuando sus viajes se redactaban para el califa, un hombre que, como se sabe, cortaba la cabeza de quien lo engañaba³³¹.

A diferencia de Oriente, la Alta Edad Media en el Occidente cristiano fue un periodo de oscuridad y analfabetismo. La biblioteca de Alejandría había desaparecido alrededor del siglo III. Roma había dejado de ser un imperio. Era un tiempo oral, en el que el Evangelio se predicaba en voz alta y los juglares y trovadores, como corresponsales primitivos, iban de aldea en aldea contando las noticias de las regiones cercanas. Nadie podía saber dónde estaba la verdad y la mentira en los relatos que traían, dice Acosta Montoro, pero eran informativos, daban datos exactos de hechos de actualidad³³².

Dos situaciones revolucionaron el viaje en ese momento: con el Edicto de Milán, en el año 313, Constantino otorgó libertad de culto a los cristianos y esto dio pie a que los primeros peregrinos visitaran los lugares sagrados. Doce años después, con el Concilio de Nicea, se refundó Bizancio, y los comerciantes retomaron viejas rutas y abrieron otras nuevas. Peregrinos y mercaderes comenzaron a dar cuenta de su trasegar, que fue primero un registro minucioso de gastos, paradas y paisajes. Daban poco espacio a la imaginación; su contacto con la realidad era pragmático. Sus testimonios se regían por el mismo rigor con el que llevaban las cuentas y, aunque no caían en descripciones superfluas, sí relataban hechos asombrosos: milagros, por ejemplo. Incluso convertían hechos cotidianos en maravillosos, a los que les atribuían una dimensión simbólica o sobrenatural. Atilio Brillì dice que los viajeros modernos heredamos de los mercaderes esa necesidad de no perder ni un minuto en los viajes, querer que sean productivos, y a los peregrinos les debemos la idea del *souvenir*^{333 334}.

La *Pratica della mercatura*, del comerciante Francesco Balducci, fue el más completo de estos registros. Era una especie de lista de los productos de diferentes regiones, así como puertos, monedas, medidas, equivalencias, usos comerciales, impuestos de cada centro comercial y hasta glosarios multilingües de las palabras que otros viajeros podían necesitar. Su intención era que les sirviera de guía. Incluso en el prólogo, Balducci aludió a la

objetividad y exactitud de su informe³³⁵ —ya sabemos que el texto de viaje fue informativo y didáctico desde su aparición—. Y poco a poco, entre los siglos XIII y XIV, esos mercaderes y embajadores produjeron guías cada vez más complejas, que ya no eran listados sino diarios con pretensiones literarias. Incluso algunos intentaron convertir sus viajes en una especie de épica mercantil³³⁶.

La libertad de culto, el descubrimiento de las reliquias de la Santa Cruz en el año 326 y el comienzo de la reconstrucción de Jerusalén pusieron de moda la visita a Tierra Santa. Aparecieron nuevos tipos de *Itineraria* y *Descriptiones* —como los que se habían escrito en Grecia y Roma—, y en ellos los peregrinos narraron las experiencias del camino, como guías en la ruta hacia Santiago y Jerusalén: indicaban vías y santuarios, explicaban monumentos, incluían consejos, información sobre la vida de los santos, los gestos piadosos, las plegarias recomendadas e incluso el precio a pagar por algunas visitas.

El *Itinerarium Burdigalense* y el *Itinerarium Egeriae* son dos de los testimonios más antiguos que se conservan. El primero narra un viaje de Burdeos a Jerusalén alrededor del año 333, y el segundo se presume que fue escrito entre los siglos IV y VI por una mujer, posiblemente gallega, que cuenta, en primera persona del plural, su experiencia por Tierra Santa. Sor Egeria, su autora, fue una monja que, animada por una profunda religiosidad, salió desde España hacia Oriente en un viaje de tres años, del 381 al 384. Cruzó en barco el Adriático y viajó por tierra, hospedándose en casas de postas y monasterios, a través de la red vial de las legiones romanas. No se conocen muchos datos sobre su vida, pero su valentía es evidente al hacerse al camino en un tiempo en el que sólo viajaban los hombres. El manuscrito fue hallado en el siglo IX, sin el principio ni el final, y es el primer libro de viaje que se conoce escrito por una mujer.

Su arrojo lo siguieron otras, como Margery Kempe, mística cristiana inglesa y madre de trece hijos, que decidió visitar los lugares sagrados tras una visión que la exhortó a abandonar las vanidades del mundo. Su libro, además de conversaciones con Dios, es el relato de sus itinerarios por santuarios en Europa y Tierra Santa. Algunos consideran su libro, escrito alrededor de 1413, la primera autobiografía escrita en inglés. El peregrinaje

era el único viaje permitido a las mujeres, y ellas lo convirtieron en una vía de emancipación y libertad, pioneras de todas las viajeras desde entonces.

El *Liber Sancti Jacobi*, atribuido al papa Calixto II y que se conoce también como *Liber Peregrinationis* o *Guía del peregrino*, es otra obra famosa de la época, una auténtica guía de viaje que indicaba itinerarios para llegar a Santiago de Compostela y a su catedral³³⁷. La guía ocupa el libro V del Códice Calixtino, y fue redactada por el monje Aymeric Picaud tras su viaje a Galicia entre los años 1130 y 1140. Es la primera guía que se conoce del Camino de Santiago, donde se presume que está enterrado el apóstol, un texto que refleja la atmósfera alrededor de su culto³³⁸.

Las guías se multiplicaron, y muchas se podían comprar en puertos y paradas, como el *Libro de los huéspedes*, también sobre la ruta a Galicia, de gran modernidad porque hablaba de igualdad entre clases sociales y sexos. Además, estaba inspirado en la teología del huésped —basada en el viaje a Emaús de Jesús con dos discípulos— y proponía una especie de ideología de la peregrinación³³⁹.

Cuando el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Estado, Roma pasó a ser un nuevo centro de peregrinación. Allí estaban las tumbas de san Pedro y san Pablo, las reliquias de los mártires, las catacumbas y las nuevas basílicas. Se necesitaron entonces nuevas guías y éste fue el origen de muchos otros textos, como *El Tratado de Roma*, que combinaba historia de Roma e Italia, de reyes, emperadores y papas, con información y descripción geográfica, además de citas de los clásicos.

Se llamó *romeros* a los que iban a la Ciudad Eterna, *palmeros* a los que se dirigían a Palestina y *peregrinos* a los que se encaminaban a Santiago de Compostela. Y si muchos de ellos escribieron fue porque en Occidente, igual que en Oriente, el propósito era difundir ideas religiosas: en China, los monjes viajaron en misiones a expandir el budismo; en el mundo islámico, tras la muerte de Mahoma, los intelectuales y creyentes lo hicieron para ampliar las fronteras del islam, desde la península arábiga hasta Marruecos y España; en Europa, viajó el cristianismo, hechos que sucedieron en paralelo.

Las guías de peregrinos derivaron, como las de los mercaderes, en narraciones más detalladas. En principio se limitaron a narrar la vida de los santos, apóstoles y mártires —san Jerónimo escribió la *Peregrinatio sanctae*

Paulae, sobre el viaje de santa Mélanie a Jerusalén— y luego se dedicaron a escribir sus hazañas³⁴⁰ (Geoffrey Chaucer, en los *Cuentos de Canterbury*, usará luego la peregrinación como recurso y esquema literario). Pero alrededor del siglo XI, estas guías sufrieron una transformación significativa, cuando empezaron a recoger todo tipo de leyendas y a dar interpretaciones simbólicas a los fenómenos. *Mirabilia urbis Romae*, del año 1140, fue una de las guías más usadas por los romeros³⁴¹, y no sólo alcanzó una difusión extraordinaria, sino que dio nombre al rasgo por excelencia de los relatos de viaje medievales ya mencionados: las *mirabilias*, hechos y seres extraordinarios y asombrosos que, en mayor o menor medida, ningún autor dejó de registrar³⁴².

Lo informativo se mezcló otra vez con lo fantástico e imaginario. Apareció de nuevo ese catálogo de maravillas y prodigios que en la Grecia antigua habían recogido los paradoxógrafos, donde lo curioso, lo raro, lo mostrenco, se privilegiaba dentro de la información³⁴³:

A veces se trata de animales exóticos como el rinoceronte, el cocodrilo, el elefante y la jirafa [...] En otros casos, las grandes dimensiones son lo que ha llamado la atención del narrador: el ancho de una gruta marina, la extensión del lago de Lucerna, la altura del San Gotardo o el tamaño de un pez que se describe tan alto como una torre³⁴⁴.

Hubo tres tipos de *mirabilias*: por un lado, el registro de fenómenos que transgredían las leyes de la naturaleza —resurrecciones, apariciones y milagros, saberes excepcionales, adivinaciones, profecías—; por otro, formas extrañas o aberrantes —criaturas creadas a partir de la fusión de varios reinos u hombres con cualidades monstruosas, conocidas como teratomorfos—. Y junto a ellos, sus contrarios: la perfección y la belleza extraordinaria, obra de Dios, de la naturaleza o de los hombres, y asimismo tenían cabida las maravillas mecánicas y artísticas³⁴⁵.

Esas *mirabilias* se explican porque, en la Edad Media, todo se entendía como un signo de lo divino o de lo demoníaco. Veían el mundo como un campo de batalla entre el bien y el mal: carne-alma, muerte-vida, día-noche, infierno-paraíso. Cada terremoto, sequía, guerra, peste o eclipse era leído como presagio o premonición. En esa línea, lo bueno —una cosecha abundante, la cura tras una larga enfermedad, los nacimientos— era símbolo de prodigio o

bendición. Por eso el arte y la literatura medieval, del románico a la pintura del Bosco, están llenos de centauros, sirenas, unicornios y muchos otros seres que mezclan distintas naturalezas, y a cada uno se le atribuyó un vicio o una virtud³⁴⁶. Todo eso fue lo que se consignó en los bestiarios, lapidarios, cosmografías, obras de arte y libros de viaje.

Así, en la Edad Media, igual que en la Antigüedad y en Grecia y Roma:

El viajero combinará objetividad y fabulación, mezclará detalles observados con ideas adquiridas y le será muy difícil prescindir de los cinocéfalos, los sciopodas o los árboles ornitógenos [...] La inquietud viajera dio lugar a un tipo de literatura muy difundida y apreciada, en la que lo importante era la descripción, el testimonio fiel de aquellas experiencias, vividas o fingidas, insólitas o fantásticas. Y, sobre todo, era importante la capacidad de transferirlo al lector, quien igualmente se recreará y se sentirá partícipe de aquellas experiencias y aventuras. Esa capacidad de sugestión parece haber sido la condición más común y vigorosa del libro de viajes en todas las épocas³⁴⁷.

El medioevo fue, a su vez, el tiempo de la reconquista de Jerusalén. El poder papal, asentado en Roma, creó las órdenes de caballeros cruzados, entre otros motivos, para proteger a los cristianos en su peregrinación a Tierra Santa. El advenimiento de estas órdenes, alrededor del siglo XII, transformó de nuevo el género del relato de viajes, cuando los caballeros comenzaron a registrar sus andanzas³⁴⁸. Como explica Jean Richard, los cruzados eran en sí mismos peregrinos. Su lucha contra los infieles y la defensa de sus hermanos cristianos era una obra piadosa, y terminaba con la visita a los lugares santos³⁴⁹. Sus textos narraban el avance y las paradas de Europa a Jerusalén, así como los combates, negociaciones, pruebas y favores divinos. Describían y narraban, ubicándose entre la crónica y la historia. Textos protoperiodísticos porque, como dice Belenguer, describían acontecimientos de actualidad para ser leídos por sus contemporáneos, e históricos porque pretendían preservar sus hazañas del paso del tiempo³⁵⁰.

El tránsito fue de las enumeraciones y los itinerarios a la narración. Las guías empezaron a convivir con enciclopedias y bestiarios, las crónicas con las biografías, las obras doctrinales con las historias de caballeros. Y así fue llegando la novela, que se prefiguró en textos como los de Chrétien de Troyes del siglo XII, sobre la leyenda del rey Arturo y sus nobles caballeros, y luego el *Amadís de Gaula* y *Tirante el blanco*, precursores del *Quijote*.

Superada la alta Edad Media, entre los siglos X y XV, el Occidente cristiano

vivió un nuevo auge viajero, en el que reyes, nobles, diplomáticos, comerciantes, clérigos y aventureros contaron sus recorridos. Las cruzadas habían terminado, los relatos de caballería entraron en declive. Pero un acontecimiento resultó decisivo: la expansión del imperio mongol, que tocó las puertas de Occidente. Quienes se adentraron en esos territorios asiáticos lo hicieron con fines principalmente políticos: necesitaban establecer negociaciones no sólo con los mongoles sino con otros reinos de la zona, en una época en la que el mundo ya se repartía en distintos centros de poder y tenían lugar los primeros choques de civilizaciones. Había gente destinada en la tierra del Khan, en Bizancio, en el país de los hunos, en los califatos y las tierras norafricanas. Los enviados de los reyes cristianos visitaban califas, al tiempo que emisarios de los sultanes, como Ibn Battuta, viajaban para traer noticias de los pueblos lejanos³⁵¹.

Estos relatos, que recibieron el nombre de *relaciones*, dieron a conocer el mundo a sus contemporáneos, el mismo género que luego ejercerán Cristóbal Colón, Hernán Cortés y demás cronistas desde la América recién descubierta. Eran textos que traían la noticia de la lejanía de una forma menos fabulosa que antaño, aunque también incluían leyendas. Se conservan, por ejemplo, los que enviaron los representantes del papa Inocencio IV a Mongolia, para proponer al Khan un pacto de no agresión y la conversión de su pueblo al cristianismo. Giovanni da Pian del Carpine, fraile italiano, fue uno de esos emisarios, y en *Historia Mongolorum* (1245) contó los orígenes del pueblo del Khan, describió sus costumbres, geografía, fisonomía, religión, e incluyó consejos sobre cómo Occidente podría hacerle frente a esa expansión. Y fue la parte histórica y descriptiva de su narración la que más interesó a sus lectores³⁵². Carpine actuó como un corresponsal al narrar lo que sucedía en ese momento en pueblos lejanos, y su labor fue periodística porque elaboró sus «noticias» con testimonios y fuentes directas. El fraile también dejó copias del texto en algunas ciudades por las que pasó, quizá consciente de su papel de comunicador público³⁵³. Ese método de acudir a las fuentes ya lo había usado Heródoto quien, aunque no dejaba copias, organizaba encuentros en distintas ciudades, y eso lo hace antecesor de estas *relaciones*.

El franciscano Guillermo de Rubruk, otro relacionista, fue enviado a evangelizar a los mongoles en 1253 por Luis IX de Francia. Tenía un talento

narrativo excepcional y fue veraz en sus testimonios. Su texto se ha definido como un gran reportaje y se le equipara con Ibn Battuta o Marco Polo. Llegó hasta Karakorum, la capital del Imperio. Y cuando preguntó por los monstruos de los que había leído que habitaban esa zona del mundo, dijo haberse quedado sorprendido: los asiáticos le explicaron que ellos no habían visto tales cosas. Pensaban que los hombres con cabeza de perro vivían en Occidente. El horizonte se extendía y con él se alejaban los monstruos. Y con ellos el mítico Preste Juan, un supuesto gobernante cristiano del Lejano Oriente, que algunos ubicaban en Asia, otros en la India o en Etiopía, un territorio lleno de prodigios. El emperador de Bizancio, Federico Barbarroja, y el papa Alejandro III recibieron cartas de las que supuestamente él era remitente, en las que describía las maravillas y prosperidad de su reino. Esas cartas lograron convencer a toda Europa de la existencia de un escenario fabuloso en el Oriente más lejano, leyenda que había comenzado en Grecia con Escílax, Ctesias y Calístenes y que continúa hasta hoy. Aunque la existencia del Preste nunca ha sido confirmada³⁵⁴.

Pero a finales del siglo XIV apareció el gran Khan Timur, apodado Lenk (el cojo), señor de los mongoles y emperador de Samarcanda, conocido en Occidente como Tamerlán. Fue el último gran conquistador de Asia Central, el líder tártaro que dominó desde Mongolia hasta Turquía y la India. Los reyes cristianos y franceses, acechados por la amenaza otomana y queriendo ampliar las fronteras de su comercio, buscaron alianzas con el nuevo señor de Oriente. Muchos emisarios escribieron sus relaciones, pero *La embajada a Tamorlán*, del español Ruy González de Clavijo, fue la más completa.

Fue un enviado de Enrique III de Castilla. Cruzó el Mediterráneo desde el puerto de Santa María hasta Constantinopla —donde quedó fascinado por Santa Sofía—. Pasó por Ibiza, Mallorca, Formentera, Córcega y Cerdeña, navegó el mar Negro hasta Persia y llegó a su destino después de tres años en ruta. Clavijo, como ningún otro en su época, quiso informar, del modo más objetivo, lo que había visto y vivido. Escribió a modo de diario, indicando con detalle las fechas y la hora, un recurso que se empleaba mucho en las crónicas de entonces porque, como explica Francisco López Estrada, en esos desplazamientos tan largos, cuando no había nada que contar, las fechas se convertían en constancias del progreso del viaje, «una clara función

informativa que no se presta a ningún equívoco»³⁵⁵. El embajador describió todo de forma minuciosa y prolija, incluso las lenguas. Usó el recurso retórico de la *evidentia*, y, al leerle, «se tiene la sensación de dar marcha atrás a la máquina del tiempo y ver un cuidadoso documental tomado en el año 1403»³⁵⁶. Clavijo comienza a narrar en primera persona —«comencé a escribir desde el día que los Embajadores llegaron al puerto de Santa María cerca de Cádiz»³⁵⁷— pero luego se refiere a él y a sus compañeros como «los embajadores», en tercera persona del plural: el recurso de verosimilitud que había inaugurado Jenofonte.

Como él, muchos fueron conscientes de la importancia de su testimonio. Apareció la autobiografía viajera de quienes recrearon su paso por lugares del todo remotos. Antonio Malfante dio cuenta de los países del Sahara; Giraud de Barri, de Roma; Simon Semeonis, de Gran Bretaña; Pietro Rombulo de Messine, de Etiopía. Y Gilles de Bouvier, heraldo francés, viajó por Europa y relató sus andanzas porque aseguraba que la gente que no podía viajar también quería saber cómo era el mundo³⁵⁸. Pero los grandes viajeros testimoniales de este periodo son el andaluz Pero Tafur y el veneciano Marco Polo.

Pero Tafur —Pedro, en castellano actual— fue un trotamundos medieval. Nació alrededor de 1405 y se crio en Sevilla, participó en las guerras de Reconquista y llegó a ser caballero cordobés. Diplomático y militar, viajó entre 1436 y 1439 por casi todo el mundo que se conocía entonces. Intentaron asaltarle en los caminos. Estuvo preso. Vivió naufragios y tormentas en el golfo de León y en Dardanelos. Le hirieron con una flecha cerca de la antigua Troya. Ejerció de heraldo³⁵⁹. Y fue peregrino a Tierra Santa, obsesionado por visitar los lugares santos, conocer reliquias y ganar indulgencias. Pasó por África, el imperio Bizantino, Oriente Próximo y Europa, fue un aventurero que quería alcanzar el paraíso terrenal, la tierra del Preste Juan o las riquezas del Oriente y, en esa trayectoria, llegó a ser embajador de un rey de Chipre en Egipto. Su libro, *Andanças et Viajes*, está lleno de información: el Concilio de Basilea —en el que tuvo lugar el cisma de Occidente—, distintas ferias comerciales, juegos cortesanos, ciudades superpobladas y los puertos llenos de mercancías³⁶⁰. También relató sus encuentros con otros viajeros de la época, como el italiano Niccolò de Conti. Y su autorretrato surge paralelo al relato: se muestra como un hombre que encarna los valores del ideal

caballeresco —la nobleza, la hidalguía, la defensa de los desprotegidos— y recomienda los viajes como actividad apropiada para los hidalgos, «ya que en ellos encontrarán ocasiones para demostrar su condición de caballeros, ejercitar la virtud y testimoniar la calidad de nobles». También deja ver sus rasgos de buen burgués, que tres siglos después serán el prototipo del viajero ilustrado³⁶¹.

Pero pasaron cerca de quince años entre sus viajes y la escritura de su libro: es posible que lo redactara una vez tuvo conciencia de la importancia de su testimonio tras la caída de Constantinopla. Aun así, sus contemporáneos lo leyeron como una crónica de actualidad en el periódico. Tanto quería Tafur informar con honradez que en el texto distingue claramente lo que escucha de lo que ve por sí mismo. Y si tiene errores, no son intencionados: relata lo que vio como testigo, así como lo que le contaron³⁶². Quería contar historias, pero también ser útil, influido por las guías de peregrinos que eran populares y él había consultado.

Su antecesor fue Marco Polo, el veneciano que a los quince años fue con su padre a la corte de Kublai Khan, emperador de los Tártaros. Los hermanos Niccolò y Matteo Polo, mercaderes, habían partido a Karakorum para establecer relaciones comerciales. Allí trabaron amistad con el gran soberano, que los mandó de vuelta a Occidente como emisarios ante el papa Gregorio: el Khan quería que éste le enviara cien vicarios, expertos en las siete artes, para que fueran administradores en su gobierno y, además, le demostraran por qué la cristiana era la mejor de las religiones. Los venecianos, tras cumplir con su embajada, partieron de nuevo hacia Oriente, esta vez en compañía de Marco, que entonces era un adolescente. El muchacho y sus parientes fueron recibidos con beneplácito en la corte del Khan: «Hubo gran júbilo por su llegada, y mientras estuvieron en la corte gozaron de más honores que cualquier otro noble»³⁶³.

Marco asimiló con rapidez las costumbres de los mongoles, sus lenguas y escritura. Llegó a dominar cuatro idiomas, con sus alfabetos, y pronto le nombraron embajador. Y consciente de que el soberano llamaba tontos e ignorantes a quienes volvían de sus misiones sin ninguna curiosidad sobre las tierras visitadas, «estuvo atento a todas las novedades y a todas las cosas insólitas que encontraba, para poderlas referir luego al Gran Khan»³⁶⁴. Vivió

diecisiete años al servicio del mongol, cumpliendo embajadas y recogiendo todo lo admirable y asombroso que encontró a su paso. Tenía una personalidad extraordinariamente curiosa: le interesaba la gente, las supersticiones, los estilos de vida. Registraba la violencia, los asesinatos, el barbarismo, pero también los grandes banquetes de palacio y la vida cortesana. Pero su libro sólo fue escrito en 1298, tras caer prisionero en una batalla naval entre genoveses y venecianos. Y fue en prisión donde dictó la historia de su vida y andanzas a un conocido escritor de libros de caballería con el que compartió calabozo.

La obra se conoce con varios títulos: *La descripción del mundo*, *El libro de las maravillas* o *Il Millione* —que se usaba como sinónimo de exagerado—, en la que habla de sí mismo en tercera persona y, desde el prólogo, asegura que todo el tiempo será fiel a la realidad en su relato:

Marco Polo, sabio y noble de Venecia, lo relata según él mismo vio. Hay algunas cosas que él no vio, pero oyó de boca de otras personas dignas de toda fe; por eso, lo visto lo presentará como visto, y lo oído como oído, para que en nuestro libro resplandezca la verdad y no haya sombra de mentira³⁶⁵.

El prefacio también menciona a su deseo de ser una guía para quienes no habían podido ver ni saber aquello que iba a contarles. Describe lo que ve y se remite a otras fuentes —al *Libro de Alejandro*, por ejemplo, una obra del siglo XIII sobre las conquistas del macedonio y que tuvo mucho éxito en el medioevo—; describe las piedras turquesa que nacen en una región de Persia, ubica el arca de Noé en una montaña de Armenia y cuenta de un río en el que sólo es posible pescar el primer día de Cuaresma, porque el resto del año no tiene peces. Cuenta de oídas la historia del viejo de la montaña, un hombre que vive en una especie de Edén poblado de bellos jardines, cuatro ríos de vino, miel, leche, agua y mujeres hermosas —la imagen del paraíso de Mahoma³⁶⁶—. Menciona al legendario Preste Juan, quien según Marco estaba en guerra con Gengis Khan, porque el mongol quería tomar a su hija por esposa. Habla de dunas cantoras que interrumpen el silencio del desierto, «como el rugido de todo tipo de instrumentos musicales, de tambores y choque de espadas»³⁶⁷. Describe las armas y el poderío de los tártaros, los palacios de plata y oro, los animales exóticos que habitaban los jardines y los hechiceros de magia negra al servicio del soberano. Habla de Japón y la

belleza de su gente, de unicornios en Java, de la tumba de Adán en una alta montaña de Ceilán y de la vida de Buda. El veneciano llama peces a las ballenas y en Madagascar, además de leones, leopardos y otras bestias, asegura que habitan los grifos, águilas gigantes. Cuenta de un pueblo que presta sus mujeres a los extranjeros y califica de antropófagos a los habitantes de Dagroyán. Todo ello en su paso por Irak, Armenia, Vietnam, Catay, la India y la costa africana.

El veneciano narra historias reales —buena parte de sus datos han sido comprobados—, pero también leyendas y referencias salidas de su imaginación. Tenía que deleitar a su señor con hechos nuevos y maravillosos, que ningún otro embajador le hubiera referido, y ese puede ser el origen de las fantasías de su relato, aunque pudieron haber sido obra de Rustichello de Pisa, su escribano en el calabozo, que era un fabulador profesional y autor conocido de novelas de caballería. El manuscrito que resultó de aquellas conversaciones no se conserva, pero tuvo tanto éxito que fue copiado y traducido al latín, al alemán y al español. Y en los siglos XIII y XIV hubo una auténtica industria para distribuirlo. Es un libro de *maravillas*, como era habitual en la época, pero también una estupenda guía del mundo. Aunque muchos se negaron a creerle. Le acusaron de mentiroso —que llamaran a su obra «libro de las maravillas» viene de su fama de fabulador—. Y en su lecho de muerte, cuando sus amigos le dijeron que era su última oportunidad para confesar que todo había sido una invención, Marco les dijo: «No conté ni la mitad de lo que vi».

Su libro es tan trascendental que, sin él, el descubrimiento de América no hubiera sucedido como lo conocemos. El almirante Colón, último viajero medieval, leyó *Il Millione* —su ejemplar anotado en los márgenes reposa en la Biblioteca Colombina de Sevilla— y partió a las Indias en busca de los tesoros que había descrito el veneciano.

Marco recorrió muchos más kilómetros que Heródoto, pero su método fue el mismo. Instruir e informar fueron el motor de su testimonio, y la fantasía o las pequeñas leyendas que incluyó en sus páginas son secundarias cuando se mira el panorama completo que nos regaló. Narradores como él crearon la imagen de un mundo ancho, exuberante, lleno de maravillas y pueblos con costumbres dispares. A los viajeros, desde la Antigüedad, les debemos esa

idea genial de que la diferencia no es signo de barbarie sino de riqueza y diversidad.

El viaje en el medioevo también fue terreno fecundo para muchos textos de ficción. Las llamadas «novelas geográficas medievales», por ejemplo, eran *relaciones* falsas cuyo propósito era sintetizar los conocimientos científicos del momento, un género que llegó a ser muy popular al final de la Edad Media precisamente por la tradición de los libros de viajes³⁶⁸. Petrarca escribió una guía ficticia de Jerusalén sin haber estado allí, basado sólo en su lectura de los clásicos. En ella se atrevió a decir: «Ulises no ha vagado ni más tiempo ni más lejos que yo». El italiano escribió el *Itinerario al sepulcro di Nostro Signore Gesù Cristo* como regalo a un amigo, un texto que se conoce también como *Itinerarium siriacum*. Y si bien había recorrido todos los caminos del continente, no así Tierra Santa. Su peregrinación ficticia parte de Génova, y sus indicaciones se basan en lo bien que conocía Italia. En Europa asume un tono casi turístico, y todas las explicaciones y consejos los extrajo de otras guías; calcó a otros y consultó planos portuarios y mapas, por los que siempre tuvo mucho interés³⁶⁹.

John de Mandeville es el otro protagonista de los viajes imaginarios. Su libro, *Los viajes de sir John de Mandeville*, fue muy popular en la época — más que el de Marco Polo— y es una mezcla de conocimiento enciclopédico, real, con ideas fantásticas del imaginario colectivo: aparecen los sciopodas (personas con un solo pie); los cinocéfalos (hombres con cabeza de animal) y los ornitógenos (árboles que dan frutos animales)³⁷⁰. Como explica Miguel Ángel Pérez Priego, Mandeville era un autor muy consciente del interés y fascinación que esos materiales provocaban en el lector, tras dejar claras sus razones en el prólogo: «Porque muchos toman placer y solaz en oír fablas de cosas extrañas». Por eso llena su relato con toda suerte de curiosidades³⁷¹. Pero lo cierto es que el libro no fue escrito por un hombre con ese nombre y apellido, ni siquiera uno que hubiera visitado Oriente o Tierra Santa. Ana Pinto explica que no se trata de un viajero auténtico, como Polo o Batutta, sino de un divulgador que crea un personaje literario para presentar como suyos los materiales de viajeros reales, en una narración en primera persona:

Es el transmisor de un conocimiento que es un tesoro de la Antigüedad, un material que combina descomponiendo y recomponiendo obras del pasado. El protagonista es un viajero cristiano, que se

muestra como una persona no dogmática y con gran sentido del humor, tolerante y comprensivo con otras creencias no cristianas y costumbres diferentes a las europeas³⁷².

El libro fue escrito en francés, en la segunda mitad del siglo XIV, y se convirtió en uno de los más populares de Europa en los dos siglos siguientes, una obra para todos los gustos, escrita en lenguaje sencillo. En el prólogo, el supuesto peregrino se define como un caballero nacido en St. Albans, Inglaterra, y gran viajero: asegura haber visitado «muchas y diversas tierras, provincias, reinos e islas», entre ellas Turquía, Armenia, Tartaria, Persia, Siria, Arabia, el alto y el bajo Egipto; Libia, Caldea, Etiopía, la Amazonía y la India³⁷³. El texto se compone de dos partes: una guía para peregrinos ingleses camino a Jerusalén y el recorrido del autor por los territorios al este de Tierra Santa: India, China e islas del Extremo Oriente. Para hacerlo, toma materiales de libros de historia, geografía y botánica que circulan en la época, así como de libros de viaje: se dice que su mayor inspiración fueron los relatos de William Boldensele (1336) y Odorico de Pordenone (1330), y su recorrido novelado comienza incluso el mismo día que el de Boldensele en la vida real³⁷⁴.

El inglés menciona unas hormigas gigantes que cuidan montañas de oro en una isla del Índico —que ya había contado Marco Polo—. Habla de hombres con cabeza de perro o con una sola pierna, gigantes, monstruos y serpientes increíbles, aporta datos verídicos como la costumbre de venerar a las vacas en la India, la incineración de los muertos con sus esposas y la presencia de elefantes y jirafas, que en la Europa de ese tiempo eran una absoluta novedad³⁷⁵. Alude también al cultivo del algodón, del que no había noticia en Inglaterra, y a la costumbre de las chinas de vendarse los pies para tenerlos muy pequeños. Mandeville también se refiere a los palacios del Gran Khan y sus magníficos jardines, sus múltiples esposas y la belleza de su ropa y sus tocados. Llega incluso a avanzar teorías como la redondez de la Tierra, la observación de las estrellas australes y hasta se atreve a lanzar cifras y hacer mediciones —que luego Colón tomará muy en cuenta, igual que las de Marco Polo—. Durante años, a Mandeville se le consideró más veraz que al veneciano. A él se le tomaba por informador y al otro por mentiroso.

Pero que el viaje no sea real no le resta valor informativo. Su objetivo era transmitir el saber de la época —como hará Julio Verne más adelante— y

como casi toda ficción viajera, refleja el esfuerzo mayúsculo del autor por ser verosímil, por convencer a sus receptores de que aquello que contaba era cierto. Algo que no era difícil porque, en ese momento, los datos fantásticos se consideraban ciencia. El Medioevo cristiano, la distancia entre la verdad y la ficción era un acto de fe. La verdad era absoluta, rara vez se refutaba, y el imaginario estaba poblado por demonios, gárgolas, seres fantásticos y leyendas que la iglesia se encargaba de reforzar.

Así pasó con el infierno. Lo que sabemos y creemos afecta el modo en el que percibimos la realidad y el fuego en la Edad Media se interpretaba como una imagen del inframundo, que para los hombres medievales era un lugar físico³⁷⁶, algo tan próximo como para un parisino Saint Germain, o para el madrileño Chamberí: un barrio vecino. Por eso en este escenario se desarrolla el otro gran relato medieval que usa el viaje como esquema narrativo, en este caso, como peregrinación simbólica que también pretendía alcanzar el paraíso. Los personajes son analogías de la virtud o el pecado —hay poetas, personajes históricos, ladrones, embaucadores y mentirosos—, y usa el tópico de la salvación tras un peregrinar. Se trata de la *Comedia* de Dante, escrita apenas seis años después que el relato de Marco Polo.

Dante también recurrió al intertexto. Sigue el esquema de la *Eneida* de Virgilio —que es personaje en su narración— y se apoya en los relatos árabes del viaje de Mahoma al otro mundo, conocidos como *Mi'raj*, textos que entonces, cuando ya se acercaba el fin de la Edad Media, eran traducidos y conocidos en el Occidente cristiano³⁷⁷. La *Comedia* es un recorrido que parte del último círculo del infierno y pasa por el purgatorio hasta llegar al paraíso. En el texto hay doctrina religiosa, conocimiento de los clásicos y enseñanzas de filosofía moral. El suyo es un viaje literal, al tiempo que alegórico, espiritual y analógico³⁷⁸. En él hay reflejos de la actualidad florentina de la época, cuando el autor alude a los entresijos políticos y hasta se venga de sus enemigos, en una especie de ajuste de cuentas. Y es una guía del inframundo, donde hace falta un cicerón como Virgilio para atravesarlo, al tiempo que una reaparición del tópico del viaje al infierno, con el mismo propósito moralizante que siempre lo ha acompañado: «un lugar aleccionador que sólo pueden ver quienes todavía pueden redimir sus pecados»³⁷⁹. Se llama *Comedia* —*divina* es un añadido posterior— porque a pesar de los suplicios

que narra, tiene un final feliz, y «comedia», para Alighieri, era el antónimo de la tragedia. Con Dante, como con el *Quijote* o los *Cuentos de Canterbury*, el viaje funciona como eje. Desplazarse y superar pruebas es suficiente para que los héroes alcancen su recompensa. Son obras que refuerzan el uso de la digresión y las historias intercaladas para introducir anécdotas, lecciones o una opinión, y tienen la estructura episódica que hasta antes de Cervantes era exclusiva del relato de viajes. Estos textos anticipan, como antes el *Asno de Apuleyo*, el relato picaresco del Renacimiento y el Barroco, así como la novela moderna.

De este modo, los textos de viaje medievales despertaron la curiosidad de sus contemporáneos y ampliaron su conocimiento del mundo. Cuando aún no existía la prensa ni las novelas, ellos fueron la fuente de noticias e historias, sin prescindir de lo maravilloso y pintoresco que siempre ha seducido al auditorio. Es un conjunto de crónicas que van más allá de informes escuetos de geografía y sucesos. Hubo guías de caminos, pero también de conducta; relaciones de empresas comerciales, pero también morales; narradores que dotaron sus textos de datos, pero asimismo de alegorías edificantes; hubo curiosidad, sorpresa, maravilla. Y, sobre todo, hubo información.

Descubrir América por haber leído a Marco Polo

Cuando Colón partió al mando de las tres carabelas el 3 de agosto de 1492, el mundo estaba convencido de que la Tierra era una gran masa compuesta por tres continentes: Europa, Asia y África. Se conocía como *La isla de la tierra*, y como hacía tiempo se aceptaba que la tierra era redonda —la idea apenas fue probada por Elcano y Magallanes treinta años después³⁸⁰—, era lógico pensar que, tratándose de un globo, si se navegaba el hacia el Oeste se alcanzaría el extremo oriental del continente asiático.

La distancia entre Europa y Asia representaba una barrera de miles de kilómetros. Había colapsado el Imperio mongol. Los otomanos tomaron el control de Constantinopla y el comercio terrestre de los productos procedentes de la India y las tierras del Khan había quedado limitado para portugueses y españoles, que empezaron a depender de costosos intermediarios en Oriente

Medio. Por eso era urgente establecer una ruta marítima para ese mercado, una vía directa entre las costas de Europa y los territorios asiáticos. Los portugueses lo intentaban bordeando las costas africanas hacia el Índico. Bartolomé Díaz encontró el Cabo de Buena Esperanza en 1488, pero aún faltaban años para que la ruta fuera realmente establecida tras los viajes de Vasco da Gama. Colón, por el contrario, decidió intentarlo por la vía atlántica y con viento a favor, una empresa arriesgada desde todo punto de vista. Para empezar, desafiaba los modos de navegación de la época, que aconsejaban viajar a destinos desconocidos con viento en contra, para así garantizar el regreso. La locura de su objetivo también tenía que ver con la inmensa extensión de agua que debía cruzar, el tiempo que habría de pasar en altamar sin ver tierra firme y los monstruos que devoraban embarcaciones y marineros, según la creencia popular. Tampoco había certeza de que al final del océano no hubiera un abismo, o que el viaje hacia el Oeste no fuera el descenso de una gran cuesta que luego sería imposible remontar³⁸¹.

Establecer la ruta comercial es el contexto y pretexto que marca el primer viaje en el que el almirante se topó accidentalmente con América. Por accidente porque había zarpado con el propósito de alcanzar a toda costa el extremo Oriente, no tenía nada que perder y la recompensa que recibiría de los reyes de Castilla le haría noble —virrey en todas las tierras descubiertas— y rico —recibiría la octava parte de las ganancias de su expedición³⁸²—. Pero su paisaje mental era distinto al de un marinero normal. Para abrir la ruta y traer a la Corona española los tesoros que prometía, consultó mediciones y datos científicos, pero también se documentó con relatos de viajeros antiguos y medievales e historias de caballeros y cruzadas. Esos libros mezclaban realidad y fantasía, pero para Colón todo era información verídica. Entre los datos que le sirvieron de punto de partida hubo, al parecer, cartas y un mapa de Toscanelli³⁸³, que aseguraban que era posible llegar a «Las Indias»³⁸⁴ navegando hacia el Oeste unas 750 leguas. Colón leyó el texto bíblico de Esdras, que indicaba que sólo una séptima parte de la tierra estaba compuesta por agua. También *Los viajes de John de Mandeville*. Y consultó la *Cosmogonía* o *Imago Mundi* de Pedro d'Ailly, un texto que describía el paraíso terrenal como un lugar físico, al sur de la línea ecuatorial. El almirante estudió la geografía de Ptolomeo y las conclusiones del astrónomo árabe

Alfragano, cuyas medidas de la circunferencia de la tierra eran exactas —lo que certificaba, en millas árabes, una amplísima distancia entre las costas europeas y asiáticas— pero que Colón tradujo por error a millas italianas. La operación redujo un tercio la distancia, lo cual le hizo pensar que la empresa no era, a fin de cuentas, tan descabellada³⁸⁵. El almirante se embarcó porque contaba con esas certezas, que a los navegantes de su tiempo les resultaban inverosímiles. De no haber sido así, no habría seguido *El libro de las maravillas* como si se tratara de una guía, ni habría llevado consigo cartas para el Gran Khan, como lo había hecho Marco Polo.

Pero él quería para sí, además, el título de descubridor: «Quiero ver y descubrir lo más que yo pudiere», dice en una carta de 1492. En otra escribe: «no quisiera partir hasta que hobiere visto toda aquella tierra que iba hacia el Leste y andada toda por la costa». En 1501 asegura: «De muy pequeña edad entré en la mar navegando y lo he continuado fasta oy. La mesma arte inclina a quien le prosigue a desear de saber los secretos d'este mundo»³⁸⁶. Pero lo más trascendental son sus lecturas de viaje. Quería encontrar al señor de los mongoles del que había hablado Polo, y llegar hasta Catay, Mangi y Cipango —hoy Japón— que el veneciano describió como ricas en oro y piedras preciosas.

Es por estas ideas previas que, al llegar por primera vez a tierra americana, a Guanahani (Bahamas), el 12 de octubre de 1492, tuvo la certeza de haber llegado a Asia, a los litorales del extremo oriente de la «Isla de la Tierra». Y mantuvo esa creencia a lo largo de toda su exploración, a pesar de que no comprobó nada de lo que esperaba. Ni los nativos desnudos y salvajes, ni la ausencia de ciudades y palacios o el fracaso de no localizar Cipango ni al Gran Khan le hicieron perder la fe, explica Edmundo O'Gorman: «había llegado a Asia, en Asia estaba y de Asia volvía, y de esta convicción ya nada ni nadie lo hará retroceder hasta el día de su muerte»³⁸⁷. A Colón se le impuso como verdad indiscutible el hecho de haber logrado su objetivo y así, en lugar de modificar su opinión de acuerdo con los datos que la realidad le iba revelando, los ajustó a su obsesión, mediante interpretaciones de lo más arbitrarias³⁸⁸. Era un hombre de pensamiento medieval, con un imaginario de criaturas celestiales, hombres, animales y seres horrendos y maravillosos. Tenía en su mente una lista de monstruos y fue chequeando su presencia o

ausencia en el continente recién descubierto: amazonas, sí, hombres de dos cabezas, no; con cola, sí; con cabeza de perro, no; y así sucesivamente³⁸⁹. Y cuando la información que obtenía no era la que esperaba, en lugar de revisar su creencia ponía en entredicho a sus informadores. En Cuba, por ejemplo, la longitud de la costa le hizo pensar que se trataba de una tierra continental, y entonces dijo de los nativos: «como ellos son gente bestial e piensan que todo el mundo es islas e non saben qué cosa sea tierra firme, ni tienen letras ni memorias antiguas, nin se deleitan en otra cosa sino en comer y mujeres, dezían que era isla»³⁹⁰.

Porque Colón es, además de marinero, un hombre que se empeña en ver lo que quiere ver y no la realidad que tiene delante. «Un caballero quijotesco», dice Todorov. Con el *Libro de las maravillas* bajo el brazo —que anota cuidadosamente al margen— se empeña en encontrar, a cada paso, aquello que ha leído. Si ve canoas en los ríos supone que es la corte del Gran Khan, de la que Marco Polo dijo que navegaba por los ríos de Cipango; si ve huellas, piensa que son de grifos y cree que el oro «nace», como sabía por otros textos que había leído. Los indígenas, en su dialecto, le advierten de los *Caribas* —caníbales—, pero él quiere entender *Canibas*, es decir, gentes del Can (Khan). Y los asocia también con canes, hombres de cabeza de perro de los que hablaban los escritores medievales. Como explica nuevamente Todorov, el almirante no hablaba la lengua de los indios, pero siempre creía entenderles. Es decir, que lo que «oye» es, sencillamente, un resumen de los libros que ha leído³⁹¹.

Además de llegar a tierras asiáticas, enriquecerse y alcanzar títulos nobiliarios, quería expandir el cristianismo, también influido por el mercader veneciano. Era un hombre piadoso, que se consideraba elegido y en misión divina: no navegaba en domingo, se ponía de rodillas en oración cuando le traían oro o piedras preciosas y su realidad estaba poderosamente permeada, además de los libros de viaje, por la Biblia, *El libro de Esdras* y el *Apocalipsis* —de ahí su deseo de evangelizar—³⁹². Es así como, a su regreso, trajo consigo un relato inverosímil, poblado de seres maravillosos y conclusiones equivocadas. Sus teorías suscitaron duda, aunque no rechazo, porque muchas de las cosas que relató, como las sirenas y los grifos, eran nociones válidas para sus contemporáneos. Sin embargo, le exigieron pruebas

de que, en efecto, había alcanzado tierras asiáticas, algo que no consiguió aportar ni tras su tercer viaje. Y aunque nada era lo que habría tenido que encontrar en Asia, él se resiste a aceptarlo, aun cuando sus conclusiones no estaban en consonancia con las ideas de Tolomeo y Marco Polo. Por eso optó por una solución más descabellada todavía, movido también por sus lecturas y convicciones cristianas: apoyándose en los textos de san Juan e Isaías, y en Pedro d'Ailly, concluyó que había llegado al Paraíso Terrenal³⁹³.

Todo el proceso mental de Colón antes, durante y después de sus viajes es importante porque dan forma a los escritos con los que dio la noticia de su hazaña. Como tantos viajeros, viajó para reconocer, no para ver, y su relato del continente americano —su *Diario* y sus cartas— no sólo estuvo influenciado por el imaginario fantástico de la época sino que es un intertexto permanente, trufado de todas sus lecturas. Por eso no se trata de si es falso lo que narra, sino de que la belleza y la exuberancia del continente lo desbordaron, como suele pasarle a los viajeros. Y la manera que encontró de explicarse a sí mismo y a los demás lo que había visto fue haciendo lo que han hecho los narradores desde los tiempos del mito: aprehender la realidad a través de un relato real mezclado con ficción, lo cual no resta veracidad. Porque incluso los elementos imaginarios demuestran que él quiere informar, explicar lo que ve, no hacer literatura. Como explica Joaquín Roy, a pesar de algunas exageraciones del genovés, su intención nunca fue literaria; tampoco estaba escribiendo un tratado de historia. Lo que hizo fue un inventario de riquezas, observaciones, hallazgos, al tiempo que transmitió el placer estético que siempre suelen comunicar los testigos de algo remoto y asombroso³⁹⁴.

El Almirante (que no era historiador ni poeta) se desdobra en periodista [...] Se trata del escrito de un hombre que viaja e informa acerca de lo que ve a sus compatriotas que se han quedado en el terruño. Es, fundamentalmente, lo que más tarde, con el paso de los años, hará el corresponsal en el extranjero [...] el periodismo básico se destaca desde las líneas de su diario [...] Nada hay de superfluo allí: están todos los datos necesarios para que el lector pueda ubicarlos en cualquier momento³⁹⁵.

También lo explica Acosta Montoro:

Cuando Colón entró en la ría del Tajo de vuelta de las Indias descubiertas, se puso a relatar el acontecimiento. Descubridor-comunicante, logró una obra maestra en su género, superior a los *Viajes* de Marco Polo, por la trascendencia y la veracidad del relato. Colón hizo de informador perfecto, ya que unió a la importancia de las noticias que daba la adecuada redacción, sin que faltara en su trabajo

ninguna de las famosas preguntas escolásticas que componen el conjunto nuclear de la noticia³⁹⁶.

Como dice Blanca López de Mariscal, era tanta la fidelidad de sus descripciones, tan detallada y gráfica su información, que incluso le permitirían identificar el paisaje a cualquier persona que leyera el texto y hubiera estado ahí con anterioridad³⁹⁷. Por esto se le atribuye el título de primer reportero americano³⁹⁸.

Pero Colón, como indican O’Gorman y Todorov, no era un empirista. Sus argumentos fueron apriorísticos, de autoridad (de ahí que se remita todo el tiempo a sus lecturas y a los textos sagrados), algo que también condiciona la información que transmite. Como cree saber de antemano lo que va a encontrar, su experiencia sólo la usa para ilustrar esa verdad que ya posee. Su narración comienza antes de zarpar, y es la que se repite, casi idéntica, al volver. En una carta de 1494, Isabel de Castilla le dice: «Todo lo que al principio nos dijistes que se podría alcanzar, por la mayor parte todo ha salido cierto, como si lo hobiérades visto antes que nos lo dijésedes»³⁹⁹.

Como explica asimismo Todorov, aunque el almirante plasma algunas de sus supersticiones y creencias, eso no significa que haya que restarle mérito, ni desconocer el valor informativo de sus relatos: él describió en su diario las escenas naturales que encontró, se detuvo para observar las tortugas en Cabo Verde, el combate entre un mono y un pecarí, las plantas y los animales. Mientras Pinzón, el comandante de otra de las carabelas, se empeñaba en buscar el oro, Colón estaba escribiendo, describiendo, componiendo sus diarios y sus cartas de viaje. Puede que creyera en sirenas, cíclopes y hombres con cola y cabeza de perro —que también dijo haber encontrado—, pero sus textos, en buena parte, son una descripción de la naturaleza, de los hombres que sí encuentra, aunque exagerara o incluyera supersticiones y adjetivos. Hay cosas que son las más hermosas que él ha visto jamás, ninguna tierra es tan hermosa. Sabía que aquello podía resultar inverosímil, pero asume el riesgo porque no puede actuar de otra manera, y asegura que cuenta sólo la verdad⁴⁰⁰. Se comporta en todo momento como un reportero que quiere explicarle a sus contemporáneos lo que desconocen, tal como lo hicieron Heródoto o Marco Polo. Sus fantasías no responden a deseos de desinformar o hacer ficción, sino lo contrario: traducir, del modo más ajustado al

pensamiento de su época, aquello que veía o creía ver. Y la importancia de sus textos radica en su función motora, de impulso para todos los que, como él, quisieron emprender una empresa similar y también contarla.

Uno de ellos fue Américo Vespucio, inspirado asimismo por Marco Polo. El florentino viajó para dar la vuelta al mundo y localizar el paso marítimo que el veneciano había atravesado desde las costas de Japón hasta el Océano Índico, pero también con la idea de poner su experiencia por escrito. En una de sus cartas a Lorenzo de Médici, el mecenas de su expedición, no sólo le cuenta que ha descubierto una enorme masa de tierra de dimensiones continentales, sino que ha tomado nota de todo lo llamativo y digno de reparo, porque tiene el proyecto de escribir un libro con sus viajes. *Mundus Novus* y *Quatuor Navigationes* fueron el valioso resultado de esa intención⁴⁰¹.

Las diferencias entre los dos hombres que se disputan el título de descubridores de América se explican en *Las morales de la historia*: Colón tiene, en primer lugar, un narratario definido, los reyes de España. Sus textos pretenden convencerles de la riqueza de las tierras encontradas para que acepten financiarle sus siguientes expediciones. Se trata de «cartas-instrumentos, cartas utilitarias». Vespucio, por el contrario, viaja para alcanzar la gloria de su nombre, «la honra de su vejez». Sus cartas pretenden deslumbrar a sus amigos en Florencia, y luego se traducen al latín para que el público cultivado de toda Europa «pueda saber cuántas cosas maravillosas se descubren cada día». «Colón escribe documentos; Américo, literatura». El italiano quiere entretener a sus lectores. De ahí su preocupación por la claridad: cuando habla de cosmografía, por ejemplo, un tema que puede que el lector desconozca, explica todo dos veces para que puedan comprenderle mejor, y añade incluso diagramas. El genovés describe, relata de oídas — aunque es poco lo que entiende de la lengua de los nativos—, pero Vespucio, que es un narrador experimentado, se extiende en comentarios y anécdotas pintorescas. Y mientras Colón alude casi de forma taxativa a la sexualidad de los indios, Américo desata su imaginación y se recrea en escenas eróticas para entretener a sus lectores, hombres europeos ávidos de leerlas: llega a decir que las indias muerden el pene de sus parejas y entonces el miembro crece tanto que alcanza proporciones increíbles hasta estallar. En sus escritos, Américo cita a Plinio, a Dante, a Petrarca, a epicúreos y estoicos, mientras

que Colón sólo tiene en mente los textos cristianos y los relatos maravillosos de Marco Polo o del cardenal d'Ailly. El almirante es un hombre medieval, con la cabeza llena de *mirabilias*, pero Américo es un intelectual del Renacimiento, como concluye Todorov⁴⁰².

Son dos tipos distintos de escritor-viajero: uno que se preocupa por la información, aunque a veces fabule —Colón— y otro que se inclina por la fantasía, aunque entre esa fabulación informe también —Vespucio—. Para ambos los datos son fundamentales: su objetivo, como cronistas de un suceso extraordinario, es dar a sus contemporáneos la noticia de un hecho sin igual. Ser verosímiles es lo más importante, pero esa verosimilitud la determina la época, no ellos: Colón, por ejemplo, se muestra nervioso de sonar exagerado cuando se refiere a la exuberancia y la belleza que encuentra, pero no así cuando habla de sirenas o del paraíso terrenal, porque sabe que esas ideas son aceptadas. Y Vespucio, aunque intente seducir a sus lectores con anécdotas coloridas y fabule con intención, en el preámbulo de sus *Navigaciones* aclara que su deseo es comunicar lo que ha visto «en diversas regiones del mundo»; que escribe de «cosas no mencionadas ni por los antiguos ni por los modernos escritores» y lo que lo lleva a coger la pluma es la confianza en la verdad de lo que escribe. Narra con su imaginación, pero al mismo tiempo provee datos y noticias de la riqueza de la América recién descubierta⁴⁰³. Y así como Heródoto habló de raptos de mujeres para enganchar a su público, el italiano se valió de la vida sexual de los indígenas.

Pero es posible que Vespucio no hubiera escrito sus textos tal como se conocen, y hay historiadores que dudan de la autenticidad de su relato. No son del todo compatibles las cartas manuscritas con las publicadas, por lo que sólo serían auténticos los originales. *Mundus Novus* y *Quatuor Navigaciones* serían falsificaciones de florentinos doctos que habrían utilizado sus cartas para hacer literatura «instructiva y didáctica»⁴⁰⁴. Como pudo ser el caso de Marco Polo, cuyas fabulaciones se atribuyen a su escribano⁴⁰⁵. Si es cierto lo de la falsificación, el carácter útil e informativo del texto no varía, pues su función, más allá del entretenimiento, es divulgar el saber, la ciencia o la moral, aunque los disfracen de accidentadas travesías en el mar. Y si hubiera sido Vespucio el autor de sus invenciones, tampoco eso altera el carácter de su obra, porque como explica Todorov, no hay duda de que fue un personaje-

narrador, no como Colón, sino en la línea de Simbad y Ulises, protagonistas de aventuras maravillosas. En suma, un escritor viajero que no dista mucho del genovés porque ambos dieron cuenta, entre la realidad y la fantasía, de lo que habían visto. Así, ambos se ubican en el origen de lo que se conoce como *Crónicas de Indias y Relaciones*, un género que se extendió entre los conquistadores y exploradores de América.

Hay que recordar que, tras el tercer viaje del almirante, cuando se confirmó el hallazgo del nuevo mundo —bautizado como *tierra de Paria*—, la Corona levantó el monopolio que tenía Colón y autorizó la exploración a otros navegantes. Entonces comenzaron a viajar a América los hombres que pasarían a la historia como descubridores de regiones y estrechos: Alonso de Ojeda (que dio nombre a Venezuela), Rodrigo de Bastidas (fundador de Cartagena y Santa Marta) o Juan de la Cosa (el dibujante del mapa más antiguo del continente).

Sin embargo, los cronistas oficiales tardaron en aparecer. La Real Asociación Española de Cronistas Oficiales se creó en 1526, cuando habían pasado más de treinta años de los primeros viajes a América. Su encargo era poner en orden la trama del descubrimiento, que tuvo lugar en la última década del siglo xv. Esto ha suscitado un equívoco: se dice que las Crónicas de Indias no son un antecedente de la crónica tal como hoy la conocemos, porque «fueron escritas por sujetos imperiales que relataban la conquista y la colonia con la voluntad de justificar sus intereses y sus atropellos. Básicamente porque eran historiadores oficiales, a sueldo de la Corona de Castilla, y su escritura tenía el formato de un discurso histórico, ajena a la deriva del periodismo narrativo»⁴⁰⁶. Pero esto no es exactamente así. Como explica José Carlos González Boixo⁴⁰⁷, en aquel momento, el término *crónica*, y por ende el de *cronista*, se referían a la escritura histórica como se concebía en la Edad Media:

Las obras de los cronistas oficiales sólo son una mínima parte del conjunto de obras de carácter histórico que se agrupan bajo la denominación de «crónicas de Indias». En pureza terminológica, el título de «cronistas» les corresponde a estos autores en razón de su cargo oficial, y la generalización de su uso al resto de historiadores de Indias se observa desde las primeras obras del siglo XVI. Vaciado semánticamente de su significado medieval, la «crónica de Indias» equivale a «historia» o «relación». Así, es fácil observar ya desde los primeros cronistas la utilización indistinta de estos términos al referirse a sus obras. Desde un punto de vista técnico, la denominación «historiografía indiana» es la

más correcta⁴⁰⁸.

Historiografía de las Indias fue lo que hicieron hombres como Gonzalo Fernández de Oviedo (primer cronista oficial de Indias), Pedro Mártir de Anglería (cronista de la Corona), Francisco López de Gómara, Pedro de Valencia, Fernando Colón (hijo del almirante), Bartolomé de las Casas, Martín Fernández de Navarrete, Bernardino Sahagún, Juan Ginés de Sepúlveda, José de Acosta y Antonio de Herrera, que escribieron para explicar los sucesos alrededor del descubrimiento y la conquista. Sus libros se pueden clasificar como Historia, al ser reconstrucciones del pasado para su explicación. Y aunque algunos de ellos fueron, en efecto, viajeros a América, como Pedro Mártir, muy pocas de sus obras tienen categoría de relato. Así, hay claramente dos grupos de escritores en este periodo: los historiadores y los que sí es posible llamar cronistas, viajeros que trajeron las noticias del Nuevo Mundo, testigos o protagonistas de los acontecimientos, con intención de llegar al público con un relato de actualidad en la América del descubrimiento y la conquista, y que escriben de forma paralela al desarrollo de los hechos. Como dice Belenguer, otra cosa distinta es que años después sus testimonios se recopilaran en libros y pasaran a tener una función válida para la Historia, pero en su momento su actuar fue periodístico. Los historiadores, por el contrario, eran autores de archivo, tenían acceso a la documentación oficial y podían exigir informes particulares para redactar sus crónicas⁴⁰⁹. Pero casi ninguno viajó ni escribió *in situ*.

Los cronistas viven en el espíritu de los acontecimientos que describen y pertenecen a él; el historiador vive fuera de ese ámbito [...] trata de penetrar en él y reconstruirlo, pero con un espíritu distinto de los hechos que narra. Los cronistas son los ojos y el corazón de la Historia, escriben narraciones de sucesos sin pretender alcanzar explicaciones reflexivas. Les caracteriza su parcialidad, apasionamiento, su profunda religiosidad y su arrogante etnocentrismo, sin que aspiren a la imparcialidad que ansía la Historia⁴¹⁰.

Por eso, cuando se buscan los antecedentes de la crónica contemporánea, es correcto decir que los escritores oficiales, en el sentido medieval del término, «estaban más cerca de la historia antigua que del futuro periodismo»⁴¹¹. No así los cronistas que viajaron al nuevo mundo, cuya narrativa de lo real los ubica más cerca del concepto medieval de las *relaciones*. Ellos escribieron a título personal sobre su experiencia americana

en los tiempos de las primeras exploraciones y la conquista, no por encargo de la Corona o con pretensiones históricas. Por sus métodos y estilo, las cartas y relaciones de Hernán Cortés, Diego Durán, Bernal Díaz del Castillo y Alvar Núñez Cabeza de Vaca, junto con los textos Colón y Vesputio, pueden ubicarse en los orígenes de la crónica latinoamericana⁴¹². Y esas crónicas, que tuvieron una repercusión incomparable, eran *de viaje*. Esa es la clave para separar a los autores de archivo e historia de los testimoniales⁴¹³.

Además, los títulos de los historiadores también dejaban claro cuál era su propósito: *Historia de las Indias* (de las Casas), *Historia General* (Gómara), *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra-Firme del Mar Océano* (Herrera), por citar algunos ejemplos. Y aunque Bernal Díaz del Castillo también tituló su obra *Historia verdadera de la conquista de la nueva España*, ésta debió haberse llamado *Crónica verdadera* al ser un relato subjetivo, colorista, que se acerca a las relaciones de Colón y está narrada por un protagonista que, como conquistador y viajero, vivió junto a Hernán Cortés la conquista de México y las batallas que trajeron consigo la desaparición de las culturas indígenas mesoamericanas. Bernal fue protagonista y quiso dar su testimonio, en parte, porque como Jenofonte, quería reivindicar su papel y el de sus compañeros. Los méritos que se estaba llevando sólo Cortés. Por eso escribió:

Francisco López de Gómara no solamente ha errado en lo que escribió de la Nueva España, sino que también hizo errar a otros famosos historiadores que siguieron su historia. Y a esta causa, digo y afirmo que lo que en este libro se contiene es muy verdadero, y que como testigo de vista me hallé en todas las batallas y rencuentros de guerra; y no son cuentos viejos, ni Historias de romanos de más de setecientos años [...] Lo que yo vi y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista yo lo escribiré, con la ayuda de Dios, muy llanamente, sin torcer ni una parte ni otra⁴¹⁴.

Como Díaz del Castillo, también Hernán Cortés y Cabeza de Vaca escribieron relaciones de sus viajes, con la subjetividad que conlleva la experiencia, además de los intereses personales que cada uno tenía al enviar su texto al rey Carlos V. De cualquier modo, fueron informadores y no historiadores: el pasado les importa mucho menos que el presente, y su estilo estaba inspirado en los modos de Colón.

Cabeza de Vaca escribe una de las crónicas más personales del descubrimiento, emocionantes y con el tono menos solemne y oficial. Para

1527, el año que emprende su viaje a Norteamérica, aquellas tierras ya estaban llenas de españoles buscando la tierra prometida. Pero lo que él encontró fueron huracanes, enfermedades, naufragios y flechas de indios a punto de matarle. Durante diez años, este español de Jerez cruzó casi todo el norte del continente, desnudo y viviendo al modo de los indios, en un recorrido que según sus cálculos había sido de dos mil leguas, unos once mil kilómetros. Todo esto lo relató en *Naufragios*, escrito al volver a España y a modo de relación. No tenía pretensiones económicas ni literarias, sólo quería que la Corona pudiera tener información etnográfica detallada de aquellos territorios fértiles, de sus árboles gigantes, sus ríos inmensos —el Mississippi, el Colorado—, el clima y los hábitos de los indios⁴¹⁵.

El italiano Antonio Pigafetta escribió otro testimonio extraordinario de la época, tras ser testigo de la primera circunvalación de la tierra, a bordo de la nave que capitaneó Magallanes. La *Nao Victoria* salió de Sanlúcar de Barrameda hacia el Oriente y encontró el paso que comunicaba el Atlántico y el Pacífico, con el que había soñado Colón. Surcó el Índico, bordeó toda África y llegó de vuelta al punto de partida. Él es el narrador de la primera vuelta al mundo, un relato lleno de realidad e invención. Y como todos los viajeros que se enfrentan a la descripción de un territorio recién descubierto, del que nadie ha hablado antes, acudió a la narración pormenorizada de la geografía y etnografía, pero con base en el marco cultural de la época, lo que lo llevó a mezclar noticias con historias fabulosas.

Como explica Nelson Martínez Díaz, Pigafetta anotó casi todo lo que pudo verificar sobre los habitantes de las regiones visitadas. Su diario incluye datos reales sobre formas de vida, ceremonias, hábitos sexuales —que describe con minuciosidad— y referencias a la estructura social y de poder de los reinos de Filipinas y las Molucas, así como sus relaciones comerciales. Pero al mismo tiempo alude a un árbol que produce agua en Tenerife y que crece en una zona donde nunca llueve. Habla de gigantes en la Patagonia, de la leyenda de un pájaro negro que se mete en la boca de las ballenas para arrancarles el corazón en la isla de Cebú y de las hojas del árbol de Borneo que tienen vida propia⁴¹⁶.

El relato de Pigafetta resulta tan fascinante que García Márquez, en su discurso del Nobel, invocó su nombre y aseguró que la del italiano era «una

crónica rigurosa que, sin embargo, parece una aventura de la imaginación». El colombiano también mencionó a los cronistas de Indias en los que, según dijo, están los «gérmenes» de la novela latinoamericana, presentes en Martí, Darío, Rodolfo Walsh, Carpentier o Vargas Llosa⁴¹⁷. García Márquez habla de Remedios la Bella como Pigafetta de gigantes en el Cono Sur; el novelista, de gallinas con piedrecitas de oro en las mollejas, el italiano, de unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho. De nuevo, no se trata de datos ciertos o falsos, sino de una realidad desbordante que el escritor intenta aprehender a través de las palabras. Es la hipérbole de lo real-maravilloso, que poco a poco se convertirá en lo maravilloso-real, como ha dicho Alberto Salcedo Ramos. Y por culpa de esa realidad desaforada, explicó García Márquez, los autores han tenido que pedirle muy poco a la imaginación, pero el desafío mayor ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble esa vida⁴¹⁸. Realidad y fantasía, información y literatura siempre han sido hermanas siamesas, aunque perdure esa superstición de que la realidad se puede contar prescindiendo de alguna de ellas.

Hay un último hecho trascendental en esta etapa que también tiene que ver con el viaje, la información y los cronistas: la imprenta era nueva en Europa cuando Colón llegó a América, y las primeras «noticias» que circularon impresas entre 1493 y 1516 fueron las de los descubrimientos y la conquista, porque eran las que suscitaban mayor expectativa e interés. Entre ellas, la carta que redactó Colón para los reyes de Castilla en la que contaba las incidencias de su primer viaje, que en 1493 se llegó a publicar nueve veces y a finales del siglo habían aparecido veinte ediciones⁴¹⁹. Por eso se dice que el de Colón es uno de los primeros textos realmente noticiosos, en una época en la que precisamente surge el periodismo como profesión, con la aparición de los primeros medios impresos.

Así, el invento de Gutenberg difundió la noticia de las realidades próximas y lejanas. El viaje se ubicó en el centro del interés informativo y con éste en el origen del periodismo. La crónica fue uno de los primeros géneros impresos, y el viaje, uno de los temas que abordó la incipiente profesión. Gracias a la imprenta se superaron las dificultades que suponían las copias manuscritas, y todo ello dio pie a un *boom* editorial de los libros de viajes, a la «burbuja de

los mares del sur» y la proliferación de los viajes científicos de la Ilustración y el Siglo de las Luces. Los lectores empezaron a preferir los libros de viaje por encima de las novelas de caballería. El género creció y sus adeptos se multiplicaron en los siglos siguientes, también los escritores. Y todo sólo porque Colón, un almirante genovés de pensamiento medieval, salió en su carabela porque había leído a Marco Polo.

Impostores, piratas, editores y científicos

El descubrimiento de Colón revolucionó todos los dogmas cristianos y la concepción tradicional del mundo. La Edad Media había terminado y Dios dejaba de estar en el centro; el hombre tomaba su sitio. El siglo XIV había visto nacer el humanismo gracias a personajes como Dante, Petrarca y Boccaccio —autores que, los tres, escribieron sobre viajes, y quizá ahí se funda la percepción del viajero como humanista—. Se consolidan los estados que ejercerán el papel de conquistadores —luego imperialistas—, y en los centros urbanos empieza a circular información impresa y periódica. Es el tiempo del Atlántico, y pronto será el del Pacífico. Europa exporta cada vez más misioneros, embajadores, marineros, exploradores, comerciantes, científicos y piratas que narran sus viajes con tanto ahínco como sus antecesores, pero en un volumen nunca visto.

Despunta el género de la picaresca, emparentado con el viaje porque sus protagonistas buscan fortuna deambulando por el mundo o en busca de recursos para sobrevivir, y su aprendizaje tiene lugar en la ruta. Tomás Moro escribe su *Utopía* en 1516 —siguiendo la tradición que se remontaba a Yambulo y a la Atlántida de Platón, pero ahora enriquecida con las ideas sobre el buen salvaje que trajeron Colón y Vespuccio desde el Nuevo Mundo—; Montaigne sienta las bases del ensayo en sus viajes por Europa, en 1588; Erasmo de Rotterdam escribe su *Elogio de la locura* a lomos de un mulo de camino a Inglaterra⁴²⁰; y Miguel de Cervantes funda la novela moderna con *Don Quijote de la Mancha*, que es también el relato de un itinerario⁴²¹. Como dice Lorenzo Silva, el *Quijote* reúne lo mejor de la literatura viajera: «desde la descripción de paisajes y gentes hasta la experiencia del camino, sin

olvidar el motivo de la peregrinación ni el del viaje como imagen de la existencia o como empresa de redención»⁴²².

Europa había descubierto el mundo, y aunque se dice que chinos y vikingos llegaron antes a tierras americanas, el hecho de relatar la hazaña fue lo que les permitió a los europeos proclamarse descubridores y de contarlo así para la posteridad. Entre los siglos XVI y XVIII proliferaron los relatos de viajes, y no ha habido un *boom* parecido de este género en la historia. Se produjeron en gran cantidad —gracias a la popularización de la imprenta— y sus estilos, formatos y técnicas narrativas fueron diversos. Unos desde el empirismo, cuyas bases formuló Francis Bacon en 1620; otros, mezclando realidad y fantasía, como ya era tradición.

El comercio, la expansión de los estados y la evangelización fueron razones para viajar en el siglo XVI. Oriente, durante la Edad Media y el Renacimiento, había sido el destino de las misiones, pero el Atlántico, y el Pacífico recién descubierto, se convirtieron en el territorio del comercio, de marineros y exploradores —primero portugueses, luego españoles y más adelante británicos, holandeses y franceses—. Casi cada capitán de barco y casi cada misionero contaron sus viajes. Cada embajada llevó al menos una persona que escribía sobre el recorrido, y esto propició un auge del género de viajes⁴²³.

Ya no había muchas peregrinaciones. Tras su apogeo en los siglos anteriores, la iglesia dejó de promocionarlas, por los excesos de ciertos grupos de peregrinos. La fe ya no era suficiente para desafiar los asaltantes que acechaban los caminos o los hombres armados que merodeaban las rutas de las caravanas⁴²⁴. Aun así, también se publicaron guías. Entre ellas, la *Descripción del camino de Irún para Madrid y Portugal. Descripción de las cosas curiosas y necesarias de saberse a los que partieren de Irún para Madrid*, de 1640, que fue confeccionada no en un volumen grande y alargado, como era común, sino en un tamaño manejable, adecuado para llevarlo sin dificultad en los bolsillos del traje o en las calzas⁴²⁵.

También los misioneros jesuitas, capuchinos y franciscanos continuaron relatando sus correrías de evangelización. De hecho, la mayor parte de la información geográfica estuvo en manos de la Iglesia. Gracias a su servicio cartográfico y a su imprenta políglota, ésta fue la mayor empresa informativa

del siglo XVII. Muchos viajeros y exploradores se documentaban en Roma para preparar sus periplos, en el Centro de documentación general del Vaticano y los archivos de la Compañía de Jesús⁴²⁶.

Bartolomé de las Casas escribió sobre la Suramérica de la colonia. Samuel Fritz, desde el Amazonas, y Francisco Álvarez sobre Abyssinia —hoy Etiopía—, un texto en el que describió los modos de vida de la supuesta tierra del Preste Juan, lo que ayudó a engordar el mito del misterioso patriarca oriental⁴²⁷. Y san Francisco Xavier dio testimonio de su evangelización en India, Malasia, China y Japón, entre otros destinos, a través de cartas a sus compañeros, textos de alto valor documental en los que incluye sus conversaciones con paganos y las intrigas y obstáculos del proceso misionero⁴²⁸. En este sentido, la Compañía de Jesús fue una de las principales fuentes de relatos de viaje —cartas, diarios, resúmenes de itinerarios y reportes—, especialmente desde 1540 hasta 1773, año en que el papa Clemente XIV disolvió la compañía. *Las cartas edificantes y curiosas* de los jesuitas, llenas de información documental, se editaban para venderlas por un precio módico a una clientela popular⁴²⁹. Llegaron a sumar 34 volúmenes y, entre 1702 y 1776, recorrieron Europa por su valor utilitario, formativo y moralizante.

El viaje será, en la Edad Moderna, un ejercicio intelectual. Los grandes pensadores se desplazan por los caminos todavía rudimentarios de la Europa continental. Thomas Hobbes, Erasmo de Rotterdam y Montaigne fueron a Italia. También Montesquieu, sir Philip Sydney, Rabelais, John Milton y Berkeley hicieron viajes culturales. Recorrían Europa de salón en salón para encontrarse con intelectuales, diplomáticos y artistas, reuniones en las que discutían sobre política, arte y filosofía. Y al escribir sobre sus periplos, ahondaron tanto en la descripción de las ciudades que visitaban como en las curiosidades del trayecto, además de sus reflexiones. Entre esos viajeros de salón estuvo luego Casanova, el donjuán que en *Histoire de ma vie* narró las reuniones de la aristocracia de su época, en las que estaban Rousseau, Voltaire, Mozart, Catalina la Grande y Federico II de Prusia.

Ese viaje cultural pronto se convirtió en una búsqueda de sabiduría, de ideas de provecho para las naciones y formación personal, para aprender idiomas y también por gusto. Es lo que se empezó a denominar *Grand Tour*, a

partir del *Viaje a Italia* de Richard Lassels, escrito en 1670, una guía en la que escribió: «sólo quien haya llevado a cabo el *Grand Tour* por Francia y el viaje por Italia estará capacitado para entender a César o a Livio»^{430 431}. Y hubo ensayos que promovieron el viaje como requisito en la educación de los jóvenes.

Ese intercambio en los salones fue especialmente propicio para que las mujeres empezaran a viajar con un poco más de libertad, aunque tampoco demasiada. Eran admitidas en las tertulias, en las que podían hablar de tú a tú con los hombres, de política, cultura o incluso de sexo. Pero lo cierto es que el *Grand Tour* las excluyó —era un espacio de formación reservado a los jóvenes burgueses que luego serían la aristocracia gobernante en sus países—, y no estaba previsto que una jovencita viajara a educarse en un recorrido por Europa ni aunque fuera acompañada de tutores. Sin embargo, algunas viajaron como compañeras de sus maridos. Y aunque en esas estancias seguían dedicadas a los hijos y al hogar, el contacto con otras realidades les fue abriendo nuevos horizontes y poco a poco fueron ganando terreno en esas sociedades regidas por hombres. Muchas escribieron cartas desde el extranjero, y ese género epistolar les permitió reflexionar por escrito sobre los países que visitaban, las características de esas sociedades y también sobre el sentido del viaje.

Mme. de Sévigné —una mujer que fue alabada luego por Proust y Flaubert — mezcló el relato de la vida de los salones con sus preocupaciones religiosas o amorosas, casi siempre acompañadas por la tristeza de tener que vivir separada de su hija y la angustia del paso del tiempo. Mary Wortley Montagu también fue autora de una serie de cartas famosas, en su caso desde Turquía, a donde acompañó a su marido embajador. Es considerada la pionera de la literatura de viaje femenina en Oriente, y sus descripciones inspiraron a muchos que luego escribieron sobre esos territorios. Sus cartas seducían especialmente porque describían espacios a los que sólo tenían acceso las mujeres, como el harén y el hammam, el baño turco⁴³².

De hecho, los libros que se escribieron sobre Turquía entre 1500 y 1800 son un caso particular. Juan Goytisolo, en una guía de Estambul, cuenta que durante cuatrocientos años los viajeros occidentales al Imperio otomano se recrearon al describir el harén del sultán, imprescindible para hablar de esa

cultura. Sólo entre 1501 y 1551 se publicaron cerca de novecientos libros relacionados con el viaje a Turquía, y si se abarca todo el siglo XVI, más de dos millones de títulos. No obstante, se sabe que era imposible que un «infiel» entrara en ese recinto vedado e inaccesible, por lo que las abundantes descripciones que se publicaban eran inventadas o escritas a partir de lo que contaban los pocos otomanos que conocían su interior.

Los escritores sabían que un relato de segunda mano sobre los misterios del Topkapi no iba a cumplir las expectativas de sus lectores, quienes veían en ese universo de monarcas, eunucos y concubinas algo excitante y exótico, y por eso querían una explicación detallada de la atmósfera pasional, su ambiente, intrigas, rivalidades, vicios y aberraciones. Un relato de Turquía que no incluyera el harén estaba condenado al fracaso. Por eso, en pocos años, proliferaron las descripciones minuciosas con las que los europeos creían conocer sus intimidades y enigmas: «cualquier dramaturgo o novelista, sin moverse de Madrid, París o Londres, podía enmarcar en él, como Lope de Vega en *Novelas a Marcia Leonarda*, la acción de su comedia o relato»⁴³³. La narración se volvió intertextual: como casi ningún autor occidental había podido visitar los interiores del palacio, unos y otros copiaron y reescribieron verdades y mentiras ya publicadas, hasta construir el imaginario de la vida del sultán y sus mujeres que llega hasta hoy.

Esos viajes, que produjeron cartas, relatos y diarios, son textos claros, sencillos, verídicos y con sentido crítico. De hecho, todos encontraban algún beneficio en contar sus periplos, muchos de ellos publicados por entregas en la prensa. Como los famosos manuales del *Ars Apodemica*, que sintetizaban el deber ser del viajero y servían de guía, en ese sentido útil del género desde su origen.

También hubo caminantes-escritores, como Jean-Baptiste Tavernier, el comerciante francés que fue a la India y publicó sus viajes en 1676. Con él comienza la leyenda del supuesto Taj Mahal negro que el Shah Jehan quiso construir como su propia tumba, al otro lado del río, para conectarla por un puente con la de su esposa. Pero el viajero francés contó que la guerra y sus hijos truncaron esos planes, y otro gobernante tampoco le permitió completar su intención—⁴³⁴. En este periodo, los escritores profesionales empezaron a editar los diarios que escribían en sus visitas al extranjero, entre ellos Henry

Fielding y Tobias Smollett, quien al servicio de la Armada británica participó en el cerco de Cartagena en 1741.

Pero la mayoría de los relatos de viaje de la Edad Moderna se originan en el océano⁴³⁵. El mar, como había sucedido en la antigua Grecia, volvió a ser el territorio del relato, y la peregrinación fue al conocimiento y a los confines del mundo. Después de que Colón abriera la ruta atlántica, Da Gama la del Índico, John Cabot la norteamericana y Magallanes la que conducía al Pacífico, comenzó la segunda era de los descubrimientos, en la que los testimonios de los marineros y exploradores aparecieron por doquier. El viaje marítimo, que en el siglo XVI fue español y portugués, en el XVII pasó a ser inglés, pero sobre todo de los neerlandeses. Ámsterdam era la capital del mundo en ese momento: era el Siglo de Oro holandés. Descartes le escribió a un amigo en París: «¿En qué otro lugar son todas las riquezas de la vida tan fáciles de encontrar como aquí?». Y una guía de 1652 decía: «Dios ha tomado las riquezas de otras ciudades y las ha depositado en este lugar». En el exterior parecía una ciudad modesta, pero en el interior las casas eran suntuosas y pertenecían a burgueses que se habían enriquecido gracias a la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, fundada en 1602. Ellos tenían la exclusividad de los productos de las Molucas —«las Islas de las Especies» en Indonesia—: canela, jengibre, nuez moscada, incienso y pimienta, así como de las sedas que venían de Oriente, los metales suecos, el azúcar y tabaco. Europa ya no podía prescindir de ellos para cocinar, preservar los alimentos y elaborar medicinas y perfumes. Lo cuenta Stefan Zweig:

Un solo gramo de un condimento índico, un poco de pimienta, una flor seca de moscada, una punta de cuchillo de jengibre o de canela mezclados en la más grosera de las viandas, bastan para que el paladar, halagado, experimente un raro y grato estímulo [...] un plato no está en su punto si no lo cargan de pimienta; llegan a echar jengibre a la cerveza y refuerzan el vino con especies molidas [...] La vanidad femenina es también cada vez más exigente respecto a los aromáticos de Arabia, los tejedores y tintoreros hacen elaborar para ellas las sedas chinas y los damascos de la India, y los orfebres montan las perlas blancas de Ceilán y los azulados diamantes de Narsingar. Más imperiosamente todavía, la Iglesia católica impulsa el consumo de los productos orientales, pues de los millares de millones de granos de incienso que levantan el humo de los incensarios movidos por los celebrantes en los millares de iglesias, ni uno sólo ha salido de tierra europea⁴³⁶.

No son muy conocidos en el resto de Europa los relatos de viajeros holandeses —los inmortalizó sobre todo la pintura de maestros del retrato

como Rembrandt y Frans Hals—, pero de esa nueva época del mar quedan testimonios como el de Pedro Teixeira, posiblemente el primero en navegar todo el océano en sentido Oeste-Este (volviendo a Portugal desde la India, no por el Cabo de Hornos sino por el Pacífico). También descubrió el río Amazonas, y lo relató con abundantes datos naturales y geográficos. Jacques Cartier, Samuel de Champlain y Marc Lescarbot dejaron el testimonio de la llegada de los primeros franceses a Canadá.

Sir Walter Raleigh viajó a Suramérica en más de una ocasión en busca de *El Dorado*, pero pasó a la historia por concebir el proyecto de colonizar América del Norte, aliado con Isabel I. En 1583, la reina lo autorizó a fundar la primera colonia, al Norte de Florida, a la que llamó Virginia y abarcó Carolina del Sur, Carolina del Norte, Virginia y Maine. Raleigh fue el hombre que impulsó el cultivo de tabaco, que comenzó a exportar a Inglaterra en 1614, y desde entonces su consumo fue popular en Europa. El otro gran pirata de su tiempo fue Francis Drake, el segundo en circunnavegar el mundo después de Elcano. Él escribió el diario de sus peripecias en el mar (lo reescribió después su sobrino), y es interesante cómo los iberoamericanos lo tenemos por gran bandido mientras que en Inglaterra se le considera héroe: fue caballero de la reina e indispensable en la conquista de Escocia, entre otros territorios. También hubo corsarias: Anne Bonny y Mary Read viajaban juntas disfrazadas de hombres entre las tripulaciones, y son las únicas mujeres en la historia a las que se acusa oficialmente de piratería. Ellas no escribieron, y lo poco que se conoce de sus hazañas viene de *La historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas*, un libro de 1724 escrito por el capitán Charles Johnson, aunque se sospecha que la obra es de Daniel Defoe⁴³⁷.

Unos buscan territorios de leyenda; otros, el pasaje del Noroeste para atravesar al Pacífico por el norte de América. Se explora la geografía americana, la selva tropical, el Nilo Azul. Y África permanece como un continente misterioso e inexplorado, salvo por misioneros en Etiopía y algunos holandeses en el Congo y Mozambique. Se asentaban en zonas cercanas a las costas que bordeaban sus barcos, pero ninguno se aventuraba al interior. Los viajeros eran una especie de «reporteros no oficiales»⁴³⁸, a los que se enviaba para que trajeran información, en ese tiempo en el que los océanos eran el escenario de estudios científicos y descubrimiento de islas y continentes,

autopista hacia las colonias. Pero también era un lugar para cazar tesoros y campo de batalla entre potencias imperiales que terminaban en naufragios de leyenda, que se han recreado en documentales y películas de Hollywood.

William Dampier fue uno de los personajes casi míticos que protagonizó esas gestas, autor del *Nuevo viaje alrededor del mundo* de 1697. Explorador y corsario, llegó hasta las costas de Australia, todavía sin descubrir. También a Nueva Guinea —el Almirantazgo Británico le encomendó una de sus naves por la admiración que suscitó su libro no sólo en el pueblo sino a Guillermo III y la reina María II—. Dampier fue el primero en completar casi tres vueltas al globo. Llevaba siempre un diario en el que registraba las plantas, animales e indígenas que iba descubriendo, y como buen hombre de ciencia, recogía muestras que guardaba en su equipaje. En sus textos menciona, por ejemplo, el aguacate, el león marino y los efectos de la marihuana. Su obra inspiró a Jonathan Swift, pero también motivó los viajes de James Cook, Humboldt y Darwin, entre muchos otros.

John Byron narró el naufragio del *Wager*, un libro que tuvo un éxito inmediato porque se trataba de un caso muy sonado en la época. El capitán Georges Anson y sus hombres, a bordo de una fragata de la Royal Navy, zarparon en 1740 con la intención de tomar posesión de las colonias españolas en el Pacífico, entre ellas Perú, rica en plata y otros metales preciosos. Pero meses después, con una tripulación enferma, un barco poco preparado para la batalla y las tormentas, y sin instrumentos de navegación, encallaron frente a las costas de Chile, donde protagonizaron una historia de traición, asesinatos e incluso canibalismo. Murieron 626 tripulantes y pocos sobrevivientes consiguieron volver a Inglaterra, no sin antes completar otra aventura: a bordo del *Centurión*, navegaron hacia el Oeste para interceptar el galeón de Manila, el buque español que transportaba las ganancias del comercio con China desde las Filipinas a México. Lo lograron. Y el capitán Anson vivió de ese botín el resto de su vida. Fue un viaje del que muchos escribieron y reclamaron como suya la versión fidedigna. Además de la de Byron, la más famosa es la del mencionado capitán, escrita por el capellán Richard Walter y supervisada por el comodoro —la práctica de edición y reescritura era común—⁴³⁹.

Para entonces, nace el periodismo, y sus padres en Inglaterra —Addison, Fielding, Smollet, Johnson, Boswell, Defoe, Sterne o Walpole— eran todos

viajeros (también Prevost, Rousseau y Diderot en Francia). La prensa contaba con interés las noticias del mundo y tomó sus primeros temas del viaje: huracanes, naufragios, conquistas y descubrimientos. Para este momento, la imprenta se había consolidado y esto, junto con la publicación de esas historias en la prensa, popularizó aún más el género del relato de viaje, que gustaba a los lectores de todas las esferas. El éxito se debió también a que la lectura de estos textos resultaba útil y amena: «erudición y entretenimiento, ciencia mundana, exotismo y aventura. Una mezcla muy del gusto de la época, a medio camino entre la filosofía y la curiosidad»⁴⁴⁰.

Desde finales del siglo XVI, también se pusieron de moda las colecciones de libros de viaje, que querían reunir todo el conocimiento del mundo y hacer más fácil la difusión de ese saber. Se trataba de inventariar los viajes, de recopilar en un solo sitio todos los relatos de las grandes expediciones. Así, de un siglo al siguiente, la moda pasó de escribir relatos originales a compilar geografías que describían el mundo parafraseando a otros —como había sucedido antes con las cosmografías medievales—. Richard Hackluyt, escritor inglés, viajero, traductor e historiador, fue uno de los hombres que quiso reunir en una colección todos los viajes a los confines del mundo, un proyecto que en 1589 llamó *Principall navigations*⁴⁴¹. Esas compilaciones surgieron alrededor de la Royal Society y el movimiento científico en la Inglaterra de la Restauración. Pero el público quería leer cada vez más sobre viajes y viajeros. Y los editores comprendieron que aquello era un gran negocio: las tiradas se doblaron, se reeditaron cientos de viajes y hasta se compraban los derechos de los competidores para establecer un cierto monopolio editorial. Abarataban los precios, vendían a plazos o por suscripción, y se reducían los formatos de folio a tamaños manejables —un espíritu compilador y enciclopédico comenzó en la época, que alcanzó su cúspide un siglo más tarde con *L'Encyclopédie* de D'Alambert y Diderot—.

Eran mezclas curiosas que no pretendían ser originales. En una misma colección se juntaban las expediciones de Pigafetta con las de Francis Drake y otras relaciones menores, pero de interés científico, como el catálogo de los viajes del astrónomo Edmund Halley (el que calculó la órbita del cometa). Los editores tomaban de aquí y de allá, lo mismo daba que describieran el Levante, el Congo o Madagascar; no importaba que el viaje fuera apócrifo o

de antaño⁴⁴². El *boom* no se produjo sólo en Inglaterra sino también en otros países, como en Francia. De un episodio como el naufragio del *Wager* se publicaron seis versiones en pocos años, lo que demuestra que el interés por los viajes no paraba de crecer⁴⁴³. Y era tan alto el interés comercial, el éxito de ventas y la popularidad, que se empezaron a manipular los textos. Como explica Fernández Armesto, las editoriales se arrogaban el derecho de hacer «mejoras» a los relatos para hacerlos más comerciales, y plagiaban o modificaban episodios para agregarles «sabor» porque, a su juicio, estaban excesivamente poblados de verdad, y el público estaba ávido de fantasía⁴⁴⁴. Otros se presentaron como portadores de alguna verdad o descubrimiento, aunque fueran enteramente falsos. A finales del siglo XVIII, el público ya aceptaba este procedimiento y hasta se editó una colección de viajes ficticios: *Los viajes imaginarios, sueños, visiones y novelas cabalísticas* de Charles Garnier (1788).

En algunos casos, las ficciones viajeras no pretendían engañar a nadie, pero en otros sí. Como dice Adams, muchos eran libros de viajes imaginarios en los que aparecían pájaros-perro y peleas en la luna, que para los lectores del siglo XVIII era evidente que pertenecían al terreno de lo increíble, mientras que otros emplearon directamente la mentira disimulada en busca de dinero o prestigio, queriendo tener la razón o para maravillar al público⁴⁴⁵.

Entre las ficciones viajeras que no pretendían engañar están los textos de Rudolf Erich Raspe, quien escribió *Las aventuras del Barón de Münchhausen* para parodiar los viajes de un supuesto noble alemán que incluso llega en globo hasta la luna. El barón escribió: «Un viajero tiene el derecho a relatar y a embellecer sus aventuras como le plazca, y no resulta de buena educación negarles tal deferencia ni reconocerles que no lo merecen». De este tiempo también conocemos los viajes alegóricos de Jonathan Swift, y *Cándido* y los *Viajes del escarmentado* de Voltaire. Ellos transformaron el viaje en tema narrativo y filosófico —como antes Dante, Chaucer, las novelas de caballería, Gilgamesh, el marinero náufrago egipcio o el Quijote—. *Cándido* pasa mil penurias, también Gulliver, pero sus viajes son una vía de aprendizaje y transformación basado en el camino del héroe, y consiguen desentrañar verdades sobre la condición humana⁴⁴⁶. El problema, sin embargo, no lo plantean estos libros cuya ficción es manifiesta, sino aquellos que se ubican en

esa delicada línea entre la información real y la fantasía, libros que estaban parcial o totalmente fabricados por viajeros reales, editores —que estaban ganando mucho dinero con el género—, o escritores profesionales que para recrear un viaje verosímil sólo necesitaban una buena biblioteca en la cual documentarse y algo de imaginación.

Daniel Defoe es, según Percy Adams⁴⁴⁷, el mayor bulo de la escritura de viaje: «maestro en hacer a la mentira pasar por verdad y a la verdad por ficción con total credibilidad». No vivió casi ninguna de las hazañas que contaba, y lo que hacía era estudiar casos reales a los que luego les inventaba un contexto creíble. Las obras pasaron por verdaderas y se le consideraba una autoridad en tierras lejanas, aunque en realidad salió poco de su biblioteca de Londres. Sus ficciones tardaron casi un siglo en ser descubiertas. Empezó a escribir a los sesenta años, después de haber recogido material toda su vida. *Robinson Crusoe* fue su primer libro del género, en 1719. Su biblioteca estaba llena de libros de viaje, de historia, exploración y de piratas. Es posible que en su juventud hubiera visitado España y Francia —buena parte de su vida aún es un misterio—, y también fue espía del gobierno, un trabajo con el que atravesó Inglaterra a caballo y que luego le sirvió como material para describir Inglaterra y Escocia en sus libros *Tour Through Eastern Counties of England* y *Tour Through the Whole Island of Great Britain* (1724).

«Defoe, como Swift, tenía una máscara para cada ocasión», dice Adams: publicaba como anónimo o firmaba con otros nombres, a veces con el de criminales convictos. Primero escribió libros de viajeros imaginarios y luego su espíritu comerciante y patriótico le hizo interesarse por la colonización americana. Quería que Inglaterra compitiera con España en el dominio del Nuevo Mundo: llegó a diseñar planes de colonización para el rey Guillermo y fue periodista y espía, un genio en el arte de la simulación y la duplicidad.

Algunas de sus ficciones realistas no pretendían engañar —*Roxana*, *Robinson Crusoe*, *Moll Flanders*, el *coronel Jack*—, pero sí con la *Historia general de los piratas*, la del capitán Charles Johnson, la de Singleton y las *Memorias de un Caballero*, supuestas autobiografías de soldados europeos en batallas reales. Varios de esos hombres existieron, pero el escritor sólo respetó el contexto para luego inventar sus biografías. De su biblioteca sacaba las plantas, el lenguaje, los escenarios. De los periódicos, los temas. Su mayor

éxito usando este método fue *Robinson Crusoe*, inspirado en la historia real de Alexander Selkirk, un marinero escocés que pasó cuatro años en el archipiélago Juan Fernández —isla inhabitada al sur de Chile—, y del que Defoe se enteró por la prensa. También para escribir *Madagascar o el diario de Robert Drury* utilizó la noticia de un naufragio famoso en su época, del que entrevistó a un sobreviviente. Esa narración llegó a ser citada por la *Gran Enciclopedia Británica* en su artículo sobre Madagascar, una referencia que después se eliminó tras comprobar su falsedad.

George Psalmanazar también fue un impostor. Durante mucho tiempo aseguró ser el primer hombre de Formosa (hoy Taiwán) en visitar Europa, y escribió una descripción geográfica e histórica de aquel país, donde no había estado, además de narrar otros supuestos viajes y su proceso de conversión al cristianismo. El portugués Luis de Camoens también impostó un supuesto diario de Vasco da Gama en *Os Lusíadas*, en forma de poema épico inspirado en la *Eneida*. Prévost, autor de la *Histoire generale de voyages*, una de las colecciones de la época, inventó al capitán Robert Lade —*Les voyages du capitaine Robert Lade*—, una relación que, siguiendo la costumbre, se presentó como verídica. Y Chateaubriand quiso hacer creer a sus lectores que había visitado Estados Unidos, pero se ha comprobado que parte de su *Viaje a América* es copia de otros libros.

Asimismo, John Hawkesworth, editor y periodista⁴⁴⁸, suplantó la voz de marineros como Byron, Wallis y Carteret para redactar sus diarios e incluirlos en su colección sobre los mares del sur. Narró en primera persona como recurso de verosimilitud, pero los viajeros, que casi siempre supervisaban la redacción de sus memorias, le acusaron de inexactitud. Esas imprecisiones se deben a que el autor era un defensor de las fábulas morales, destinadas a instruir y entretener, lo que le mereció el desprestigio en Inglaterra. Pese a las críticas, gracias a personajes como él, las exploraciones y los conocimientos geográficos y etnográficos que llegaron de las antípodas se convirtieron en un éxito editorial rotundo. Esos textos contaron la lejanía a sus contemporáneos, trajeron las noticias de la expansión europea y registraron el contacto de los imperios con sus colonias. Esas compilaciones tenían un carácter periodístico: autores y editores tomaban el testimonio de los implicados, revisaban el contexto y consultaban documentos. Como explica Juan Pimentel, fue una

«testificación delegada de la realidad», en la que los relatos que daban cuenta de la observación y experiencia de los viajeros pasaban por las manos de autores que se amparaban en otras lecturas, hacían una selección crítica del material, depuraban las fuentes, elegían el argumento y filtraban las noticias⁴⁴⁹. Eran testigos e inventores del mundo. Un trabajo que hicieron personajes como Prevost, Defoe o Hawkesworth, que eran periodistas.

Así, hubo inexactitudes, y otros literaturizaron los relatos de acuerdo con intereses comerciales o morales, pero ya hemos visto que ésta ha sido la dinámica del libro de viajes desde el comienzo: puesto que un tratado de geografía y un listado de pueblos y costumbres resulta tedioso, por qué no adornar esos elementos para que el lector adquiriera ese conocimiento sin aburrirse. La revista de la *Bibliothèque universelle des romans* en 1786 utilizó el mismo argumento que los paradoxógrafos griegos:

El gusto por los viajes ha excitado siempre la curiosidad de los lectores [...] y verdaderamente extraemos más placer del abate Prévost y del capitán Cook que de los libros más atractivos sobre moralidad⁴⁵⁰.

Todo esto sucede en la Ilustración, el Siglo de las Luces, un periodo en el que el viaje y su relato son una forma de instrucción y aprendizaje. Ya no era suficiente el estudio de los libros para el conocimiento; era necesario viajar. El mundo se ensanchaba, igual que en tiempos de Alejandro Magno y del descubrimiento de América. Y fue el momento de los científicos, geógrafos y naturalistas; de las circunnavegaciones al globo y nuevos instrumentos de medición como el sextante —que vino del contacto con el mundo árabe—, las cartas de navegar y la aguja imantada con la rosa de los vientos, los mapas y planisferios. Todo ello vino a reemplazar la metafísica. El mundo se ampliaba con cada nuevo hallazgo y fue necesario «ver más que leer, verificar más que comentar», como explicaba Foucault⁴⁵¹.

Era la hora de *medir, palpar, ver, observar en directo*, guiados por la ciencia y la experiencia. El afán de «ser *testigos*», de «estar *ahí*», de «experimentar *en carne propia*» el conocimiento de tierras lejanas —o recorrer las viejas con nuevos ojos—, convirtieron al viajero del neoclasicismo en un devorador y transmisor de información y datos *útiles*⁴⁵².

El viajero dejó de ser un impostor, un fabulador y un mentiroso, para convertirse en un testigo digno de crédito. Ese cambio de paradigma se debió

a que, entre los siglos XVI y XVIII, los libros de viaje se transformaron: el informe espontáneo de los navegantes y viajeros derivó en algo más cercano al método científico. Como explica Fernando Cristóvão, durante el siglo XVIII, la literatura de viajes incorporó disciplinas como la historiografía, la astronomía, la geografía y la cartografía, así como diversas artes, especialmente la arquitectura, la numismática y la museología. Ya no bastaba con describir las rutas ni los paisajes exóticos o su gente, usos y costumbres, ni era suficiente narrar aventuras o tragedias. Los lectores querían más, exigían ver estos itinerarios, la geografía de los países y sus monumentos, deseaban hacerse una idea exacta de los animales y plantas que desconocían⁴⁵³.

Lo que comenzó con los grandes hombres de mar, el *Grand Tour* y los periplos culturales de salón en salón, devino en un periodo en el que el viaje se instaló como método de conocimiento y divulgación del saber. Así lo hizo Descartes, quien en lugar de viajar por los salones decidió leer directamente el «gran libro del mundo»⁴⁵⁴. Y Francis Bacon, quien al fundar el empirismo escribió una nueva historia natural ya no con base en los textos antiguos sino desde la experiencia, lo que convirtió al viaje en el método por excelencia para leer el libro de la naturaleza: los viajeros eran los llamados a levantar el nuevo edificio del saber, a desempeñar el papel de testigos del mundo⁴⁵⁵.

Para legitimar a quienes recorrían el globo y traían sus noticias, se sistematizó la práctica del viaje: se institucionalizaron las técnicas para recoger datos, los instrumentos, los métodos para observar el terreno y la forma de instruir a los viajeros para que el viaje resultara realmente una herramienta del método científico.

Viajar fue dejando de ser una aventura. Ya no se trataba de los antiguos manuales del *Ars apodemica* sino de guías como la del naturalista Linneo —la *Instructio peregrinatoris*—, destinada a jóvenes botánicos sobre cómo realizar el trabajo de campo y elaborar un buen diario de la expedición. La guía se detiene en la importancia del itinerario, que debe ser minuciosamente definido antes de partir. Se especifica la dieta para el recorrido y la edad ideal del expedicionario —entre los 25 y 35 años, ni tan joven como para que se exponga a peligros innecesarios, ni tan mayor que su estado de salud no le permita abordar la aventura—. Incluso define cuáles deben ser sus

características físicas y espirituales: casto de cuerpo y mente; solícito en su trato; diligente para descubrir los fraudes; alejado de los discursos políticos; religioso, austero y amante de la historia natural⁴⁵⁶.

Linneo leyó el «libro de la naturaleza». Formó muchos discípulos —entre ellos José Celestino Mutis, líder de la Expedición Botánica en el Nuevo Reino de Granada— y su búsqueda de un sistema coherente que permitiera conocer cómo estaba ordenado el mundo natural le valieron el título de «Nuevo Adán», «Plinio del Norte» y «Príncipe de los botánicos»⁴⁵⁷.

También la Royal Society promovió los viajes para «la investigación de la naturaleza y la observación de los diversos fenómenos», e instruía a sus marineros para que levantaran acta de «las cosas notables»⁴⁵⁸. Una frase de Samuel Johnson resume el nuevo espíritu de la época: «La utilidad del viaje es sujetar la imaginación a la realidad, y en vez de pensar en cómo podrían ser las cosas, verlas como son»⁴⁵⁹. Como explica Juan Pimentel, se empezó a criticar el estilo ornamentado y la palabrería. El mandato eran las descripciones concretas, objetivas, basadas en la realidad. Y los fenómenos naturales curiosos, extraordinarios o incomprensibles ya no se registraron como *mirabilias*, sino como hechos de interés científico. Se dejó de buscar lo extraordinario sólo por su naturaleza insólita y ahora el objetivo era entender la razón de cada prodigio. Y los viajeros, con estas nuevas técnicas, comenzaron a ser tomados por testigos más fidedignos que sus predecesores⁴⁶⁰. También lo explica Patricia Almarcegui:

El viajero del XVIII se desplazó para completar un saber incompleto. La experiencia que complementaba lo teórico, es decir lo aprendido y estudiado, era el viaje. No había adquisición del conocimiento hasta que no se había verificado con el itinerario⁴⁶¹.

Es el caso del capitán Louis Antoine de Bougainville, el marinero que completó la primera circunnavegación francesa, autor de la descripción pormenorizada de Tahití. Fue exacto en sus relaciones, escrupuloso en sus procedimientos, y se preciaba de no ser como esos escritores de chimenea que escribían relatos sin salir de su casa:

Soy Viajero y Marino, esto es, un mentiroso y un imbécil a los ojos de esta clase de escritores perezosos y soberbios que a la sombra de su gabinete filosofan a vista de pájaro sobre el Mundo y sus habitantes y someten imperiosamente la Naturaleza a sus investigaciones. Proceder raro e inconcebible de parte de unas gentes que no habiendo observado nada por sí mismos, no escriben, ni

dogmatizan, sino siguiendo observaciones prestadas de los propios Viajeros a quienes niegan la facilidad de ver y pensar⁴⁶².

En la expedición que Bougainville comandó no estaba permitida la presencia de mujeres. Sin embargo, la botánica francesa Jeanne Baret se disfrazó de hombre para poder embarcarse, como habían hecho un siglo antes las corsarias Bonny y Read. La expedición duró tres años —de 1766 a 1769—, pero un año antes de terminar, Baret fue descubierta. La obligaron a desembarcar en la isla Mauricio, donde se vio sola y sin recursos. Allí conoció a un oficial francés, con quien se casó y regresó a Francia, completando así la primera vuelta al mundo de una mujer. Pero sus hazañas en el mar y sus aportaciones científicas permanecieron ocultas: con el también botánico Philibert Commerson realizó un catálogo de más de seis mil especies en todo el planeta, pero sólo se mencionaba a Baret como su compañera y apenas desde el año 2010 su nombre se ha empezado a reivindicar.

También a finales del siglo XVIII, el capitán James Cook y el italiano Alejandro Malaspina cumplieron con ese propósito del viaje como instrumento científico y trajeron pormenorizados informes botánicos, zoológicos y geográficos. Después de tres viajes realizados entre 1768 y 1779, el inglés confirmó la existencia de la *Terra Australis*, la misma que había bordeado y contado el capitán Dampier, así como Nueva Zelanda, de la que Cook cartografió toda su costa. El marinero probó la existencia de la gran barrera de hielo que rodea el Polo Sur y descubrió numerosas islas del Pacífico: en Tahití se hizo amigo de sus habitantes, de los que alabó su coexistencia pacífica, y fue el primer europeo en llegar a Hawái, donde diez mil nativos lo recibieron a él y a su tripulación tomándolos por dioses. Cook describió el tránsito de Venus, el canibalismo en Nueva Zelanda —que sugirió como un territorio ideal para una colonia inglesa, y donde él mismo, en un viaje posterior, introdujo animales y la siembra de verduras europeas—. Es famosa la avería de su barco, el *Endeavor*, en la gran barrera de coral, un daño que tardó en reparar siete semanas. Y en 1771 regresó a Inglaterra, donde sus diarios fueron escritos dos años después por Hawkesworth, el famoso editor.

Pero a pesar de las llamadas a la objetividad, no faltaron las exageraciones y mentiras. Ríos, estrechos, montañas, gigantes y pájaros que no existían

pasaron por ciertos y llegaron a entrar en la *Enciclopedia Británica* sin que, durante años, nadie pudiera refutarlos.

Se dice que el paradigma cambió al convertir a los viajeros en hombres de ciencia y portadores de datos fiables, pero esto había sido así desde siempre. Por más que se les hubiera tildado de mentirosos, y de que hubieran puesto algún hombre con cola en una isla lejana, un paraíso terrenal al sur de la línea ecuatorial o un grifo en el Índico, ellos fueron desde el comienzo, y no sólo desde el siglo XVIII como se hace creer, portadores de información útil, imprescindible. Sin sus datos las primeras cartografías no hubieran sido posibles, no se hubieran ampliado los horizontes geográficos, no habríamos tenido noticia de los Otros. Y aunque esos miles de páginas también impusieron falsos imaginarios, más allá de los errores o falsedades —que juzgamos a la luz de nuestros conocimientos de hoy— sabemos que se fue consolidando una retórica de la verdad, de la neutralidad y de la testificación objetiva e imparcial de los hechos⁴⁶³. De nuevo, los viajeros inventaron el mundo para los que no habían salido de su casa, para nosotros.

El conocimiento no es completo sin el sentimiento

El siglo XIX no comenzó en el año 1800, sino en las últimas décadas del siglo XVIII, con la crisis de ciertos postulados de la Ilustración. El gobierno que siguió a la Revolución francesa había fracasado, y el pensamiento burgués tuvo que buscar un modo distinto para formular y comprender el mundo. Esa nueva filosofía comenzó a apartarse de la objetividad y el racionalismo del siglo anterior, y terminó por afianzar la subjetividad como nuevo centro de la existencia y el pensamiento. Aquello fue lo que recibió el nombre de Romanticismo, el resultado del sentir europeo de la época⁴⁶⁴.

A finales del siglo XVIII, el panorama era convulso: la Revolución Industrial se consolidaba en Inglaterra; las ideas de la Ilustración, que habían desembocado en la Revolución en Francia, fracasaron al permitir la llegada de Napoleón y los estados alemanes se fragmentaron, incapaces de unificar sus políticas. Kant escribió la *Crítica de la razón pura* y formuló el fracaso del positivismo a través de su discurso sobre «lo sublime»⁴⁶⁵, donde aseguraba que no era posible aprehender la incommensurabilidad de la naturaleza, porque excedía la capacidad humana. Es el tiempo de David Hume y su teoría del conocimiento a través de la experiencia sensible, del placer estético y los sentidos. Schiller dijo también: «El camino hacia el intelecto lo abre el corazón. La necesidad más apremiante de la época es, pues, la educación de la sensibilidad»⁴⁶⁶. El Romanticismo, entonces, empezaba a tomar forma y se afianzó la idea de que era imposible responder todas las preguntas con la razón. Esto configuró la filosofía del idealismo, que reconocía la importancia de lo subjetivo, característica fundamental del periodo.

La libertad de pensamiento y de expresión estaban en su apogeo. También el individualismo —que se reflejó en relatos de viaje cada vez más intimistas, con más mundo interior—, y se sentía el desgaste de *L'Encyclopédie*: los herederos de Newton, el hombre que culminó la revolución científica, creyeron haber encontrado el método para aprehender la naturaleza y agrupar todo el conocimiento en la enciclopedia, los mapamundis y los manuales.

Creían que el mundo estaba completo tras la segunda era de los descubrimientos y el conocimiento taxonómico intentó clasificar todo lo conocido⁴⁶⁷. El viaje ilustrado fue fiel a los datos, en las observaciones científicas y en la descripción de los pueblos extranjeros. Hacían una «observación participante» y no habían aceptado que era imposible narrar con imparcialidad total⁴⁶⁸. Pero pronto ese mismo hombre de finales del siglo XVIII comprendió que la razón no era suficiente y hubo dos modelos enfrentados: uno con cierta soberbia antropológica, obsesionado por la explicación —creían tener los utensilios para dominar, transformar y comprender la naturaleza—, y otro que concebía el viaje como necesidad subjetiva, para contemplar; que desconfiaba del método de sus antecesores, veía la naturaleza como refugio y quería exaltar la emoción del alma⁴⁶⁹.

Con la llegada de los antropólogos y naturalistas, herederos de los antiguos exploradores, se unió en una sola figura el indagador racional, científico, con el aventurero, ese que se tenía por fabulador y mentiroso. Comenzó la visión prerromántica del viaje: aquellos hombres sensibles empezaron a desconfiar del optimismo epistemológico —de la razón pura— y trajeron consigo, en los últimos decenios del siglo, una nueva forma de mirar y exaltar el paisaje. Se empezó a hablar del placer del desplazamiento y de saborear la naturaleza, más que describir y clasificar sus partes. Esto abrió la puerta a la sugerencia estética y a otros temas como lo mitológico y lo religioso⁴⁷⁰.

Alexander von Humboldt, el mejor y más famoso científico de la época —lo llamaban el Shakespeare de las ciencias—, representa esa transición, la bisagra entre el racionalismo de la Ilustración y los postulados del Romanticismo. Sus contemporáneos lo describían como el hombre más famoso después de Napoleón⁴⁷¹, y fue un *homo universalis*: políglota, geógrafo, astrónomo, físico, etnógrafo, zoólogo, climatólogo, oceanógrafo, cartógrafo, geólogo, botánico y vulcanólogo; «un científico explorador que escribió miles de páginas para descifrar las leyes del universo y las conexiones entre todos los fenómenos. Le parecía que el mundo estaba lleno de asuntos fascinantes, desde los líquenes hasta las estrellas, desde las erupciones de los volcanes hasta los excrementos de las moscas»⁴⁷². Fue un visionario en muchos sentidos —intuyó la naturaleza como una red de la vida, en la que todos los elementos están conectados, así como la influencia del hombre en el cambio

climático— y hay más lugares, plantas y animales nombrados en su honor que en el de nadie más: una corriente marina, un pingüino, una flor, un calamar gigante, montañas, ciudades y pueblos. Su obra está llena tanto de descripciones pormenorizadas de la naturaleza como de metáforas sobre el paisaje. En *Del Orinoco al Amazonas* describió su método de observación y escritura:

Describir es tarea difícil, más cuando hay algo de indefinido, como la inconmensurabilidad del espacio y el volumen, la novedad y variedad de los objetos que nos rodean. Cuando un viajero tiene que describir las altas cimas de nuestro Globo, las cataratas de los grandes ríos, los tortuosos valles de los Andes, corre el peligro de fatigar al lector con la expresión monótona de su admiración. Yo estimo más adecuado, para los fines que persigo con esta crónica de mi viaje, pintar el carácter específico de cada paisaje [...] de este modo, por el camino del análisis, se va en busca de las fuentes del goce que nos depara el gran cuadro de la Naturaleza⁴⁷³.

El alemán recorrió América. Fue experto en volcanes y sentó las bases de la sismología, la geofísica y la visualización de datos. Escribió cincuenta mil cartas, era amigo de Schiller y de Goethe. Huésped y asesor de Thomas Jefferson sobre México cuando éste era presidente; conoció a Simón Bolívar en Caracas⁴⁷⁴ —el libertador lo calificó como «el descubridor científico de América»— y su interés en la Expedición Botánica lo motivó a visitar a José Celestino Mutis en Santa Fe, donde también trabó amistad con el sabio Francisco José de Caldas. De niño había leído los diarios de los capitanes Cook y Bougainville, y se imaginaba en esos lugares remotos. Y su anhelo del viaje se incrementó cuando recorrió Europa con un amigo durante cuatro meses (ese amigo había acompañado a Cook en su segunda vuelta al mundo)⁴⁷⁵, un sueño que lo llevó hasta Latinoamérica, un viaje en el que invirtió su fortuna de aristócrata y que pudo hacer de un modo independiente al no estar financiado por ningún gobierno.

Su testimonio del continente, donde pasó cinco años y formó su pensamiento, lo escribió en *Del Orinoco al Amazonas, Cuadros de la Naturaleza, Viajes a las regiones equinocciales* y sus *Cartas americanas*, libros en los que se ve su afán naturalista y científico, pero también el placer que sentía por la aventura, por contemplar distintos paisajes y por comprender desde los sentidos. Con su amigo Bonpland navegó el río Orinoco durante 75 días y padeció los mosquitos, serpientes, cocodrilos y jaguares. Se fascinó con

la selva húmeda, los monos aulladores, las nueces de Brasil y las guacharacas. Trataba de «conquistar el dato, pero también la naturaleza en su máxima dimensión»⁴⁷⁶. Por eso escribió también en Tenerife: «La ascensión al Teide no tiene atractivo como materia para investigación científica; en cambio, sí lo tiene porque proporciona un sinfín de pintorescos encantos para quien sabe sentir la magnificencia de la Naturaleza»⁴⁷⁷.

La Ilustración le transmitió el amor a la verdad, la libertad y el conocimiento. Realizó más de cuatro mil experimentos y leyó el libro del mundo para evitar caer en lo sobrenatural, el lenguaje figurado y la inexactitud. Emerson declaró que él era «una de las maravillas del mundo»⁴⁷⁸. Pero además de hombre de ciencia —que medía, anotaba, clasificaba y dibujaba mapas—, tenía una concepción contemplativa del paisaje. Sus metáforas eran pictóricas y su máxima era «viajar conservando siempre una visión rigurosa y a la vez exaltada del mundo»⁴⁷⁹. Fascinado por medir y observar, escribe Andrea Wulf, viajaba anotando temperaturas, altitud, humedad, con cuarenta y dos instrumentos cuidadosamente empacados en cajas de terciopelo —de un péndulo enorme a un telescopio y un barómetro portátiles, e incluso un cianómetro, para medir el azul del cielo—. Pero se dejaba llevar por el asombro y la emoción: «en una época en la que los científicos buscaban leyes universales, él escribía que la naturaleza había que experimentarla a través de los sentimientos y la imaginación»⁴⁸⁰.

Cosmos, el libro que lo hace famoso alrededor del mundo, y que fue un *best seller* internacional, es un viaje en el que lleva a sus lectores alrededor del universo, de la tierra al espacio, desde la más pequeña mota de polvo a los picos más altos, de la botánica a la pintura de paisajes y a la poesía, un libro como ningún otro que se hubiera escrito antes, que ponía todo en conjunto, un retrato de la naturaleza. Fue su declaración de amor al mundo natural⁴⁸¹.

Su visión exaltada se convertirá en la forma habitual de contemplar el mundo —hasta el Frankenstein de Mary Shelley se humanizará ante la maravilla del paisaje alpino⁴⁸²—. Humboldt ascendió el Chimborazo en 1802, que entonces se consideraba la cima más elevada del planeta, y ostentó el récord de altitud por varias décadas —era el Edmund Hillary de su tiempo—. Pero no lo hizo sólo como científico —allí constató su teoría de los pisos térmicos y comenzó su geografía de las plantas—, sino por las sugerencias estéticas que iba encontrando en el paisaje y la subida. «Una conquista doble,

en la que la actividad artística y científica no son antagonistas. Poetas y científicos se abrazan»⁴⁸³. La información va de la mano de la búsqueda de la belleza. «La naturaleza, la ciencia, el arte estaban cada vez más cerca, así como los hechos y la imaginación»⁴⁸⁴.

Rousseau fue otro viajero prerromántico. Dos siglos después de la aparición del empirismo, el francés lamentaba que tantos estudiaran la historia natural sin haber salido de su casa. «Con Rousseau el hombre comienza el camino que lo llevará a situarse en brazos de la naturaleza [...] el nuevo gabinete será la tierra entera, y el viaje, un placer, no una mera necesidad soportada.» Era, como Humboldt, un hombre de la Ilustración, pero el viaje tampoco era para él sólo un ejercicio de recolección de datos, sino aventura y sensibilidad —que no viajar por viajar, porque para un hombre ilustrado como él eso equivalía a comportarse como un vagabundo—⁴⁸⁵.

Goethe también contribuyó en la transición de la razón a los sentidos. Amigo íntimo de Humboldt —discutían sobre zoología, arte y botánica— hoy se le conoce por sus obras literarias, pero también era un científico fascinado por la formación de la tierra, la botánica, la óptica y la teoría del color, entre otros campos. Escribió el diario de su *Viaje a Italia* —más cercano a Montaigne y a los viajeros del *Grand Tour* que a los científicos de la Ilustración— y su novela *Werther* refleja la crisis de las ideas del Antiguo Régimen en Europa. Con ella se empieza a celebrar la individualidad y los sentimientos desmesurados —desde el amor radical hasta la melancolía más profunda⁴⁸⁶—. No sólo discutía con Humboldt sobre ciencia, sino que realizaban juntos experimentos sobre «electricidad animal» en la torre del anfiteatro de la ciudad de Jena. Estaba cautivado por el vitalismo intelectual de su amigo y aquellos años de conversaciones coincidieron con sus periodos más productivos —decía que pasar unas horas con él era como haber vivido varios años—. Y en ese momento en el que los científicos y pensadores de toda Europa se debatían entre el racionalismo y el empirismo, Goethe y Humboldt terminaron situándose del lado de los segundos. En un tiempo en el que el énfasis se va poniendo en el «yo», y el autor de *Fausto* insistía en que la verdad objetiva sólo se alcanza combinando experiencias subjetivas con la capacidad de razonamiento del observador —así formuló su famosa teoría del color—. «Los sentidos no engañan. Lo que engaña es el juicio», aseguró:

Misteriosa en pleno día
la naturaleza no se deja despojar de su velo,
y lo que ella se niega a revelar a tu espíritu
no se lo arrancarás a fuerza de palancas y tornillos⁴⁸⁷.

La crítica a la razón se extendió por el continente. En Francia, los libros de Chateaubriand influyeron en el primer Romanticismo, en especial su obra sobre Norteamérica —*Atala, Les natchez, Viaje a América*—, así como *De París a Jerusalén* (1811), un itinerario personal a Tierra Santa en el que fue uno de los primeros en utilizar el «yo» en la escritura de viaje. Es un texto similar a las guías narradas de la Edad Media, en el que se declaró heredero de los antiguos peregrinos. La subjetividad estaba en el centro porque no tenía previsto publicar esos apuntes y eso le permitía escribir con libertad:

Es al hombre, más que al autor, a quien se verá por todos sitios: hablo eternamente de mí, y hablaba a salvo, ya que no contaba en absoluto con la publicación de estas Memorias. Pero como no tengo nada en el corazón que tema mostrar al exterior, no he suprimido nada de mis notas originales⁴⁸⁸.

Atilio Brilli asegura que la obra del francés, junto con *Corinne*, de Madame de Staël, y *Childe Harold Pilgrimage* de Lord Byron, fueron auténticos vademécum y faros espirituales de la época. Y si se usaron como guía eso fue una consecuencia, no el propósito. Chateaubriand fue subjetivo, pero procurando ser fiel a los datos y a los hechos. En el prólogo de su *Viaje a América* aseguraba que una de las fuentes de la historia es el viaje, y por eso los autores no debían inventar ni omitir.

A partir de entonces, la práctica común fue escribir desde la subjetividad, pero reconociendo el deseo de ser objetivos. Ya habían entendido que la emoción no significaba necesariamente una mentira o tergiversación. «Quien quiera describir el mundo con la mera clasificación de las plantas, animales y rocas, nunca logrará acercarse»⁴⁸⁹, dijo Humboldt, del mismo modo que lo intuyó Descartes dos siglos antes cuando aseguró que «no hay nada en el entendimiento que no haya estado antes en los sentidos»⁴⁹⁰.

El deseo que tuvieron estos autores de comunicar su mirada particular del mundo, buscar lo bello, lo sublime y llegar al alma de las cosas se parece mucho a la aspiración platónica a la verdad, la ascensión a la idea. Lo dijo el poeta Keats: «la belleza es verdad», y también Juri Lotman: «La belleza es

información»⁴⁹¹.

Entonces se volvió la mirada hacia el pasado, a las ruinas, a Grecia, a Jerusalén y a otros lugares míticos, en especial a Oriente. Y el viaje fue crucial porque permitió la visita a esos lugares y, a su vez, se convirtió en metáfora de la vida, en una época preocupada por la finitud del hombre y del deseo de eternidad: «el romántico es viajero en su propia definición»⁴⁹². Así, el viaje continúa siendo un método para explorar el mundo, pero ya no con fines científicos sino en busca de respuestas a través de caminos más interiores que exteriores. La concepción romántica ganó la partida.

Entrado el siglo XIX, comenzó la plena industrialización. Fue un tiempo de libertad de expresión, también sacudido por la sublevación de las colonias. Mejoraban las vías y aparecieron nuevos medios de transporte —el tren, el buque de vapor, el globo— y eso hizo el viaje más veloz y acortó los recorridos. Viajar se fue haciendo natural, aparecieron muchos nuevos destinos y los mapas ya estaban a disposición de un público amplio.

La búsqueda de la alteridad, el viaje a Oriente y la exploración de África fueron las principales fuentes de relatos en este periodo. Pero un hecho supuso un salto respecto a todo lo anterior: escribir un libro tras el recorrido se convirtió en la finalidad misma del viaje. Consignar, recoger y transmitir por escrito lo observado fue la justificación para salir de casa⁴⁹³. Esto cambia por completo el desplazamiento porque predomina la experiencia vital, el puro sentir: «un viaje poético, creativo, no planificado, simplemente vivido, recuperando cierto espíritu de aventura de caballero quijotesco. El caminar del nuevo viajero errante»⁴⁹⁴.

Ya no hay un esfuerzo por describir de forma objetiva los lugares visitados, sino la emoción y la belleza, con una cierta melancolía. Como *El Viaje a Oriente* de Flaubert, que describió el paisaje y sus sensaciones, movido por el impulso de querer verlo todo: «lo agradable y lo exótico, lo repugnante y lo escabroso, el monumento y la vida cotidiana»⁴⁹⁵. Quería contarlo de forma minuciosa; trasladar al papel el instante y su visión. Una percepción que es personal, pero no por ello menos informativa. Es la imagen del mundo que tiene el autor —una versión de la realidad— quizá sin carácter científico, ni taxonómico, ni totalizador, pero sí con intención de descubrir verdades profundas del hombre y la vida. Y en ello hay poesía y verdad. Es el viaje

como indagación en el alma humana, una exploración digna, como también las revelaciones que surgen. Se llega al dato por los sentidos. La prosa es poética pero también informa. Además, la subjetividad no implica una renuncia a la ética. Flaubert no fue tanto romántico como realista. Su obsesión por «ser simplemente ojo»⁴⁹⁶ la deja clara en su diario. Él introduce la figura del narrador testigo, omnisciente hasta cierto punto, que quiere pasar inadvertido para el lector⁴⁹⁷.

Baudelaire⁴⁹⁸ representa el otro tipo de viajero que se configura en esta época, el que Walter Benjamin llamó *flâneur*: el paseante urbano que deambula por la ciudad, pero mira sobre todo en su interior y busca la geografía de sí mismo. Un cazador de imágenes que se camufla entre la multitud de la metrópoli y se siente en casa en cualquier lugar. Benjamin aseguraba que el *flâneur* era incluso periodista: «un literato que se entrega al mercado para venderse [...] que hace que sus horas de ocio en el bulevar aparezcan como una parte de su trabajo». Se trata de un explorador de las muchedumbres, en las que encuentra refugio, y participa de la labor del «cronista y del filósofo»⁴⁹⁹. El viaje urbano, que usa la sensación y los sentidos, fue el método de otros escritores de la época, con la realidad como punto de partida. La investigación que venía del siglo del racionalismo ahora sirvió para explicar la condición humana. Y las técnicas que se usaron para leer el libro de la naturaleza, terminaron al servicio de la ficción y el periodismo:

Balzac, Dickens o Zola salen a la calle de la democracia incipiente con un cuaderno en el bolsillo, para anotar lo que ven y lo que escuchan en el mercado o en los bajos fondos. La retórica de la investigación, en la época del positivismo científico, es explícita en los textos reflexivos del realismo y del naturalismo. Las grandes novelas sobre la realidad van a seguir métodos de composición parecidos a los de la investigación periodística. Lo real es un laboratorio tanto para la literatura de ficción como para el periodismo⁵⁰⁰.

Fue una nueva forma de peregrinación: si en principio era a Tierra Santa, luego a los confines del conocimiento y del mundo, ahora también se hará por la ciudad, centro del hombre de la industrialización. Y se peregrina por ella no sólo porque el viaje al extranjero todavía no es para todo el mundo, sino porque en el siglo XIX, en pleno auge de la Modernidad, es ahí donde están las respuestas.

El placer de lo exótico⁵⁰¹ fue el otro gran motor de los libros de viaje en este siglo, un territorio que generaba extrañeza y fascinación. Entonces, la posibilidad de conocer lo verdaderamente exótico todavía estaba reservada a unos cuantos que se atrevían a una aventura difícil: los desplazamientos tomaban meses, los caminos estaban llenos de asaltantes y los barcos eran todavía un escenario de penurias e incomodidad. No había aviones ni hoteles turísticos. Pero había quienes estaban cansados de la vida de salón.

Hombres, pero también mujeres: el siglo XIX es el primer momento de la historia en el que ellas comienzan a moverse con mayor libertad y realizan grandes viajes en solitario, ya no como esposas de embajadores o miembros de segunda en la tripulación. Madame de Staël fue una de las pioneras, con una vida errante que eligió por vocación. Un viaje a Italia en 1804 le inspira una de sus obras más famosas, *Corinne o Italia*, y luego escribe *Alemania* en 1810, fascinada por esa cultura. Este texto, así como sus ideas en materia de igualdad femenina, la defensa del divorcio y el protestantismo, le valieron el odio de Napoleón y más tarde el exilio. Fue feminista y liberal, se carteaba con Schiller y Goethe, fue admirada por Chateaubriand y Stendhal la calificó como la mujer más interesante de Europa. Y cuando Napoleón fue exiliado a Santa Elena, ella regresó a París, centro de la vida intelectual.

La austriaca Ida Pfeiffer fue otra gran exploradora y viajera del siglo XIX. Ama de casa hasta los cuarenta y cinco años, cuando terminó de criar sus dos hijos, vendió todo y salió a conocer el mundo. Partió de Hamburgo a Río de Janeiro, cruzó el temido Cabo de Hornos hasta Valparaíso, en Chile, que la decepcionó. Atravesó el Pacífico, llegó hasta Tahití, donde fue recibida por la reina, y anotó en sus diarios sobre las escenas de depravación pública que la horrorizaron. Llegó hasta Hong Kong y reportó que comían perros, gatos y ratones, calificó a los chinos de gente sucia, pero también alabó su diligencia y capacidad de aplicarse a distintas tareas. Pasó por Singapur, Sri Lanka y el sur de la India, donde remontó el Ganges. Por Mesopotamia, Persia, Bagdad, Constantinopla y Atenas. Fue la primera mujer admitida como miembro honorario de las sociedades geográficas de París y Berlín. Y al volver a Viena, publicó el *Viaje de una mujer alrededor del mundo*, en 1850, y *Mi segundo viaje alrededor del mundo*, seis años después, en el que editó sus anotaciones en Inglaterra y Suráfrica, Australia, California, Perú, Ecuador,

Colombia —que entonces se conocía como la Nueva Granada— y Brasil, donde convivió con tribus nativas. En su primer diario, Pfeiffer explicó que la movía un interés desmesurado de ver el mundo y el saber de la ruta:

Habrán quienes piensen que hice un viaje tan largo por vanidad. Lo único que puedo decir es que el que así lo entienda debería emprender una aventura como la mía para convencerse de que nada, salvo el interés natural por viajar, un deseo desmesurado por adquirir nuevos conocimientos podría ayudar a una persona a superar las dificultades, las privaciones y los peligros a los que yo he estado expuesta [502](#).

Mientras tanto, la antropología, la etnografía y la arqueología empezaban a reconocerse como ciencias, y hubo una llamada que esos hombres y mujeres dotados con el espíritu intrépido no pudieron dejar de contestar. Había en el mundo un agujero negro, un punto sin cartografiar del que apenas se conocían en detalle los países de la costa mediterránea y aquellos litorales donde ingleses, franceses y holandeses habían asentado algunas bases desde las que comerciaban con marfil, oro y esclavos. Se trata del corazón de África, un sitio lleno de peligros naturales, enfermedades, ríos rápidos, animales salvajes y tribus agresivas que recibían a los extranjeros con la misma furia con la que en el siglo XV los indios americanos habían saludado las naves de Cabeza de Vaca: con flechas y lanzas.

La llamada de África impulsó a misioneros, exploradores y corresponsales, guiados por objetivos muy similares a los de Colón en su día: la promesa de ciudades de oro y minas repletas de tesoros. Tombuctú, por ejemplo, tenía entonces casi la misma fama que en su día *El Dorado*, y unos cuantos se lanzaron a buscarla. Entre ellos René Caillié, el escritor francés que, a comienzos del siglo XIX, inspirado en los relatos de Mungo Park, se empeñó en ser el primer cristiano en llegar a esa ciudad mítica. Pero al llegar escribió: «Miré a mi alrededor y descubrí que lo que tenía delante no respondía a mis expectativas. Me había hecho una idea muy distinta de su grandeza y prosperidad. A primera vista la ciudad no ofrecía más que un montón de casas de barro mal construidas».

Más allá del mito, las riquezas del continente eran una realidad y las sociedades geográficas que surgieron entonces comenzaron a patrocinar exploradores, no sólo por el interés científico de las misiones sino para apropiarse de ese patrimonio natural y mineral. Como dice Mary Louise Pratt,

lo que ocurrió en el siglo XIX fue, por un lado, la idea de completar el edificio del conocimiento de la historia natural y, por otro, la expansión del sistema capitalista⁵⁰³. Europa ya comenzaba a ver las ventajas de asentarse allí de forma permanente, y, a finales de 1800, África era un mapa troceado y repartido entre las potencias europeas. El viaje vino acompañado de explotación, colonización y luchas territoriales.

Hubo muchas sociedades geográficas. Cada una editaba revistas y boletines con los que daban noticia de los descubrimientos de los viajeros, textos informativos de un alto interés científico⁵⁰⁴. Y esa exploración continental generó también numerosos relatos. Uno de los primeros en abrir camino fue James Bruce, con el apoyo de la Royal Society. Descubrió las fuentes del Nilo Azul y dejó su testimonio en *Travels to discover the source of the Nile* (1790), un libro por el que lo acusaron de mentir y exagerar. Era de un temperamento difícil y muy arrogante, pero eso no le resta verdad a sus descripciones de Etiopía y el cuerno de África, que se demostraron años después. El investigador escocés Graham Hancock, en su libro *La búsqueda del Santo Grial*, lo retrata como una especie de Indiana Jones: asegura que su verdadero motivo para visitar Etiopía fue encontrar el Arca de la Alianza, como el personaje de ficción.

Su senda la siguió el explorador y naturalista Mungo Park, también médico y cirujano. Quería llegar hasta las fuentes del río Níger, y para ello ofreció sus servicios a la Asociación Africana⁵⁰⁵, que entonces promovía la exploración del corazón del continente. Con veinticuatro años, Park se adentró en las tierras del Este. Remontó el río, pero no consiguió llegar hasta su fuente. Y esa meta tampoco la alcanzó en su segundo viaje, diez años después, porque él y sus compañeros murieron entre las fiebres, los rápidos del río y los ataques de los nativos. En el diario de su primer recorrido, que escribió sobre el terreno y editó con el título *Viajes a las regiones interiores de África* (1795-1797), habló de su honradez y su deseo era informar:

Lo que lo hace digno de recomendación es su sinceridad. Se trata de un relato directo y sin alterar, sin pretensiones de ningún tipo [...] el diario, que ahora tengo el honor de presentarles, es un relato exacto y fidedigno de mis acciones y observaciones a su servicio, desde el comienzo de mi viaje hasta su fin⁵⁰⁶.

La prosa de Bruce y Park es limpia y sencilla. Dan cuenta de esos territorios nuevos para ellos y sus lectores. Park, como sus contemporáneos, hace un trabajo de antropólogo, etnógrafo. Son las pesquisas de un hombre que observa al tiempo que participa en la vida de una comunidad y la describe. Relata el modo de vida de los nativos, los granos y alimentos que cultivan — cebollas, distintos tipos de calabaza, ñame, mandioca, cacahuets, sandías y otras plantas comestibles—, las enfermedades que padeció y sus conversaciones. Hay un pasaje del libro en el que Park cuenta cómo, en todo el continente, ninguna tribu había conseguido domar al elefante para poner su fuerza al servicio del hombre, razón por la que preferían cazarlo e intercambiar sus colmillos con los europeos (es el año 1795). Pero cuando el inglés les contó que en Oriente sí que han logrado someter al elefante, los nativos le dicen: ¡mentiras de hombre blanco! La anécdota nos recuerda que lo real no es necesariamente lo verosímil: la verdad depende siempre del receptor y de sus ideas previas. Son tantos los aportes científicos de ambos viajeros que sus apellidos se usan en la clasificación científica de vegetales y plantas, lo que los acredita como autoridades en la materia⁵⁰⁷.

Richard Francis Burton y John Hanning Speke también exploraron el corazón del continente, enviados a África por la Royal Geographical Society en 1857. Juntos descubrieron el lago Tanganica, pero a esas alturas del viaje, enfermos ambos, tuvieron que separarse. En esa bifurcación, Speke descubrió el lago Victoria, del que aseguró, a su regreso a Inglaterra, que era la buscada fuente del Nilo.

Todos los grandes exploradores antiguos habían intentado ese hallazgo — incluso Heródoto, que lo contó en sus páginas más de veinte siglos antes—. También Ptolomeo, en el siglo II d.C., había insinuado su nacimiento en las míticas Montañas de la Luna, pero nadie hasta entonces había podido remontar el río debido a sus rápidos y a los papiros que impedían su navegación. El descubrimiento de Speke, por eso, era mayúsculo. Pero Burton, incapaz de reconocer el éxito de su compañero, puso en duda el hallazgo y desde entonces entablaron una enemistad irreconciliable. Speke regresó luego a África a traer pruebas de su afirmación, pero antes de poder defenderla falleció en un misterioso accidente de caza, por un disparo de su propio rifle. Su diario, *What led the discovery of the Source of the Nile*, más que dar cuenta de la

expedición, es el recuento de su segundo viaje y apareció el año de su muerte⁵⁰⁸. Pero el texto, explica Rosa Regás, no es sólo una relación del viaje, sino información de esos territorios desconocidos del interior de África: la que pudo haber sido la historia de esos pueblos que encontró y que nunca había sido escrita; una hipótesis del porqué de las guerras, las consecuencias de la poligamia, el origen de la esclavitud, el abandono al que los dioses mediterráneos sometieron al continente africano, además de la descripción de la fauna y la flora, el carácter de los nativos, el trato que estableció con ellos, de sus canjes, sus miedos, proezas y servidumbres. Speke explica de forma detallada su día a día. Las temperaturas, lluvias y sequías tienen igual importancia y precisión que el carácter de los reyezuelos y guerreros, las brujas y curanderos, así como la forma en que se relacionaban y cómo iba a ser difícil que esos pueblos entraran en el camino de Occidente⁵⁰⁹.

Ese diario tiene las mismas características que el de Mungo Park y los demás libros de viaje sobre el continente africano editados en la época. Son casi periodísticos, reporteriles, que pretendían informar de lo desconocido. Más que a la historia, pertenecen al campo de la información. Hablan de actualidad, no de hechos del pasado, y sus autores no partieron como científicos sino como exploradores, hombres curiosos, movidos por el deseo del conocimiento, como buenos viajeros. Lo explica Mary Louise Pratt:

El propósito explícito de estos exploradores-escritores —fueran científicos o no—, era producir lo que ellos mismos llamaban «información». Su tarea era incorporar aquella realidad particular en una serie de campos de información interconectados: estético, geográfico, mineralógico o botánico, agrícola, económico y etnográfico. Y en esa medida se esforzaron por ser un ojo invisible, por presentar esa información en sus libros de forma natural⁵¹⁰.

Richard Francis Burton, por su parte, además de relatar su experiencia en la región de los lagos del centro de África, dejó una obra muchísimo más amplia —cerca de cuarenta títulos—. Escribió el testimonio de su viaje a La Meca (*Mi peregrinación a Medina y a La Meca*), siendo uno de los primeros hombres no musulmanes en visitar la ciudad sagrada, a la que llegó disfrazado de peregrino. Pero esa es sólo una anécdota en su larga vida de viajero: recorrió África al este y al oeste, también Asia y América. Hablaba veintinueve lenguas africanas y asiáticas. Sirvió al ejército en la India —luego publicó los primeros libros sobre Goa y las montañas azules—, y tras su

enfrentamiento con Speke, que lo alejó de las expediciones de la Sociedad Geográfica, sirvió como diplomático, fue espía en Crimea y estuvo destinado en calidad de cónsul en Fernando Poo, Damasco y Trieste. Además fue traductor del *Kamasutra*, de *Las mil y una noches* y autor no sólo de relatos de viaje sino de narraciones fantásticas. Su obra hubiera sido más amplia si, tras su muerte, su mujer no hubiera quemado muchos de sus manuscritos y diarios⁵¹¹.

A mediados del siglo XIX, los exploradores de África se multiplican. Quizá el más famoso es el doctor Livingstone, médico y misionero, enviado de la Royal Geographical Society a corroborar los descubrimientos de Speke en 1865 —en una misión en la que Livingstone se alineó con las ideas de Burton—. Era un explorador reconocido: había recorrido el continente desde 1841 en una especie de peregrinación antiesclavista, fue el primer europeo en cruzar el desierto de Kalahari y había descubierto lagos y ríos, entre ellos el Zambeze y las cataratas Victoria, además de sus contribuciones a la zoología, la botánica y la geografía. Javier Reverte, en el prólogo de la reedición de su libro *Viajes y exploraciones en el África del Sur*, lo llama «el explorador de los exploradores», y recuerda cómo la suya, además de una misión de descubrimiento, fue una lucha humanitaria contra el maltrato, la esclavitud y el racismo, lo que propició la aparición de otras asociaciones antiesclavistas en Inglaterra⁵¹².

Livingstone narra los años de sus primeras misiones en el continente, cuando abrió la ruta al interior de África, un libro escrito con mimo, pero sin alardes literarios ni detallismo científico. Reconoce que no es un escritor: «de buena gana cruzaría nuevamente el continente antes que escribir otro libro, porque es más fácil viajar que hacer la narración del viaje»⁵¹³. Y se disculpa por no incluir detalles científicos importantes, pero dice que hará llegar ese saber por otras vías, no a través de ese libro que pretende ser de carácter popular⁵¹⁴.

Porque las anécdotas de Livingstone son de color y aventura, como cuando relata la mordedura de un león que le deja una herida que llevará como medalla el resto de su vida; cuando describe personajes curiosos —como el nativo que se empeña en viajar a Inglaterra para presentar una queja oficial ante la reina—; o los estragos que causa la mosca tse-tse entre los

expedicionarios. También relata pasajes conmovedores donde refiere el sufrimiento de los negros, e incluso se permite narraciones con algún tinte fantástico, como cuando los nativos creen que él tiene el poder de hacer fértiles a las mujeres.

Mary Kingsley también acudió a la llamada de África. Hija del también viajero y escritor George Kingsley, recorrió en solitario todo el continente negro. Quería finalizar un libro que su padre había empezado a escribir sobre las poblaciones africanas. Vivió en Angola. Escaló el monte Camerún por una ruta que nadie había recorrido. Aprendió a sobrevivir en la jungla. Estudió las tribus caníbales y volvió a Inglaterra con muestras de insectos, moluscos, plantas, reptiles y peces. Escribió dos libros sobre su experiencia: *Travels in West Africa, Congo Français, Corisco and Cameroon* (1897) y *West African Studies* (1899). Y siempre tuvo a su alrededor montones de periodistas queriendo entrevistarla. Heredera de Descartes, no vio a los nativos como seres inferiores, sino con una mentalidad distinta a los europeos, lo que la hizo abogar por los derechos de los africanos y criticar a misioneros como Livingstone que querían imponerles las costumbres europeas. Kingsley daba conferencias por todo el país en las que informaba de sus descubrimientos.

Así, el camino de la exploración africana lo recorrieron muchos⁵¹⁵, entre otros el periodista Henry Morton Stanley, contratado por el *New York Herald* para localizar al doctor Livingstone, de quien se había perdido el rastro desde 1866. El relato de Stanley, reportero y luego explorador, es una crónica periodística que incluye además la mayor exclusiva de la época: haberlo encontrado en 1871, en el poblado Ujiji, cerca del lago Tanganica, un hecho que inmortalizó la frase «*Doctor Livingstone, I presume*»⁵¹⁶, que el cine, el periodismo y los libros han repetido sin pausa desde entonces. Stanley, como buen reportero, además de la primicia de Livingstone, trajo otra noticia de primera plana: certificaba, una década más tarde, los descubrimientos de Speke sobre el nacimiento del Nilo en el gran lago Victoria:

Speke tiene ahora la gloria total de haber descubierto el gran mar del interior del continente africano, así como la procedencia y salida de sus aguas. Hay que reconocerle también haber comprendido mucho mejor que cualquiera de los que insistentemente atacaron sus hipótesis la geografía de los países por los que viajó. Desde aquí expreso mi admiración por el genio geográfico que a partir de meros informes de los nativos supo bosquejar con mano maestra las grandes líneas del lago Victoria⁵¹⁷.

Encontrar las fuentes del Nilo, los grandes lagos y a Livingstone era una revelación. Pero el descubrimiento del siglo, uno de los hallazgos científicos más importantes de todos los tiempos, lo hizo Charles Darwin, el naturalista galés que partió, como Colón, inspirado en otro gran viajero, en este caso Humboldt. De joven había leído la obra del alemán —su *Viaje a las regiones equinocciales, Cosmos* y su *Narrativa Personal*— y aseguraba que su admiración lo llevó a viajar a distintos países, incluida Suramérica, y a ofrecerse como naturalista voluntario en el *Beagle*, el barco de su majestad. En Brasil aseguró: «Estoy aquí por haber leído a Humboldt. Él, cómo ningún otro sol, ilumina todo lo que veo»⁵¹⁸. Darwin mantenía esos libros en la repisa del barco, al lado de su hamaca. Y así como el texto de Marco Polo anotado por Colón se conserva en la Biblioteca Colombina de Sevilla, la biblioteca de Cambridge guarda las copias de la obra del alemán anotadas a lápiz en los márgenes por el naturalista inglés, cientos de notas que son una especie de diálogo entre ambos. Dice Andrea Wulf que los usó como modelo de escritura: su prosa es muy similar a la de Humboldt —descripciones evocadoras de la naturaleza combinadas con datos científicos— e incluso se basó en su estilo para formular la teoría de las especies.

El *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, publicado en 1839, es el libro que el científico editó consciente del valor informativo que tenían sus hallazgos para el público general. Lo presentó, por eso, a modo de diario, con breves observaciones sobre la historia natural y la geología, accesibles a los lectores. Darwin ya había publicado *El viaje del Beagle*, de carácter más académico⁵¹⁹, y por eso, en el prólogo, invitaba a los hombres de ciencia interesados en los datos a consultar las publicaciones que daban cuenta de los resultados científicos de la expedición. Darwin tomó atenta nota de lo que veía, y esa fue la información que consignó en sus páginas. Todavía faltaban veinte años para que publicara *El origen de las especies*, la obra que pondría su nombre al lado de Newton y Einstein, pero con el relato de ese primer viaje comienza toda su obra posterior, con un tono divulgativo que pueden leer los que no son expertos.

El exotismo se buscaba en África, en Suramérica⁵²⁰, e incluso los ingleses que no podían ir al continente buscaron la lejanía, lo pintoresco y el placer del paisaje en las Hébridias, las tierras altas de Escocia, para satisfacer su espíritu

aventurero. Pero Oriente fue el otro gran escenario del viaje en el siglo XIX. Como explica Patricia Almarcegui, era una especie de huida de lo cotidiano, una fuga de la sociedad de origen, un territorio objeto del deseo, el lugar donde se hallaban las imágenes de exuberancia y deseo presentes en el pensamiento de la época. Y mientras Oriente se iba escribiendo, los viajeros románticos europeos incurrían en una paradoja: cuanto más intentaban describirlo, más se alejaban del Oriente real⁵²¹. Reproducían la idea imaginaria que comenzó con Ctesias de Nido y reforzaron otros como Tavernier. Esa imagen era puramente subjetiva, compuesta de tópicos, mitos y leyendas: un sultán tirano y cortador de cabezas, mujeres sometidas en un harén del que todos hablaban pero que ninguno conocía, turcos fanáticos, indolentes y lascivos. Como explica Goytisolo, durante cuatro siglos, los europeos desembarcaron en Constantinopla con sus clichés y estereotipos, una curiosa mezcla de prejuicios con imágenes de *Las mil y una noches*⁵²².

Se trata del problema del *orientalismo*, la teoría que intenta explicar cómo la relación entre Oriente y Occidente ha sido históricamente una relación de poder (político, intelectual, cultural y moral) y de dominación: Occidente ha forjado la idea de un Oriente fanático, ignorante e inferior, para conseguir una hegemonía sobre esa parte del mundo⁵²³. Según Edward Said, Europa se ha autodefinido al contraponer esa imagen, autoensalzándose en detrimento de los otros. Y acusa en parte a los viajeros, no de conspiración, sino de reforzar, con sus textos, esos tópicos sobre lo oriental. Pero otros, como Maxime Rodinson, aseguran lo contrario: que la imagen de Oriente ha sido más bien idealizada por los occidentales, que lo han contado desde su fascinación⁵²⁴.

Pasó algo similar con la construcción de la imagen de España en la Europa del Romanticismo. La «Leyenda Negra» venía desde la época de Felipe II y la Armada Invencible, cuando los ingleses, como parte de la guerra de propaganda para debilitar el imperio español, tejieron un imaginario despectivo del país a partir de la Inquisición de Torquemada y el oscurantismo. Muchos viajeros reforzaron ese estereotipo en los siglos siguientes, pero luego los románticos de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX fueron cambiando esa imagen oscura por otra fascinante y exótica, poblada de bandidos justicieros, mujeres fatales como la Carmen de Merimée y corridas de toros, gitanos, tablaos flamencos y las leyendas de moros.

Los relatos de viaje configuran una cámara de ecos en la que se van repitiendo lugares comunes libro tras libro. Sobre España escribieron Casanova y Mme. d'Aulnoy, Washington Irving, Rilke, Alejandro Dumas, Gautier, Merimée, Humboldt y Hans Christian Andersen, a quien le pareció que el país no estaba a la altura de otros europeos. Algunos lo hicieron sin haberla visitado⁵²⁵, y hay casos llamativos como el de Alejandro Dumas padre quien, a pesar de haber estado allí, redactó sus *Impressions de voyage. De Paris a Cadix* (1846) con pasajes copiados de las guías de la época y libros de otros viajeros, entre ellos el de Gautier⁵²⁶.

Ester Ortas Durand explica que España había estado marginada del recorrido del *Grand Tour*, pero desde finales del siglo XVIII fue un destino de moda entre los románticos, que la visitaban para viajar en el espacio y el tiempo: así podían pasear por un territorio que evocaba a Oriente sin necesidad de salir del continente y, al mismo tiempo, les permitía recrearse en escenarios de la Edad Media. El viajero romántico perseguía allí objetivos muy distintos a los del ilustrado: quería hallar paisajes agrestes, personajes y espectáculos pintorescos y color local. Ya no buscaba aprender, sino fascinarse, encontrar un universo radicalmente opuesto al de su país, donde lo cotidiano lo sorprendiera y pudiera ver lo primitivo, la magia de lo árabe, la sobriedad de lo cristiano y la leyenda de las catedrales. Eso fue lo que luego hizo de España un espacio poético, pictórico, literaturizado y ensoñador⁵²⁷.

En principio, la imagen española era muy negativa, con secuelas de la leyenda negra: fanatismo, crueldad e ignorancia. Cada libro de viajes repetía los lugares comunes más oscuros. Incluso, ya muy entrado el siglo XIX, cuando España se puso de moda entre los alemanes, los estereotipos se seguían repitiendo. George Sand, en *Un invierno en Mallorca* (1855), ridiculizaba al campesino mallorquín. Lo describió como un ser animalizado, ignorante y supersticioso como un salvaje: «no más odioso que un buey o un carnero, engaña, estafa, miente, insulta y saquea sin el menor escrúpulo». El inglés Richard Twiss escribió sobre los bandidos españoles que, con media docena de pistolas sujetas a la faja, atacaban a los viajeros, a quienes supuestamente mataban y robaban para dejar luego los cadáveres y los carruajes en la carretera, llevándose el botín en las mulas. Humboldt admiraba el fandango, que calificó como la danza más agradable, pero lasciva, ni noble ni graciosa,

que sólo debía dejarse bailar a los esclavos y esclavas para provocar excitación. Y Maximiliano de Austria se deleitaba al recordar la *olla podrida*, «uno de los platos más buenos y deliciosos que nunca haya disfrutado el paladar. Una mezcla de carnes, buenos embuchados, sabrosa col y otras verduras, entre ellas, para horror de los lectores civilizados, cebolla y ajo»⁵²⁸.

¿Era así la España de entonces? ¿O eso era un conjunto de clichés reproducidos sistemáticamente? Sea por fascinación, por superioridad ideológica o por prejuicio, esa visión que aportó el viajero fue parcial, incompleta. Pero lo cierto es que si el relato de viaje consigue tergiversar la imagen sobre un país o región, eso significa que el viajero ejerce con su texto un acto informativo —de desinformación en este caso—. Es decir, que no por deformar la imagen de un destino el carácter informativo del texto disminuye, sino que se refuerza. Se trata del resultado y no el propósito: desinformar es una consecuencia, pero dar noticia es la motivación de esta escritura.

Por otro lado, por qué no aceptar que quizá sí era esa la realidad oriental y española en el siglo XIX. Tal vez sí eran territorios pintorescos, de ensueño, que seducían a quienes los visitaban o les generaban rechazo en comparación con su país de procedencia. Esa es la condición misma de la alteridad y del texto de viaje como transmisor de la imagen del Otro: la verdad es personal, subjetiva —más en el siglo XIX—, y la descripción taxonómica de la realidad tampoco garantiza la imparcialidad. El viajero quiere informar y el hecho de que logre imponer un estereotipo es prueba de que ha conseguido su objetivo. El exotismo, como dice Todorov, es una forma de mirar al otro, y el viajero lo que hace es transmitir, objetivamente, su forma subjetiva de mirar.

La consolidación de un amplio público lector, que demandaba y consumía información del extranjero con avidez, favoreció que se publicaran textos de viaje también en la prensa. Alrededor de 1850, el periodismo lo ejercían escritores de renombre, y las crónicas de los descubrimientos se publicaban tanto en los boletines de las sociedades geográficas como en los periódicos, donde los textos de ciencia e historia se mezclaban con noticias del mundo y relatos de lo exótico. Esto contribuyó, según Manuel Bernal, «a subrayar la condición periodística de los relatos de viajes»⁵²⁹. Los corresponsales se hicieron habituales, y sus relatos aparecían, casi siempre, de forma simultánea

al viaje: el autor enviaba su texto al terminar cada etapa, de tal manera que al finalizar el recorrido terminaba también su historia en las páginas del diario. Esas publicaciones solían tener mucho éxito, por eso el viajero volvía a publicarlas ya como libro, y alcanzaban numerosas ediciones. La demanda de relatos de viajes se incrementó en la segunda mitad del siglo XIX y propició la aparición de viajeros profesionales que, más o menos a partir de 1850, viajaban sólo para escribir sobre ello⁵³⁰ ⁵³¹. Los primeros periodistas modernos en lengua castellana se caracterizaron precisamente por sus desplazamientos, y alrededor de 1868, España vivió también el auge de la novela realista, con el que una generación de autores, que también escribía en la prensa, se dio al relato de viaje como una representación casi notarial de la realidad⁵³².

Entre los corresponsales, Pedro Antonio de Alarcón, Gaspar Núñez de Arce y Ros de Olano fueron testigos y protagonistas de la guerra que enfrentó a España con Marruecos entre 1857 y 1858, a la que acudieron como cronistas junto a los militares. Según explica Josefa Bauló, se encargaban de contar para la posteridad un relato más o menos fiel de las hazañas bélicas. Pero bajo el estruendo de cada batalla que relatan, se perciben sus biografías, así como retazos de costumbrismo, apuntes novelísticos, notas de viaje y reflexiones de historia y filosofía. El testimonio de Alarcón —que viajó por su cuenta, movido por la curiosidad— es el que más se aproxima al espíritu de *freelance* moderno, su relato es el más periodístico: «Soldado, escritor, reportero y testigo de vista, fue quien más hizo disfrutar a sus lectores con la plasticidad de sus descripciones de la guerra y porque, en su afán de abarcarlo todo, se convirtió en los ojos y los oídos de muchos». Fue «el primer gran corresponsal de guerra del periodismo español»⁵³³. Sus crónicas, que redactó durante el conflicto, aparecieron en varios periódicos y vendieron cincuenta mil ejemplares cuando fueron editadas en el libro *Diario de un testigo de la guerra de África*.

El viaje se convirtió en un contenido habitual en la prensa ilustrada de todo el continente⁵³⁴. Aparecieron las revistas especializadas en viajes para aficionados a la geografía, la antropología y la naturaleza. En Estados Unidos surgió la más destacada entre ellas: la *National Geographic*, editada por primera vez el 14 de octubre de 1888 por la National Geographic Society, con

el objetivo de «acrecetar y difundir el conocimiento geográfico». La revista rápidamente pasó del interés de los miembros de la sociedad geográfica al público general.

Pero muchas de esas revistas y colecciones de viajes —sucesoras de las colecciones de los siglos XVII y XVIII— abrieron las puertas a la ficción. En París, en la Biblioteca de Educación y recreación, apareció, por ejemplo, toda la narrativa de Julio Verne. El francés escribió sesenta obras y quince *nouvelles* que se clasifican como *literatura de viajes extraordinarios* —que no literatura fantástica—: él sabía que estaba creando un nuevo género, el de los «viajes extraordinarios», una escritura híbrida, realista por su ambición de describir la tierra y el conocimiento, pero fantástica por los medios de transporte, personajes y situaciones salidas de la cabeza del autor. El viaje era el tema y marco de la obra, en la que los protagonistas recorren el mundo por necesidad vital, exploración, búsqueda o placer⁵³⁵.

Un viaje en globo (1851) y *Martin Paz* (1852) fueron las primeras publicaciones que aparecieron en revistas para el público familiar —*Magasin pittoresque, Magasin universel, Musée des familles*— que marcan el tono del resto de su obra. El escritor sabía que eran mediocres, pero esos relatos, anclados en la actualidad y ambientados con los principales descubrimientos científicos de la época, son los primeros que lo obligaron a documentarse para sus libros, y se sumergió en un trabajo de investigación enciclopédica.

Sus primeros años en París —venía de Nantes— los dedicó a sus estudios de Derecho en la universidad, pero allí descubrió que su asignatura preferida era la geografía. Pero ese tiempo en la ciudad lo dedicó sobre todo al teatro, entusiasmado por las obras de Víctor Hugo, e incluso llegó a escribir dos piezas con Alejandro Dumas (hijo). Y es que, en aquel momento, un autor que deseara el prestigio literario —era su caso— debía pasar por las tablas o la poesía: la novela era vista como un género menor, sólo para las señoras⁵³⁶.

En una entrevista concedida al final de su vida, Verne aseguró que no tenía formación científica. Nunca estudió ciencias, pero su hábito lector, siempre con un lápiz en la mano para anotar lo interesante o útil, le proporcionó el material para sus libros. Todos los días después del almuerzo leía de principio a fin hasta quince publicaciones distintas, entre ellas los boletines de las sociedades geográficas y científicas. La geografía siguió siendo su pasión y

tema de estudio. Fue además un lector de *Le tour du monde*, la conocida colección de relatos de viajes. Eso lo hace un sucesor de Defoe, que también se inspiraba en sus lecturas para escribir. Aunque el francés realizó muchos más viajes que Defoe, en parte por placer, pero también con el propósito de obtener material de escritura:

Cada una de mis novelas han sido beneficiadas por mis viajes. De esta forma, en *Un billete de lotería* se encuentra la narración de mis experiencias y observaciones personales en una excursión que tuve la oportunidad de realizar a Escocia, a las islas Iona y Staffa; así como también de un viaje a Noruega en el año 1862 [...] En *Las Indias negras*⁵³⁷ está la descripción de mi gira por Inglaterra y mi visita a los lagos escoceses. La idea original de *Una ciudad flotante* sobrevino cuando viajaba hacia América, en el año 1867, a bordo del *Great Eastern*. Allí visité New York, Albany y las cataratas del Niágara, que vi cubiertas de hielo [...] *Matías Sandorf* fue el resultado de una excursión desde Tánger hasta Malta en mi yate, el St. Michel [...] Viajar era el gran placer de mi vida⁵³⁸.

Así, la ciencia y la geografía que aparecen en sus novelas viene, en parte, de sus observaciones, pero sobre todo de lo que había leído. Aceptaba haber copiado a otros viajeros y que inventó geografías, medios de transporte y personajes, pero sus obras fueron catalogadas, desde el primer momento, como educativas y de divulgación científica. Lo «extraordinario» en su obra no es necesariamente lo fantástico, sino lo curioso, lo extraño, y sus narraciones están ancladas en conflictos y avances de su tiempo. Por eso Verne refleja, en su modo muy particular, el siglo XIX y los temas que lo definen: la Revolución Industrial, el progreso científico, la evolución de los medios de transporte, las relaciones internacionales, la lucha del hombre por la libertad, los problemas del urbanismo y el capitalismo⁵³⁹.

En 1864, Verne ya figuraba como redactor de la sección de Educación en el *Magasin d'éducation et de récréation*, y fue Jules Hetzel, su editor, quien explicó, desde el primer momento, la que sería toda la dimensión de la obra verniana:

Narrador dotado de imaginación y fuego, escritor original y puro, de espíritu rápido y vivaz [...] ha creado un género nuevo: la instrucción que divierte y la diversión que educa, que el señor Verne consigue en cada página de sus historias conmovedoras [...] Junto al arte y al teatro, es necesario colocar la ciencia en nuestros periódicos [...] El arte por el arte ya no es suficiente en nuestro tiempo, y ya es hora de que la ciencia tenga su lugar en la literatura. El mérito de Julio Verne es ser el primero en poner un pie en ese nuevo territorio [...] Y sus obras abrazan el objetivo de su autor: reunir todos los conocimientos geográficos, geológicos, físicos y astronómicos acumulados por la ciencia moderna y así contar, con la forma atrayente y colorida que le es propia, la historia del universo⁵⁴⁰.

Se trataba entonces de un proyecto educativo, de una literatura didáctica. Por eso quizá ningún autor es mejor que Julio Verne para explicar la primacía del carácter informativo de la escritura de viaje: porque aun siendo obras de ficción, que pertenecen a la larga tradición de la literatura fantástica —desde Luciano hasta Wells, pasando por Cyrano, Defoe, Swift, Dumas, Stevenson o Walter Scott—, la del francés es un buen ejemplo de cómo el relato de un viaje, a pesar de mentir, de inventar un escenario, de falsear la descripción de un lugar, de proponer situaciones y personajes imaginarios, tiene una función básicamente utilitaria, que hace que su razón de ser tenga mucho más que ver con la transmisión de información y conocimiento que con el arte de la ficción. A Verne se le considera profeta del progreso, visionario de los viajes submarinos, a la luna, alrededor del mundo o en globo, incluso de internet, pero es menos un iluminado y más bien un divulgador. Sus libros fueron posibles no tanto gracias a una imaginación prodigiosa sino a una amplísima documentación científica. Como dice Christian Robin, su obra se sitúa más bien en «el terreno de lo probable»⁵⁴¹. No hacía ficción, sólo informaba de un modo muy suyo sobre los avances de la ciencia en su tiempo, un anticipo de las posibilidades reales en el futuro. Son un vehículo de comunicación, más allá de lo estilístico, aunque ello no significa que no se preocupara por su narrativa. Él mismo lo decía:

Todo mi trabajo fue realizado con el mayor cuidado y con la constante preocupación por el estilo. He cuidado mucho el estilo, pero las personas nunca me han dado crédito por eso [...] Se dice que no puede haber estilo en una novela de aventura. No es cierto, aunque admito que es más difícil escribir una novela de este tipo a un nivel literario aceptable, que escribir el tipo de novelas modernas, basadas en un estudio profundo de los personajes.

El caso de Julio Verne es cercano al de Mark Twain, Herman Melville, Robert L. Stevenson, Lewis Carroll o Charles Dickens. También Edgar Allan Poe, quien publicó la *Narración de Arthur Gordon Pym* en 1838, su principal obra de viaje y única novela, en formato facsimilar en el *Messenger*, el periódico de Richmond con el que colaboraba, en consonancia con el espíritu de la época. Esa travesía fabulosa hasta la Antártida, probablemente inspirada en Defoe y otros viajeros, influyó en los viajes extraordinarios de Julio Verne⁵⁴², para el ballenero de Melville y *La Isla del Tesoro*. Las ficciones viajeras del XIX, herederas a su vez de Luciano, Apuleyo, Dante, Mandeville y

Voltaire, responden al viaje como metáfora de la existencia humana —*Huckleberry Finn* entre ellas—, donde el desplazamiento sirve para hallar respuestas. Melville es otro ejemplo, por su amplísimo bagaje y experiencia en los viajes del sur y sobre las ballenas. Y Stevenson, gran viajero —murió en Samoa, en el Pacífico, donde vivió al final de su vida con su mujer— y su biografía encarna ese deseo romántico del viaje por el viaje: «Viajar esperando es mejor que llegar». Y dijo también:

No viajo para ir a alguna parte, sino para ir. Viajo por el placer de hacerlo. Lo más grande del asunto es moverse, experimentar de cerca las necesidades y complicaciones de la vida; salirse de ese colchón de plumas de la civilización y encontrar bajo los pies el granito del globo, con cortantes esquirlas⁵⁴³.

Stevenson viajó, en principio, en busca de alivio para sus pulmones —sufría de tuberculosis—. Recorrió el mundo, desde las montañas de Europa hasta los mares del sur. Y como dice Alberto Manguel en el prólogo de *Memorias para el olvido*, sus aventuras fueron corporales y literarias: la crónica de sus peregrinajes propone conductas ejemplares frente al paisaje, frente a los Otros, frente a la justicia y el honor. Su literatura es, además, una propuesta ética⁵⁴⁴.

Jack London, también viajero por los mares del sur, y Emilio Salgari, con más de ochenta títulos sobre aventuras y piratas, fueron sucesores y contemporáneos de Stevenson. Todos, herederos de la época romántica, rindieron culto al desplazamiento y al camino como imagen de la libertad. Les importaba la experiencia de la ruta; crearon un vínculo indisoluble entre viajar y escribir y para ellos la errancia fue una forma de vida. Incluso hay a quienes la búsqueda de la ballena blanca en *Moby Dick* les recuerda la empresa del Santo Grial y el tema clásico del descenso a los infiernos. Y respecto a los viajes satíricos, Charles Dickens, con sus *Papeles póstumos del Club Pickwick*, completa el cuadro de viajeros de la época —el escritor publicó también sus experiencias de viaje en sus *Estampas de Italia*, una visita fundamental para los ingleses de la época, de la que no se mostró fascinado como sus antecesores, incluso no se detuvo en las obras de arte. Para él fue un viaje casi obligatorio, de formación—.

Un último viajero destacado del siglo XIX es Stendhal, novelista como Balzac, pero también un hombre fascinado por el viaje, por Europa⁵⁴⁵. Sus

obras guardan la mirada de un adelantado de su tiempo, antichovinista, viajero permanente por el continente —no viajó más lejos porque, al parecer, tenía miedo al barco—, observador, apasionado de las artes, «verdadero descubridor del alma europea» según Nietzsche, y «primer gran europeo después de Montaigne»⁵⁴⁶.

A Stendhal se le conoce principalmente como novelista —padre de la novela moderna para muchos—, pero fue sobre todo un escritor de no ficción: textos autobiográficos disfrazados de novelas, biografías, ensayos sobre pintura, literatura o sobre el amor, crónicas de sucesos y, en especial, un vasto testimonio de sus recorridos. Un escritor de esos que hacen del viaje una forma de vida elegida y para los que el movimiento es una necesidad vital.

Gracias a su primo Pierre Daru, mano derecha de Napoleón, ingresó en el ejército en 1799 y a partir de entonces el destino hizo de él un viajero infatigable: huyó de su tierra natal de provincias hacia París y de ahí a las gestas napoleónicas, con las que recorrió por primera vez el continente y lo llevaron hasta la campaña de Rusia —nunca superó su odio a Grenoble, donde nació. La detestaba igual que todo lo provinciano; su aire le parecía asfixiante y sus calles malolientes, le daba náuseas—. Fue burócrata del Imperio —prefecto, intendente, cónsul— y su vida fue un constante ir y venir entre Francia e Italia, con estancias en Suiza, Alemania, Holanda e Inglaterra. Esos viajes lo convirtieron en un hombre de vocación cosmopolita, y libros como *Paseos por Roma*, *Memorias de un turista* y *Roma, Nápoles y Florencia* dan testimonio de su fascinación por Europa y por el viaje, parte fundamental de su obra.

Pero entre todos los destinos de su vida itinerante, Italia fue su tierra prometida, patria por elección, un país del que escribió con una admiración contagiosa y en el que encontró todo lo que, según él, sus compatriotas franceses no eran: apasionados, irreflexivos, vitalistas, enamorados, caprichosos, encaminados a la búsqueda de la felicidad. Allí completó su formación artística, conoció sus grandes pasiones —la música, la pintura, la belleza y las mujeres (la estética que lo mantenía vivo)—, donde se descubrió ciudadano del mundo y se hizo escritor. Pasó diecisiete años en ese país, que fue, de hecho, el que quiso que figurara en su epitafio: «Arrigo Beyle, milanese», que luego quiso modificar por «Arrigo Beyle, romano»⁵⁴⁷, cuando

se enamoró más adelante de la Ciudad Eterna.

Stendhal no viajaba para conocer, sino en busca de sus placeres —«De todas mis pasiones, la única que me queda es la de ver cosas nuevas», le escribió a su hermana Pauline⁵⁴⁸—, y ese ímpetu lo hizo viajar sólo por el gusto de escuchar las óperas de Rossini y Cimarosa, ver los cuadros de Rafael, disfrutar de una buena conversación —con Byron y Merimée, por ejemplo— o de la compañía de una mujer. Por eso un libro como *Paseos por Roma* —su guía literaria de la ciudad—, más que describir obras de arte y lugares, abunda en sus sensaciones. Allí recoge la tradición que comienza en *El libro de los muertos* egipcio y pasa por las *Periégesis* de Pausanias y los manuales de peregrinación. La escribió por sugerencia de su primo Romain Colomb, y es un texto que redactó con fines prácticos, para servir de guía a jóvenes viajeros, sobre todo británicos, que abundaban. En ella propone recorridos que responden, más que a la verdad histórica, a sus caprichos, a los chismes que escucha o a la emoción que le produce un cuadro o un concierto.

Era un romántico, un hombre de su tiempo: «lo esencial, para él, lejos de cualquier obsesión por el detalle exacto, era ver las cosas a través del prisma de sus propias ideas y de sus preocupaciones del momento»⁵⁴⁹. Sus reflexiones son las de un entusiasta, un buen observador y no un experto ni un sabio. «No pretendo describir las cosas en sí mismas, sino el efecto que tienen en mí»⁵⁵⁰, escribió. De ahí que sus libros de viajes sean «una amalgama en la que figuraban cosas vistas, reminiscencias, observaciones personales, préstamos tomados de libros de otros viajeros, e incluso detalles que le proporcionaban sus amigos, y arqueología»⁵⁵¹. Hace todo lo que está previsto en esta escritura: es útil, introduce historias al hilo del relato, se apoya en otros libros, falsea ciertas fuentes, corrige a sus antecesores. A Stendhal, Roma le huele a coles podridas. Alaba las narices romanas y los helados, se emociona con las obras monumentales de Bernini y Borromini, con los cuadros del palacio Barberini. Allí se sentía «feliz de vivir» y la describe como «la ciudad de las almas, que tiene una lengua que todas las almas entienden». La belleza es, para él, el territorio común de los hombres: «La belleza es la promesa de la felicidad»⁵⁵².

Pero es su libro *Memorias de un turista* el que tiene un papel determinante en el desarrollo del género, que escribió influenciado por el *Viaje sentimental*

de Sterne y las *Cartas persas* de Montesquieu. El autor es consciente de que el viaje comienza a convertirse en una práctica generalizada, no exclusiva de las clases aristocráticas, y de ahí que en el título acuñe el término «turista». Él no es el responsable del anglicismo —pero sí el primer escritor en usarlo—. Y lo utiliza no por esnobismo sino consciente de esa nueva realidad del viaje:

En Stendhal nada es fortuito, sabe por qué lo hace. El viaje del que trata no es algo reservado a una élite, a un elenco de privilegiados [...] El viajero de Ferrara es como Stendhal: un hombre de talento, buen gusto e instruido, además de poseer un alma sensible [...] el viajante no desdeña visitar un museo, ir a una función de teatro, o platicar de literatura, pintura, arquitectura, historia, etc. [553](#).

Esta es otra de las muchas cosas en las que Stendhal se adelanta a su tiempo: intuye el turismo, el viaje de ocio, el desplazamiento para visitar monumentos, capitales europeas y sitios de vacaciones. El francés autor de *Rojo y Negro* no vivió para saberlo, ni podría imaginar que el suyo iba a ser el primer texto en voz de un turista, la clase viajera por excelencia de los siglos por venir.

Del exilio al viaje inmóvil

Los exploradores de la segunda mitad del siglo XIX como el doctor Livingstone, Mary Kingsley y Henry Morton Stanley consiguieron que Europa completara la cartografía de África y abriera las rutas para la exploración total del continente y sus costas. Pocos intuyeron que aquello era el comienzo de una feroz expansión colonial que rápidamente levantaría tensiones entre las potencias europeas. Esas tiranteces, que fueron en aumento en tanto se descubrían más y más recursos, no pudieron mitigarse ni siquiera con la Conferencia de Berlín de 1885 en la que se intentó establecer un reparto «coherente» de los territorios y sus riquezas entre las naciones fuertes de Europa. La fiebre por apoderarse de esas materias primas y riquezas naturales recrudeció la colonización, la llamada «disputa de África», que muchos sitúan entre las principales causas de la Gran Guerra. Y así como la Revolución francesa marcó el comienzo del siglo XIX, la Primera Guerra Mundial dio inicio a la contemporaneidad.

Es precisamente la explotación africana la que motivó el último gran relato de viajes del XIX: *El corazón de las tinieblas*. Se publicó por entregas en 1899 —el libro, en 1902—, una obra en la que Joseph Conrad narró los excesos de la colonización de Leopoldo II en el Estado Independiente del Congo, un territorio que le había correspondido a Bélgica tras la Conferencia de Berlín. Y aunque se trata de una ficción, de una experiencia novelada, es otro ejemplo, en la historia de la escritura de viaje, donde la realidad y la ficción trabajan juntas sin restar valor a la condición informativa del relato. Así lo explicaba Conrad en el prólogo de la primera edición:

El corazón de las tinieblas es una experiencia llevada un poco (y solamente un poco) más allá de los hechos reales, con el propósito, perfectamente legítimo, creo yo, de traerla a las mentes y al corazón de los lectores. Había que dar a ese tema sombrío una siniestra resonancia, una tonalidad propia, una continua vibración que quedara —eso esperaba— suspendida en el aire y permaneciera grabada en el oído después de que hubiera sonado la última nota [554](#).

El escritor fue capitán de barco de una compañía belga, pero necesitó reforzar su experiencia real para conseguir una respuesta enfática de sus

lectores. Había quedado impresionado por la brutalidad con la que los europeos actuaban en África, y por eso escribió una novela: para denunciar los excesos de Occidente en aquellas tierras, pero también para profundizar en los temas que le obsesionaban: el problema de la soledad y la lucha del hombre contra las fuerzas de la naturaleza⁵⁵⁵. Como dice David Spurr, es un libro que dice más sobre cómo era el Congo Belga que cualquier reportaje periodístico o texto histórico de la época⁵⁵⁶.

El corazón de las tinieblas es un relato que también recoge la tradición de Dante, Yambulo, Swift o Voltaire. El trayecto implica una reflexión moral y filosófica: es el camino del héroe que en Conrad encuentra el destino más profundo posible, el corazón de los hombres. Y también es el arquetipo del descenso al mundo de los muertos: Marlow, río Congo arriba, es un eco del descenso de Dante a los círculos del infierno en la *Comedia*⁵⁵⁷.

Otras ficciones viajeras del siglo XX siguen esta estela: *El viaje al fin de la noche* de Céline, el primer volumen de *En busca del tiempo perdido* de Proust, el *Ulises* de Joyce y la *América* de Kafka, entre muchas otras. Conrad es la bisagra entre los siglos. Sus sucesores serán, asimismo, viajeros reales como André Gide, quien en *Viaje al Congo* y *Regreso a Chad* denunció, casi treinta años después, los excesos que se seguían cometiendo en las colonias⁵⁵⁸. También el escritor Michel Leiris, quien en 1931 se inauguró en la etnografía a bordo de la misión Dakar-Djibouti, trazó una de las primeras investigaciones de la Academia Francesa en África. Para entonces el francés era apenas un joven con aspiraciones literarias y sus conocimientos en etnografía eran muy pocos⁵⁵⁹. Pero se embarcó como ayudante con la idea de escribir un libro y el resultado fue *África fantasmal*, una obra que lo convirtió en uno de los primeros etnógrafos en relatar su experiencia sobre el terrero sin el estilo cientifista de los estudios de este tipo.

Su contribución fue construir un texto «ostensiblemente científico a partir de experiencias claramente biográficas»⁵⁶⁰. Porque fue un viajero nato, de los que buscan respuestas a través del recorrido: su libro iba a titularse *De Dakar a Yibuti (1931-1933)*, pero *África fantasmal* se impuso «porque revelaba su decepción de occidental que, incómodo consigo mismo, había esperado que ese largo viaje pudiera convertirlo en otro hombre, más abierto y curado de

sus obsesiones. Pero en África no halló esa liberación»⁵⁶¹.

A Leiris se le acusó de falta de rigor científico. Sin embargo, su forma de narrar la experiencia etnográfica, fiel a los datos pero incluyendo su visión, se hará muy popular durante todo el siglo XX y muchos asumieron un estilo muy similar a la hora de redactar sus estudios sobre el terreno. Lévi-Strauss, por ejemplo: *Tristes trópicos*, su trabajo en el Mato Grosso brasileño, es otro de los principales ejemplos de la «literatura etnográfica», textos que se valoran no sólo por sus aportaciones a la ciencia sino porque recogen las circunstancias personales que rodean el viaje y la investigación. Tal es la aptitud literaria de *Tristes trópicos* que los responsables del Goncourt —el premio más prestigioso de novela en Francia— se lamentaron de no poder otorgar al antropólogo, por ser técnicamente un relato de no ficción.

Los textos de Lévi-Strauss se insertan en la amalgama de géneros y discursos que ha complicado la clasificación del relato de viaje. *Tristes trópicos* es el libro de un viajero, pero también un tratado científico, un ensayo experimental, una crónica y hasta un discurso filosófico al tiempo que literatura. Como explica Mary Louise Pratt:

El discurso del etnógrafo y del autor de libros de viajes resulta muy parecido. Ambos escriben con gran fluidez; ambos introducen anécdotas enriquecedoras del texto en su conjunto, lo cual ayuda a la descodificación de eso que se considera generalizaciones de uso obligatorio⁵⁶².

No sólo Pratt. El propio Lévi-Strauss y autores como James Clifford, Stephen Tyler, Ruth Benedict, Raymond Firth, Bronislaw Malinowski, George E. Marcus y Clifford Geertz abordaron el problema de *El antropólogo como autor* (es el título de una obra de Geertz), un debate que se pregunta si se debe admitir la *literaturización* de la experiencia o si la escritura debe privilegiar sólo los datos recogidos en el trabajo de campo⁵⁶³. Y muchos comparten con Pratt la idea de que buena parte de la literatura antropológica se emparenta con la tradición de los antiguos viajeros y exploradores, quienes desde el comienzo se preocuparon por «los Otros». En el último siglo, los antropólogos, etnógrafos y etnólogos, igual que los que se adentraron en el corazón de África y los viajeros del XVII y XVIII, han combinado narraciones subjetivas con la descripción científica y racional⁵⁶⁴. Y la calidad de sus trabajos no ha dependido tanto de la abundancia de los datos como de la

habilidad de estos autores científicos para informar sobre su viaje y los Otros^{565 566}.

Hoy, junto a cientos de viajeros, ellos siguen trayendo la información de las culturas lejanas o desconocidas con estudios de campo, prosa literaria, narrativas testimoniales y autobiografías. Los mueve, como hombres de ciencia, el genuino interés por la alteridad y por comprender su condición mirando a los Otros. Pero no sólo como investigadores que se internan con instrumentos y técnicas de recolección de datos en otras culturas, sino al modo de Humboldt y de los escritores bisagra entre los románticos y el racionalismo. La obra de Leiris y Lévi-Strauss es característica del relato de viaje moderno: textos híbridos, literaturizados, pero al tiempo informativos, científicos, autobiográficos, periodísticos.

Hoy es minoritaria la publicación de relaciones escuetas de viaje y diarios de viajero. La prosa literaria, el periplo real hecho literatura, se impone desde el siglo XIX hasta lo que va del XXI, y la crónica suele ser el género que utilizan no sólo los escritores profesionales sino el alpinista, el escalador, el *instagrammer* o el bloguero.

Y a veces se hace ficción deliberada del desplazamiento. Un ejemplo es Pedro Sorela, quien en un intento de contar no el viaje sino su espíritu, propuso narraciones estrictamente literarias y no forzosamente realistas, de tal manera que el ambiente de la posguerra en Guatemala se cuenta a través de los ojos de un caballo, y el Budapest postcomunista desde las peripecias de un ladrón callejero no necesariamente real⁵⁶⁷. Son cuentos que participan de las técnicas de la ficción pero que dan lugar a una forma inédita o alegórica de información. Gabi Martínez hace algo similar en varios libros inspirados en sus viajes, entre ellos *Voy*, un relato en el que un supuesto novelista perdido busca un ave extinta en Nueva Guinea. También Jorge Carrión en *Los turistas* o Sergio Chejfec en *Mis dos mundos*. Hoy, dice Martínez, «el debate realidad-ficción está superado».

Geoff Dyer, en *Arenas Blancas*, busca a Gauguin en la Polinesia o al filósofo Adorno en Los Ángeles. Andrés Newman hace literatura de su experiencia y con el resultado, *El viajero del siglo*, gana el premio Alfaguara de novela. Martín Caparrós escribe sobre migrantes o el hambre usando el viaje como marco y método de investigación y Philip Hoare, a través de

ensayos experimentales, escribe sobre ballenas y la ciencia de los cachalotes mientras reflexiona sobre *Moby Dick* y sus propios desplazamientos. Todos son textos híbridos que combinan ensayo, literatura, poesía y movimiento. Son obras que se ubican en esa franja que, como dice Carrión, está llena de matices, espectros y desniveles, y admite muchísimos nombres: ensayo cultural, literatura híbrida, ensayo creativo, literatura de viajes, crónica literaria. Todo al servicio de contar la realidad. La diferencia entre los viajeros experimentales y Conrad radica en que mientras el autor de *El corazón de las tinieblas* hace deliberadamente novela, ellos hacen un experimento de escritura al tiempo que un relato de viaje que procura transmitir una determinada imagen del mundo. Desde las técnicas narrativas, exploran posibles explicaciones del género humano. Viajar es uno de los caminos para llegar a esas respuestas, como ya se sabe desde el tiempo del mito. Según dijo Jacques Mounier: «el viaje es el camino más corto hacia uno mismo pasando por los otros»⁵⁶⁸.

Hay quien ve en ellos una especie de periodistas literarios, pero su herencia del nuevo periodismo es apenas implícita. De hecho, el periodismo fue literario desde su origen, desde que los primeros viajeros trajeron la noticia de los confines del mundo. Lo nuevo en periodismo es la objetividad, que llegó con el siglo XX y la aparición de las agencias de noticias⁵⁶⁹. En este grupo se inscriben los escritores-viajeros del último siglo, autores que escriben para viajar y viajan para escribir, cuya vida no es comprensible sin sus desplazamientos y moverse es su forma de estar en el mundo. Peregrinos de corazón, como los llamó Chatwin⁵⁷⁰, «poetas turísticos» o «turistas pintorescos» como definió Lord Byron a Coleridge. O en palabras de Blaise Cendrars: «No es literatura. Es la vida. Mi vida. Su vida. La vida de los Otros».

Ellos representan lo mejor del siglo XX con su manera de estar en el mundo: su obsesión por la libertad, el cosmopolitismo, su idea de un planeta abierto pero todavía por descubrir, su hospitalidad y su capacidad de seguir creyendo en la utopía, de seguir buscando. Herederos de Descartes, conservan el deseo de aceptar al Otro en su diferencia y narrarlo para comprenderse y comprenderlo.

Tristes trópicos de Lévi-Strauss es el texto fundacional de una tradición que nos conduce, a través de los libros de Chatwin, Sontag, Nootboom, Magris, Morris o Sebald, hasta el siglo XXI [...] En todos ellos hay un diálogo, explícito o secreto, con la etnografía posmoderna, la disciplina académica que más se parece al periodismo, y una modulación de la geografía y de la historia en términos de apropiación personalísima. Kapuściński defiende esa herencia: «Hoy, ningún libro que gire en torno a la contemporaneidad puede ser otra cosa que un texto abierto, inacabado»⁵⁷¹.

La escritura de viaje contemporánea tiene registros muy distintos, pero su ética común, como dice Michel Le Bris, radica en que todos sus autores se mueven por «el espíritu de partir, el gusto de la errancia, por el movimiento irreprimible que empuja hacia los Otros»⁵⁷². Son obras inclinadas hacia la información. Su verdad parte del deseo de comprender, traducir y comunicar no tanto la alteridad como los problemas del mundo. Y con ello ejercen un acto de creación, privilegiando la función estética del lenguaje —hacen «estilo», pero no por ello su escritura es menos informativa—.

Por mucho que se repita que ya no quedan lugares por descubrir —sí quedan y la ciencia desplaza todos los días la frontera en el fondo del mar, el universo exterior, el subsuelo, la Antártida inexplorada o el cuerpo humano—, esos escritores-viajeros saben de la necesidad de su escritura en un mundo que no por globalizado se conoce mejor. Hoy, para un habitante de los Andes, o de Europa central, siguen resultando tan lejanas la realidad y las costumbres de un país como Mongolia como cuando Ruy González de Clavijo viajó a Tamorlán o Marco Polo llevó a Italia las noticias del Gran Khan. El escritor-viajero comunica el mundo y una imagen particular de él, no para solucionar los conflictos sino para favorecer su comprensión.

Pero esto no siempre es positivo. El viajero, como sucede con el *orientalismo* o la leyenda negra española, contribuye muchas veces a reforzar los estereotipos sobre un país, una ciudad o una problemática. No es forzoso que el extranjero que escribe, por ejemplo, sobre la guerrilla colombiana o el problema del turismo sexual en Cartagena de Indias dé mejor cuenta del fenómeno que un escritor local. En el mundo de la información globalizada, parece que esa noticia ya no es tan confiable cuando viene de un viajero que está de paso. Sin embargo, el viajero tiene una ventaja sobre el local: ve aquello que para el otro ya es cotidiano y, por lo tanto, invisible. El asombro se pierde con la costumbre, y por eso el extrañamiento a veces sólo es posible para unos ojos nuevos.

Con el descubrimiento total del mundo la figura del explorador ha comenzado a desaparecer y uno de los últimos viajeros legendarios fue Lawrence de Arabia. Arqueólogo, espía durante la Primera Guerra Mundial, militar, diplomático y viajero, fue un personaje extraordinario que, como dijo Pedro Sorela, «hizo lo que los demás sueñan». El teniente fue la definición misma del héroe, entre otras cosas por su intervención decisiva en la rebelión de las tribus árabes contra el imperio turco⁵⁷³.

Pero el viajero del siglo XX no es tanto un aventurero o un descubridor como un curioso —al igual que Heródoto—; un insatisfecho como los hombres y mujeres del Romanticismo en el XIX; un testigo, un peregrino: ya no a Jerusalén sino a las ciudades y la naturaleza, a la soledad como refugio; un nómada que se dedica a lo que Cendrars definió como «trotamundear», *bourlinguer*: «arte de vagabundear»; un informador del hombre y sus problemáticas. El escritor-viajero busca en los demás y en sí mismo. «Me gustaría saber quién soy», escribió Cendrars⁵⁷⁴. Y así lo define Le Clezio: «un ser imperfecto, incompleto, que escribe precisamente para completarse, en una búsqueda sin descanso de la perfección»⁵⁷⁵.

En los últimos años se ha acentuado el carácter periodístico de la escritura de viaje. Después de la era romántica, vuelve la información, sin perder el carácter intimista ni la presencia del «yo». Esa visión subjetiva está emparentada con la crisis de la «objetividad» en el siglo XX; una respuesta, entre otros factores, al viejo empirismo que consideraba que sólo a través del «dato puro» se podía contar el mundo. También tiene que ver con una revisión de la objetividad periodística que se estableció como «deber ser» de la profesión a partir de la guerra civil americana y la consolidación de las agencias de noticias a finales del siglo XIX.

Pero tras los grandes conflictos armados de la primera mitad del siglo se empezó a intuir que los datos eran insuficientes para contar la realidad —la insuficiencia del *qué* en periodismo—, y se hizo más necesario el *cómo* y el *porqué*, una crisis que se manifestó definitivamente durante la guerra de Vietnam y con los movimientos contestatarios de los años setenta. La norteamericana Martha Gellhorn lo resumió en una frase: «*all that objectivity shit*», la mierda de la objetividad o la objetividad que apesta. Se preguntaba: ¿«Cómo puede alguien no tener un punto de vista o tomar partido?»^{576 577}.

Esa crisis se manifestó asimismo en experimentos formales como los que llevaron a cabo Tom Wolfe y los llamados «nuevos periodistas», también un reflejo tardío de la misma crisis del empirismo que pregonaba que la verdad sólo era aprehensible a través de la ciencia. Luego aparecieron personajes como Kapuściński, defensores de la idea de que no existe tal cosa como la «verdad» y que lo único que cabe son las interpretaciones. A partir de entonces, la tendencia es hablar no de verdad sino de veracidad, de lo sincero. Lo que se condena, sobre todo, son los subterfugios, los disimulos. Martín Caparrós lo explica cuando dice que el problema ha sido equiparar objetividad con honestidad y subjetividad con trampa. Pero la subjetividad es ineludible, siempre está. Todo texto está escrito por alguien, es necesariamente una versión subjetiva. No por elección; sino porque es imposible que un sujeto narre un hecho sin que medie su visión:

Los diarios impusieron esa escritura «transparente» para disimular que detrás de la máquina hay decisiones y personas. [...] Nos convencieron de que la primera persona es un modo de aminorar lo que se escribe, de quitarle autoridad. Y es lo contrario: frente al truco de la prosa informativa (que pretende que no hay nadie contando, que lo que cuenta es «la verdad»), la primera persona se hace cargo, dice: esto es lo que yo vi, yo supe, yo pensé; y hay muchas otras posibilidades, por supuesto. Así se pone en evidencia que no hay máquina, que siempre hay un sujeto que mira y que cuenta. Que hace literatura. Que literaturiza ⁵⁷⁸.

Los textos de todos esos «sujetos que cuentan», cercanos por regla general a la información pero sin renunciar a la visión personal, la escritura literaria y subjetiva, permite reunir en varios grupos los textos de viaje en el último siglo: por una lado, los «relatos antropológicos» como *Los trazos de la canción* de Chatwin, los *Tristes trópicos* de Lévi-Strauss, la búsqueda del primer hombre de Mary Leakey o *El leopardo de las nieves* de Matthiessen ⁵⁷⁹; por otro, «los relatos de escritores-viajeros» —Hemingway, Steinbeck, Sontag, Saint-Exupéry, Gellhorn, Lebris, Maillard, Stark, Bell, Yourcenar, Christie, Nooteboom—; y «las crónicas periodísticas» de autores como Carmen de Burgos, Nellie Bly, Robert Kaplan, Jon Lee Anderson, Kapuściński. También los «testimonios de la guerra», que van de la obra de Primo Levi o Jorge Semprún sobre los campos de concentración a los de las víctimas de tráfico de personas o secuestro que, una vez en libertad, dan testimonio. Otros son los del «exilio, la diáspora y los movimientos migratorios» y asimismo los «textos para turistas», como las guías, los folletos

e incluso cierto tipo de periodismo de viajes mal entendido, más cercano a la publicidad que a la información.

El viaje y su relato están en el corazón del siglo XX. Es posible asociar distintas escrituras viajeras a cada hito de los últimos ciento veinte años. Primero fueron las agencias de información (desde que la Associated Press dotó a las noticias de un carácter objetivo e imparcial para poder venderlas a un público más amplio). Con ellas vino el *boom* de informadores occidentales desde las colonias: los comerciantes y administradores que vivían largos periodos en el extranjero, como los exploradores antes que ellos, fueron las fuentes básicas del conocimiento del mundo. Así se formó una generación de aventureros-reporteros dedicados a informar, pero también a entretener al público lector, cuya imaginación se había encendido por el relato de sus hazañas en el resto del mundo⁵⁸⁰.

Las contiendas bélicas en el siglo XX, y como siempre en la historia — recordemos a Tucídides, Jenofonte y Julio César— suponen también un crecimiento exponencial de crónicas y libros de viaje, especialmente porque se trata del siglo de las dos grandes guerras. Los escenarios son los países implicados en la contienda y los autores relatan lo que sucede en el frente y en la retaguardia, al tiempo que dan cuenta de su fascinación o rechazo por la cultura en la que se insertan. Esos conflictos, con la globalización, el fin de las colonias, la fragmentación territorial y la multiplicación de las fronteras, hacen que el siglo XX sea el de los corresponsales, pero también el de los fugitivos, exiliados, refugiados e inmigrantes, muchos aquejados por la brecha económica global y muchos también autores de relatos sobre su experiencia en la diáspora. Como dice Augé, la paradoja reside en que hoy los turistas van de vacaciones a donde otros emigran⁵⁸¹.

De esa situación surgen obras escritas por autores que viven escindidos entre varios países y culturas, conscientes de que hoy el mundo es multicultural, pero más segregado. No es global, como dicen los eslóganes, sino con fronteras y muros cada vez más altos. Como escribió Ortega y Gasset, «que los pueblos se acerquen no significa que sean más próximos»⁵⁸². El viaje puede reforzar las identidades nacionales o regionales.

De hecho, el relato de viaje hoy tiene mucho que ver con estas nuevas fronteras reforzadas, textos que hablan de los inmigrantes y su búsqueda del

sueño europeo o americano —igual que otros viajeros en la historia han buscado tierras prometidas—. Como la antología *Sam no es mi tío* (2012), en la que periodistas, escritores y académicos relatan América, sus emigrantes e inmigrados, «la violencia, las partidas y los regresos, el éxito y la derrota, los cruces lingüísticos y culturales, el racismo y la xenofobia»⁵⁸³. Y en la narrativa de los escritores latinoamericanos que se forman en Europa o en escuelas de escritura en Estados Unidos, así como la de los europeos que se instalan en Suramérica, se nota una reflexión permanente sobre el viaje, la ciudad, el desarraigo, la identidad, la mudanza, la huida, la partida, el equipaje del viajero, el choque cultural y la imposibilidad o dificultad manifiesta —real o espiritual— de volver a casa. *Mudanza*, del colombiano Andrés Burgos (2008), y *Formas de volver a casa*, del chileno Alejandro Zambra (2010), *Carcelona* o *Caracaos* de Marc Caellas. Daniel Titinguer, Gabriela Wiesner, Margarita García Robayo, Juan Pablo Meneses, Leo Felipe Campos, Andrés Neuman y Daniel Alarcón, con su proyecto *Radio ambulante*, participan de esa nueva narrativa de la diáspora.

A todos los une una tónica común: su relato se ancla en el testimonio, en la experiencia real del viajero que escribe, porque todos están impelidos a irse, por obligación o por la *besoin de voyager* que heredaron de sus predecesores. De hecho, muchos son nostálgicos del viaje de antaño. Como escribió Martha Gellhorn:

No todos podemos ser Marco Polo ni Freya Stark, pero aun así millones de personas viajamos. Los grandes viajeros, vivos y muertos, constituyen una especie en sí mismos, son profesionales únicos. Nosotros somos aficionados, y sin embargo también tenemos nuestros momentos de gloria, nos cansamos, los ánimos flaquean, y pasamos nuestros momentos de rencor [...] No obstante, perseveramos y hacemos todo lo posible por ver el mundo y desplazarnos. Vamos a todas partes. [...] Viajar requiere verdadero aguante, y va a peor. ¿Recordáis los viejos tiempos en que teníamos maleteros y no secuestradores; cuando los hoteles estaban terminados antes de llegar; cuando los principales gremios no estaban de huelga en el punto de salida o de llegada; cuando nos daban generosas raciones de mantequilla para desayunar, no esos diminutos recipientes de celofán y cartón; cuando el tiempo era fiable? ¿Y cuando no había que planificar el viaje como una operación militar y reservar con antelación y depósito incluido; cuando el Mediterráneo estaba limpio? ¿Os acordáis de cuando erais una persona y no una oveja, apiñados en aeropuertos, estaciones, telesillas, cines, museos, restaurantes, entre las demás ovejas? ¿Y de cuando sabíais cuánto valdría vuestro dinero en otras divisas, o esperabais confiados que todo fuera bien en vez de considerar un milagro que no saliera todo mal? [...] No somos héroes como los grandes viajeros, pero los aficionados seguimos siendo una raza bastante dura. Por muy horrible que haya sido el último viaje, nunca perdemos la esperanza con el próximo, a saber por qué⁵⁸⁴.

Buena parte de los escritores-viajeros de este siglo tienen otro aire común: su oposición al turismo. Su actitud ante el mundo es contraria a la de las masas que se desplazan y hacen del viaje un objeto de consumo⁵⁸⁵. Aunque es cierto que a veces el viajero se comporta como un turista, compartiendo con éste el medio de transporte, la época en la que viaja e incluso el placer de viajar, sus objetivos son diferentes. Esa oposición viaje-turismo la explica Marc Augé:

Viajar, sí, hay que viajar, habría que viajar, pero sobre todo no hacer turismo. Esas agencias que cuadriculan la tierra, que la dividen en recorridos, estadias, en clubes preservados de toda proximidad social abusiva, que han hecho de la naturaleza un «producto», así como otros quisieran hacer un producto de la literatura y del arte, son las primeras responsables de la ficcionalización del mundo, de su desrealización aparente; en realidad, son las responsables de convertir a unos en espectadores y a otros en espectáculo⁵⁸⁶.

El turismo es consecuencia de la industrialización y aunque desde el Imperio romano existían los viajes de ocio, el fenómeno sólo se populariza a partir del siglo XVIII gracias al desarrollo del tren y más adelante a la aviación comercial que acortó las distancias e hizo más cómodos los desplazamientos⁵⁸⁷, pero desdibujó lo que antes se entendía por tierras lejanas. Thomas Cook fundó la primera agencia de viajes en el siglo XIX, pero es tras la Segunda Guerra Mundial cuando el viaje como fenómeno de masas se extiende, entre otras por el acceso a las vacaciones de los trabajadores y el aumento de su poder adquisitivo. Así llegó el viaje masificado y popular, el *tour* de ocio y las vacaciones recreativas de las clases medias.

Viajes eran eso que un sujeto preparaba durante cierto tiempo y que lo llevaban a un lugar radicalmente otro, donde las costumbres eran diferentes, donde era muy difícil comunicarse con su casa, donde tenía que intercambiar con los locales. Ahora es muy difícil salir del hiperviaje: nos desplazamos por el mundo como quien cliclea links: limpito⁵⁸⁸.

Según Julia Harrison, los turistas hacen parte de una nueva clase media global, que viaja para ver nuevos lugares, hacer amigos, conocer otras culturas, desarrollar una estética propia, personal, una forma de entender el propio país y construir su mapa personal que dé sentido al mundo globalizado⁵⁸⁹. Pero lo cierto es que esos son motivos casi sofisticados. La mayoría viajan hoy en *tours* y son parte de esa masa que camina junta a los nuevos santuarios: los destinos turísticos que imponen una especie de dictadura de los *highlights* en las ciudades. También en su viaje hay huida —

de la rutina—, porque las vacaciones son una válvula de escape de su cotidianidad.

Pero como explica Baudrillard, nada está más lejos del viaje puro que el turismo y las vacaciones⁵⁹⁰. También lo dice Gasquet: «El viaje es una excusa para el viaje interior. El escritor viajero se presenta como una respuesta radical al turismo de masas»⁵⁹¹.

Los turistas escriben en *blogs* y redes sociales, pero se producen, sobre todo, gran cantidad de textos para ellos: guías, revistas, folletos que promocionan destinos y páginas web. La escritura de viaje actual es inseparable del turismo, entre otras cosas porque todos somos turistas potenciales. En estos textos tiene más peso la información que las opiniones y valoraciones subjetivas. Priman los datos. En los reportajes y artículos cabe la posibilidad de la prosa literaria, mientras que las guías están escritas con asepsia estilística, de forma ordenada y clara: por itinerarios, barrios, zonas, provincias. Los planos y mapas tienen una importancia central. Cualquier valoración tiende a presentarse como objetiva e importan mucho las fotografías. En definitiva, los escritos de viaje que se dirigen al turista de hoy responden a las características de nuestra sociedad: concisión, escasez de tiempo, productividad y deseo de no correr riesgos⁵⁹².

El texto de viaje hoy es más utilitario que nunca. Su carácter práctico es heredero de *El libro de los muertos* de los egipcios y de las guías de mercaderes y peregrinos medievales. Son textos que, como los antiguos, buscan facilitarle la vida al lector, hacerle más llevadero el trayecto y ayudarle a conseguir sus objetivos.

Además de las guías y folletos, abundan las revistas dedicadas al *periodismo de viajes*, una especialidad en la que los profesionales de la información se desplazan para informar sobre determinados destinos, algunos con crónicas testimoniales, otros como publisreportajes o incluso desde el periodismo transmedia y sus múltiples formatos: textos, audios, vídeos, fotos, dibujos, cuentas en redes, realidad virtual y aumentada, tecnología 360 y diseño de experiencias⁵⁹³. Todo suma hoy para seguir dando respuesta a la necesidad de contar y explicar el mundo, que no cesa.

Sin embargo, hay un matiz que se suele ignorar: aunque muchas de esas revistas o páginas web especializadas traten sobre destinos e incluyan

consejos para viajeros y turistas, aquello no es escritura del viaje: no narran ningún desplazamiento. Se habla de ciudades, regiones, espacios naturales, deportes al aire libre, civilizaciones cercanas y lejanas, manifestaciones culturales, hechos históricos o consejos prácticos, pero no de viajes. Es distinto cuando un periodista se adentra en alguno de esos escenarios para comprender las causas de ciertos fenómenos y luego da cuenta de su experiencia *in situ* y su contacto con esa realidad. Así, no hay que hablar de escritura de viaje salvo que se trate de crónicas o artefactos narrativos cuidadosamente trabajados y ensamblados a través de estrategias textuales que procuren explicar las características y fenómenos de los lugares que visitan.

Hay que diferenciar ese periodismo que se podría denominar turístico —de servicio—, del periodismo de viajes con el que escritores-periodistas-cronistas-viajeros privilegian la profundidad narrativa heredada de los viajeros informadores de todos los tiempos. No se trata, como dice Celia Forneas, de que la crónica de viaje haya pasado «de las manos de los poetas a los publicistas, colaborando con la creación de una imagen exótica y paradisíaca de «nosotros» y de «los otros»»⁵⁹⁴. Hay que diferenciar una cosa de otra. No hay que aceptar que el periodismo de viajes se ubica en «la intersección entre la información y el entretenimiento, entre periodismo y la publicidad»⁵⁹⁵, ya que periodismo y publicidad son palabras que no pueden ir juntas, porque son antítesis.

Ese mal llamado periodismo de viajes, en el que cabe la publicidad, ya genera malestar. El norteamericano Alexander Eliot ha asegurado que el periodismo de viajes está enfermo, en su contenido y en su integridad: periodistas aceptando viajes de lujo, muchas veces incapaces de criticar al patrocinador, obligan a ser escépticos sobre esta especialidad⁵⁹⁶. Eliot, junto a investigadores como Folker Hanusch, Elfriede Fürsich, Anandam P. Kavoori y Carla Santos reivindican un nuevo enfoque que profundice en las dimensiones éticas de los textos, su papel en la representación de las culturas extranjeras, sus particularidades dentro del periodismo y su compromiso con los lectores. Uno donde no tengan cabida la publicidad camuflada, los publrreportajes ni los periodistas incapaces de criticar las ciudades, hoteles, restaurantes, costumbres de quienes les pagan sus desplazamientos. Y este nuevo enfoque es necesario porque la representación del Otro a través de los

medios de comunicación es un factor decisivo en la era de la globalización y juega un papel determinante en las dimensiones económicas, culturales e ideológicas del mundo contemporáneo, en las que el periodista es, en buena parte, el responsable del imaginario colectivo sobre el resto del mundo⁵⁹⁷. Hay que dejar de promover lugares para volver a promover la comprensión del Otro⁵⁹⁸.

Hay casos meritorios como el de *National Geographic*, que durante ciento treinta años ha promocionado y financiado viajeros y exploradores, y ha divulgado sus hazañas o hallazgos. En sus páginas se han contado las travesías de Robert Pearl al Polo Norte en 1909, las de Hiran Binham en busca de la ciudad inca de Machu Picchu, las de Eckener a bordo del Zepelín, los viajes de Richard E. Byrd al Polo Sur en 1929, las investigaciones submarinas que Jacques Cousteau realizó entre 1950 y 1960 con el apoyo de *Nat Geo*, o las de la oceanógrafa Silvia Earle, con sus más de siete mil horas de buceo en labores de investigación y cien expediciones al fondo del mar. Todos esos hitos han producido extraordinarios relatos de viaje.

Altair Magazine en España es otra revista que desde 1991 procura promover en sus páginas la comprensión del Otro. Como explica su director, Pere Ortín, su propuesta son «crónicas personales desde miradas no descriptivas en forma de ensayo poético-periodístico a partir de la relación directa con los Otros»:

Historias con una mirada particular donde el viaje es, siempre, sólo un medio, una máquina de hacer y hacerse preguntas: quién te cuenta, qué cuenta y por qué te lo cuenta [...] un medio para contar historias, para aprender a remirar el mundo, para verlo con otra intención.

De un corte muy actual, *Altair* profesa en una ética decolonial y de perspectiva de género, pero no como «cuota» sino con la idea de que sus contenidos tengan autores de distintos sexos, clases, procedencias. En el último siglo, cuando el 70% de las personas que viajan son mujeres, la revista cuenta entre sus colaboradoras a Cristina Rivera Garza, Olivia Chan, Carolina Raymúndez, Nadia Darwesh, María Angulo, Nadia Darwesh, Marcela Turati, la activista ecuatoguineana Trigonía Melibea Obono y Paty Godoy, autora de *Los desiertos de sonora*, un *webdoc* que es, al mismo tiempo, crónica de un viaje personal, recorrido literario por el universo de Roberto Bolaño, propuesta *transmedia* y plataforma digital. Hoy los viajes empiezan tanto en la

imaginación como en la pantalla.

Así se cumple el propósito de esta escritura: informar y explicar el mundo desde la perspectiva de los Otros, como enseñó Heródoto. El verdadero viaje trata de seres humanos más que de destinos, intenta comprender al hombre y acercar el mundo a los que se quedan en casa. Por eso la narración de la alteridad atañe necesariamente al viajero, a quien va y vuelve para compartir su experiencia y su transformación durante el camino. Como Ulises, como Mungo Park, como Colón, como Livingstone. Y eso seguirá siendo así en la era de la televisión, de internet, los teléfonos inteligentes y las redes sociales. Y si el viaje fue la inspiración de las más tempranas narraciones orales de cacerías, ascensos a montañas, y para el descubrimiento de tierras lejanas, el relato moderno debe servir para iluminar la realidad contemporánea. Para informar del mundo que escapa a las imágenes y a los datos desnudos —que rara vez constituyen verdades, como dijo Pitol⁵⁹⁹— hay que volver al origen. Al mito. El hombre es el héroe, un viajero, un ser simbólico que sólo se puede explicar mediante la palabra, la narración. Y el viaje nunca dejará de ser la gran metáfora, la alegoría poderosa que favorece nuestra mutua comprensión.

²²⁴ Lynch, Thomas (2004), *El enterrador*. Madrid, Santillana, pp. 27-28.

²²⁵ Borges, Jorge Luis (1965), *Historia universal de la infamia. Historia de la eternidad. Ficciones*. Buenos Aires, Emecé, p. 11.

²²⁶ Nooteboom, Cees (2002), *Hotel nómada*. Madrid, Siruela, p. 218.

²²⁷ Escritura inmóvil fue lo que intentaron, sin éxito, los escritores del *nouveau roman*. Le restaron importancia al personaje, a la trama y al narrador para reforzar la descripción de la escena, como si se tratara de una cámara fotográfica. Pero, sin saberlo, lo que consiguieron fue resaltar la enorme capacidad narrativa de la descripción. El movimiento dentro del texto fue inevitable: porque descriptivo es el sustantivo, pero también el verbo —no es lo mismo decir «tomó el cuchillo» que «empuñó el cuchillo»— y la acción no es posible en el estatismo, como explica Gérard Genette en *Fronteras del relato*. Cf. Barthes, R. y Greimas, A. J., *Análisis estructural del relato* (1972), Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, p. 199.

²²⁸ Lispector, Clarise, *Un soplo de vida*. Madrid, Siruela, p. 12.

²²⁹ Victor Hugo cit. en Del Prado Biezma, *op. cit.*, p. 24.

²³⁰ Aira, César (1993), «Exotismo», en *Boletín 3 del Grupo de Estudios de Teoría Literaria*, septiembre, pp. 73-79, cit. en Colombi, Beatriz (2006), «El viaje y su relato», en *Latinoamérica. Revista*

de estudios latinoamericanos, n.º 43. Universidad Autónoma de México, p. 16.

[231](#) Así lo han explicado Beatriz Colombi y Todorov: «El relato exige el desarrollo de una acción, es decir, el cambio, la diferencia». Genette escribió: «desde el momento en que hay un acto o suceso, aunque sea único, hay una historia, porque hay transformación, el paso de un estado anterior a uno posterior y resultante». Cf. Colombi, Beatriz (2006), «El viaje y su relato», en *Latinoamérica. Revista de estudios latinoamericanos*, n.º 43. Universidad Autónoma de México, p. 16.

[232](#) Certeau, Michel de (1996), *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. México, Universidad Iberoamericana, p. 128.

[233](#) Manguel, Alberto (2012), «La noche europea», en *El País (Babelia)*, 26 de mayo, p. 2.

[234](#) En 1632, Galileo Galilei escribió: «Superando todos los estupendos inventos, ¡qué maravilloso es aquel que nos dio los medios para comunicar los pensamientos más profundos a cualquier persona, sin importar lo distante en el espacio y el tiempo!; de hablar con aquellos que están en India; de hablar incluso con quienes aún no han nacido y no nacerán por mil o diez mil años; ¡y con qué facilidad: sólo combinando veinte letras en una página!». Cf. Galilei, Galileo (1953): *Dialogue Concerning the Two Chief World Systems, Ptolemaic and Copernican*. California University Press.

[235](#) Saint-Exupéry, Antoine de (2000), *Tierra de los hombres*. Barcelona, Círculo de lectores, p. 79.

[236](#) El viaje es el esquema típico de las novelas de formación, donde el trayecto funciona como espacio de maduración y sabiduría: del *Asno de oro* a *Tom Jones* y *Huckleberry Finn*.

[237](#) Homero (2006), *Odisea*. Madrid, Alianza Editorial. Canto XIII, pp. 291-302.

[238](#) *Ibid.*, Canto XI, p. 241.

[239](#) Genette, Gerard, «Fronteras del relato», en R. Barthes y A. J. Greimas, (1972), *Análisis estructural del relato*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, p. 196.

[240](#) Para Aristóteles, el relato (la *diégesis*) es uno de los modos de la *mímesis*, la imitación poética de la realidad. El otro modo es el drama: la representación directa de la realidad por actores ante el público. Platón, por su parte, opone drama y *diégesis*, negándole al relato la capacidad de imitar y dándole al género dramático esa cualidad, conseguida a través de los diálogos, del discurso. Platón entiende por relato todo lo que el poeta cuenta hablando a título propio, sin tratar de hacernos creer que es otro quien habla. Y por eso desestima a Homero, por los pasajes en los que narra citando las palabras de otros en lugar de transcribirlas o reproducir el diálogo. Por eso lo llama imitador y lo sitúa lejos del poeta ideal. Al contrario, Aristóteles ve superioridad en el autor de la *Odisea*, porque, en su opinión, intervenía menos en el texto que otros poetas, poniendo la voz en los personajes.

[241](#) Toda imitación es imperfecta, decía Genette. Si fuera perfecta sería la cosa misma.

[242](#) Stevenson, Robert L. (2008), «Un humilde reproche», en *Memoria para el olvido. Ensayos de Robert Louis Stevenson*. México, FCE, pp. 240-242.

[243](#) Eliade, Mircea (1985), *Mito y realidad*. Madrid, Labor, p. 20.

[244](#) Lessing cit. en Manguel (2010), *op. cit.*, p. 209.

[245](#) Rivas Nieto, Pedro Eduardo (2006), *Historia y naturaleza del periodismo de viajes*. Madrid, Miraguano. p. 29.

[246](#) Theroux, *op. cit.*, p. 8.

[247](#) Adams, Percy G. (1988), *Travel literature through the ages: an anthology*. Nueva York, Garland Publishing, p. XV.

[248](#) El marinero, en una expedición hacia las tierras mineras del Imperio, naufraga junto a 120 tripulantes. Sólo él sobrevive y una ola lo arroja a una isla rica en alimentos. El hombre hace una ofrenda a los dioses y llega una serpiente gigante que le vaticina que un barco vendrá a buscarle para llevarle de vuelta a Egipto. La serpiente lo llena de regalos y el marinero, alejándose, ve la isla desaparecer bajo el agua. Cf. Sánchez Rodríguez, Ángel (2006), *El cuento del naufrago*. Sevilla, Asociación Andaluza de Egiptología.

[249](#) Alighiero, Mario (2006), «El reino medio: el escriba y los otros oficios», en *Historia de la educación I. De la Antigüedad a 1500*. México, Siglo XXI.

[250](#) Rivas Nieto, *op. cit.*, p. 67.

[251](#) Castellano, Nuria (2012), «El libro de los muertos. El viaje al más allá», en revista *National Geographic Historia*, 2015.

[252](#) Bernabé Pajares, Alberto, «El viaje del alma al más allá: un paralelo entre Hititas y Órficos», en *Revista de Filología Románica*, n.º 4 (2006), «El arte de viajar y sus aventuras». Madrid, Servicio de Publicaciones UCM, pp. 33-42.

[253](#) *Idem*.

[254](#) Silva Castillo, Jorge (2006), *Gilgamesh o la angustia por la muerte*. Barcelona, Kairós, pp. 25-26.

[255](#) Ese esquema es la morfología estructural que, a mediados del siglo XX, los estructuralistas demostraron como el denominador común de todas las narraciones, cuentos y leyendas populares, sin importar el lugar en el que han sido creadas.

[256](#) *Ibid.*, p. 19.

[257](#) *Gilgamesh*, t. XII, 11-24, cit. en Alberto Fernández Hoya (2006), «La estética del tránsito. Visión literaria del “infierno”, en la *Odisea* y *El poema de Gilgamesh*», en *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, n.º 33. UCM.

[258](#) Manguel (2010), *op. cit.*, p. 41.

[259](#) García Gual, Carlos, «Viajeros griegos. Viajes reales y fantásticos», en Fernando Calderón Quindós y Pablo Javier Pérez López (coords.) (2009), *Viajes, literatura y pensamiento*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, p. 85.

[260](#) Ordóñez-Burgos, Jorge (2009), «Viajeros e historiadores griegos: investigadores de la esencia del hombre y la cultura», en *Revista de filología y psicología*, volumen 4, n.º 19, p. 7.

[261](#) García Gual (2009), *op. cit.*, p. 86.

- [262](#) García Gual, Carlos (2005), «Prólogo», en Homero (2006), *Odisea*. Madrid, Alianza Editorial, p. 7.
- [263](#) *Ibid.*, pp. 17-18.
- [264](#) *Ibid.*, p. 31.
- [265](#) Manguel (2010), *op. cit.*, pp. 49-50.
- [266](#) La adaptación más reciente de la isla de Yambulo es la película *La playa* (2000), dirigida por Danny Boyle y protagonizada por Leonardo DiCaprio. Allí también viven el igualitarismo, todos son bellos, el clima es ecuatorial y la flora y fauna recuerdan el paraíso. Al final de la película, el protagonista, como Yambulo, es desterrado por comportamientos inapropiados y malas costumbres.
- [267](#) Luciano (1996), *Relatos verídicos*. Madrid, Gredos, pp. 26-27.
- [268](#) García Gual, Carlos (1998), «Introducción», en Luciano, *Relatos verídicos*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 17-18.
- [269](#) López Fonseca, Antonio, «El viaje en la novela latina: el “Satiricón” de Petronio y el “Asno de Oro” de Apuleyo», en *Revista de Filología Románica*, n.º extraordinario 4 (2006), «El arte de viajar y sus aventuras». Madrid, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, pp. 82-83.
- [270](#) Gómez Espelosín, Francisco Javier, «Viajes de verdad, viajes de mentira: literatura de viajes del período helenístico», en *Revista de Filología Románica*, n.º extraordinario 4 (2006), «El arte de viajar y sus aventuras». Madrid, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, pp. 69-75.
- [271](#) O’Gorman, Edmundo (1977), *La invención de América*. México, FCE, p. 177.
- [272](#) Schrader, Carlos (2000), «Introducción», en Heródoto: *Historia*. Madrid, Gredos, pp. XI-XIII.
- [273](#) Gómez Espelosín, *op. cit.*, p. 61.
- [274](#) García Gual (2009), *op. cit.*, p. 89.
- [275](#) *Ibid.*, pp. 86-89.
- [276](#) *Ibid.*, p. 93.
- [277](#) Heródoto (2000), *Historia*, tomo I-II. Madrid, Gredos, p. 15.
- [278](#) Kapuściński, Ryszard (2006), *Viajes con Heródoto*. Barcelona, Anagrama, p. 93.
- [279](#) Adams, Percy G. (1983), *op. cit.*, p. 46.
- [280](#) *Ibid.*, p. 98.
- [281](#) Heródoto, *op. cit.*, VIII-CXVIII, p. 710.
- [282](#) Kapuściński (2006), *op. cit.*, pp. 119-121.
- [283](#) O’Gorman, Edmundo (1974), «Noticias sobre la vida de Tucídides», en *Guerra del Peloponeso*.

Biblioteca de Clásicos Grecolatinos, p. 24.

[284](#) Schrader, *op. cit.*, p. XI.

[285](#) Belenguer, *op. cit.*, p. 46.

[286](#) Kapuściński (2006), *op. cit.*, pp. 289-290.

[287](#) Jenofonte: «La retirada de los diez mil», en VV.AA. (2011), *Grandes reportajes de la historia*. Barcelona, Acantilado.

[288](#) Montes de Oca, Francisco (2006), «Estudio preliminar», en Jenofonte, *Anábasis*. Biblioteca de Clásicos Grecolatinos. p. 8.

[289](#) *Ibid.*, p. 16.

[290](#) Jenofonte (2011), *op. cit.*, p. 52.

[291](#) *Ibid.*, p. 20.

[292](#) Variás, Carlos (1999), «Introducción. Vida y obras de Jenofonte», en Jenofonte, *Anábasis*. Madrid, Cátedra, p. 14.

[293](#) *Ibid.*, p. 15.

[294](#) Silva, Lorenzo (2000), *Viajes escritos y escritos viajeros*. Madrid, Anaya, pp. 22-23.

[295](#) Rivas Nieto, *op. cit.*, p. 80.

[296](#) *Ibid.*, p. 75.

[297](#) Gómez Espelosín, *op. cit.*, p. 60.

[298](#) *Ibid.*, p. 66.

[299](#) *Idem.*

[300](#) Como Nearco, Megástenes y Deímaco escribieron también textos que contribuyeron a la entonces incipiente tradición de relatos maravillosos sobre la India.

[301](#) Belenguer, *op. cit.*, p. 76.

[302](#) García Gual (2009), *op. cit.*, p. 109.

[303](#) Pajón Leyra, Irene (2009), *Paradoxografía griega: estudio de un género literario*. Tesis doctoral. UCM, Facultad de Filología, p. 22.

[304](#) *Ibid.*, p. 23.

[305](#) Rivas Nieto, *op. cit.*, p. 84.

[306](#) *Ibid.*, p. 236.

[307](#) Estrabón, cit. en Gasquet, *op. cit.*, p. 54.

[308](#) Estrabón, cit. en Adams (1980), *op. cit.*, p. 13.

[309](#) Otros historiadores-científicos-viajeros que trajeron noticias verídicas del mundo para sus contemporáneos fueron Arriano (autor de *Historia índica*, un relato del viaje de la flota de Alejandro desde la India al golfo Pérsico); Plutarco (autor de *Vidas paralelas* y de *Isis y Osiris*, sus viajes por Egipto e Italia); Tácito (autor de *Sobre el origen y territorio de los germanos*, donde describió ese país, posiblemente sin haberlo visitado); Eratóstenes (viajero, autor de la *Geografía* de las regiones inhabitadas y director de la biblioteca de Alejandría); Ptolomeo (quien gracias a sus viajes elabora su *Geografía*, con mapas que incluyen la descripción y localización de países, mares, ríos); Nicolao de Damasco (autor, por encargo de Herodes, de una *Historia universal* que ocupa 154 libros) y Plinio el viejo (cuya *Historia Natural* se centra en la geografía y el mar, una obra en la que criticó las «portentosas mentiras de los viajeros», pero en la que a su vez catalogó un sinfín de datos fantásticos).

[310](#) Acosta Montoro, José (1973), *Periodismo y literatura*, tomo I-II. Madrid, Guadarrama, pp. 146-147.

[311](#) De Riquer, Martín y Valverde, José María (2009), *Historia de la literatura universal I*. Madrid, RBA, p. 110.

[312](#) Gómez Espelosín, *op. cit.*, p. 75.

[313](#) Rubio Tovar, Joaquín (1996), «Viajes, mapas y literatura en la España Medieval», en Fernando Carmona Fernández y Antonia Martínez Pérez (eds.), *Libros de viaje: actas de las Jornadas sobre los libros de viaje en el nuevo mundo románico*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, pp. 325-331.

[314](#) Carrizo, Sofía M. (1997), *Poética del relato de viaje*. Erfurt, Kassel-Edition Reichenberger, p. 161.

[315](#) Algunas observaciones que incluye la saga sobre los indios coinciden con las que aportaron viajeros europeos en los siglos XVI y XVII, entre ellas la costumbre de dormir debajo de canoas.

[316](#) Esas eran las sagas que admiraba Borges. Desde el año 100, los vikingos describían la realidad con las *Kenningar* —construcciones poéticas, metafóricas—. Por ejemplo, «alimento de cuervos» era su modo de aludir a un cadáver; «tempestad de espadas» era sinónimo de batalla y «el camino de la ballena» era su metáfora del océano. Esa capacidad simbólica de transmitir el asombro y la perplejidad ante el mundo era la que fascinaba al argentino.

[317](#) Belenguer, Mariano (2002), *Periodismo de viajes. Análisis de una especialización periodística*. Sevilla, Comunicación Social Ediciones y Publicaciones, p. 49.

[318](#) Rivas Nieto, *op. cit.*, p. 98.

[319](#) Belenguer, *op. cit.*, pp. 49-50.

[320](#) *Ibid.*, p. 89 y Rivas Nieto, *op. cit.*, p. 98.

[321](#) Hernández González, Fermiot (ed.) (2006), *La navegación de San Brendán*, Madrid, Akal, pp. 5-6.

[322](#) Los viajes de Xuanzang inspiraron a Wu Cheng'en, el gran novelista del siglo XVI que se ha denominado «el Cervantes chino». Su *Viaje a Oriente* es una versión mítica de la peregrinación a la India del monje budista, una aventura en la que le protegen criaturas mágicas, entre ellas un mono. Su influencia ha llegado a toda la cultura popular china y al manga japonés, llegando incluso a la serie *Dragon Ball*.

[323](#) Abumalham, Montserrat, «Sindbad, el marino», en *Revista de Filología Románica*, n.º extraordinario 4 (2006), «El arte de viajar y sus aventuras». Madrid, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, pp. 299-300.

[324](#) Verne, Julio (2005), *Viajeros extraordinarios*. Barcelona, Editorial Círculo Latino.

[325](#) El historiador inglés Gavin Menzies asegura que Zheng He estuvo en tierras americanas antes que Colón, y lo cuenta en su libro *1421. El año en que China descubrió el Nuevo Mundo* (Debate, 2004). Menzies, sin embargo, es un historiador polémico que ha suscitado amplio debate en el mundo editorial. Sin embargo, la revista *Life* destaca a este marinero chino entre las cien personas más importantes del milenio por haber sido, posiblemente, «el más grande viajero chino» y por su contribución en la consolidación del poderío de su país en el siglo XV.

[326](#) Belenguer, *op. cit.*, p. 53.

[327](#) Rivas Nieto, *op. cit.*, p. 105.

[328](#) *Idem*.

[329](#) Battuta, Ibn (2005), *A través del islam*. Madrid, Alianza Editorial.

[330](#) Mackintosh-Smith, Tim (2005), *Viajes con un tangerino. Tras las huellas de Ibn Battuta*. Madrid, Alianza Editorial.

[331](#) Arbós, Federico y Fanjul, Serafin (2005), «Prólogo», en Battuta, Ibn, *A través del islam*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 29-30.

[332](#) Acosta Montoro, *op. cit.*, p. 148.

[333](#) Brillì, *op. cit.*, pp. 20-24.

[334](#) En la Edad Media, los peregrinos volvían con las conchas del Camino de Santiago, y con ellas decoraban los sombreros, hábitos y capas, como contó Geoffrey Chaucer en sus *Cuentos de Canterbury*.

[335](#) Richard, Jean (1981), *Les récits de voyages et de pèlerinages*. Lovaina, Institut d'Études Médiévales, p. 33.

[336](#) Brillì, *op. cit.*, pp. 20-23.

[337](#) Pintado, Francisco (2005), «La literatura de viajes: historia, aventuras y ciencia ficción», en *Primeras noticias, Revista de literatura*, n.º 212, pp. 17-25.

[338](#) El texto habla de las condiciones del camino, imparte consejos morales, reclama el máximo respeto y la mejor acogida para el peregrino y alaba la catedral como la morada santa más sublime. El Códice enumera todas las localidades que había que atravesar para llegar a Santiago y sólo describe con detalle la

basílica. Cf. Ruiz Montejo, M. Inés: «El Camino a Santiago: andares y devociones de un peregrino del siglo XII según el “Liber Peregrinationis”», en *Revista de Filología Románica*, n.º extraordinario 4 (2006), «El arte de viajar y sus aventuras». Madrid, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, pp. 103-105.

[339](#) Spaccarelli, Thomas D., «La ideología de la peregrinación», en *Revista de Filología Románica*, n.º extraordinario 4 (2006): «El arte de viajar y sus aventuras». Madrid, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, pp. 119-122.

[340](#) Richard, *op. cit.*, p. 23.

[341](#) La otra guía que usaban quienes iban a Roma era la *Narratio de mirabilibus urbis Romae*, escrita entre el 1226 y 1236 y atribuida a Gregario el Anglo. Cf. Darbord, Bernard y García de Lucas, César (2006), pp. 96-108.

[342](#) Carrizo (1997), *op. cit.*, pp. 61-62.

[343](#) Lo curioso, lo raro, lo *friki*, lo mostrenco y lo extraordinario serán, hasta hoy, elementos fundamentales de la poética de la crónica. Martín Caparrós ha advertido del peligro de armar, en el *boom* de la crónica latinoamericana, una colección de prodigios, una galería de raros, hechos singulares y atracciones de feria, particularidad que probablemente el relato de viajes legó a sus sucesores cronistas.

[344](#) *Ibid.*, p. 123.

[345](#) Pérez Priego, Miguel Ángel (1995), «Maravillas en los libros de viajes medievales», en *Compás de letras: literatura de viajes. Monografías de literatura española*. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, p. 70.

[346](#) Le Goff, Jacques (2009), *Una Edad Media en imágenes*. Barcelona, Paidós. Soto Posada, Gonzalo (1998), «La estética medieval», en *Diez aproximaciones al Medioevo*. Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana.

[347](#) Pérez Priego, *op. cit.*, p. 67.

[348](#) Carrizo (1997), *op. cit.*, p. 63.

[349](#) Los relatos de las primeras cruzadas, escritos por Ekkehard d’Aura y Hans-E. Mayer, se titulaban, precisamente, *Itinerarium peregrinorum*.

[350](#) Richard (1981), *op. cit.*, p. 25 y Belenguer, *op. cit.*, p. 58.

[351](#) Richard, *idem*.

[352](#) *Ibid.*, p. 27.

[353](#) Rivas Nieto, *op. cit.*, pp. 113-114.

[354](#) Otras relaciones eran simples informes diplomáticos, militares o de misiones de evangelización alrededor del mundo. Muchas de ellas, equiparables a las *Cartas edificantes* de los jesuitas que vendrán después, ofrecen detalles sobre las finalidades del viaje, las condiciones de la estancia, el trabajo misionero

y las peculiaridades de los países que visitaban. Aunque algunas llegaron a ser textos más complejos, como el *Libro de viajes* de Benjamín de Tudela —uno de los primeros viajeros judíos de interés universal— que informaba de las comunidades semitas dispersas por el mundo. Cf. Richard (1981), en nota 18 de este epígrafe.

[355](#) López Estrada, Francisco (1984), «Procedimientos narrativos en la Embajada de Tamorlán», en *El Crotalón. Anuario de filología española*, volumen I, pp. 131-146.

[356](#) *Idem.*

[357](#) González de Clavijo, Ruy (2008), *Embajada a Tamorlán. Vida y obra del gran Tamorlán*. Barcelona, Red Ediciones, p. 10.

[358](#) Dice Jean Richard que su obra, *El libro de la descripción de los países*, está más cerca de la geografía descriptiva que de la narración. Y como él, otros comenzaron a señalar accidentes geográficos y a ubicar poblaciones en los mapas de forma precisa —una práctica que habían aprendido de los árabes, desde los tiempos del mapamundi de Al-Idrisi—. Todo esto fomentó el desarrollo de la cartografía.

[359](#) Tafur, Pero (2009), *Andanças e viajes*. Andalucía, Fundación Juan Manuel Lara.

[360](#) Rodilla, María José (2005), «Espacios sagrados y espacios míticos. La retórica del viaje en las Andanças de Pero Tafur», en *Revista Casa del tiempo*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, p. 12.

[361](#) Carrizo (1997), *op. cit.*, pp. 83 y 100.

[362](#) Belenguer, *op. cit.*, p. 61.

[363](#) Polo, Marco (2010), *El libro de las maravillas del mundo*. Madrid, Cátedra, p. 102.

[364](#) *Ibid.*, pp. 105 y ss.

[365](#) *Ibid.*, p. 91.

[366](#) *Ibid.*, p. 132.

[367](#) Aquello resultaba increíble en la época, pero se ha comprobado que hay dunas que emiten sonidos de hasta quince minutos, que pueden oírse a diez kilómetros de distancia, cuando los granos de arena entran en resonancia. A este fenómeno se refirieron también Charles Darwin en su «Viaje del Beagle» y el francés Guy de Maupassant.

[368](#) Richard, *op. cit.*, p. 34.

[369](#) Brillì, *op. cit.*, p. 29.

[370](#) Kappler, Claude (1986), *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*. Madrid, Akal.

[371](#) Pérez Priego (1995), *op. cit.*, p. 69.

[372](#) Pinto, Ana (2001), «Introducción», en Mandeville, John de, *Los viajes de John de Mandeville*.

Madrid, Cátedra, p. 23.

[373](#) Mandeville, John de (2001), *Los viajes de John de Mandeville*. Madrid, Cátedra, *idem*.

[374](#) Adams (1983), *op. cit.*, p. 73.

[375](#) La historia del arte nos permite saber lo desconocidos que resultaban estos animales en la época. Cuenta E. Gombrich que el historiador inglés Matthew Paris, en 1259, tuvo que dibujar un elefante que había sido enviado por san Luis, rey de Francia, a Enrique III. Era el primero que se veía en Inglaterra. Entonces Paris dibujó el animal junto a la figura de un criado, para que sus contemporáneos pudieran entender la escala y las proporciones exactas: «Por el tamaño del hombre retratado, podéis imaginaros el de la bestia aquí representada». Cf. Gombrich, Ernest, *Historia del arte*, Londres, Phaidon, p. 197.

[376](#) Berger, John (2000), *Modos de ver*. Barcelona, Gustavo Gilli, p. 13.

[377](#) Manguel (2010), *op. cit.*, p. 104.

[378](#) *Ibid.*, p. 112.

[379](#) *Ibid.*, p. 113.

[380](#) En 1522, a bordo de la *Nao Victoria*, Magallanes y Elcano encontraron el paso que comunica el océano Atlántico con el Pacífico. Partieron de Sanlúcar de Barrameda en 1519, atravesaron el Atlántico, el Índico y bordearon la costa africana hasta llegar de nuevo a Sanlúcar, tres años después. La nave llegó sin el capitán, que murió a manos de los filipinos, al mando de Elcano y con muy pocos sobrevivientes en la tripulación. Se completó así la primera circunvalación al globo, lo que confirmó que la tierra era redonda.

[381](#) Todorov, Tzvetan (1987), *La conquista de América*. México, Siglo XXI, p. 15.

[382](#) Todorov otorga a Colón motivos más nobles. Aunque reconoce que en sus diarios alude todo el tiempo al oro que desea encontrar, asegura que era también un caballero quijotesco, con intenciones de conquistar Tierra Santa, una idea que, de hecho, comunicó a Fernando e Isabel. Y si hablaba mucho del oro, como un cazafortunas obsesionado con el botín, era porque sus corresponsales eran los reyes de Castilla, sus financiadores, y aquello era el sueldo para que aceptaran financiarlo. Cf. Todorov, *La conquista de América: el problema del otro*.

[383](#) Bartolomé de las Casas, en la *Historia de las Indias*, asegura que Colón recibió cartas y mapas del florentino. Pero ninguna se conserva, por lo que hay dudas de que hubieran existido.

[384](#) El nombre aludía, efectivamente, a la India y a las costas asiáticas orientales.

[385](#) *Ibid.*, p. 38.

[386](#) *Ibid.*, pp. 22-26.

[387](#) O'Gorman, Edmundo (1977), *La invención de América*. México, Fondo de Cultura Económica, pp. 83-84.

[388](#) *Ibid.*, p. 86.

- [389](#) Todorov, Tzvetan (1993), *Las morales de la historia*. Barcelona, Paidós.
- [390](#) Colón cit. en Todorov (1987), *op. cit.*, p. 30.
- [391](#) *Ibid.*, pp. 38-39.
- [392](#) Cf. Todorov (1987), *op. cit.*, pp. 18-21.
- [393](#) O’Gorman (1977), *op. cit.*, p. 106.
- [394](#) Roy, Joaquín (2000), *Periodismo y ensayo: de Colón al «Boom»*. España, Edicions de la Universitat de Lleida, p. 81-82.
- [395](#) Roy, *op. cit.*, pp. 82-83.
- [396](#) Acosta Montoro, *op. cit.*, p. 172.
- [397](#) López de Mariscal, Blanca (2006), «La visión de Oriente en el imaginario de los textos colombinos», en *Revista de Humanidades*, Tecnológico de Monterrey, n.º 20, México, p. 140.
- [398](#) Es llamativo que siempre sean viajeros a quienes se les atribuye la paternidad de disciplinas narrativas e interpretativas como el periodismo, la historia, la antropología y la geografía.
- [399](#) Colón cit. en Todorov (1987), *op. cit.*, p. 31.
- [400](#) *Ibid.*, pp. 32-33.
- [401](#) O’Gorman (1977), *op. cit.*, p. 123.
- [402](#) Todorov, Tzvetan (1993), *Las morales de la historia*. Barcelona, Paidós, pp. 133-136.
- [403](#) O’Gorman (1977), *op. cit.*, pp. 132-133.
- [404](#) Todorov (1993), *op. cit.*, p. 140.
- [405](#) También el diario de Colón, si bien fue escrito por él, lo que se conoce es la transcripción de Bartolomé de las Casas, a quien han acusado de tergiversar el original para hacer apología del almirante y contrapropaganda de Vespucio. Es posible que los datos fueran falsificados en función de los preceptos morales del sacerdote o de su visión de los hechos, que luego consignó en su *Historia de las Indias*.
- [406](#) Carrión, Jorge (2012), *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*. Barcelona, Anagrama, pp. 20-21.
- [407](#) González Boixo, José Carlos (1999), «Hacia una definición de las crónicas de Indias», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, n.º 28. Madrid, Servicio de Publicaciones UCM, pp. 227 y ss.
- [408](#) *Ibid.*, p. 229.
- [409](#) *Idem*.
- [410](#) Céspedes del Castillo, Guillermo (1999), *Ensayos sobre los Reinos Castellanos de Indias*. Madrid, Real Academia de Historia, p. 102.

[411](#) Carrión (2012), *op. cit.*, p. 21.

[412](#) Algunos lo denominan *protoperiodismo*, y también antecedentes del primer periodismo que se ejerció en América, epistolar, que llevaba y traía noticias de un lado al otro del Atlántico.

[413](#) Que todos los historiadores y cronistas fueran hombres —frailes, misioneros o navegantes— deja un vacío enorme y problemático que impide conocer en detalle el papel de las mujeres en tiempos de la conquista y las colonias. Se calcula que aproximadamente uno de cada cuatro colonizadores españoles en América era mujer —cerca de veinte mil, sobre todo extremeñas y andaluzas— y muchas fueron terratenientes, soldados, encomenderas, gobernadoras. Y entre ellas hay figuras fascinantes como Isabel Barreto, la primera almirante de la Armada española. Su caso es aún más dramático: lo que sabemos de ella lo escribió uno de sus grandes enemigos, el portugués Pedro Fernández de Quirós. De temperamento fuerte y autoritario, Barreto fue esposa del descubridor de las Islas Salomón y participó en la expedición que él organizó hacia el Pacífico para poblar esas tierras. Pero sus hazañas al mando de esa accidentada expedición le valieron el título de «reina de Saba de los mares del sur». Barreto posiblemente murió en Perú tras una larga vida de gestas y descubrimientos.

[414](#) Díaz del Castillo, Bernal (2012), *Historia verdadera de la conquista de la nueva España*. España, Red Ediciones, p. 19.

[415](#) Núñez Cabeza de Vaca, Alvar (2001), *Naufragios*. Madrid, Alianza Editorial.

[416](#) Martínez Díaz, Nelson (1986), «Prólogo», en Pigafetta: *Primer viaje alrededor del globo*. Barcelona, Orbis, p. 12.

[417](#) También Alejo Carpentier, en *El reino de este mundo*, menciona a Marco Polo, a Tirante el Blanco, el *Quijote* y las búsquedas del Dorado como antecedentes de la prosa en América Latina. Y en una conferencia en 1979, aseguró que el novelista latinoamericano debía cumplir con una función de «cronista de Indias».

[418](#) García Márquez, Gabriel (1982), *La soledad de América Latina*. Discurso pronunciado con ocasión del Premio Nobel de Literatura.

[419](#) Céspedes del Castillo, *op. cit.*, p. 93.

[420](#) Brillí, *op. cit.*, p. 32.

[421](#) La estructura del *Quijote* se asienta en la tradición medieval de la peregrinación, los relatos de caballeros y las leyendas artúricas que había leído Cervantes. También *Viaje del Parnaso* recrea un itinerario alegórico. Y hay que recordar que Cervantes, además de soldado y recaudador de impuestos, fue un viajero: desde su Alcalá natal se trasladó con su familia a Madrid, Valladolid y Sevilla. Con veinte años fue a Roma, donde se alistó como soldado. Viajó a Génova, Nápoles, Sicilia, Corfú (la tierra de los feacios, no lejos de Ítaca), Orán, Túnez y las Azores. Estuvo preso en Argel y en España. Fue un hombre que había vivido más que leído, que también fue mucho. Cf. Silva (2000): *Viajes y viajeros*, p. 66.

[422](#) Silva, Lorenzo (2000), *Viajes escritos y escritos viajeros*. Madrid, Anaya, p. 35.

[423](#) El repaso histórico de este capítulo se apoya especialmente en los trabajos de Percy Adams y Juan Pimentel.

[424](#) Adams, Percy G. (1983), *Travel literature and the Evolution of the Novel*. Lexington, The University Press of Kentucky, p. 60.

[425](#) Díez Borque, *op. cit.*, p. 88.

[426](#) Belenguer, *op. cit.*, p. 76.

[427](#) El padre Jerónimo Lobo también escribió sobre Etiopía; Martino Martini relató la caída de la dinastía Ming en Oriente, Mateo Ricci dejó la memoria de su misión en China y Fernando Verbiest sus relaciones de viaje como astrónomo en Pekín.

[428](#) Adams (1983), *op. cit.*, p. 51.

[429](#) Caharlait cit. en Belenguer, *op. cit.*, p. 77.

[430](#) Lassers cit. en Brillí, *op. cit.*, p. 51.

[431](#) Otro ejemplo es el *Nuevo viaje a Italia* del francés François Misson (1688), que fue un superventas en su tiempo, traducido al inglés, alemán y holandés, una guía de viaje escrita a modo de epístolas, en lenguaje familiar y conciso.

[432](#) La literatura de viajes femenina de la época incluye a la condesa D'Aulnoy, famosa por el relato de su viaje a España, que contribuyó a la construcción de la leyenda negra española. También las memorias de Madame de Boccage en España, de 1762, así como sus cartas desde Inglaterra, Holanda e Italia. Lady Elizabeth Craven, princesa de Berkeley, relató entre 1785 y 1786 su viaje por Francia, Alemania y Rusia, y la princesa de Gonzaga, Elisabetta Rangoni, también escribió a sus amigos durante sus recorridos europeos.

[433](#) Goytisoló, Juan (1989), *Estambul otomano*. Barcelona, Planeta, pp. 9-25.

[434](#) Jean de Thévenot fue otro viajero incansable —introdujo el grano de café en París—; John Chardin fue un negociante de joyas que escribió casi diez volúmenes sobre sus viajes a Oriente (1711) y Thomas Coryat recorrió Europa a pie —cerca de dos mil millas— y lo contó en *Crudities* (1611).

[435](#) Si el viaje es metáfora de la vida y del paso del tiempo, también el mar: la navegación se asocia al periplo vital, el puerto a la salvación y la nave a la condición humana. Cf. Ríos Torres, Félix J. (2004), «Transformaciones temáticas en la recepción de imágenes marítimas en la literatura española de los Siglos de Oro», en *La estirpe de Telémaco. Estudios sobre la literatura y el viaje*. Madrid, Betania, pp. 217-233.

[436](#) Zweig, Stefan (2005), *Magallanes. El hombre y su gesta*. Madrid, Debate.

[437](#) Su sucesora será la gran pirata china Ching Shih, famosa por comandar una de las flotas más grandes de la historia. Para el final de su carrera, comandaba más de dos mil barcos. Labró un código de leyes para sus subordinados —una especie de ética de la piratería— y determinó como crímenes capitales robar del tesoro común y violar prisioneras. No escribió sus memorias pero una versión ficticia de su vida aparece en el cuento *La viuda Ching, pirata*, que hace parte de *Historia Universal de la infamia*, de Borges.

[438](#) Adams, Percy G. (1980), *Travelers and travel liars 1660-1800*. Toronto, Dover Publications, p. 6.

[439](#) John Smith fue otro escritor y hombre del mar. Sus mapas y textos sobre Virginia fueron fundamentales en la colonización inglesa de Norteamérica. Quedan los relatos de Anthony Sherley y sus hermanos en Persia, Asia Menor y el Mediterráneo, las narraciones de Esquemeling sobre la vida de los piratas, el testimonio de Abacuk Pricket sobre el motín del *Discovery* y el viaje de Henry Hudson en su búsqueda del pasaje del noroeste por el círculo ártico.

[440](#) Pimentel (2006), *op. cit.*, p. 22.

[441](#) 250 años después, en 1846, se funda en su nombre la Hakluyt Society, dedicada a editar textos históricos especializados en la era de los descubrimientos. Otras colecciones famosas son las de Montalbodo (1507) y Ramusio en Italia (1550-1559), las de Samuel Purchas (1625) en Inglaterra, Theodor de Bry (1590) en Alemania y Melchisédech Thévenot (1663-1672) en Francia, entre otras.

[442](#) *Ibid.*, pp. 219-221.

[443](#) *Ibid.*, p. 224.

[444](#) Fernandez-Armesto, Felipe (2008), *Américo. El hombre que dio su nombre a un continente*. Barcelona, Tusquets.

[445](#) Adams (1980), *op. cit.*, p. VII.

[446](#) Voltaire también escribió sus *Cartas sobre la nación inglesa* tras viajar a Inglaterra en 1726, un país que admiró profundamente, en especial por su protestantismo, pluralidad religiosa y espíritu comercial. A él le debemos la anécdota de la manzana que, en teoría, inspiró a Newton el descubrimiento de la ley de la gravedad, un cuento que el francés oyó de una sobrina del científico.

[447](#) El recuento sobre Defoe es de Adams (1980), *op. cit.*, pp. 106 y 111-114.

[448](#) Fundador en 1752, con Samuel Johnson, de *The adventurer*, periódico londinense que se publicaba dos veces a la semana.

[449](#) Pimentel (2003), *op. cit.*, pp. 243-246.

[450](#) Cit. en Pimentel (2003), *op. cit.*, p. 230 y en Adams (1980), *op. cit.*, p. 75.

[451](#) Foucault, Michel (2005), *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets, p. 20.

[452](#) Soto-Roland, Fernando Jorge, «Viajeros ilustrados. El Grand Tour, el siglo XVIII y el mundo catalogado», en *Biblioteca virtual Miguel de Cervantes*, [http:// www.cervantesvirtual.com/viajeros-ilustrados/viajeros-ilustrados.shtml](http://www.cervantesvirtual.com/viajeros-ilustrados/viajeros-ilustrados.shtml) [Fecha de consulta: 30 de julio de 2009].

[453](#) Cristóvão, Fernando (1999), «Para una teoría da Literatura de Viagens», en Fernando Cristóvão (coord.), *Condicionantes culturais da literatura de viagens*, Lisboa, Cosmos Universidade de Lisboa, pp. 37-52.

[454](#) Descartes, René (2011), *Discurso del método*. Madrid, Ciro Ediciones, p. 19.

[455](#) Pimentel (2003), *op. cit.*, p. 52.

[456](#) González Bueno, Antonio, «La impronta linneana en las expediciones científicas españolas», en Fernando Calderón Quindós y Pablo Javier Pérez López (coords.) (2009), *Viajes, literatura y pensamiento*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, pp. 68-69.

[457](#) *Ibid.*, p. 61.

[458](#) Pimentel (2003), *op. cit.*, p. 56.

[459](#) Johnson cit. en Silva (2000), *op. cit.*, p. 32.

[460](#) Pimentel (2003), *op. cit.*, pp. 62-63 y 68.

[461](#) Almarcegui, Patricia (2005), «El descubrimiento del islam en los viajeros ilustrados europeos», en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*. Madrid, Akal, p. 106.

[462](#) Bougainville cit. en Adams (1983), *op. cit.*, p. 96 y en Pimentel (2003), *op. cit.*, p. 67.

[463](#) *Ibid.*, pp. 69-70.

[464](#) Soriano, Nieves (2009), *Viajeros románticos a Oriente. Delacroix, Flaubert y Nerval*. Murcia, Servicio de Publicaciones Universidad de Murcia, pp. 86-94.

[465](#) Lo sublime es lo incommensurable que hay en la naturaleza, aquello que sobrepasa la capacidad humana de comprensión y aprendizaje: «lo sublime es lo que place inmensamente por su resistencia contra el interés de los sentidos». Cf. Kant, Immanuel (2009), *Crítica del juicio*. Madrid, Espasa Calpe, pp. 175-217.

[466](#) Schiller cit. en Soriano, *op. cit.*, p. 90.

[467](#) *Ibid.*, p. 59.

[468](#) Pérez López, Pablo Javier, «Viajeros de lo sublime», en Fernando Calderón y Pablo Javier Pérez López (coords.) (2009), *Viajes, literatura y pensamiento*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones, p. 143.

[469](#) *Ibid.*, pp. 142-145.

[470](#) *Idem.*

[471](#) Wulf, Andrea (2017), *La invención de la naturaleza. El Nuevo Mundo de Alexander von Humboldt*. Madrid, Taurus, p. 24.

[472](#) Izagirre, Ander (2016), *La cárcel de las plantas. Aquí se agachó Humboldt. Altair*. 27 de abril. En <https://www.altairmagazine.com/pasos/aqui-se-agacho-humboldt> [Fecha de consulta: 30 de julio de 2016].

[473](#) Humboldt, Alexander von (2005), *Del Orinoco al Amazonas*. Barcelona, Planeta, pp. 37-38.

[474](#) Bolívar aseguró que su revolución había estado inspirada en la escritura de Humboldt, y es posible que los mapas de Suramérica que recibió del alemán le dieran una ventaja significativa frente a las tropas españolas en sus campañas de Independencia, ya que éstas manejaban mapas más viejos e imprecisos.

No sólo Bolívar: la influencia de Humboldt es notable en políticos, científicos, escritores, naturalistas y poetas. Su pensamiento inspiró, entre otros, a Thomas Jefferson y a Darwin, quien dijo que no se hubiera embarcado en el *Beagle* ni habría escrito *El origen de las especies* de no haberlo leído. Thoreau, el escritor americano, encontró en *Cosmos* el tono para escribir *Walden* y John Muir basó sus ideas sobre la preservación del bosque y los parques naturales en el pensamiento del alemán. Incluso el capitán Nemo de Julio Verne está basado en su obra. Cf. Wulf, Andrea (2017), *La invención de la naturaleza. El Nuevo Mundo de Alexander von Humboldt*, Madrid, Taurus.

[475](#) Wulf, *op. cit.*, pp. 40-41.

[476](#) Pérez López, *op. cit.*, p. 148.

[477](#) Humboldt, *op. cit.*, p. 37.

[478](#) Wulf, *op. cit.*, 29.

[479](#) Pérez López, *op. cit.*, p. 145.

[480](#) *Ibid.*, p. 26.

[481](#) Wulf, Andrea (2016), *The Invention of Nature: Alexander von Humboldt's New World*. Keynote en the Esri Conference UC, San Diego Convention Center. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=BXL2dMkWViY> [Fecha de consulta: 30 enero de 2017].

[482](#) Shelley, Mary (2010), *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Barcelona, Penguin Random House.

[483](#) Pérez López, *op. cit.*, pp. 146-147.

[484](#) Wulf, *op. cit.*, p. 64.

[485](#) Pérez López, *op. cit.*, p. 526.

[486](#) Wulf, *op. cit.*, p. 51.

[487](#) Goethe, cit. en Wulf, *op. cit.*, pp. 59 y 64.

[488](#) Chateaubriand, François-René (1827), *Itinerario de París a Jerusalén y de Jerusalén a París*. Madrid, Mellado Editor. Cit. en Soriano, *ibid.*, p. 58.

[489](#) Humboldt cit. en Wulf, *op. cit.*, p. 62.

[490](#) Descartes, *op. cit.*, p. 44.

[491](#) Lotman cit. en Lodge (1999), p. 55.

[492](#) Soriano, *op. cit.*, pp. 99-104.

[493](#) Por ejemplo, *Cuentos de un viajero* y *Cuentos de la Alhambra* de Washington Irving, donde relata sus viajes y su fascinación por el paisaje, o las *Cartas de un viajero* de George Sand, los relatos de Merimée, Théophile Gautier, Alejandro Dumas (padre e hijo), y Lamartine (1825), Delacroix (1832) y Nerval (1851) fueron escritos por autores que se desplazaron sólo con la idea de escribir sus periplos.

[494](#) Pérez López, *op. cit.*, pp. 143-144.

[495](#) Bermúdez Medina, Lola (2010), «Ver y escribir», en Gustave Flaubert, *Egipto. Viaje a Oriente*. España, Cabaret Voltaire, p. 12.

[496](#) Flaubert, Gustave (2010), *op. cit.*, pp. 10-15.

[497](#) Álvarez de la Rosa, Antonio (2004), «Literatura y erotismo en el gran viaje de Flaubert», en Petra Cruz Leal y José Gutiérrez, *La estirpe de Telémaco. Estudios sobre la literatura y el viaje*. Madrid, Editorial Betania, p. 24.

[498](#) Aunque siempre alardeó de haber viajado en su juventud, lo cierto es que Baudelaire fue a la India a instancias de su familia (querían alejarlo de la mala vida), pero regresó en cuanto hubo oportunidad, ansioso de volver al ambiente bohemio de París. Cf. Troyat, Henri (1994), *Baudelaire*. París, Flammarion.

[499](#) Benjamin, Walter (2005), «El flâneur», en *El libro de los pasajes*. Madrid, Akal, pp. 442 y 447.

[500](#) Carrión (2012), *op. cit.*, p. 27.

[501](#) «Exótico es sinónimo de alteridad», dice Todorov, y, en narrativa, lo exótico es la mediación entre «lo extranjero» y un público que se supone que es «de casa». Lodge, D. (1999), *El arte de la ficción*, Barcelona, Península, p. 237.

[502](#) Pfeiffer, Ida (2006), *Viaje de una mujer alrededor del mundo*. Huesca, Barrabés.

[503](#) Pratt, Mary Louise (2001), «Scratches on the face of the country; or what Mr. Barrow saw in the land of Bushmen», en Susan L. Roberson (ed.), *Defining Travel: diverse visions*. EE.UU., University Press of Mississippi, p. 138.

[504](#) En 1821 se funda en París la Société de Géographie; en 1828, la Gesellschaft für Erdkunde, en Berlín y la Royal Geographical Society de Londres en 1830. La Sociedad Geográfica de Madrid comienza su actividad en 1876 y en 1888 se instala en Washington la National Geographic Society, todas para promover y financiar expediciones y proyectos relacionados con la investigación científica y geográfica.

[505](#) Había sido fundada por el capitán Cook y el naturalista, explorador y botánico Joseph Banks, y se integró luego en la Royal Geographical Society.

[506](#) Park, Mungo (2008), *Viaje a las regiones interiores de África*. La Coruña, Ediciones del viento, pp. 19-21.

[507](#) Sus pasos los siguieron, entre otros, Dixon Denham, Hugh Clapperton y Walter Oudney, descubridores del lago Chad; Eduard Vogel recorrió Sudán y otros territorios de África central; Ferreira Da Silva atravesó el África austral, Paul du Chaillu descubrió la presencia de gorilas y pigmeos en el África central —que describió como bestias feroces semejantes a los seres infernales de la iconografía medieval—.

[508](#) A pesar de los relatos de Burton y Speke, la disputa sobre las fuentes del Nilo sólo fue zanjada varios años después gracias al periodista Henry Morton Stanley, como se cuenta a continuación.

[509](#) Regás, Rosa (2000), «Tras las fuentes del Nilo», en *El Mundo*, 14 de agosto.

[510](#) Pratt (2001), *op. cit.*, p. 138.

[511](#) Domingo Badía —el príncipe Alí Bey—, como Richard Francis Burton, visitó La Meca disfrazado de musulmán. Fue espía, uno de los primeros occidentales en entrar en La Meca y hasta funcionario al servicio de Napoleón. Él es «un ejemplo de la transición entre viajeros ilustrados y románticos, además de una especie de Quijote que forjó sus viajes y biografía a la imagen de los libros de su biblioteca». Almarcegui, Patricia (2007): «Capítulo VIII: Las lecturas del viajero», en *Alí Bey y los viajeros europeos a Oriente*. Barcelona, Bellaterra, pp. 208 y ss.

[512](#) Reverte, Javier (2008), «Prólogo», en David Livingstone, *Viajes y exploraciones en el África del Sur*. La Coruña, Ediciones del viento, pp. 13-18.

[513](#) Livingstone, David (2008), *Viajes y exploraciones en el África del sur*. La Coruña, Ediciones del viento. p. 3.

[514](#) *Ibid.*, p. 34.

[515](#) El matrimonio Baker —Samuel y Florence— se adentró en el continente y descubrieron el tercero de los grandes lagos, al que dan el nombre de Alberto (Speke se había encontrado con ellos en su segundo viaje). También Joseph Thomson, escocés, explorador del río Zambeze, de Tanzania, Uganda, Sudán y cuyo apellido llevan por nombre las gacelas, y Petro Brazza, fundador italofrancés del Congo.

[516](#) Morton Stanley, Henry (2005), *How I found Doctor Livingstone. Travels, adventures and discoveries in central Africa*. Nueva York, Cosimo, p. 331.

[517](#) Stanley cit. en Regás (2000).

[518](#) Darwin, Charles (2001), *Beagle Diary*. UK, Cambridge University Press, p. 42.

[519](#) Darwin, Charles (2009), *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, tomo I. Madrid, Akal, pp. 9-10.

[520](#) América Latina fue otro de los escenarios del viaje en el siglo XIX. En libros o en revistas especializadas europeas como *Le tour du monde* o *Le Magazine pittoresque* se publicaban los relatos de esas tierras que despertaban curiosidad en los extranjeros por estar prácticamente inexploradas, aunque sabían de su riqueza. Mollien, Hamilton, Le Moyne, Holton, Saffray, André, D'Espagnat, La Condamine, Gosselman y Codazzi son algunos de los hombres que midieron montañas, abrieron caminos, clasificaron plantas y animales y cartografiaron las naciones todavía jóvenes, al tiempo que se enfrentaban a las enfermedades típicas del trópico, a las guerras civiles que agitaron todo el siglo y a las dificultades habituales de los viajes a territorios desconocidos. Los suyos eran libros de hazañas personales, relatos de una empresa individual, de su condición de testigos y narradores de una experiencia única.

[521](#) Almarcegui (2005), *op. cit.*, pp. 105-106.

[522](#) Goytisolo, Juan (1989), *Estambul otomano*. Barcelona, Planeta, p. 12.

[523](#) Said, Edward (2002), *Orientalismo*. Madrid, Debate, pp. 20-25.

[524](#) También Christopher Miller y Patrick Brantlinger han estudiado el discurso colonialista en la literatura y las novelas de aventuras; James Clifford y Marianna Torgovnick, las conexiones entre la etnografía, el

arte y la literatura en el siglo XX; Mary Louise Pratt, la escritura de viaje como parte del imperialismo europeo desde 1750 y David Spurr desde el periodismo: cómo el lenguaje que favorece los intereses occidentales aún persiste cuando se escribe sobre el tercer mundo.

[525](#) Mme. d'Aulnoy, por ejemplo, dijo haber estado en Madrid en 1679, pero sólo dos siglos más tarde se confirmó que no era cierto. Lo que escribió sobre España lo había leído en los periódicos y en cartas y libros de otros viajeros, pero su testimonio llegó incluso a la *Enciclopedia Británica*, en la que se dijo que las suyas eran descripciones vívidas de las costumbres de la época.

[526](#) Ortas Durand, Esther, «La España de los viajeros (1755-1846): imágenes reales, literaturizadas, soñadas», en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui (coords.) (2005), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*. Madrid, Akal, p. 85.

[527](#) *Ibid.*, pp. 58-60.

[528](#) Vega Cernuda, Miguel Ángel, «Fenomenología de la itinerancia alemana en España. Contextos, textos y contrastes», en Berta Raposo e Ingrid García-Wistäd (2009), *Viajes y viajeros, entre ficción y realidad: Alemania-España*. Valencia, Universidad de Valencia, pp. 31-35.

[529](#) Bernal, *op. cit.*, p. 80.

[530](#) Manuel Iradier, explorador profesional, fundó una sociedad llamada *La Exploradora* y publicó *Memorias de una expedición al África*. Iradier recibió consejos del propio Stanley para su viaje, a quien había entrevistado en su paso por Vitoria. Luis Sorela fue explorador y responsable de una de las últimas expediciones españolas en el continente negro. Publicó *La Guinea española, Alemania en África* y *El comercio en el África Occidental*, entre otros. Fue además un humanista preocupado por la dignidad humana. Amigo de Livingstone, fundó la Liga antiesclavista española y durante la Primera Guerra Mundial organizó un servicio de protección para los prisioneros de guerra. José María Gutiérrez del Alba fue un viajero-poeta que visitó Colombia en misión diplomática; Ángel Pulido publicó sus *Cartas Escandinavas* y *Plumazos de viajero*; Ángel Ganivet sus *Cartas finlandesas*; Pedro del Prado, *Mi viaje a la república del Ecuador*; Manuel Alhama escribía bajo el seudónimo de *Wanderer*; se definía como «trotamundos infatigable», fue corresponsal de prensa y fundó una de las primeras revistas de viajes especializadas en España: *Alrededor del mundo*.

[531](#) *Ibid.*, p. 81.

[532](#) Espronceda escribió *De Gibraltar a Lisboa*; el Duque de Rivas, *Viaje al Vesubio* y *Viaje a las ruinas de Pesto*; Estébanez Calderón, *La Gruta Azul* y *una gira en el vapor*; Galdós, *Viaje a Italia, Excursión a Portugal* y *Nuevos Viajes*; Emilia Pardo Bazán, *Por Francia y por Alemania*; Emilio Castelar, *Recuerdos de Italia*; Amós de Escalante, *Del Ebro al Tíber*; y Mesonero Romanos, *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica*. Asimismo, Jacinto Verdaguer fue autor de *Dietari d'un pelegrí a Terra Santa*; Juan Valera redactó textos y cartas desde Rusia, que forman parte de la gran literatura española, y su hijo Luis Valera, periodista y escritor viajero, publicó sus crónicas en *El Imparcial*.

[533](#) Bauló Doménech, Josefa (1995), «Tres testigos de la guerra de África: Alarcón, Ros de Olano y Núñez de Arce», en *Compás de letras: literatura de viajes. Monografías de literatura española*. Madrid, Servicio de Publicaciones UCM, pp. 164-165.

[534](#) Publicaciones como *El Artista* y *El Museo de las Familias* contaban con una sección fija de viajes.

El Semanario Pintoresco; El Observador Pintoresco; La Ilustración; La América; La Crónica de Ambos Mundos; El Museo Universal; La Ilustración Española y Americana fueron las primeras revistas especializadas en viajes, junto a los boletines de las sociedades geográficas. Este tipo de publicaciones también eran habituales en Europa: en Suiza se publicaba *L'Afrique explorée et civilisée*. En Francia, *Annales des voyages, Tour du Monde, Voyages illustrés* (1879-1883), la *Gazette géographique de l'exploration* (1885) y *Romans d'aventure sur terre et sur mer*. En Italia aparecen el *Giornale illustrato del viaggi e delle aventure*, editado en Milán a partir de 1879, la *Biblioteca del Viaggi* y la revista *Cosmos*.

[535](#) Compère, Daniel (2005), *Les voyages extraordinaires de Jules Verne*. París, Pocket, p. 201.

[536](#) *Ibid.*, p. 12.

[537](#) Este libro fue la inspiración de Saint-Exupéry para *Vuelo de noche* (1930).

[538](#) Sherand, Robert H. (1894), «Jules Verne at home. His own account of his life and work», en *McClure's Magazine*, volumen II, n.º 2, enero de 1894.

[539](#) Compère, *op. cit.*, p. 170.

[540](#) Hetzel cit. en Compère, *op. cit.*, pp. 17-18.

[541](#) Robin, Christian, «Exploration et extrapolatin dans les voyages extraordinaires de Jules Verne», en François Moureau (1986), *Metamorphose du récit de voyage*. Paris-Geneve, Champion-Slatkine, p. 131.

[542](#) Verne conoció la obra de Edgar Allan Poe por la traducción de Baudelaire y se maravilló con su escritura, de la que dijo: «Poe inventó una nueva forma en la literatura [...] Creó un género aparte, sin precedentes [...] Maestro de la escuela de lo extraño; ha reducido los límites de lo imposible y tendrá imitadores». Verne comenzó a escribir una novela llamada *Voyage en l'air* (que luego sería *Cinco semanas en globo*), cuya idea proviene en buena parte de la novela corta de Poe *El engaño del globo*. Poe es el detonante que permite a Verne encontrar su propio género. Así nacen los *Viajes Extraordinarios*. Verne también escribió *La efigie de los hielos* como secuela de la *Narración de Arthur Gordon Pym*.

[543](#) Stevenson, Robert Louis (2015), *Viajes con una burra por los montes de Cévennes*. Tenerife, Baile del sol.

[544](#) Manguel, Alberto (2008), *Memoria para el olvido. Ensayos de Robert Louis Stevenson*. México, Fondo de Cultura Económica, p. 14.

[545](#) Lo que aparece en estas páginas sobre Stendhal es parte del artículo «La Italia de Stendhal. Encontrar a un cosmopolita», publicado en la revista colombiana *Arcadia*, n.º 135, diciembre de 2016.

[546](#) Bravo Castillo, Juan (1995), «Stendhal cosmopolita: una conciencia de Europa», en *Revista de Filología Francesa*, n.º 7. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, pp. 53-67.

[547](#) Crouzet, Michel (1992), *Stendhal o el señor Yo Mismo*. Valencia, Alfons el Magnànim, p. 547.

[548](#) Zweig, Stefan (2013), *Tres poetas de sus vidas*. Barcelona, Planeta.

[549](#) Bravo Castillo, Juan (2006), «Stendhal viajero: “Memorias de un turista”», en *Revista de Filología Románica*, n.º extraordinario 4: «El arte de viajar y sus aventuras». Madrid, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, p. 191.

[550](#) *Idem.*

[551](#) *Ibid.*, p.195.

[552](#) Un enero de comienzos del siglo XIX, Stendhal está en Florencia y sufre una sobredosis de belleza: «Había llegado a ese punto de emoción en el que convergen las sensaciones celestes provocadas por las Bellas Artes y los sentimientos apasionados. Saliendo de Santa Croce, me latía el corazón, la vida estaba agotada en mí, andaba con miedo a derrumbarme». Es lo que hoy se conoce como «síndrome de Stendhal», una metáfora que resume bien la exaltación del sentir de su tiempo.

[553](#) *Ibid.*, p. 196.

[554](#) Conrad, Joseph (2002), *El corazón de las tinieblas*. Madrid, Alianza Editorial, p. 9.

[555](#) García Ríos, Araceli (2002), «Prólogo», en Conrad, *ibid.*, p. 10.

[556](#) Spurr, David (1999), *The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing and imperial administration*. EE.UU., Duke University Press, p. 10.

[557](#) Lodge, David (1999), *El arte de la ficción*. Barcelona, Península, p. 156.

[558](#) Gide también fue el primero en hablar del comunismo «real» en *Retour de l'URSS* (1936), un relato de su viaje a la Rusia soviética en la que deja ver su decepción del proyecto comunista, en el que había creído. Esto le valió ser aislado por la intelectualidad del momento, que simpatizaba con el proyecto ruso.

[559](#) Muñoz, José María (2008), «África y algunos otros fantasmas», en *Revista de libros*, n.º 135, Madrid, Fundación Caja Madrid, p. 31.

[560](#) Geertz, Clifford (1989), *El antropólogo como autor*. Barcelona, Gedisa, p. 19.

[561](#) Leiris, Michel (2007), *África fantasmal*. Valencia, Pre-Textos.

[562](#) Pratt, Mary Louise (1991), «Trabajo de campo en lugares comunes», en James Clifford y George E. Marcus (eds.) (1991), *Retóricas de la antropología*. Barcelona, Júcar, p. 77.

[563](#) El libro *Retóricas de la antropología* de James Clifford y George E. Marcus analiza el problema del texto antropológico como literatura, su poética y capacidad de transmitir con «verdad» el trabajo de campo y los recursos literarios del narrador.

[564](#) Clifford y Marcus, *idem.*

[565](#) Es un problema de poética y retórica del discurso. Pero también de cómo y quién debe informar sobre las culturas contemporáneas o ancestrales genera amplio debate en el mundo científico. ¿Son preferibles los informantes autóctonos o los foráneos? Autores como Chinua Achebe, escritor nigeriano, defienden a los locales —acusó a Conrad de escribir *El corazón de las tinieblas* con una mirada racista sobre África—, mientras que antropólogos como Clifford Geertz y James Clifford aseguran que un nativo puede estar

muy cerca de su cultura para interpretarla. *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, de Margaret Mead, es un ejemplo de esta discusión. Autores como Derek Freeman quisieron demostrar que los habitantes de la isla no eran como ella los había descrito. Pero Freeman se vio obligado a concluir que la divergencia de visiones etnográficas no significa que alguien se equivoque o mienta, sino que ésta es una disciplina que se nutre de retóricas distintas y que la valoración nunca debe ser juzgada como objetiva, pues siempre dependerá del contexto en que se desarrolle, del contexto de quien la juzgue y del tipo de sociedad que se considere más deseable.

[566](#) Díaz Viana, Luis (1991), «Prólogo a la edición española», en Clifford y Marcus, *ibid.*

[567](#) Sorela, Pedro (2011), «Ladrón de árboles». En: <http://www.pedrosorela.com/obra/cuentos/ladron-de-arboles.html> [Fecha de consulta: agosto de 2011].

[568](#) Mounier cit. en Fabre, *op. cit.*, p. 27.

[569](#) El periodismo literario comenzó a finales del siglo XIX cuando Joseph Pulitzer exigió a sus periodistas investigaciones escritas con recursos narrativos que llamaran la atención de los lectores al hacer vívida la noticia. Él fue el primero en dedicar grandes extensiones de periódico a temas que podían parecer menores pero que interesaban al hombre de la calle. Escritores-periodistas como Mark Twain y Walt Whitman hacían periodismo literario, el mismo que luego ejercerán en América Latina autores como José Martí y Rubén Darío, poetas, pero también reporteros. Es a mediados del siglo XX cuando el periodismo narrativo adquiere el nombre de *New Journalism*, cuando Truman Capote, Norman Mailer, Gay Talese o Tom Wolfe comenzaron a publicar sus piezas periodísticas con una clara conciencia de autor.

La investigadora portuguesa Isabel Soares ve en escritores como Eça de Queirós, Ramalho Ortigao, Oliviera Martins y Batalha Reis precursores de la experimentación periodística en Portugal a finales del siglo XIX; también, una suerte de periodistas literarios *avant la lettre*. Cf. Soares, Isabel: «Literary journalism's magnetic pull: Britain's "new" journalism and the Portuguese at the Fin-de-Siècle», en John S. Back y Bill Reynolds (2011), *Literary journalism across the globe: journalistic traditions and transnational influence*. EE.UU., University of Massachusetts Press, pp. 118-133.

[570](#) Chatwin, Bruce (2005), *Los viajes. En la Patagonia. Los trazos de la canción. ¿Qué hago yo aquí?* Barcelona, Península, p. 224.

[571](#) Carrión, Jorge (2014), *El ensayo será experimental o no será*. CCCBLAB, Marzo 12. En <http://lab.cccb.org/es/el-ensayo-sera-experimental-o-no-sera/> [Fecha de consulta: enero de 2017].

[572](#) Le Bris cit. en Fabre, *op. cit.*, p. 29.

[573](#) Vid. Mach, John E. (2003), *Lawrence de Arabia*. Barcelona, Paidós.

[574](#) Cendrars, Blaise (2004), *Trotamundear*. Madrid, Alianza Editorial, p. 218.

[575](#) Le Clezio, cit. en Fabre, *op. cit.*, p. 17.

[576](#) Cf. Moorehead, Caroline (2003), *Martha Gellhorn, a Life*. Vintage, Random House, p. 19.

[577](#) El macartismo y Vietnam demostraron que se podía mentir contestando a las cinco preguntas famosas: si un reportero se limitaba a reproducir un juicio del macartismo podía no mentir de acuerdo con una definición simple, pero mentía porque no explicaba el urgente *porqué* de lo que ocurría. Contra eso y

contra el simple cálculo de muertos en Vietnam se rebelaron los reporteros.

[578](#) Caparrós, cit. en Jaramillo, Darío (2012), *Antología de crónica latinoamericana actual*. Madrid, Alfaguara, pp. 22-23.

[579](#) Heredero de los orientalistas románticos y autor de más de treinta títulos resultado de una vida de explorador, parece que influyó a Truman Capote en su concepción de la novela de no ficción con su libro *Al pie de la montaña: una crónica de dos temporadas en la Nueva Guinea de la Edad de Piedra*. Cf. Norman, Howard (1999), «Peter Matthiessen: The Art of Fiction», en *The Paris Review*, n.º 157, pp. 186-215.

[580](#) Smith, Anthony (1984), *La geopolítica de la información: cómo la cultura occidental domina el mundo*. México, Fondo de Cultura Económica, pp. 74-75.

[581](#) Augé, Marc, «El viaje inmóvil», en Manuel Lucena Giraldo y Juan Pimentel (eds.) (2006), *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid, CSIC, p. 11.

[582](#) Lafuente, Fernando R. (2007), «España como estereotipo de sí misma», en José Martínez, *El orientalismo al revés*. Madrid, Los libros de la Catarata, p. 9.

[583](#) Fonseca, Diego y El-Kadi, Aileen (eds.) (2012), *Sam no es mi tío. Veinticuatro crónicas migrantes y un sueño americano*. Doral, Alfaguara.

[584](#) Gellhorn, Martha (2011), *Cinco viajes al infierno*. Badalona, Altaïr, pp. 19-21.

[585](#) No sólo el escritor-viajero se opone al turismo. En realidad, nadie quiere ser un turista, explica la profesora Julia Harrison. Muchos se burlan o muestran rechazo ante la imagen estereotipada del hombre colgado a su cámara fotográfica, que parece una oveja en un rebaño de monumento en monumento, que vocifera, es culturalmente insensible y está vestido con la estética típica del turista. Aquellos que viajan por placer prefieren ser vistos como viajeros, invitados, visitantes, aventureros o exploradores, pero al llegar se dan cuenta de que sólo son turistas cuando están lejos de casa. Cf. Harrison, Julia (2003), *Being a tourist: finding meaning in pleasure travel*. Universidad de British Columbia Canadá, UBC Press.

[586](#) Augé, Marc (2001), *Ficciones de fin de siglo*. Barcelona, Gedisa, p. 16.

[587](#) Se dice que hoy el viaje es menos dramático, más cómodo, pero no es necesariamente cierto. Si antes el viaje en barco suponía penurias, enfermedades en altamar y por tierra podían acechar los asaltantes de caminos, hoy un viajero está expuesto al secuestro, a barreras idiomáticas parecidas a las que se enfrentaban los exploradores de antaño, a la desconfianza del nativo, al atraco y también a la enfermedad. El mundo está más comunicado, pero para una mujer hoy es menos probable hacer el viaje de Martha Gellhorn cruzando la línea ecuatorial africana de Camerún a Zanzíbar en 1962. La acechan más peligros.

[588](#) Caparrós, Martín (2009), *Una luna*. Barcelona, Anagrama, p. 59.

[589](#) Harrison, Julia (2003), *Being a tourist: finding meaning in pleasure travel*. British Columbia Canada, Press, p. 2.

[590](#) Baudrillard, Jean, «América», en Susan L. Roberson (ed.) (2001), *Defining Travel: diverse visions*. EE.UU., University Press of Mississippi, p. 59.

[591](#) Gasquet, Axel, «Bajo el cielo protector: hacia una sociología de la literatura de viajes», en *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid, CSIC, p. 65.

[592](#) Unceta, María, «La escritura actual de los textos de viaje», en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui (coords.) (2005), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*. Madrid, Akal, pp. 199-200.

[593](#) Estos textos aparecen en publicaciones como *De Viajes*, *Lonely Planet*, *Mucho Viaje*, *National Geographic*, *Rutas del Mundo*, *Traveleer*, *GEO*, *Viajar Península*, *Ronda Iberia*, *Nómadas* y los suplementos de *El País* y *el Mundo* (*El viajero* desde 1998), cuyo estilo se extiende a los medios audiovisuales, entre ellos cadenas de televisión como *Viajar*, *Travel Channel* y *Discovery Channel travel and Adventure*.

[594](#) Forneas Fernández, Celia (2004), «¿Periodismo o literatura de viajes?», en *Estudios sobre el mensaje periodístico*. Servicio de Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, p. 238.

[595](#) Hanusch, Folker (2010), «The dimensions of travel journalism», en *Journalism Studies*, vol. 11, n.º 1. Taylor and Francis, p. 68.

[596](#) Eliot, Alexander (1994), «A cure for skepticism about travel journalism», en *Editor & Publisher*; New York, vol. 127, Iss. 46, p. 56.

[597](#) Hanusch, Folker (2009), «Taking travel journalism seriously: Suggestions for scientific inquiry into a neglected genre», en Ferry Flew (ed.), *Communication, Creativity and Global Citizenship: Refereed Proceedings of the Australian and New Zealand Communications Association Annual Conference*, Brisbane, July 8-10, pp. 623-636. Fürsich, Elfriede y Kavoori, Anandam P. (2001), «Mapping a Critical Framework for the Study of Travel Journalism», en *International Journal of Cultural Studies*, 4(2), June, pp. 149-171. Santos Almeida, Carla (2004), «Perception and Interpretation of Leisure Travel Articles», en *Leisure Sciences*, 26, pp. 393-410.

[598](#) Tan lejos ha llegado el turismo que hoy se habla de *Black tourism* para designar la creciente atracción por los lugares del dolor, allí donde han ocurrido homicidios, bombardeos, holocaustos o catástrofes. Pero un trabajo excepcional, en esa línea que pretende la comprensión de los otros, es *Guardianes de la memoria* (2008), del escritor español Álvaro Colomer. Un libro en el que el autor recorre cinco escenarios marcados por una tragedia (Guernica, Chernóbil, Transilvania, Lourdes y Auschwitz) y, en lugar de ser guías turísticas de esos lugares o el relato del viaje de la visita del autor, son reportajes ideológicos en el sentido que los entendía Enzensberger, que pretenden precisamente que el lector comprenda cómo viven sus habitantes con el estigma de su pasado reciente. Colomer, Álvaro (2008), *Guardianes de la memoria. Recorriendo las cicatrices de la vieja Europa*. Madrid, Roca Editorial.

[599](#) Pitol, Sergio (2000), *El viaje*. Barcelona, Anagrama, p.157.

¿UN GÉNERO EXHAUSTO?

Parece que cada vez importa menos la dimensión humana del viaje. La abolición paulatina de la diversidad, la superabundancia de imágenes y la información superficial crea un mundo cada vez más homogéneo. Al mismo tiempo, el interés por el libro de viaje ya no es ni por asomo el de los siglos anteriores.

Tras el *boom* y, paradójicamente, cuando la gente viaja más que nunca, el género experimenta un declive tanto en el volumen de publicaciones como en la calidad media de lo que se edita —salvando destacables excepciones—. El viaje se ha masificado, los jóvenes viajan mucho pero se van sin libros y sin haberse documentado en ellos. Se da también el viaje aventurero, pero eso genera obras de una calidad literaria menor. Los destinos los marcan las agencias *low cost*. La democratización del viaje ha hecho que se lea menos⁶⁰⁰.

El viaje, el viajero y su relato están en crisis. El texto de viaje ha vivido una auténtica explosión en el último siglo —nunca se ha hablado tanto de viajes como hoy en día—, pero el interés por el género ha disminuido. Parece que el mundo está completo, que ya no quedan rincones por explorar. Y las tecnologías digitales han hecho creer que ya no es necesario que se nos informe de la lejanía. Existen los viajes virtuales. Google Street permite recorrer las calles de cualquier ciudad⁶⁰¹ —también las experiencias inmersivas de realidad virtual, aumentada y 360— y ya no quedan escritores de viajes a los que se les paguen grandes sumas por un relato, como sucedió en el siglo XVIII con la transcripción de los diarios del capitán Cook. Mariano Belenguer asegura que se trata de una crisis en el trinomio viaje-aventura-héroe: desaparecen los espacios desconocidos, el turismo masifica el viaje y el viajero va perdiendo su condición de ser extraordinario, su estatus de héroe⁶⁰².

Pero lo cierto es que vivimos en una época de crisis general del mito. Ya en los años setenta, Lévi-Strauss explicó que el hombre había sacrificado herramientas esenciales de su inteligencia al renunciar a su pensamiento

mitológico, una abdicación que podría remontarse a los tiempos del racionalismo cuando se instrumentalizó el viaje y los científicos sobrepusieron el dato, la medición y la ciencia a la aproximación poética a la realidad⁶⁰³. Pero es posible que la ruptura se remonte a los griegos, a la tensión entre *mythos* —la ficción— y *logos* —narración veraz— que comenzó con los presocráticos y fue una batalla que ganaron autores como Tucídides, abogados de la objetividad y el dato puro.

Walter Benjamin, en *El narrador*, afirma que «el arte de la narración está llegando a su fin» a causa de una crisis de la experiencia, porque en la modernidad ésta ha sido sustituida por la información⁶⁰⁴. Según explica, ésta requiere ser verificada, debe ser novedosa y resultar efímera, mientras que la narración no necesita de la novedad, ni vive de la moda cotidiana pues no se agota y mantiene su fuerza a pesar del paso del tiempo. El filósofo sitúa los orígenes de esta crisis en los tiempos de la consolidación de la clase burguesa y de la prensa como instrumentos del capitalismo —es decir, el último siglo—:

La escasez en que ha caído el arte de narrar se explica por el papel decisivo jugado por la difusión de la información. Es imprescindible que la información suene plausible. Por ello es irreconciliable con la narración. Cada mañana nos instruyen sobre las novedades del orbe. A pesar de ello somos pobres en historias memorables. Esto se debe a que ya no nos alcanza acontecimiento alguno que no esté cargado de explicaciones. Con otras palabras: casi nada de lo que acontece beneficia a la narración, y casi todo a la información. Y es que la mitad del arte de narrar radica, precisamente, en referir una historia libre de explicaciones⁶⁰⁵.

Para Benjamin, el narrador es un viajero que tiene una relación artesanal con su materia prima —la vida humana—, y su tarea es narrar a partir de la experiencia, la propia y la ajena, de forma sólida, útil y única:

La narración, tal como brota lentamente [...] es, de por sí, la forma artesanal de la comunicación. No se propone transmitir, como lo haría la información, el parte, el «puro» asunto en sí. Más bien lo sumerge en la vida del comunicante, para poder luego recuperarlo. Por lo tanto, la huella del narrador queda adherida a la narración, como las del alfarero en la superficie de su vasija de barro⁶⁰⁶.

Se trata de las historias memorables que permanecen en la memoria del lector, que se reviven al volver a ser contadas. Alguien narra y alguien escucha, y ese receptor es capaz de identificarse con esa historia. Esto supone comprensión, compasión y «apertura hacia lo extranjero». La narración así, a

diferencia de la información, puede ser huella, experiencia y también herida, la otra, por el contrario, se olvida⁶⁰⁷.

En el caso del viaje, el problema reside en que los textos al servicio del turismo, llenos de datos prácticos, han ido sustituyendo al relato que procura la comprensión de la alteridad. La información rápida de internet, el turismo masivo y la ausencia de grandes relatos de viajes favorecen el peligroso viaje inmóvil:

El problema es que actualmente nos acercamos a una posibilidad efectiva, tecnológica, de ubicuidad [...] Y estaremos pues inmóviles y puede ser que no podamos viajar más [...] No es una casualidad que la metáfora del viaje a menudo se relacione hoy con la actividad cibernética. La gente, se dice, *navega* por internet. Las tecnologías de la comunicación pretenden que los sujetos existan independientemente del acto que los relaciona entre sí, de modo que intercambien informaciones sin transformarse. En este sentido, la comunicación es lo contrario del viaje, porque éste implica la construcción de uno mismo a través del encuentro con el otro y aquélla, en cambio, presupone lo que el viaje intenta crear: sujetos individuales bien constituidos. El *homo communicans* no se pregunta quién es, enuncia lo que sabe e intenta aprender lo que no sabe; el viajero ideal intenta existir, formarse y nunca sabrá quién o qué es en realidad. La práctica turística actual, en este sentido, no tiene mucho que ver con el viaje, sino con la comunicación⁶⁰⁸.

La escritura de viaje es vehículo de entendimiento: los ensayos viajados contemporáneos, las grandes obras de la literatura universal —historias memorables emparentadas con el viaje—, las crónicas de las hazañas de los viajeros cuyas huellas se han adherido a la memoria de la humanidad. «Viajar hace a los hombres discretos», dijo Cervantes⁶⁰⁹; es «un ejercicio de mutua tolerancia que nos enseña la mutua estimación», como dijo Lawrence Sterne⁶¹⁰.

Por eso el texto de viaje que sigue siendo pertinente es el que todavía cuenta historias imperecederas, no el relato «espejo», reflejo fiel y objetivo de lo que ve. Ese ya no es necesario. El viaje descriptivo tenía razón de ser cuando el mundo estaba aún por descubrir y la única posibilidad de contemplar el espectáculo de la lejanía era a través de los ojos del viajero. Pero desde el Romanticismo no tiene relevancia. La literatura de viajes está ya muy llena de autores que en lugar de ver, han reconocido; que en lugar de viajar, han vuelto, aunque nunca hubieran estado allí. Ese «reconocimiento» ya no se necesita en la época de las redes sociales y las imágenes: ¿para qué describir hoy las pirámides o el Taj Mahal, los sombreros de los vietnamitas,

el leopardo de las nieves y el Himalaya cuando todo ello está al alcance en internet, en las revistas y en la televisión? Lo que importa no es el paisaje, sino lo que sugiere. De ahí que sea necesario el cronista que entiende su relato como arte, capaz de interpretar, de formular nuevas propuestas de comprensión. «Si el principio del arte fuera la imitación [...] el artista más sublime sería el espejo que con más fidelidad retratase los objetos»⁶¹¹.

El texto de viaje como arte no imita la vida sino que crea realidad, no reproduce sino que propone. Y la escritura debe estar al servicio de la comprensión, no de la reproducción. Porque ¿qué es la realidad? Una palabra maleable que no terminamos de saber qué significa y que a veces designa, como dijo José Asunción Silva, lo trivial, lo cotidiano, lo insignificante⁶¹². La realidad no significa nada sin comillas, explicó Nabokov⁶¹³. Y por eso hay que desconfiar de los espejos, porque nunca son del todo fiables y son más bien espejismos, no reflejan sino que deforman. Son más pertinentes las interpretaciones. Reproducir es lo que ya hace la televisión y los otros medios espejo.

Pero crear realidad no quiere decir inventar, sino seguir el camino de la crónica, en el que la literatura —como herramienta para profundizar, de analogía, de símbolo— y el periodismo —de información, con base en la realidad, de actualidad y pertinencia— han consolidado un espacio propio, un matrimonio bien avenido. Un binomio que desde el Romanticismo intenta reconciliar la concepción mítica del pensamiento con la ciencia, comprendiendo que no hay razón para desconfiar de la explicación poética de la realidad, que también es fuente de saber y verdad. Como Heródoto, que fue pionero y habló sobre los Otros en términos reales pero también metafóricos; donde el mito y la fantasía no eran obstáculos para comprender sino, por el contrario, vehículos de conocimiento. Cada momento histórico necesita sus mitos para explicar sus problemas, sus contradicciones, quién es y cómo ha llegado hasta aquí, dice Mario Vargas Llosa:

Cada época tiene su irrealidad: sus mitos, sus fantasmas, sus quimeras, sus sueños y una visión ideal del ser humano que las ficciones expresan con más fidelidad que ningún otro género. A los lectores medievales, las hazañas de Amadís o de Esplandián pudieron parecerles realistas porque esas fabulosas aventuras materializaban sus más caros anhelos⁶¹⁴.

El viajero ha perdido terreno como protagonista del camino del héroe en la

sociedad contemporánea. Como dice Lluís Duch, el mito no puede morir porque eso equivaldría a una «imperdonable aberración espiritual que conllevaría grandes e irreparables consecuencias para la salud física, psíquica y espiritual del ser humano»⁶¹⁵, pero es cierto que hoy los relatos de viaje —«vehículos ideales de sueños y mitos»⁶¹⁶— se consumen menos; cada vez hay más información práctica para turistas que relatos de la experiencia de la lejanía. El mundo moderno necesita nuevos mitos, pero como dijo Camus, «los mitos no tienen vida por sí mismos. Esperan que los encarnemos nosotros. En cuanto un solo hombre responde a su llamada, nos ofrecen su savia intacta»⁶¹⁷. A ello está llamado el viajero, ancestral protagonista del viaje del héroe. En esta sociedad tecnológica, existe el peligro de que las imágenes sustituyan a los mitos. Hacen falta nuevas Troyas que representen todas las ciudades, Ulises que sean todos los hombres, viajeros que sepan convertir la historia en mito y relatos de viaje como metáfora de la vida, de la muerte, del conocimiento y de la escritura.

Es urgente que reaparezca ese personaje que se mueve, que busca, que no es sólo turista, sino que intenta comprender a los Otros y comprenderse a sí mismo a través del contacto, que mira desde los resortes de la curiosidad y el asombro, esos que Stevenson definió como dos ojos a través de los cuales se ve el mundo con los colores más sugerentes⁶¹⁸. Y esas cualidades difícilmente se desarrollan en la cotidianidad, en los límites conocidos: por eso es necesario *atravesar la frontera*, esa expresión que utilizaba tanto Kapuściński, para comprender, como dijo Magris, que viajar es también descubrir que siempre se está en el otro lado⁶¹⁹.

El viajero es el llamado a combatir el problema de «lo inauténtico»⁶²⁰, en el que la experiencia del viaje se puede banalizar al punto de poder visitar la reproducción de una tumba egipcia en un centro comercial de Madrid, en la que a la vez se pueden comprar *souvenirs*⁶²¹. El mundo contemporáneo es el de las postales, el de «la experiencia real de la falsificación», en el que no se visitan los castillos medievales sino su versión de parque temático, de Disney⁶²². Un simulacro, espejismo de la experiencia⁶²³:

Hubo un tiempo en el que lo real se distinguía claramente de la ficción [...] un tiempo en el que iba uno a lugares especiales y bien delimitados (parques de atracciones, ferias, teatros, cinematógrafos) en los que la ficción copiaba la realidad. En nuestros días, insensiblemente, se está produciendo lo inverso: lo

real copia a la ficción. El menor monumento de la más pequeña aldea se ilumina para parecer una escenografía. Y si no tenemos tiempo para ir a ver el decorado, se nos ofrece reproducido (imagen de imagen) [...] Tal vez, a su término, este movimiento pueda llegar a matar la imaginación, a agotar lo imaginario y traducir de esta manera algo de las nuevas parálisis de la vida en la sociedad⁶²⁴.

Como han dicho Turner y Ash, el turismo es la imagen opuesta del Rey Midas: destruye todo aquello que tiene cierta belleza⁶²⁵. Por eso el viaje y su relato están llamados a plantar cara al «turismo apresurado y las guías escépticas, a la pérdida de identidad y homogenización»⁶²⁶. Ya lo sabía Melville:

El viaje es esa actividad que tiende a enseñarnos una profunda humildad, ampliando nuestro altruismo hasta abarcar la humanidad al completo. Es el que permite descubrir horizontes, explorar nuevas ideas, romper con viejos prejuicios, abrir el corazón y el espíritu: tales son los verdaderos frutos de un viaje correctamente realizado⁶²⁷.

No hay que permitir que la abundancia de imágenes e información sustituyan el deseo de imaginar lo que se esconde en la lejanía, en culturas milenarias, en el África todavía por descubrir, en la América profunda, en los polos difícilmente conquistables por la industria turística —aunque está cerca—. El viajero hacía soñar a sus lectores con la maravilla de lo remoto y lo desconocido —como Verne, Defoe y Marco Polo—, y era, al mismo tiempo, protagonista del mito y contador de historias eternas. Él tiene que recuperar ese papel para recordarle a sus contemporáneos que hacer turismo no es ir de viaje, y que viajar es importante porque nos aleja de esa idea pequeña y peligrosa de que nuestro pueblo es el ideal. Los otros tienen lecciones que bien vale la pena escuchar⁶²⁸. Reaprender a viajar para reaprender a ver, para dejar de viajar por el mundo sin mirarnos.

A estas alturas en las que el mundo ya está descubierto, hacen falta todos aquellos que son capaces de decir algo nuevo de los territorios que visitan —a partir del ejercicio de escuchar a los Otros—. El verdadero relato de la alteridad no uniforma, como hacen el turismo y los medios, sino que individualiza, comprende que lo importante son los matices, la diferenciación.

La escritura de viaje también está llamada a participar en la discusión de dos de los grandes temas de nuestro tiempo: la frontera y la identidad. Por un lado, una de sus principales responsabilidades hoy es combatir la idea de frontera. La globalización parece ser el último viaje posible: no es cierto que

las culturas se acerquen con el libre mercado, los aviones, trenes rápidos y medios de comunicación globales. Por el contrario, el mundo se hace más grande, más complejo, más multicultural pero con menos matices. Es cada vez más segregado, hay más visados necesarios. Hoy se mueve el dinero, la tecnología, las ideas, las imágenes, pero en la globalización, paradójicamente, a quienes más les cuesta viajar es a las personas, y el viaje es más difícil para unos que para otros: una especie de segregación disimulada, que unos aceptan mirando para otro lado y otros no pueden combatir. Porque la frontera es un enemigo invisible, una especie de *proceso de Kafka* contra el que parece una quimera pelear en el mundo de las identidades y la industria de los pasaportes. La frontera parece que protege, pero es en realidad una jaula. Y el viajero debe combatirla no sólo porque cruzarla es indispensable para su desplazamiento —«No hay viaje sin que se crucen fronteras»⁶²⁹— sino porque en ella está su ágora, su espacio natural de diálogo consigo mismo y con los Otros, punto de encuentro y de intercambio⁶³⁰.

También, con su discurso, él puede ayudar a comprender la cárcel que suponen las identidades cuando son excluyentes. El viajero es un cosmopolita por definición, y por eso sabe que sólo sumando identidades puede entender la complejidad que lo rodea. Restar es circunscribirse al nacionalismo o al localismo, siempre cortos de miras. Es pertinente su capacidad de construir identidad a través de la diferencia y la extranjería. Pero una identidad no para exaltarla sino para combatirla, fragmentarla, multiplicarla, para sumar y comprender. Identidades múltiples para salir del discurso único, del peligro de la homogeneidad, sobre todo del pensamiento.

El relato de viaje ha de ser, sobre todo, un modelo de libertad. Es difícil encontrar un gran relato de este tipo en el que no aparezca esta palabra. El que se desplaza es sinónimo de hombre libre. A mediados de siglo XX, Saint-Exupéry escribió que estábamos castrados de una forma muy curiosa: nos cortaron las manos y los pies y luego nos dieron libertad para marcharnos⁶³¹. Esa castración la representan hoy las fronteras, los pasaportes, la cultura única. Pero el viajero no se conforma. Aspira a moverse, a vivir. Comparte con los tuaregs esa idea de que hay que ver el cielo sobre la cabeza. Es aquel que, como los masái africanos, moriría si lo ponen en cautiverio. O como ese pájaro que cuando lo encierran en su temporada de migración, bate sus alas

contra los barrotes de la jaula.

No hay valla lo suficientemente alta para quien quiere irse. Derriba la frontera, ensancha el mundo, combate el peligro de la cultura única. Siente la urgencia de lo que puede desaparecer. Por eso lucha contra los tópicos, estereotipos, simulacros y falsos exotismos que no crean movimiento, sino estatismo. Frente al *homo faber* de la tecnología y la máquina, el *homo viator*, como ha dicho Carlos García Gual⁶³².

El relato de viaje tiene que ser una invitación a marcharse, por lo menos una vez, lejos de casa. El viaje es útil, activa la imaginación, mantiene viva la curiosidad que se oxida con la vida sedentaria, y por eso el viajero debe fomentar esa inquietud sobre la lejanía, para que otros, como él, salgan al camino e intenten descubrir aquella sabiduría que sólo provee la ruta.

Hay que volver a preguntar, a caminar, a moverse como el viejo Heródoto. Hay que contar la historia moral de las naciones de la que hablaba Balzac, que refleja la convivencia diaria, los problemas cotidianos, el pasar de la vida de un hombre o unos hombres, los hechos que nunca llegarán a ocupar ni una nota a pie de página en los libros⁶³³. Las historias de la gente sin historia. La *petite historie* que hace la gran historia⁶³⁴. Porque los viajeros han informado del mundo, de los odios ancestrales, intereses, batallas, campañas, alianzas, traiciones, venganzas, conquistas, derrotas, matrimonios, sometimientos, uniones, desapariciones⁶³⁵. Ellos han preservado el contexto y las cosmovisiones gracias a los datos, las voces, el color local, lo legendario y lo antropológico. Y con su visión particular, han terminado por inventar el mundo para nosotros.

El relato de viajes no ha muerto. Pero si agoniza hay que reinventarlo, resucitarlo, seguir buscando la última frontera como el personaje del cuento de Dino Buzzati, porque cada época necesita sus viajeros y la nuestra no es la excepción. Es urgente que reaprendamos a viajar, a ver. Para, otra vez en la ruta, con el saber que sólo ella provee, podamos escribir la historia de nuestro tiempo y reinventar el mundo de una forma más fidedigna que la de los espejos.

⁶⁰⁰ Almarcegui, cit. en Antón, Jacinto (2017), *Más viajeros, pero menos lectores*. En *El País*. 6 de

enero. En https://elpais.com/cultura/2017/01/06/actualidad/1483720926_678680.html. [Fecha de consulta: septiembre de 2018].

[601](#) Sobre el turismo virtual *vid.* Linna Jensen, Jakob (2010), «Online Tourism: just like being there?», en Britta Timm Knudsen y Anne Marit Vaade (eds.), *Re-Investing authenticity: Tourism, Places and Emotions*, Gran Bretaña, Travel View Publications, pp. 213-227.

[602](#) Belenguer, *op. cit.*, p. 23.

[603](#) Lévi-Strauss, Claude (1987), *Mito y significado*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 25-3

[604](#) Benjamin (1998), *op. cit.*, p. 112.

[605](#) *Ibid.*, p. 117.

[606](#) *Ibid.*, p. 119.

[607](#) Mélich, *op. cit.*, pp. 132-136.

[608](#) Augé, Marc, «El viaje inmóvil», en Manuel Lucena Giraldo y Juan Pimentel (eds.) (2006), *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid, CSIC, p. 4.

[609](#) Cervantes cit. en Lafuente, Fernando R. (2007), «España como estereotipo de sí misma», en José Tono Martínez, *El orientalismo al revés*. Madrid, Los libros de la Catarata, p. 10.

[610](#) Sterne, L. (2008), *Viaje sentimental*. Madrid, Funambulista, p. 105.

[611](#) Gutiérrez Nájera cit. en Rotker, *op. cit.*, p. 155.

[612](#) Silva cit. en Rotker, *op. cit.*, p. 67.

[613](#) Nabokov, Vladimir (1975), *Lolita*. Barcelona, Grijalbo, p. 181.

[614](#) Vargas Llosa, Mario (2004), *La tentación de lo imposible*. Madrid, Alfaguara, p. 80.

[615](#) Duch cit. en Rivas Nieto, *op. cit.*, p. 28.

[616](#) Kappler, Claude (1986), *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*. Madrid, Akal, p. 79.

[617](#) Camus (2008), *op. cit.*, p. 64.

[618](#) Stevenson (2008), *op. cit.*, p. 186.

[619](#) Magris, *op. cit.*, p. 15.

[620](#) Sobre lo inauténtico *vid.* Britta Knudsen y Anne Mant Vaade (eds.), *Re-Investing authenticity: Tourism, Places and Emotions*. Gran Bretaña, Travel View Publications.

[621](#) García Escalona, Emilia, «De la reliquia al “souvenir”», en *Revista de Filología Románica*, n.º extraordinario 4 (2006), «El arte de viajar y sus aventuras». Madrid, Servicio de Publicaciones Universidad

Complutense de Madrid, p. 402.

[622](#) La novela de Michel Houellebecq, *El mapa y el territorio*, es una distopía en la que se dibuja, precisamente, una Europa convertida en un gran parque temático.

[623](#) Roberson, *op. cit.*, p. XXI.

[624](#) Augé (2001), *op. cit.*, pp. 57 y 129.

[625](#) Turner, Louis y Ash, John (1991), *La horda dorada. El turismo internacional y la periferia del placer*. Madrid, Endimión, p. 17.

[626](#) Brillì, *op. cit.*, p. 424.

[627](#) Melville, Herman (2011), *Viajar*. Madrid, Gadir, pp. 17-18.

[628](#) Nooteboom, *op. cit.*, p. 101.

[629](#) Magris, *op. cit.*, p. 15.

[630](#) Vid. *Banderas de agua*, la novela de Pedro Sorela publicada en 2016 por *FronteraD*, una alegoría sobre la invención de las fronteras y la necesidad de combatirlas.

[631](#) Saint-Exupéry (2000), *op. cit.*, p. 227.

[632](#) García Gual (2012), *op. cit.*, p. 3.

[633](#) Roy, *op. cit.*, p. 59.

[634](#) Barnet cit. en Cruz Leal y Gutiérrez, *op. cit.*, p. 97.

[635](#) Nooteboom, *op. cit.*, p. 172.

SOBRE LAS FUENTES DE ESTE LIBRO

Este libro no existiría sin un conjunto de trabajos que sirvieron de guía y marco teórico de la tesis doctoral *La primacía de la información en la escritura del viaje: estrategias narrativas del escritor viajero* en la que se basa este texto, que fue dirigida por el escritor, periodista y profesor Pedro Sorela, y defendida en el año 2013 en la Universidad Complutense de Madrid.

Entre esas obras destacan las del norteamericano Percy G. Adams, *Travelers and travel liars* (1980) y *Travel literature and the evolution of the novel* (1983), y el trabajo del investigador español Juan Pimentel sobre los viajes entre los siglos XVI y XVIII *Testigos del mundo: ciencia, literatura y viajes en la Ilustración* (2003). También los planteamientos de la argentina Sofía Carrizo Rueda sobre la *Poética del relato de viaje* (1997). Y, en el campo del viaje informativo, los estudios del sevillano Mariano Belenguer, *Periodismo de viajes, análisis de una investigación periodística* (2002), y del profesor de la Universidad de Salamanca Pedro Eduardo Díaz Nieto, *Historia y naturaleza del periodismo de viajes* (2006).

Asimismo son determinantes los libros, trabajos monográficos, artículos académicos y tesis de investigadores como Nieves Soriano, Eugenia Popeanga, Joaquín Rubio Tovar, Miguel Ángel Pérez Priego, Carlos García Gual, Francisco Javier Gómez Espelosín, Ángela Bordonada, Pablo Javier Pérez López, Leonardo Romero Tobar, Manuel Lucena Giraldo, Juan José Ortega Román, Juan Fernando Villar Dégano, Fernando Carmona Fernández, Patricia Almarcegui, Alberto Manguel, Axel Gasquet, Fernando Calderón, Luis Albuquerque, Susana Rotker, Beatriz Colombi, Edmundo O’Gorman, Stephen Shapin, Claude Lévi-Strauss, Marc Augé, Jean Richard, Attilio Brilli, Paul Fussell, John Berger, Mary Louise Pratt, Eric Leed, Edward Said, Susan Roberson, Michel Butor, Tzvetan Todorov, Francois Moureau, Ryszard Kapuściński, Joan Fontcuberta y Jorge Carrión, entre muchos otros. Los clásicos de los estructuralistas —Genette, Barthes, Foucault y Joseph

Campbell— orientan lo que respecta al análisis del discurso. Y en temas periodísticos, la obra de Manuel Bernal, José Acosta Montoro, Lorenzo Gomis y Albert Chillón, entre otros. Además, *El arte de la ficción de Henry James* (1994), *El Telón, ensayo en siete partes* de Milan Kundera (2005) y *El arte de la ficción* de David Lodge (1999) son los referentes utilizados para la teoría de la ficción. Y, por descontado, los clásicos y contemporáneos del género del relato de viajes.

Todas las obras referenciadas en este libro se encuentran citadas en sus correspondientes notas. Cuando se trata de una cita indirecta, se ha procurado, en lo posible, referir el autor y la obra de la que procede. Este libro, al ser la reelaboración de una tesis doctoral, es un rompecabezas de pensamientos, frases, teorías y formulaciones de cientos de autores. Se han evitado en algunos casos las comillas para no entorpecer la lectura, pero siempre se referencia la fuente de la que procede.

AGRADECIMIENTOS

A mi madre, que todo lo ha hecho posible y sin la que nada merecería la pena. Mi madre soy yo. Este es nuestro viaje. A mi padre, que este abril cumpliría 70 años. A Pedro Sorela por su cincel, su mirada y diez años de diálogo. Sin él este libro no existiría. A Manolo y a Pilar, compañeros de este barco, por ayudarlo a llegar a puerto. Para mi hermano, mis sobrinos, amigos, lectores y alumnos, la invitación al viaje con la máxima de Gonçalo Tavares: «No dejes que tu cómoda silla perjudique tu curiosidad». Y en gratitud a las dificultades del camino, un pensamiento que se atribuye a Leonardo da Vinci: «Todos los obstáculos deben producir una severa decisión. Aquel que fija su mirada en una estrella distante, no flaqueará».

El proceso de edición de este libro culminó en abril de 2019, cuando está próximo a conmemorarse el quinto centenario de la primera vuelta al Globo.

Un libro, como un viaje, se completa para que comience el siguiente. Se traspasa una frontera para buscar la próxima. Ningún mundo está completo.

Vamos en busca de nuevos horizontes por cartografiar.

Edición en formato digital: 2019

© Juliana González-Rivera, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-463-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es